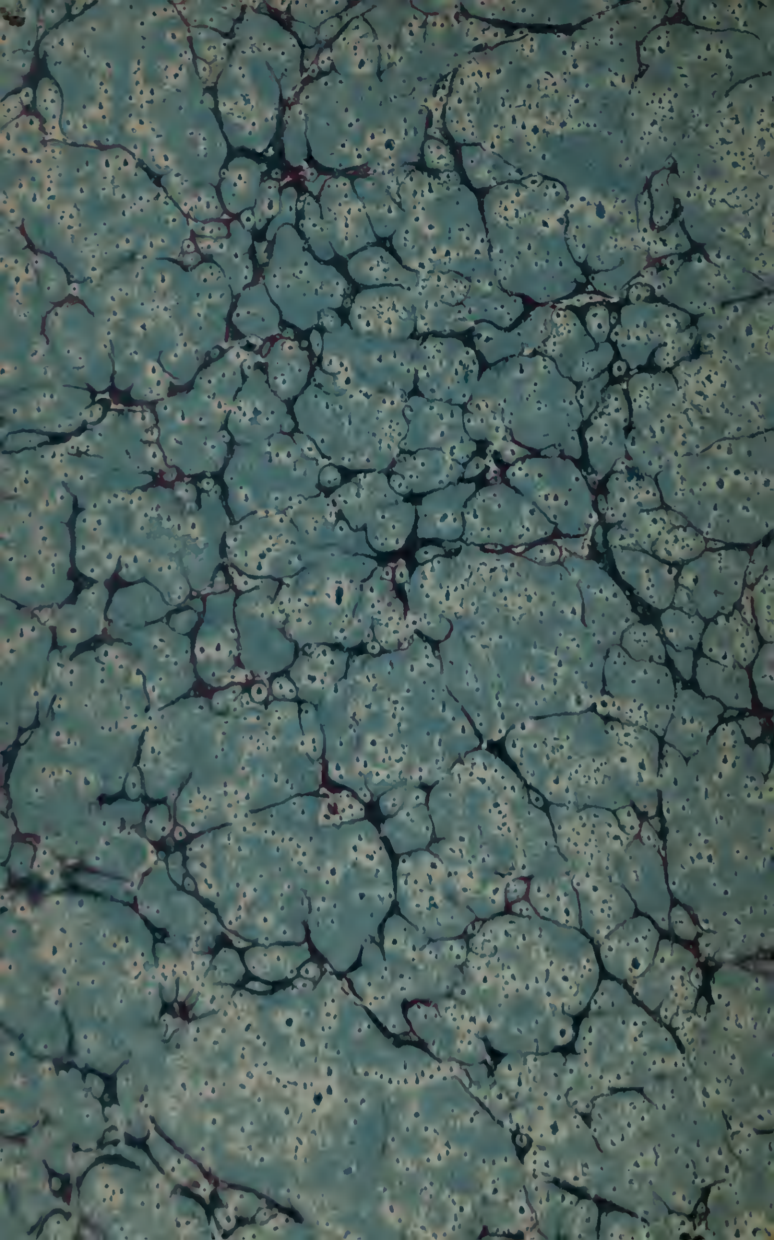
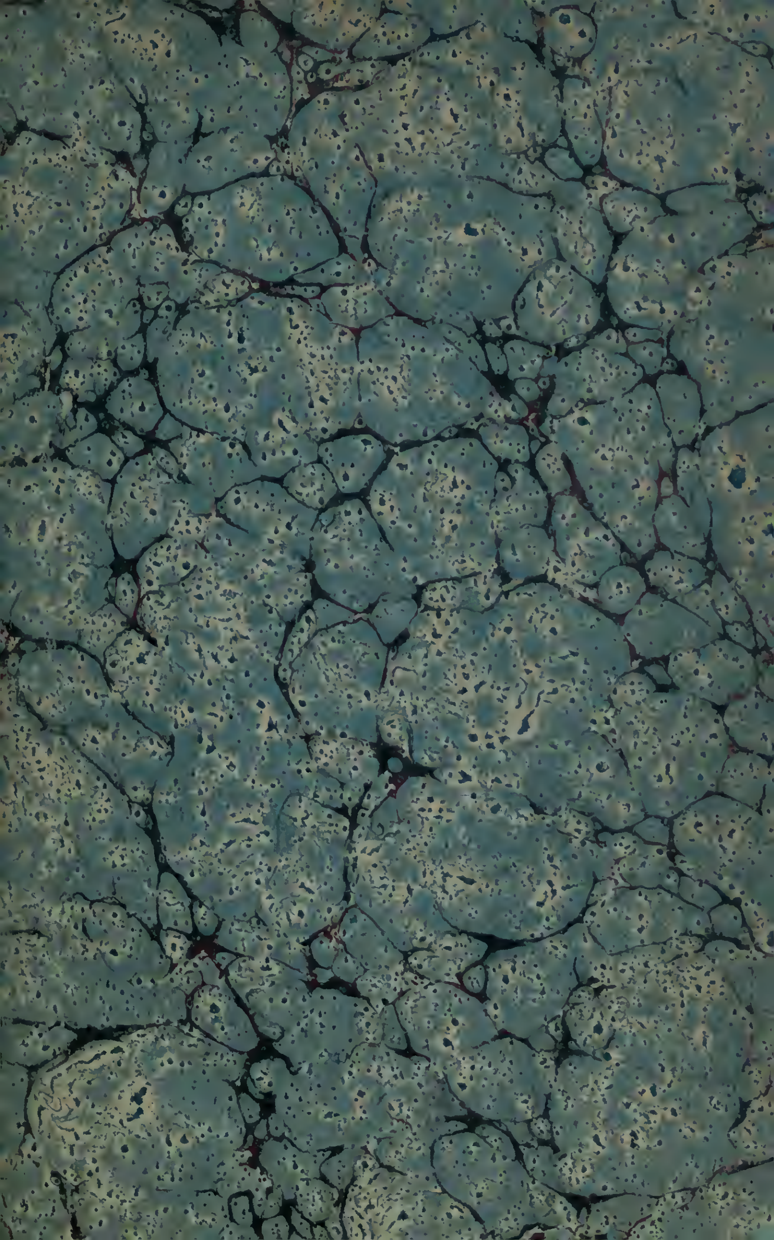






TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES.

TOMO LXIV.

AMADIS DE GAULA.

II.

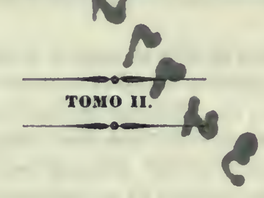
AMADIS DE GAULA.

HISTORIA

DE ESTE INVENCIBLE CABALLERO,

EN LA CUAL SE TRATAN

SUS ALTOS HECHOS DE ARMAS Y CABALLERÍAS.



TOMO II.



BARCELONA.
POR D. JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.
CALLE DE MONSERRATE, N. 10

1848.




34974



CONTINUACION DEL LIBRO I.

CAPITULO XLII.

Como D. Galaor anduvo con la doncella en busca del caballero que los habia derribado, hasta tanto que se combatió con él.

Cuatro dias anduvo D. Galaor en guia de la doncella que al caballero de la floresta le habia de mostrar, en los cuales entró tan gran saña en su corazon, que no se combatió con caballero á quien todo mal talante no mostrase, así que los mas de ellos por su mano fueron muertos, pagando por aquel que no conocian, y en cabo de estos dias llegó á casa de un caballero que encima de un valle moraba en una hermosa fortaleza: la doncella le dijo, que no habia otro lugar donde albergar pudiesen sino en aquel, y que allí se fuesen: Vamos si quisiéredes, dijo D. Galaor. Entonces se fueron al castillo, á la puerta del cual hallaron hombres y dueñas y doncellas, que parecia ser casa de hombre bueno: y entre ellos estaba un caballero de hasta setenta años, vestido de una capa piel de escarlata, que muy bien los recibió, diciendo á D. Galaor que de su caballo descendiese, que allí se le haria de grado mucha honra y placer. Señor, dijo D. Galaor, tan bien nos acogeis que aunque otro albergue hallásemos, no dejaríamos el vuestro; y tomándole los hombres el caballo, y á la doncella el palafren, se acogieron todos al castillo, donde en un palacio á D. Galaor y á su doncella dieron de cenar asaz

honradamente y des que los manteles alzaron, fueron á ellos el caballero del castillo, y preguntó paso á D. Galaor si yaceria con la doncella, él dijo que no. Entonces hizo venir dos doncellas que la llevaron consigo, y Galaor quedó solo para dormir y holgar en un rico lecho que allí habia, y el huésped le dijo: De hoy mas reposo habrá guisa, que Dios sabe cuanto placer he habido con vos, y lo habria con todos los caballeros andantes; porque yo caballero fuí, y dos hijos que tengo agora mal llagados, que su estilo no es, sino demandar las aventuras, en que en muchas de ellas ganaron gran prez de armas; pero anoche pasó por aquí un caballero que los derribó á entrambos de sendos encuentros, de que por muy escarnidos se tuvieron, y cabalgando en sus caballos, fueron en pos dél, y alcánzaronle á la pasada de un rio, que en una barca queria, entrar y dijéronle que pues ya sabian como justaba que de las espadas les mantuviese la batalla; mas el caballero que de prisa iba, no lo quisiera hacer; mas mis hijos le siguieron tanto, diciendo que no le dejarian entrar en la barca, y una dueña que en ella estaba les dijo: Cierto, caballeros, desmesura nos haceis en nos detener con tanta soberbia nuestro caballo. Ellos dijeron: Que no le dejarian en ninguna guisa, hasta que con ellos de las espadas se probase. Pues que así es, dijo la dueña, agora se combatirá con el mejor de vos, y si le venciere que cese la del otro. Ellos dijeron que si el uno venciese, que tambien le convenia probar el otro, y el caballero dijo entonces muy sañudo: Agora venid ambos; pues por al de vos partir no me puedo; y puso mano á su espada, y dejóse á ellos ir, y el uno de mis hijos fue á él; mas no pudo sufrir su batalla, que el caballero no es tal como otro que él viese, y cuando el otro su hermano le vió en peligro de muerte, quísole acorrer hiriendo al caballo lo mas fuerte que pudo; mas su acorro poco prestó que el caballero los paró á ambos tales en poco de hora, que tollidos los derribó de los caballos en el campo, y entrando en su barca se fue su via

y yo fui por mis hijos, que mal llagados quedaron; y por que mejor creais lo que os he dicho quiero os mostrar los mas fuertes esquivos golpes que nunca por mano de ningun caballero dados fueron. Entonces mandó traer las armas que sus hijos en la batalla tuvieron, y Galaor las vió tintas de sangre, y cortadas de tan grandes golpes de espada, que fue dello muy maravillado, y preguntó al hombre bueno, que armas traia el caballero, y él le dijo: Un escudo bermejo y dos leones pardos en él, y en el yelmo otro tal, y iba en un caballo ruano. D. Galaor conoció luego que este era el que él demandaba, y dijo al huésped: ¿Sabeis vos la hacienda de ese caballero? No, dijo él, pues agora os id á dormir, dijo Galaor, que ese caballero busco yo, y si le hallo yo daré derecho dél á mí y vuestros hijos ó moriré. Amigo señor, dijo el huésped, yo os loaria que metiéndoos en otra demanda, esta tan peligrosa dejásedes, que si mis hijos tan mal lo pasaron su gran soberbia lo hizo, y fuése á su albergue. Don Galaor durmió hasta la mañana, y pidió sus armas, y con su doncella tornó al camino, y pasó la barca que ya oistes, y cuando fueron á cinco leguas de aquel lugar, vieron una muy hermosa fortaleza y la doncella le dijo: Atendedme aquí, que presto seré de vuelta, y fuese al castillo, y no tardó mucho que la vió venir, y otra doncella con ella y diez hombres á caballo, y la doncella hermosa á maravilla, y dijo á Galaor: Caballero, esta doncella que con vos anda me dice que buscais un caballero de unas armas bermejas y leones pardos por saber quien es, y yo os digo que si no es por fuerza de armas, de otra guisa vos ni otro ninguno en estos tres años saberlo puede; y esto os seria muy duro de acabar por que sed cierto que en todas las ínsulas otro tal caballero no se hallaria. Doncella, dijo Galaor, yo no dejaré de le buscar, aunque mas se encubra, y si le hallo mas me placeria que conmigo se combatiese que de saber dél por otra guisa. Pues de ello tal sabor habeis, dijo la doncella, yo os le mostraré antes de tercero dia,

por amor de esta mi cormana que os aguarda, que me lo ha mucho rogado. En gran merced os lo tengo, dijo D. Galaor, y entrando en el camino á hora de vísperas, llegaron á un brazo de mar que una ínsula al rededor cercaba, asi que habian de andar por el agua bien tres leguas sin á tierra salir antes que allá llegasen; y entrando en una barca, que en el puerto hallaron, pasaron primero al que los pasaba', que no iba allí mas de un caballero, y comenzaron á navegar, D. Galaor preguntó á la doncella por que razon les tomaban aquella fusta. Porque así lo mandaba, dijo ella, la señora de la ínsula donde vos vais, que no pase mas de un caballero, hasta que aquel torne ó quede muerto. ¿Quién los mata ó vence? dijo Galaor. Aquel caballero que vos demandais, dijo ella, que esta señora que os digo consigo tiene bien ha medio año, al cual ella mucho ama: y la causa es que siendo en esta tierra establecido un torneo, por ella y por otra dueña muy hermosa, ese caballero que de tierra extraña vino, siendo de su parte lo venció todo, y fue de tal pagada, que nunca holgó hasta que por amigo le hubo, y tiénelo consigo, que no lo deja salir á ninguna parte: y porque él ha querido algunas veces salir á buscar las aventuras, la dueña por le detener hácele pasar algunos caballeros que lo quieren con quien se combata, de los cuales da las armas y los caballos á su amiga: y los que han aventura de morir entiérralos, y los vencidos échanlos fuera: y digoos que la dueña es muy hermosa y ha nombre Corisanda, y la ínsula Gravisanda. Y D. Galaor la dijo: ¿Sabeis porqué fue este caballero á una floresta donde yo le hallé, y estuvo ahí quince dias guardándola de todos los caballeros andantes que en ella estaban? Sí, dijo la doncella, que él prometió un don á una doncella, antes que aquí viniese: y mandólo que guardase aquella floresta quince dias, como vos lo decís, y su amiga aunque mucho contra su voluntad, le dió plazo de un mes para ir y venir y guardar la floresta. Pues en esto hablando, llegaron

á la ínsula, y era ya una pieza de la noche pasada, mas la luna hacia clara, y saliendo de la barca albergaron ribera de una pequeña agua, donde la doncella mandó armar dos tendejones, y allí cenaron y holgaron hasta la mañana. Galaor quisiera aquella noche albergar con la doncella que muy hermosa era; mas ella no quiso, como quiera que pareciéndole el mas hermoso caballero de cuantos habia visto, tomaba mucho deleite en hablar con él.

La mañana venida, cabalgó en su caballo D. Galaor armado y aderezado para entrar en batalla, y las doncellas y los otros hombres, así mismo fueron su camino. Galaor siempre iba hablando con la doncella, y preguntóla si sabia el nombre del caballero. Cierto, dijo ella, no hay hombre ni mujer en toda esta tierra que lo sepa sino su amiga. El hubo entonces mayor cuita de lo conocer que antes, porque siendo tan loado en armas de tal guisa se queria encubrir, y á poco rato que anduvieron, llegaron á un llano donde hallaron un hermoso castillo que encima de un otero estaba, y al rededor una gran vega muy hermosa que duraba una gran legua á cada parte. La doncella dijo á D. Galaor: En este castillo está el caballero que demandais. El mostró muy gran placer dello por hallar lo que buscaba, y anduvieron mas adelante, y hallaron un padron de piedra á buena manera hecho, y encima dél un cuerno, y la doncella dijo con gran placer: Sonad ese cuerno, que le oya, y luego en oyéndole verná el caballero. Galaor así lo hizo, y vieron salir del castillo hombres que armaron un tendejon muy hermoso en el padron, y salieron hasta diez dueñas y doncellas, y entre ellas venia una muy ricamente guarnida, y señora de las otras y entraron en el tendejon. Galaor que todo lo miraba parecíale que tardaba el caballero, y dijo á la doncella: ¿Por qué causa el caballero no sale? No verná dijo ella, hasta que aquella dueña se lo mande. Pues ruégoos por cortesía, dijo él, que lleguéis á ella, y la digais que le mande venir porque yo tengo en otras partes mucho que hacer, y no puedo dete-

nerme; la doncella lo hizo, y como la dueña oyó el mandado de Galaor: como en tan poco tiene él este nuestro caballero, y tan ligeramente se cuida dél partir, para cumplir en otras partes, pues él iba mas presto, y mas á su daño de lo que piensa. Entonces dijo á un doncel: Ve y di al caballero estraño que venga. El doncel se lo dijo; y el caballero salió del castillo armado y á pié, y sus hombres le traian el caballo y el escudo y la lanza y el yelmo, y fué donde la dueña estaba, y ella le dijo: Veis alli un caballero loco que se cuida de vos ligeramente partir; agora os digo que le hagais conocer su locura, y abrazóle y besóle. De todo esto crecia mayor saña á D. Galaor. El caballero cabalgó y tomó sus armas, y fué descendiendo por un recuesto abajo á su paso, que parecia tan bien y tan apunto que era maravilla. Galaor enlazó su yelmo y tomó el escudo y la lanza, y como en lo llano le vido, dijole que se guardase, y dejaron contra sí los caballos correr, y hiriéronse de las lanzas en los escudos que los falsaron, y desguarnecieron los arneses; así que cada uno de ellos fue mal llagado, y las lanzas fueron quebradas, y pararon el uno por el otro. D. Galaor metió mano á su espada y tornó á él: el caballero no sacó de la vaina la suya, mas dijole: Caballero, por lo que á Dios debeis, y á lo que mas ameis que justemos otra vez. Tanto me conjurastes, dijo él, que lo haré, mas pésame que no traigo tan buen caballo como vos, que si tal fuese, no cesaria de justar hasta que el uno cayese, ó quebrásemos cuantas lanzas podríades haber. El caballero no respondió, antes mandó á un escudero que les diese sus dos lanzas, y tomando él la una, envió á D. Galaor la otra, y dejándose las correr otra vez, encontráronse tan fuertemente en los escudos que fué maravilla, y el caballo de Galaor hincó las rodillas, y por poco no cayó, y el caballero estraño perdió las estriberas ambas, y húbose de abrazar al cuello del caballo. Galaor hirió recio el caballo de las espuelas, y puso mano á su espada, y el caballero estraño enderezóse en la silla,

y hubo vergüenza fuertemente, despues metió mano á su espada y dijo: Caballero, vos deseais la batalla de las espadas, cierto yo lo recelaba mas por vos que por mí, sino agora lo veréis. Haced vuestro poder, dijo Galaor, que yo así lo haré hasta morir ó vengar á aquellos que en la floresta mal parastes. Entonces el caballero le miró, y conocióle que era el caballero que pié lo llamaba á la batalla, y díjole con gran saña: Véngate si pudieres, aunque mas creo que llevarás una mengua sobre otra. Entonces se acometieron tan bravamente, que no hay hombre que en verlos no tomase en sí gran espanto. Las dueñas y todos los del castillo cuidaron segun la justa fué brava que se querian avenir, mas viendo la de las espadas, bien les pareció mas cruel y mas brava para se matar, y ellos se herian tan á menudo y de tan mortales golpes, que las cabezas se hacian juntar con el pecho á mal de su grado, cortando de los yelmos los arcos de acero con parte de las faldas de ellos; así que las espadas descendian á los almofares, y las sentian en las cabezas: pues los escudos todos los hacian rajas, de que el campo era sembrado, y de las mangas de los arneses. En esta porfía duraron gran pieza, tanto que cada uno era maravillado como á el otro no vencia. A esta hora comenzó á cansar y desmayar el caballo de D. Galaor, que ya no podia á una parte ni á otra ir, de que gran saña le vino; porque bien cuidaba, que la culpa de su caballo le quitaba tan tarde la victoria; mas el caballero estraño le heria de grandes golpes, y salíase dél cada vez que queria, y cuando Galaor le alcanzaba, heríalo tan fuertemente, que la espada le hacia sentir en las carnes; pero su caballo andaba ya como ciego para caer, allí temió mas él su muerte que en otra ninguna afrenta de cuantas se viera, sino fué en la batalla que con Amadis su hermano hubo, que de aquella nunca él pensó salir vivo, y despues dél á este caballero preciaba mas que á ninguno otro de cuantos habia probado; empero no en tanto grado que no le pensase vencer si su caballo no le estorbase; y

cuando en tal estrecho se vió, dijo: Caballero, ó nos combatamos á pié, ó me dad caballo de que ayudarme pueda, sino matar os he el vuestro y vuestra será la culpa de esta villania. Todo haced cuanto pudiéredes, dijo, el caballero que nuestra batalla no habrá mas vagar, que gran vergüenza es durar tanto. Pues agora guarda el caballo, dijo Galaor. Y el caballero le fué á herir, y con recelo del caballo que no se le matase juntóse mucho con él. Galaor, que le hirió en el escudo, y tan cerca de si lo vido, echóle los brazos apretándole cuanto pudo, y hirió el caballo de las espuelas tirando por él tan fuertemente que le arrancó de la silla, y cayerón ambos en el suelo abrazados; mas cada uno tuvo bien fuerte la espada, y asi estuvieron revolviéndose por el campo una gran pieza, hasta que el uno á el otro se soltó, y se levantaron en pié; y comenzaron la batalla tan brava y tan cruel que no parecia sino que entonces la comenzaban, y si la primera en los caballos fuerte y aspera á todos semejaba, esta segunda mucho mas: que con mas sin empacho se juntasen, y herir se pudiesen, no holgaban solo un momento que no se combatiesen; mas D. Galaor que con la gran flaqueza de su caballo hasta entonces no le pudiera á su guisa herir, y agora se juntaba cada vez que queria con él, y dábale tan fuertes y tan pesados golpes que le hacia bravamente desatinar; pero no de tal guisa que no se defendiese bravamente; cuando Galaor vió que mejoraba asaz, y su contrario enflaquecia bien, tiróse á fuera y dijo: Buen caballero, estad un poco. El otro, que bien lo habia menester estuvo quedo y dijole: Ya veis como yo he lo mejor de la batalla, y si me quisiéredes decir vuestro nombre gran placer recibiré, y porque vos encubrís así tanto, y daros he por quit,o y sin aquesto no vos dejaré en ninguna manera. Cierto oyendo esto el caballero, dijo: No me place de quitarme de tal manera de la batalla, porque nunca mayor talante en batalla que entrase de me combatir tuve que agora, porque nunca tan esforzado como agora me

hallé en batalla que entrase, y Dios mande que yo no sea conocido sino á mi honra especial de un caballero solo. No tomeis porfía, dijo don Galaor, que yo os juro por la fe que de Dios tengo de no os dejar hasta que sepa quien sois, y porque os encubrís así. Ya Dios me ayude, dijo el caballero, si por mí lo sabeis, que antes querria morir en la batalla que lo decir, ende mas por fuerza de armas, sino fué á dos solos que no conozco, que á estos por cortesía ó por fuerza ninguna se lo podria ni debria negar, queriéndolo ellos saber. Quien son esos que tanto preciais, dijo Galaor. Eso ni al no sabréis de mí, que me parece que os placeria. Por cierto, dijo D. Galaor, ó yo sabré lo que os pregunto, ó el uno de nos morirá, ó ambos. Ni yo quiero al, dijo el caballero. Entonces se fueron á acometer con tanta saña, que las heridas pasadas se les olvidaban, y las fuerzas enflaquecidas avivadas fueron: mas fuerza ni ardimiento que el caballero extraño pusiese no le tenia pro, que Galaor le heria tan bravamente, que las armas con parte de las carnes le despedazaba, así que mucha sangre se le iba, que el campo hacia tinto de ella. Cuando la señora de la ínsula vió al su amigo en punto de muerte, siendo la cosa del mundo que ella mas amaba, no le pudo mas el corazon sufrir, y fué allá á pié, como loca y las otras dueñas y doncellas, empos della. Y cuando fué cerca de D. Galaor, dijo: Estad quedo, caballero, y despedazada sea la barca que acá os pasó, que tanto pesar me habeis hecho. Dueña, dijo Galaor, si á vos pesa de vengar á mí y á otro que mas vale que yo del mal que dèl recibimos no he yo culpa. No hagais mal contra el caballero, dijo la dueña, que moriréis por ello á manos de quien no os habrá merced. No sé como averná, dijo él, mas yo no le dejaré en ninguna guisa si antes no supiere lo que le pregunto. ¿Y qué le preguntais vos? dijo ella. Que me diga como ha nombre dijo él, y porque se encubre tanto, y quien son los dos caballeros que mas que á todos los del mundo precia. ¡Ay! dijo la dueña, maldito sea quien os mostró á herir, y vos

que así lo aprendisteis: yo os quiero decir lo que saber quereis Digoos, que este nuestro caballero ha nombre D. Florestan, y él se encubre así por dos caballeros que son en esta tierra sus hermanos, de tan alta bondad de armas, que aunque la suya sea tan crecida como hebeis probado, no se atreve con ellos á darse á conocer, hasta que tanto en armas haya hecho que sin empacho pueda juntar sus proezas con las suyas dellos; y tiene mucha razon, segun el gran valor suyo, y estos dos caballeros son en casa del rey Lisuarte, y el uno ha nombre Amadis, y el otro D. Galaor, y son todos tres hijos del rey Perion de Gaula. ¡Ay santa Maria valme! dijo D. Galaor, ¡qué he hecho! Despues rindió la espada, y dijo: Buen hermano, tomad esta espada, y la honra de la batalla. ¿Cómo, dijo él, vuestro hermano soy yo? Si cierto, dijo él, que yo soy vuestro hermano D. Galaor. D. Florestan hincó los hinojos ante él, y dijo: Señor, perdonadme, que si os erré en me combatir con vos no lo sabiendo, no fué por al sino porque sin vergüenza me pudiese llamar vuestro hermano, como lo soy, pareciendo en algo á vuestro gran valor y prez de armas. Galaor le tomó por las manos, y levantándole suso, túvole una pieza abrazado llorando con placer, por lo haber conocido, y con piedad de lo ver tan mal trecho, con tantas heridas, pensando ser su vida en gran peligro. Cuando la dueña esto vió fué muy alegre y dijo á D. Galaor: Señor, si en gran angustia me metistes, con doblada alegría lo habeis satisfecho, y tomándolos consigo los llevó al castillo, donde en una hermosa cámara en dos lechos de ricos paños los hizo acostar; y como ella mucho de curar llagas supiese, tomó en sí gran cuidado de los sanar considerando que en la vida de cualquiera dellos estaba la de entre ambos, segun el gran amor que se habian mostrado, y la suya en duda si al su amado amigo D. Florestan algun peligro ocurriese. Pues así como oís estaban los dos hermanos en guarda de aquella hermosa y rica dueña Corisanda, que tanto la vida dellos como la propia suya deseaba.

CAPITULO XLIII.

Que recuenta do D. Florestan como era hijo del rey Perion, y en quo manera habido en una doncella muy hermosa hija del conde do Salandia.

Deste valiente y esforzado caballero don Florestan quiero que sepais como, y en que tierra fue engendrado, y por quien. Sabed que siendo el rey Perion mancebo buscando las aventuras con su esforzado y valiente corazon por muchas tierras extrañas, vivió en Alemania dos años, donde hizo tantas cosas en armas, que como por maravilla entre todos los Alemanes contadas eran. Pues tornándose ya á su tierra con mucha gloria y fama, avino la de albergar un dia en casa del conde de Salandia, que fue con el muy alegre por que así como el rey Perion holgaba de seguir el ejercicio de las armas, y con ellas mucho loor y prez habia alcanzado. Y como por la experiencia él alcanzase cuantos afanes, trabajos y angustias á los buenos caballeros les convenia sufrir, para que la medida de lo que obligados eran llena fuese, tenia en mucho á este Perion, como aquel que en la cumbre de la fama y gloria de las armas asentado estaba; y hízola mucha honra y servicio cuanto él mas pudo, y desque cenaron y hablaron en algunas cosas por que pasaran, fue el rey Perion llamado á una cámara, donde en un rico lecho se acostó, y como del camino cansado anduviese, adormecióse luego, y no tardó mucho que se halló abrazado de una doncella muy hermosa y junta la su boca con la dél; como acordó quísose tirar á fuera; mas ella le tuvo y dijo: ¿Qué es esto, señor? ¿No holgaréis mejor conmigo en este lecho que no solo? El Rey la cató á la lumbre que en la cámara habia, y vió que era la mas hermosa mujer de cuantas viera, y díjole: ¿Decidme

quién sois? Quien quiera que yo sea, dijo ella, os amo grandemente, y quiero daros mi amor. Eso no puede ser si antes no me lo decís: ¡Ay! dijo ella, cuanto me pesa de esa pregunta, porque no me tengais por mas mala de lo que parezco, pero Dios sabe que no es en mi de al hacer. Todavía conviene, dijo él, que lo sepa, ó no haré nada. Antes os lo diré dijo ella: Sabed que soy hija de este conde. El Rey la dijo: Mujer de tan gran guisa como vos no comience hacer semejante locura, y agora os digo que no haré cosa en que vuestro padre tan gran enojo haya. Ella le dijo: ¡¡Ay mal hayan cuantos os loan de bondad, pues sois el peor hombre del mundo, y mas desmesurado! ¿Qué bondad en vos puede haber, desechando doncella tan hermosa y de tan alta guisa? Haré, dijo el rey Perion, aquello que vuestra honra y mia sea, mas no lo que tan contrario á ella es. No, dijo ella, pues yo haré que mi padre tenga mayor enojo de vos que si mi ruego hiciésedes. Entonces se levantó, y fue á tomar la espada del Rey, que cabe su escudo estaba, y aquella fue la que pusieron despues á Amadis en el arca cuando lo echaron en el mar, como se os ha en el comienzo de este libro contado, y tiróla de la vaina y puso la punta della en derecho del corazon y dijo: Agora sé lo que mas le pesará á mi padre de mi muerte que de lo al. Cuando el Rey esto vió, maravillóse, y dió un gran salto del lecho contra ella, diciendo: Estad que yo haré lo que querels, y sacando la espada de la mano la abrazó amorosamente, y cumplió con ella á su voluntad aquella noche, donde quedó preñada, sin que el Rey mas la viese, porque en siendo venido el dia se partió del conde continuando su camino, mas allá encubrió su preñez cuanto mas pudo; pero venido el tiempo del parto, no lo pudo así hacer, mas tuvo manera como ella y una doncella suya fuesen á ver una su tia que cerca de allí moraba, donde algunas veces acostumbraba ir á holgar, y atravesado un pedazo de la floresta vínoles el parto tan ahincadamente, que descendiendo del palafren parió un hijo. La

doncella que en tan gran fortuna la vió, púsole el niño á las tetas, y díjole: Señora, aquel corazon que tú vistes para errar, aquel tened ahora para os dar remedio en tanto que vuelvo á vos, y luego cabalgó en el palafren, y lo mas presto que pudo llegó á el castillo de la tia, y contóle el caso como pasaba; y cuando ella lo oyó, fue muy triste, mas no dejó por eso de la socorrer, y luego cabalgó y mandó que llevasen unas andas en que ella iba algunas veces á ver á el conde por se guardar del sol, y cuando llegó donde la sobrina estaba, apeóse y lloró con ella, y hízola meter en las andas con su hijo, y tornóse de noche sin que ninguno la viese, salvo los que entonces en su compañía llevaba, que fueron castigados, que con mucho cuidado aquel secreto guardasen; finalmente la doncella fue allí remediada y llevada á su padre, sin que nada de esto supiese, y el niño criado hasta que á diez y ocho años llegó, que parecia muy valiente de cuerpo y fuerza mas que ninguno de toda la comarca. La dueña que en tal disposicion le vió, dióle un caballo y armas, y llevóle á el conde su abuelo que le armase caballero, y así lo hizo sin saber que su nieto fuese, y tornóse con su criado á el castillo, pero en la carrera le dijo: que cierto supiese que era su hijo del rey Perion de Gaula y nieto de aquel que le hiciera caballero y que debia ir á conocerle con su padre, que era el mejor caballero del mundo. Cierto, señora, dijo él, eso he yo oido decir muchas veces; mas nunca cuidé de que mi padre fuese, y por la fe que yo debo á Dios, y á vos que me criastes de nunca me conocer con él ni con otro, si puedo, hasta que las gentes digan que merezco ser hijo de tan buen hombre, y despidiéndose de ella, llevando dos escuderos consigo, se fue la via de Constantinopla, donde era gran fama que una cruel guerra en el imperio era movida, y allí estuvo cuatro años en que tantas cosas en armas hizo, que por el mejor caballero que allí nunca vieron lo tuvieron, y como él se vió en tanta alteza de honra y fama, acordó de se ir en Gaula á

su padre y hacérsele conocer; mas llegando cerca de aquellas tierras oyó la gran fama de Amadis, que entonces comenzaba á hacer maravillas, y así mismo la de D. Galaor, de manera que su propósito fue mudado en pensar que lo suyo ante lo dellos tanto como nada era, y por esta causa pensó de comenzar de nuevo á ganar honra, allí en la Gran Bretaña, donde mas que en ninguna otra parte caballeros preciados habia, y encubrir su hacienda hasta que sus obras con la satisfaccion de su deseo lo manifestasen; y así pasó algun tiempo haciendo caballerías muchas pasándolas á su honra, hasta que D. Galaor su hermano con él se combatió, (como oido habeis) y se conocieron en la manera susodicha. Amadis estuvo cinco dias en el castillo de Grononesa, y Agrajes con él, y siendo aderezadas las cosas necesarias á el camino, partieron de allí solamente llevando Grononesa y Briolanja, dos doncellas y cinco hombres á caballo, que los sirviesen, y tres palafrenes del diestro con sus guarnimientos muy ricos; mas Briolanja no vestia sino paños negros, y así los habia de traer hasta que su padre vengado fuese. Pues habiendo ya andado cuanto una legua, Briolanja demandó un don á Amadis, y Grononesa otro á Agrajes; y por ellos otorgados, no se acatando ni pensando lo que fue, demandáronles que por ninguna cosa que viesen saliesen del camino sin su licencia de ellas; porque no se ocupasen en otra afrenta sino en la que presente tenian. Mucho les pesó á ellos el otorgarlos, y gran vergüenza pasaron por que en algunos lugares fuera bien menester su socorro, que con gran derecho se pudiera emplear, que no lo hicieron; y así iban avergonzados, y caminando como oís, á los doce dias entraron en la tierra de Sobradisa; y esto era ya noche escura: entonces dejaron el gran camino, y por una traviesa anduvieron bien tres leguas, así que siendo gran parte de la noche pasada, llegaron á un pequeño castillo, que era de una dueña criada del padre de Grononesa, que Galumba habia nombre, y era muy vieja y muy discre-

ta, y llamando á la puerta y sabiendo la compaña que era, con mucho placer de la señora y de todos los suyos se la abrieron y acogieron dentro donde les dieron de cenar, y camas en que durmiesen y descansasen. Y otro dia de mañana preguntó Galumba á Grononesa, que camino era aquel. Ella dijo: como Amadis habia prometido á Briolanja de vengar la muerte de su padre, y que creyese sin duda ninguna que aquel era el mejor caballero del mundo, y contóle como por ver la carrera en que ella y Briolanja iban él venciera ocho caballeros muy buenos que ella para su guarda traia; y así mesmo lo que le viera hacer en el castillo contra sus hombres cuando por los leones fuera socorrido. La dueña se maravilló de tal bondad de caballero, y dijo: Pues es él tal alguna cosa valdrá su compañero, y bien podrán dar fin á este hecho que con tanta razon toman; mas temo de aquel traidor que no haga algun engaño con que los mate. Por eso vengo yo á vos, dijo Grononesa, porque me aconsejeis. Agora, dijo ella, dejad en mí este hecho. Entonces tomó tinta y pergamino, y hizo una carta y sellóla con el sello de Briolanja, y habló una pieza aparte con una doncella: y dándola la carta, la mandó lo que habia de hacer. La doncella salió del castillo en su palafren, y tanto anduvo, que llegó á aquella gran ciudad que Sobradisa se llamaba, de donde todo el reino por esta causa tomaba aquel nombre, y estaba Abiseos y sus hijos Darafion y Dramis: esos eran con los que Amadis habia de haber batalla, que aquel Abiseos matara al padre de Briolanja, siendo su hermano mayor con la gran codicia de le tomar el Reino, que tenia, como lo hizo, que desde entonces hasta aquella hora reinaba poderosamente, mas por fuerza que por grado de los de la tierra. Pues llegada la doncella, fuese luego á los palacios del Rey, y entró por la puerta así cabalgando muy ricamente ataviada: y los caballeros llegáronse por la apear, mas ella les dijo: que no descenderia hasta que el Rey la viese, y la mandase descabalgar, si le pluguiese. Entonces

la tomaron por la rienda, y metiéronla en una sala, donde el Rey estaba con sus hijos y con otros muchos caballeros, y él la mandó que descendiese del palafren si queria decir algo. La doncella dijo: Hacello he con condicion que vos me tomeis en vuestra guarda, que no reciba mal por cosa que contra vos, ó contra otro aquí diga. El dijo: que en su guarda y fe real la tomaba, y que sin recelo podia decir á lo que era venida. Luego fue apeada del palafren, y dijo: Señor, yo os traigo un mandado tal, que requiere ser en presencia de todos los mayores del reino, mandadlos venir y sabréislo luego. Entiendo, dijo el Rey, que así lo estan como quereis, que yo los hice venir bien ha seis dias para cosas que cumplian. Mucho me place, dijo la doncella, pues mandadlos aquí juntar. El Rey mandó que los llamasen, y cuando fueron venidos, la doncella dijo: Rey, Briolanja que tú tienes desheredada, te envia esta carta, mándala leer ante esta gente, y dame la respuesta de lo que harás. Cuando el Rey oyó mentar á su sobrina Briolanja, gran vergüenza hubo, considerando el tuerto que le tenia hecho: pero mandó leer la carta, y no decia al sino que creyesen á aquella su doncella lo que de su parte diria. Los naturales del reino, que alli estaban, cuando vieron aquel mensaje de su señora, gran piedad habia en sus corazones en la ver tan injustamente desheredada: y entre sí rogaban á Dios que la remediase, y no consintiese ya pasar tan largo tiempo una traicion tan grande. El Rey dijo á la doncella: Decid lo que os mandaron que creida seréis. Ella dijo: Señor Rey, verdad es que vos matastes al padre de Briolanja, y teneisla desheredada de su tierra, y habeis dicho muchas veces que vos y vuestros hijos defenderéis por armas que lo hicistes con derecho; y Briolanja os manda decir, que si en ello os teneis, que ella traerá aquí dos caballeros que sobre esta razon tomarán por ella la batalla, y os harán conocer la deslealtad y gran soberbia que hicistes. Cuando Darañon, su hijo mayor, oyó esto, fue muy sañudo, que era muy

airado en sus cosas, y levantóse en pié, y dijo sin placer dello á su padre: Doncella si Briolanja ha esos caballeros y por tal razon se quieren combatir, yo prometo luego la batalla por mí y por mi padre y mi hermano; y si esto no hago, hacer prometo ante estos caballeros de darla mi cabeza á Briolanja que me la mande cortar por la de su padre. Cierto, dijo la doncella, Darafion; vos respondeis como caballero de gran esfuerzo; mas no sé si lo haceis con saña., que os veo estar en gran manera sañudo; mas si vos acabárades con vuestro padre lo que yo agora diré, creeré que lo haceis con bondad y con ardimiento que en vos hay. Doncella, dijo él, ¿qué es lo que vos diréis? Ella dijo: Haced á vuestro padre que haga atraguar los caballeros de cuantos en esta tierra son, así que por malandanza que en la batalla os venga, no prendan mal sino de vosotros, y si esta aseguranza dais, en este tercero dia serán aquí los caballeros. Darafion hincó los hinojos ante su padre, y dijo: Señor, ya veis lo que la doncella pide y lo que yo tengo prometido, y pues que mi honra es vuestra, séale otorgado por vos; que de otra manera ellos sin afrenta quedarian vencedores, y vos y nosotros en gran falta habiendo siempre publicado que si algun cargo á la limpieza vuestra en lo pasado se imputase, que por batalla de nos todos tres se ha de purgar; y aunque esto no se hubiese prometido, debemos tomar en nos este desafío, porque segun me dicen, estos caballeros son de los locos de la casa del rey Lisuarte, que su gran soberbia y poco seso les hace, teniendo sus cosas en grande estima, las agenas despreciar. El Rey que á este hijo mas que á sí mismo amaba, aunque la muerte de su hermano que él hiciera culpado le hiciese, y la batalla mucho dudase, dió aseguranza á los caballeros, así como por la doncella le demandaba. Siendo ya la hora llegada, permitida del muy alto Señor en que su traicion habia de ser castigada (como adelante oiréis). Viendo la doncella ser su embajada venida en tal efecto, dijo al Rey y á sus hijos: Aparejados que

mañana serán aquí aquellos con que combatiros habeis; y cabalgando en su palafren tanto anduvo, que llegó al castillo, y contó á las dueñas y á los caballeros como enteramente habia su embajada recado; mas cuando dijo que Darafion los tenia por locos en ser de casa del rey Lisuarte, á gran saña fue Amadis movido, y dijo: Pues aun que en aquella casa hay tales que no ternian en mucho de le quebrantar la soberbia y aun la cabeza; mas vió que la ira le señoreaba, y pesóle de lo que dijera. Briolanja, que de los ojos no partia, que lo sintió, dijo: Mi señor, no podeis vos decir ni hacer tanto contra aquellos traidores que ellos no merezcan mas, y pues que sabeis la muerte de mi padre y el tiempo que ha tan sin razon desheredada me tienen, habed de mi piedad, que en Dios y en vos dejo toda mi hacienda.

Amadis que el corazon tenia sojuzgado á la virtud en toda blandura puesto, hubo duelo de aquella hermosa doncella, y díjola: Mi buena señora, la esperanza que en Dios teneis tengo yo que mañana antes que noche sea la vuestra gran tristeza será en gran claridad de alegría tornada. Briolanja se le humilló tanto, que los pies le quiso besar; mas él con mucha vergüenza se tiró á fuera, y Agrajes la levantó por las manos pues luego fué acordado que partiendo de allí al alba del dia, fuesen á oir misa á la ermita de las tres Fuentes que á media legua de Sobradisa estaba. Así holgaron aquella noche muy viciosos y á su placer, y Briolanja que con Amadis hablara mucho, estuvo muchas veces movida de le requerir de casamiento, y habiendo que los pensamientos tan ahincados y las lágrimas que algunas veces por sus faces via, no de la flaqueza de su fuerte corazon se causaban, á mas de ser atormentado, sojuzgado y afligido de otra por quien él aquella pasion que ella por él pasaba sostenia: así que refrenando la razon á la voluntad, la hicieron detener, partióse dél porque durmiendo y reposando á la hora ya dicha levantarse pudiese. Pues la mañana venida, tomando Amadis y Agrajes consigo á Grononesa y á Briolanja con la otra su compaña,

á una hora del dia fueron en la ermita de las tres Fuentes, donde de un hombre bueno ermitaño la misa oyeron, y aquellos caballeros con mucha devocion á Dios rogaron, que así como él sabia tener ellos derecho y justicia en aquella batalla, así por él su merced les ayudase; y luego se armaron de todas sus armas, solamente llevando los rostros y las manos sin ellas, y cabalgando en sus caballos y ellas en sus palafrenes, continaron su camino hasta la ciudad de Sobradisa llegar, donde fuera della hallaron al rey Abiseos y á sus hijos, que con gran compañía de gente sabiendo ya su venida los atendian: todos se llegaban á la parte donde Briolanja venia, que á Amadis traia por la rienda, y amábala de corazon teniéndola por su derecha y natural señora, y como Amadis llegó con ella á la priesa de la gente, quitóla los antifaces porque todos el su hermoso rostro viesen; y cuando asi la vieron, cayendo las lágrimas de sus ojos y volviendo el rostro contra ellos, con mucho amor en sus corazones la bendecian, rogando á Dios que su desheredamiento mas adelante no pasase. Abiseos que delante de sí á su sobrina vió, no pudo tanto la codicia ni la maldad que de gran vergüenza escusar le pudiese, acordándosele de la traicion que al Rey su padre hiciera: mas como mucho tiempo en ello endurecido estuviese, pensó que la fortuna aun no era enojada de aquella gran alteza en que le pusiera, y sintiendo lo que la gente en ver á Briolanja sentia, dijo: Gente captiva y desventurada, bien veo el placer que esta doncella con su vista os da, y esto os hace mengua de seso, que si lo tuviésedes, mas conmigo que soy caballero que con ella siendo una flaca mujer os debíades contentar y honrar para vuestro descanso y defendimiento: sino ved que fuerza ó favor es el suyo, que en cabo de tanto tiempo no pudo alcanzar mas de estos caballeros, que con tan gran engaño viniendo á recibir muerte ó deshonra me hace haber de ellos piedad. Oyendo esto Amadis á gran enojo fué movido, tanto que por los ojos la sangre le parecia salir; y dijo á Abiseos, levantán-

dosecn los estribos, así que todos lo oyeron: Abiseos, yo veo que mucho te pesa con la venida de Briolanja, por la gran traicion que hiciste cuando mataste á su padre que era tu hermano mayor y señor natural: y si en ti hay virtud, y conocimiento, que apartándote de esta gran maldad á ella lo suyo dejases, daria yo lugar quitándote la batalla para que de tu pecado demandando á Dios merced, tal penitencia hacer pudieses, que así como en este mundo la honra tienes perdida, en el otro donde has de ir el ánima con su salvacion lo reparase. Darafion salió con su gran ira delante, antes que su padre responder pudiese, y dijo: Cierto, caballero loco de casa del rey Lisuarte, nunca yo pensé que á ninguno pudiera tanto sufrir que delante de mi dijese lo que tú has dicho: pero hágolo porque si osares tener lo que tú has puesto, mi saña no tardará de ser vengada, y si el corazon faltándote huir quisieres, no estarás en parte que no te pueda haber y mandar castigar, de tal manera que penen de tí todos aquellos que lo miraren. Agrajes le dijo: Pues que la traicion de tu padre así quieres sostener, ármate y vente á la batalla como estás asentado; y si tu ventura fuere tal que la muerte que sobre vuestras honras teneis sea resucitada, sino habrás aquella y ellas contigo que vuestras malas obras merecen. Dí lo que quisieres, dijo Darafion, que poco tardará en que esa tu lengua sin cuerpo sea enviada á casa del rey Lisuarte, porque viendo esta pena se atienten los semejantes que tú en sus locuras. Y luego comenzó á demandar sus armas, y su padre y su hermano otro sí, y armóse, y cabalgando en sus caballos se pusieron en una plaza que para las lides antiguamante limitada era; y Amadis con Agrajes enlazando sus yelmos, y tomando los escudos y lanzas, se metieron con ellos en el campo. Dramis, el hermano mediano, que era valiente caballero, tanto que dos caballeros de aquella tierra no le tenian campo, dijo á su padre: Señor, donde vos y mi hermano estábades, escusado tenia yo de hablar: mas agora que lo tengo yo

de obrar con aquella fuerza grande que de Dios, y de vos hube, dejadme con aquel caballero que mal os dijo, y si de la primera lanzada no le matare, nunca quiero armas traer, y si tal su ventura fuere que no le acierte á derecho golpe, lo semejante haré del primer golpe de espada. Muchos oyeron lo que este caballero dijo y metieron en ello mientes, no teniendo en mucho aquella su locura, ni dudando que no la pudiese acabar, segun las grandes cosas que en armas vieran hacer. Pues así estando, Darafion los miró, y vió que no eran mas de dos y dijo en altas voces: ¿Qué es esto? si que tres habeis de ser, creo que el corazon le faltó á el otro: llamadle que venga aina no nos detengamos. No os dé pena, dijo Amadis, el tercero, que bien hay aquí quien le escuse, y yo fio en Dios que no pasará mucho tiempo que el segundo querriades ver fuera, y dijo: Agora os guardad. Entonces dejaron correr los caballos contra sí lo mas recio que pudieron muy bien encubiertos de sus escudos, y Dramis enderezó á Amadis, y hiriéronse tan bravamente en los escudos que los falsaron y las lanzas llegaron á los costados, y Dramis quebrantó su lanza; mas Amadis le hirió tan bravamente, que sin que el arnés fuese roto, en ninguna parte le quebrantó dentro del cuerpo el corazon, y dió con el muerto en el suelo tan gran caida que pareció que cayera una torre. En el nombre de Dios, dijo Ardian el enano: Ya mi señor es libre, y mas cierta me parece su obra que la amenaza del otro. Agrajes fué á los dos, y encontróse con Darafion, y las lanzas fueron quebradas, y Darafion perdió la una estribera, mas no cayó ninguno de ellos: Abiscos falleció de su golpe, y cuando tornó el caballo vió á su hijo Dramis muerto que no bullia, de que tuvo muy gran pesar; pero no pensaba que aun del todo era muerto, y dejóse ir con gran saña á Amadis, como aquel que á su hijo pensaba vengar, y apretó recio la lanza sobre el brazo, y hirióle tan duramente, que le faltó el escudo; así que el hierro de la lanza le metió por el brazo, y la lanza quebró; de manera que todos pensaron

que no se podria mas sostener en la batalla. Si desto hubo Briolanja pesar no es de pensar, que sin falta el corazon y la lumbre de los ojos la falleció, y cayera del palafren sino la acorrieran, mas aquel que de tales golpes no se espantaba, apretó bien en el puño la buena espada que á Arcalaus tomara poco habia, y fué á herir á Abiseos de tan gran golpe por encima del yelmo, que la espada hizo descender á el hombro y cortó en él, y entró por la cabeza hasta el hueso; y fué Abiseos tan cargado del golpe y tan aturdido, que no pudo estar en la silla, y cayó que apenas se podia tener. Mucho fueron espantados los que miraban como así Amadis de dos golpes habia atordido dos tan fuertes caballeros, que bien creian no los haber en el mundo mejores, y dejóse ir á Darafion que se combatia con Agrajes tan bravamente, que á duro se hallarian otros dos que mejor lo hiciesen, y dijo: Cierto Darafion, yo creo bien que antes os placeria ahora ver el segundo fuera que no que el tercero sobreviviese; y Darafion no respondió, mas cubrióse bien de su escudo, y Amadis que lo iba á herir púsose delante, y dijo: Cormano señor, asaz habeis hecho, dejadme á mi con este, que con tanta soberbia me amenazó que me sacaria la lengua; mas Amadis, como iba con gran saña, no entendió lo que Agrajes le dijo, y pasó por él, y dió á Darafion tan gran golpe en el escudo, que todo lo que le alcanzó fué á tierra, y descendió la espada al lazo delantero y cortó hasta la cervíz del caballo, y al pasar Darafion se pasó tanto, que hubo lugar de le meter la espada por la barriga del caballo, y cuando se sintió herido, comenzó á huir con Amadis sin lo poder detener; pero él tiró tan fuerte por las riendas, que se le quedaron en la mano: y como se vió sin ningun remedio, y que el caballo lo sacaria del campo, dióle con la espada tal golpe entre las orejas, que la cabeza le hizo dos partes y cayó en tierra muerto, de tal manera que Amadis fué muy quebrantado; mas levantóse muy presto aunque á grande afan, y con su espada en la mano se fué contra Abiseos, que ya se levantara y iba

á ayudar á su hijo: y á esta hora dió Agrajes con su espada tan gran golpe á Darafion por encima del yelmo, que no la pudo dél sacar, y llevóla en él metida, y comenzóle á herir con la suya de grandes golpes; y des que Agrajes se vió sin espada, no hizo continente de flaqueza, antes se metió por su espada tan presto, que el otro no tuvo lugar de lo poder herir, y abrazóse con él, asi como aquel que era muy liberal; y Darafion echó la espada de la mano y trabóle fuertemente con sus brazos, y tirando uno y otro sacáronse de las sillas y cayeron en tierra, y estando así abrazados, que no se soltaban, llegó Abiseos y hirió de grandes golpes á Agrajes: y si algo de mas vagar tuviera matáralo; mas Amadis que así le vió, apresuróse cuanto pudo, y Abiseos que la falda del arnés le alcanzaba para la espada le meter llegó á él, y con miedo que hubo dejóle, y cubrióse de su escudo, y Amadis le dió en él tan gran golpe que se le hizo juntar con el yelmo, así que lo atordeció y estuvo por caer. Cuando Agrajes vió á su cormano cabe sí, esforzóse mas de se levantar, y Darafion así mismo: de manera que cada uno tuvo por bien de soltar á el otro, y levantándose en pié Agrajes que la espada del otro en el suelo vió, tomóla, y Darafion echó las manos en la que en el yelmo tenia, y tiró contra si, y la sacó, y fuese cabe su padre; mas Agrajes perdia tanta sangre de una herida que tenia en la garganta, que todas sus armas della eran tintas. Cuando así le vió Amadis hubo gran pesar, que pensó ser la llaga mortal, y dijóle: Buen cormano, holgad vos y dejadme con estos traidores. Señor, dijo él, no he llaga por que os deje de ayudar, como agora veréis: Pues á ellos, dijo Amadis: Entonces los fueron á herir de muy grandes golpes; mas pensando Amadis que Agrajes era en peligro de su herida, con el gran pesar crecióle la ira, y con ella la fuerza, de tal manera, que al uno y al otro en poca de hora los paró tales que las armas eran hechas pedazos, y las carnes poco menos. Así que ya no pudiendo sufrir los sus muy duros golpes andábanle huyendo de acá

y de allá temiendo con el gran miedo de la muerte. En esta desventura que oís se sufrió Abiseos y su hijo Darafion hasta hora de tercia: y como vió que su muerte tenia llegada, tomó la espada con ambas manos, y dejóse ir con gran ira á Amadis, é hirióle duramente por encima del yelmo de tal golpe que no parecia de hombre, tan mal llagado, que le llagó y derribóle el canto del yelmo, y descendió la espada al hombro siniestro y cortóle una pieza del arnés con una pieza de la carne. Amadis se sintió de este golpe gravemente, y no tardó mucho de le darle el pago, é dióle tan mortal golpe con toda su fuerza en el mal aventurado brazo con que á su hermano el rey y á su señor natural él matara, que cortando junto al hombro todo se lo derribó en tierra.

Cuando Amadis así le vió, dijo: Abiseos, veis ende el que con traicion te puso en gran placer y alteza, y agora te pone en la muerte y hondura del infierno. Abiseos cayó con la cuita de la muerte, y Amadis miró por el otro, é vió como Agrajes le tenia en tierra y le habia cortado la cabeza. Entonces fueron todos los de la tierra muy alegres á besar la mano á Briolanja su señora.

Consiliaria.

Tomad ejemplo, codiciosos, de aquellos que por Dios los grandes señoríos son dados en gobernacion, que no solamente no tener en la memoria de le dar gracias por vos haber puesto en alteza tan crecida, mas contra sus mandamientos perdiendo el temor á él debido, no siendo contentos con aquellos estados que os dió, y de vuestros antecesores os quedaron, con muertes, con fuegos y robos los agenos de los que en la ley de la verdad son, quereis usurpar y tomar, huyendo y apartando los vuestros pensamientos de volver vuestras sañas y codicia contra los infieles, donde todo muy bien empleado seria, no queriendo

gozar de aquella gran gloria que los nuestros católicos reyes en este mundo y en el otro gozan y gozarán, porque sirviendo á Dios con muchos trabajos lo hicieron. Pues acuérdeseos que los grandes estados y riquezas no satisfacen á los codiciosos y dañados apetitos antes en muy mayor cantidad los enciende. Y vosotros los menores, aquellos á quien la fortuna tanto poder y lugar dió que siendo puestos en sus consejos para los guiar, asi como el timon á la gran nave guia y gobierna, aconsejadlos fielmente, amadlos, pues que en ello servís á Dios y servís á todo lo general. Y aunque de este mundo no alcanceis la satisfaccion de vuestros deseos, alcanzaréisla en el otro, que es sin fin; é si al contrario lo haceis por seguir vuestras pasiones y vuestras codicias, al contrario os verná todo con mucho dolor y angustia de vuestras ánimas, que con mucha razon se debe creer ser todo lo mas á cargo vuestro; porque los principales ó con su tierna edad, ó con enemiga, podria ser de sus juicios turbarse y ponerse sin ninguna recordacion de sentido en contra de las agudas puntas de las espadas, teniendo aquello por lo mejor; así que su culpa alguna desculpa seria, en especial haciéndolo con vuestro consejo; pero vosotros que estais libres, que veis el yerro ante vuestros ojos, y teniendo en mas la gracia de los hombres mortales que la ira del muy alto Señor, no solamente no los refrenais y procurais de quitar de aquel gran yerro, mas esperando de ser en mayor grado tenidos, mas aprovechados, olvidando lo espiritual, abrazaisos con las cosas del mundo, no se os acordará con muchos consejeros de los altos hombres pasaron por la cruel muerte, que aquellos mismos á quien mal aconsejaron les hicieron dar: porque aunque al presente las cosas erradas siendo conformes á los dañados deseos mucho contentamiento den, despues cuando es apartada aquella niebla obscura y queda claro el verdadero conocimiento, en mayor cantidad son aborrecidas con aquellos que las aconsejaron. Pues tomad los unos y los otros aviso en aquel rey que la desordenada

codicia movió su corazon á tan gran traicion, matando aquel hermano, su rey y señor natural, sentado en la real silla: haciéndole la cabeza y corona dos partes, quedando él señoreando con mucha fuerza y con mucha gloria á su parecer aquel reino, creyendo tener la mudable fortuna debajo de sus pies. Pues ¿ qué fructo de estas tales flores sacó? Por cierto no otro, salvo quel Señor del mundo sufridor de muchas injurias, perdonador piadoso dellas, con el debido conocimiento y arrepentimiento, cruel vengador, no le habiendo permitido que allí viniese aquel crudo ejecutor Amadis de Gaula, que matando á Abiseos y á sus hijos, por él fue vengada aquella tan gran traicion que á aquel noble rey fue hecha: é si sus corazones destos muy gran estrechura en la batalla pasaron, en ver las sus armas rotas, las carnes muy despedazadas á causa de lo cual la cruel muerte padecieron, no creais en ello haber pagado y purgado su culpa, antes las ánimas que con muy poco conocimiento de aquel que las crió en sus yerros y pecados parcioneras en los crueles infiernos, en las ardientes llamas sin ninguna reparacion perpetuamente serán dañadas. Pues dejemos aquestas cosas perecederas que de otros muchos con grandes trabajos fueron mal ganadas y con gran dolor dejadas, pagando lo que pecaron por las sostener, y por nosotros por el semejante dejadas serán y procuremos aquellas que gloria sin fin prometen.

Torna la historia á contar el propósito comenzado. Venida la batalla por Amadis y Agrajes en que murieron Abiseos y sus dos valientes hijos (como ya oistes) habiéndolos echado fuera del campo, no quiso Amadis desarmarse, aunque llagado estaba, hasta saber si algun intervalo que á Briolanja para cobrar el reino habia que lo estorbase; mas luego llegó allí un gran señor y muy poderoso en el reino, que Goman habia nombre, con hasta cien hombres de su linaje y casa, que á la sazon con él se hallaron, y aquel hizo cierto á Amadis, como aquel reino no pudiendo mas hacer, tan largo tiempo habia sido sojuzgado de

aquel que con gran traicion á su señor natural habia muerto; y que pues Dios tal remedio pusiera, que no temiese ni pensase sino que todos estaban en aquella lealtad y vasallaje que debian á aquella su señora Briolanja. Con esto se fue Amadis, y toda la campaña á los reales palacios, donde no pasaron ocho dias, que todos los del reino con mucho gozo y alegría de sus amigos vinieron á dar su obediencia á la reina Briolanja. Allí fue Amadis echado en un lecho, donde nunca aquella hermosa reina que mas que á sí misma le amaba dél se partió, sino fuese para dormir; y Agrajes, que muy peligroso herido estaba, fue puesto en guarda de un hombre que de aquel menester mucho sabia, teniéndolo en casa, por le quitar que con ninguno hablase: que la herida era en la garganta, y así le convenia que lo hiciese. Todo lo que mas desto en este libro primero se dice de los amores de Amadis y desta hermosa Reina, fue acrecentado (como ya se os dijo) y por eso como superfluo y vano se deja de recontar, pues que no hace al caso: antes esto no verdadero contradiria y dañaria lo que con mas razon aquesta grande historia adelante contará.

CAPITULO XLIV.

De como D. Galaor y Florestan yendo su camino para el reino de Sobradisa encontraron tres doncellas á la Fuente de los Olmos.

Florestan y don Galaor estuvieron en el castillo de Corisanda como habeis oido, hasta que fueron guaridos de sus llagas, y entonces acordaron de se partir por buscar á Amadis, que entendian hallarlo en el reino de Sobradisa, deseando que la batalla que allí habia él de haber no fuese dada hasta que ellos llegasen, y hubiesen parte del peligro y de la gloria, si Dios se la otorgase. Cuando Florestan se

despidió de su amiga, sus angustias y dolores fueron tan sobrados, y con tantas lágrimas, que ellos habian della gran piedad, y Florestan la conortaba, prometiéndola que lo mas presto que ser pudiese la tornaria á ver. Della despedidos, armados y en sus caballos y sus escuderos consigo, se fueron á entrar en la barca porque á la tierra los pasasen; y en el camino de Sobradisa Florestan dijo á don Galaor: Señor, otorgadme un don por cortesía. ¿Pesar me ha, mi señor y buen hermano? dijo don Galaor. No pesará, dijo él. Pues demandad aquello que yo buenamente sin mi vergüenza pueda cumplir, que de grado lo haré. Demando os, dijo don Florestan, que no combatais en esta carrera por cosa que venga, hasta que veais que no puedo al hacer. Ciertamente, dijo don Galaor, pésame de lo que demandastes. No os pese, dijo Florestan, que si alguna cosa yo valiere, tanto es la honra vuestra como mia, y así les avino que en los cuatro dias que por aquel camino anduvieron nunca hallaron que de contar sea, y el dia postrimero llegaron á una torre á tal hora que era razon de albergar, y á la puerta del corral hallaron un caballero que de buen talante los convidó, y á ellos plugo quedar allí aquella noche: y haciéndolos desarmar y tomar sus caballos para que se los curasen, diéronles sendos mantos que cubrieron, y anduvieron por allí hablando y holgando, hasta que dentro en la torre llegaron, y dieron muy bien de cenar. Aquel caballero cuyos huéspedes eran, era grande, y hermoso y bien razonado: mas veíanle algunas veces tornar tan triste, y con tan gran cuidado que los hermanos miraron en ello, y hablaban entre sí que cosa seria, y don Galaor le dijo: Señor, parécenos que no sois tan alegre como seria menester, y si vuestra tristeza es por cosa en que nuestra ayuda prestar pueda, decídnoslo y harémos vuestra voluntad. Muchas mercedes, dijo el caballero, que así entiendo que lo haréis como buenos caballeros: pero de mi tristeza la causa es fuerza de amor: y no os diré agora mas que se-

ria mi gran vergüenza; y hablando en otras cosas llegóse la hora del dormir, é yéndose el huésped á su albergue, quedaron ellos en una cámara asaz hermosa, donde dos lechos habia, en que aquella noche durmieron y descansaron, y á la mañana diéronle sus armas y caballos, y continuaron su camino: y el huésped con ellos desarmado encima un caballo grande y ligero, por les hacer compañía, y por ver lo que adelante hallaban: así los fue guiando no por el derecho camino, mas por otro que él sabia, donde queria ver si eran tales en armas como su presencia lo mostraba, y anduvieron tanto hasta que llegaron á una fuente que en aquella tierra habia, que llamaban la Fuente de los Tres Olmos, porque ahí habia tres olmos grandes y altos. Pues allí llegados, vieron tres doncellas que estaban cave la frente, y pareciéronles asaz hermosas y bien guarnidas, y encima de los otros vieron un enano. Florestan se metió adelante, y fué á las doncellas, y saludólas muy cortés, como aquel que era mesurado y bien criado, y la una le dijo: Dios os dé salud, señor caballero, si sois tan esforzado como hermoso, mucho bien os hizo Dios. Doncella, dijo él, si tal la hermosura os parece, mejor os pareceria la fuerza si la menester hobiéredes. Bien decís, dijo ella, y agora quiero ver si vuestro esfuerzo bastará para me llevar de aquí. Cierto dijo don Florestan para eso poca bondad bastaria: y pues así lo quereis, yo os llevaré. Entonces mandó á sus escuderos que la pusiesen en un palafren que allí atado á las ramas de los olmos estaba. Cuando el enano que arriba en el olmo estaba aquello vió, dió voces, salid caballeros salid, que os llevan vuestra amiga, y á estas voces salió de un valle un caballero bien armado encima de un caballo é dijo á don Florestan: ¿Qué es eso caballero? quién os mandó poner mano en mi doncella? No tengo yo que sea vuestra pues que por su voluntad me demanda que de aquí la lleve. El caballero le dijo: Aunque ella lo otorgue no os consentiré yo, que la defendí á otros mejores que vos. No sé, dijo Florestan,

como será ; mas sino haceis al destas palabras llevarla he. Antes sabréis , dijo él, que tales son los caballeros deste valle, y como defienden á las que aman. Pues agora aguardad , dijo Florestan. Entonces dejaron correr contra sí los caballos , é hiriéronse de las lanzas en los escudos, y caballero quebró su lanza , y Florestan le hizo dar del brocal del escudo en el yelmo que le hizo quebrar los lazos y derribóselo de la cabeza, y no se pudo tener en la silla ; así que cayó sobre la espada , é hizóla dos pedazos : Florestan pasó por él y cogió la lanza sobre mano, y tornó al caballero , é violo tal como muerto , y poniéndole la lanza en el rostro , dijo : Muerto sois. Ay señor merced , dijo el caballero , ya veis que tal como muerto estoy. No os aprovecha eso , dijo él, si no otorgais la doncella por mia. Otórgola , dijo el caballero , y maldita sea ella , y el dia en que la vi que tantas locuras me á hecho hacer hasta que perdí mi cuerpo. Florestan le dejó y fuese á la doncella , é dijo : Vos sois mia. Bien me ganastes, dijo ella , y podeis hacer de mi lo que os pluguiere. Pues agora nos vamos , dijo él. Mas otra doncella de las que á la fuente quedaban , le dijo: Señor caballero, buena compañía partistes, que un año ha que andamos juntas , y pésanos de así nos partir. Florestan dijo : Si en mi compañia quereis ir, yo os llevaré y así no seréis de una compañia partidas , que de otra guisa no se puede hacer, porque doncella tan hermosa como esta, no la dejaria yo aqui : si es hermosa, dijo ella , ni yo me tengo por tan fea que cualquiera caballero por mi no deba un gran hecho acometer , mas no creo yo que seréis vos de los que lo osasen hacer. Como, dijo Florestan , cuidais que por miedo os dejo : así Dios me ayude no era sino por no pasar vuestra voluntad, y agora lo veréis. Entonces la mandó poner en otro palafren , y el Enano dió voces como de primero, y no tardó que salió del valle otro caballero bien armado en un buen caballo que apuesto parecia, y en pos dél un escudero que traia dos lanzas, é dijo á Florestan : Don caballero, ganastes una doncella , y no

contento llevais la otra; agora converná que las perdais ambas y la cabeza con ellas, que no conviene á caballero de tal linaje como vos tener en su guarda mujer de tan alta guisa como la doncella es. Mucho loais, dijo Florestan, pues tales dos caballeros hay en mi linaje, que los querria antes en mi ayuda que no á vos solo. Por preciar tú tanto los de tu linaje, dijo el caballero, no te tengo por eso en mas, que á ti y á ellos precio tanto como nada; mas tú ganastes una doncella de aquel que poder no tuvo para la amparar, é si yo te venciere sea la doncella mia, é si vencido fuere lleva con ella esa otra que yo guardo. Contento soy dese partido, dijo Florestan. Pues ahora os guardad si pudiéredes, dijo el caballero. Entonces se dejaron ir á todo el correr de los caballos, y el caballero hirió á don Florestan en el escudo que se lo falsó, y detúvosele en el arnés, que era fuerte y bien mallado, y la lanza quebró: y Florestan falleció de su encuentro y pasó adelante por él. El caballero toma otra lanza al escudero que las traia; y don Florestan que con vergüenza estaba muy sañudo, porque delante de su hermano el golpe errara, dejóse ir á él, y encontróle tan fuertemente en el escudo, que se lo falsó, y el brazo en que lo traia, y pasó la lanza hasta la loriga, y púsola tan fuertemente que le alzó de la silla, y le puso encima de las ancas del caballo: el cual como allí se sintió, lanzó las piernas con tanta braveza que dió con él en el campo que era duro tan gran caida que no bullia pié ni mano. Florestan que así lo vió, dijo á la doncella: Mia sois; que este vuestro amigo no os defenderá á vos, ni á sí tampoco. Así me semeja, dijo ella. Don Florestan miró á la otra doncella que sola á la fuente quedaba, é vióla muy triste, é díjola: Doncella, si no os pesa no os dejaría ende sola. La doncella miraba contra el huésped, é dijole: Aconséjoos que de aquí os vais, que bien sabeis vos que estos dos caballeros no son bastantes para os defender del que agora verná, é si os alcanza no hay al sino muerte.

Todavia, dijo el huésped, quiero ver lo que averná,

que este mi caballo es muy corredor, y mi torre cerca; así que no hay peligro ninguno. ¡Ay, dijo ella, guardaos que no sois mas de tres, y vos desarmado: y bien sabeis que para contra él es tanto como nada! Cuando esto oyó D. Florestan, hubo mayor deseo de llevar la doncella por ver aquel de quien tan altamente hablaban, é hízola cabalgar en otro palafren, como á las otras: y el Enano que arriba estaba en el olmo dijo: Don caballero, en mal punto sois tan osado, que agora verná quien vengará á sí y á los otros; entonces dijo á grandes voces: Corred, señor, que mucho tardais, y luego salió del valle donde los otros, un caballero que traia las armas partidas con oro, y venia en un caballo bayo, tan grande y fiero que bastara para un gigante y el caballero era así muy grande y membrudo, que bien parecia en él haber gran fuerza y valentía, y todo armado sin faltar ninguna cosa, y en pos dél venian dos escuderos armados de arneses y capellinas como sirvientes, y traian sendas hachas en sus manos, grandes y tajantes, de que el caballero se preciaba mucho herir é dijo á D. Florestan: Está quedo, caballero, y no huyas que no te aprovechará que todavía conviene que mueras; pues muere como esforzado y no como cobarde, pues por cobardía no puedes escapar. Cuando Florestan se vió amenazar de muerte y aviliar de cobarde fue tan sañudo que maravilla era, é dijo: Ven captiva cosa y mala y fuera de razon sin talle, que así me ayude Dios yo te temo como á una bestia sin esfuerzo y corazon. ¡Ay, dijo el caballero; como me pesa que no seré vengado con cosa que en ti haga, y Dios me mandase que estuviesen ahí los cuatro de tu linaje que tú mas precias porque les cortase las cabezas contigo! De mí solo te guarda, dijo Florestan, que yo haré con la ayuda de Dios que ellos sean escusados. Entonces se dejaron así correr las lanzas bajas, y bien cubiertos de sus escudos y cada uno habia gran saña del otro: los encuentros fueron tan grandes en los escudos que entre ambos los falsaron, y así mismo los arneses fueron con la gran fuerza desmallados, y el caballero perdió

las estriberas ambas, y saliera de la silla si no se abrazara á las cervices del caballo, y D. Florestan que por él pasó, fuese á uno de los escuderos y trabóle de la hacha que tenia en la mano, y tiró por ella tan recio, que á él y á la bestia derribó en el suelo; y fue al caballero, que enderezándose en la silla habia tomado la otra hacha, que el que la tenia fue presto á se la poner en las manos: y ambas las hachas fueron alzadas, é hiriéronse encima de los yelmos que eran de fino acero, y entraron por ellos mas de tres dedos, y D. Florestan fue asi cargado del golpe que los carrillos le hizo juntar con el pecho; y el gran caballero fue tan desacordado que saliéndole la hacha de las manos quedó metida en el yelmo de Florestan y no tuvo tal poder que la cabeza levantar pudiese de sobre el cuello del caballo; y Florestan tornó por le herir y como así le tuvo tan baja dióle por entre el yelmo y la garganta de la loriga en descubierto tal golpe, que ligeramente le derribó la cabeza á los pies del caballo. Esto hecho fuese á las doncellas, y la primera dijo: Cierto, buen caballero, tal hora fue que no creia que tales diez como vos nos ganaran como vos nos ganastes, y derecho es que por vuestras nos tengais. Entonces llegó á él su huésped que era caballero mancebo y hermoso como ya oistes é dijo: Señor, yo amo de gran amor á esta doncella y ella á mi. Y habia un año que aquel caballero que vos matasteis me la ha tenido forzada sin que ver me la dejase, y agora que la puedo haber por vos, mucho os agradeceré que os pese dello. Ciertamente huesped, dijo él, si así es como lo decis en mi hallareis buen ayudador: pero contra su voluntad no la otorgaria á vos ni á otro. Ay Señor, dijo la doncella, á mí me place, é yo os ruego mucho que á él me deis que mucho le amo. En el nombre de Dios, dijo Florestan, yo os hago libre que á vuestra voluntad hagais. La doncella se fue con el huésped siendo muy alegre. Galaor mandó tomar el gran caballo, que le parecia el mas hermoso que nunca viera, y dió á su huésped el que él traia, y despues entraron en

su camino y las doncellas con ellos: é dijo os que eran niñas y hermosas, y Don Florestan tomó para sí la primera, é dijo á la otra: Amiga, haced por ese caballero lo que á él pluguiere que yo oslo mando. ¿Como, dijo, á este que no vale tanto como una mujer me quereis decir, que os vió en tal cuita y no os ayudó? Cierto yo creo, que las armas que él trae, mas son para otro que para sí, segun es el corazon que en él se encierran: Doncella, dijo don Florestan, yo os juro por la fé que tengo de Dios, que os doy el mejor caballero que agora sé, si no es Amadis mi señor. La doncella cató á Galaor, é vióle tan hermoso y tan niño que se maravilló de aquello que oyó, y otorgóle su amor, y la otra á don Florestan, y aquella noche fueron á albergar en casa de una dueña hermana del huésped donde se partieran, y ella los hizo todo el servicio que pudo, des que supo lo que les aviniera, allí holgaron aquella noche y á la mañana tornaron á su camino, é dijeron á sus amigas: Nosotros habemos de andar por muchas tierras estrañas, y hacerse os ha gran trabajo de nos seguir, decidnos donde mas seréis contentas que os llevemos. Pues asi os place, dijeron ellas, cuatro jornadas de aquí en este camino que llevais está un castillo de una Dueña nuestra tia, y allí quedarémos: así continuaron su camino 'adelante: Don Galaor preguntó á su doncella: ¿Cómo os tenia aquel caballero?

Yo os lo diré, dijo la doncella. Sabed que aquel gran caballero que en la batalla murió, amaba mucho á la doncella que vuestro huésped llevó consigo, mas ella le desamaba de todo su corazon, y amaba al que le distes mas que á todas las cosas del mundo, y el caballero (como fuese el mejor destas tierras), tomóla por fuerza, sin que ninguno se lo contradijese, y ella nunca le quiso de su grado dar su amor, y como él tanto la amase, guardóse de la enojar, é díjola: Mi amiga, porque con gran razon de vos pueda ser yo amado, y querido como el mejor caballero del mundo, yo haré por vuestro amor esto que oiréis. Sabed

que un caballero que es nombrado en todas las partes por el mejor que nunca fue, que Amadis de Gaula es llamado, mató á un mi hermano en la corte del rey Lisuarte, que Dardan el soberbio habia nombre, y á este yo le buscaré y tajaré la cabeza, así que toda su fama en mí será convertida: y en tanto que esto se hace, porné yo con vos dos doncellas las mas hermosas de esta tierra que os aguarden, y darlas he por amigos dos caballeros los mejores de mi linaje, y sacaros hemos cada dia á la fuente de los tres olmos, que es paso de muchos caballeros andantes; é si os quisieren tomar allí, veréis hermosas justas, y lo que yo en ellas haré; así que por vuestro grado seré muy querido de vos, así como yo os amo. Esto dicho, tomó á nosotros y diónos á aquellos dos caballeros que vencidos fueron, y hannos tenido en aquella fuente un año, adonde han hecho muchas y grandes caballerías, hasta agora que D. Florestan partió el pleito. Ciertamente, amiga, dijo Galaor, su pensamiento de aquel caballero era asaz grande, si adelante como lo dijo lo pudiera llevar. Pero antes creo que pasara por gran peligro, si él se encontrara con aquel Amadis que él buscar queria. Así me parece á mí, dijo ella, segun la mejoría conoceis que sobre vosotros tiene. ¿Cómo habia nombre aquel caballero? dijo D. Galaor. Alumas, dijo ella, y creed que si su gran soberbia no le estragara, que de muy alto hecho de mas era. En esto y en otras cosas hablando anduvieron tanto, que llegaron al castillo de la tia de las doncellas, donde muy servidos fueron, sabiendo la dueña como D. Florestan matara á Alumas y á sus compañeros venciera, que á tan sin causa y razon aquellas sus sobrinas con mucha deshonra por fuerza tenian. Pues dejándolas allí, cabalgaron otro dia, y anduvieron tanto, que los cuatro dias fueron á una villa del reino de Sobradisa, y allí supieron como Amadis y Agrajes mataran en la batalla á Abiseos y á sus hijos, y habian hecho reina á Briolanja sin intervalo alguno, de que hobieron muy grande gozo y placer, y dieron muchas gracias á Dios. Y

partiendo de allí, llegaron á la ciudad de Sobradisa, y fuéronse derechamente á los palacios, sin que persona los conociese, y descabalgando de sus caballos entraron donde Amadis y Agrajes, que ya sanos de sus heridas eran, estaban con la nueva y hermosa Reina. Cuando Amadis así los vió, que ya por la doncella que á D. Galaor habia guiado los conocia, y vió á D. Florestan tan grande y tan hermoso, y que de su alta bondad ya tenia noticia, fue para él, cayéndole de los ojos lágrimas de alegría, y D. Florestan hincó ante él los hinojos, por le besar las manos; mas Amadis le levantó abrazándole y besándole, y preguntándole muy por extenso de las cosas que acaecido le habian. Y despues habló á D. Galaor, y ellos á su cormano Agrajes, que mucho le amaban. Cuando la hermosa reina Briolanja vió en su casa tales cuatro caballeros, habiendo tanto tiempo estado desheredada, y con tanto miedo encerrada en un castillo, donde casi por piedad la tenian, y que ahora cobrada en su honra, en su reino, con tan gran vuelta de la rueda de la fortuna, y que no solamente para lo defender tenia aparejo, mas aun para conquistar los agenos, hincó los hinojos en tierra, (despues de haber con mucho amor aquellos dos hermanos recibido), dando grandes gracias al muy poderoso Señor, que en tal forma y con tan grande piedad della se acordara, é dijo á los caballeros: Creed cierto, señores, estas tales vueltas y mudanzas, y maravillas son del muy alto Ssñor, que á nos cuando las vemos muy grandes parecen, y ante el su gran poder en tanto como nada con razon deben ser tenidas Pues veamos agora estos grandes señoríos, estas riquezas que tantas congojas, cuitas, dolores y angustias nos traen por las ganar, y ganadas, por las sostener, seria mejor como supérfluas y crueles atormentadoras de los cuerpos, y mas de las ánimas, dejarlas y aborrecerlas, viendo no ser ciertas ni durables. Por cierto, digo que no, antes afirmo que siendo con buena verdad, con buena conciencia ganadas y adquiridas, y haciendo dellas templadamente sa-

tisfaccion á aquel Señor que las da, reteniendo en nos tanta parte: no para que la voluntad, mas para que la razon satisfecha sea, podamos en este mundo alcanzar descanso, placer y alegría, y en el perpetuo, perpetuamente en la gloria gozar del fruto dellas.

LIBRO II.

Comienza el libro segundo de Amadis de Gaula. Y porque las grandes cosas que en el libro cuarto de Amadis se dirán, fueron desde la ínsula Firme, así como por él parece, conviene que en este segundo se haga relacion que cosa esta Insula fue, y quien aquellos encantamientos que en ella hubo y grandes riquezas dejó; porque siendo este el comienzo del dicho libro, en el lugar que conviene vaya relatado.

CAPITULO I.

En el cual se da cuenta de quien fue el rey Apolidon, y como y porque se hicieron los encantamientos en la ínsula Firme.

Un Rey fue en Grecia casado con una hermana del emperador de Constantinopla, en la cual hubo dos hijos muy hermosos, especialmente el mayor, que Apolidon hubo nombre, que así de fortaleza de cuerpo, como esfuerzo de corazon, en su tiempo ninguno igual le fue. Pues éste, dándose á las ciencias de todas artes con el sotil ingenio, que muy pocas veces con la gran valentía se concuerda, tanto dellas alcanzó, que así como la clara luna entre las estrellas, mas que todos los de su tiempo resplandecia, especialmente en las de nigromancia, aunque por ellas parece

que las cosas imposibles se obran. Pues este Rey su padre de estos dos infantes, siendo muy rico de dinero, y pobre de vida, segun su gran vejez, viéndose en el extremo de la muerte, mandó que á su hijo Apolidon por ser mayor, el reino le quedase; al otro, sus grandes tesoros y libros, que muchos eran, y mucho valian, dejaba: mas él desto no contento, con muchas lágrimas á su padre decia, que con aquello casi desheredado era. El padre torciendo sus manos, no pudiendo mas hacer, en gran angustia su corazon estaba. Mas aquel famoso Apolidon, que así para las grandes ofertas, como para los actos de virtud, su corazon digno era, viendo la cuita del padre, y la poquedad del hermano, dijo: que por que su alma consolada fuése, que tomando él los tesoros y sus libros, á su hermano dejaria el reino: de lo cual el Rey su padre muy consolado con muchas lágrimas de piedad, su bendicion le dió. Pues tomando Apolidon los grandes tesoros y los libros, aparejar hizo ciertas naves, así de buenos caballeros escogidos, como de bastimientos y armas. Y en ellas metido, por el mar se fue, no á otra parte, sino donde la ventura lo guiaba: la cual, viendo como este infante en su arbitrio se ponia, quiso que aquella grande obediencia de su viejo padre, dada con mucha gloria y grandeza, pagada le fuese, trayendo viento tan próspero, que sin intervalo la su flota en el imperio de Roma arribó, donde á la sazon el emperador era el Siudan llamado, del cual fue muy bien recibido. Y allí estando algun espacio de tiempo juntas sus grandes cosas en armas, que antes por otras tierras habia hecho, de las cuales en gran estima era su gran loor ensalzado, con las presentes que alli hizo, fue causa que con demasiado amor de una hermana del emperador Grimanesa llamada amado fue, que por todo el mundo su gran fama y hermosura en aquel tiempo entre todas las mujeres florecia. De que se siguió que él amándola como amado era, y no teniendo el uno ni el otro esperanza de ser sus amores en efecto venidos por ninguna guisa, de consentimiento de los dos, salida

Grimanesa de los palacios del emperador su hermano, y puesta en la flota de su amigo Apolidon por la mar navegando, á la ínsula Firme aportaron, que de un gigante bravo señoreada era, donde Apolidon, sin saber que tierra fuese, mandó sacar una tienda y un rico estrado en qué su señora holgase, que muy enojada de la mar andaba; mas luego á la hora, el bravo gigante armado á ellos viniendo, en gran sobresalto los puso, con el cual, segun la costumbre de la ínsula, por salvar á su señora, y á sí, y á su compaña, Apolidon se combatió; y venciéndole con su sobrada bondad y valentía quedando muerto en el campo, fue Apolidon libre señor de la ínsula, que despues de haber visto la su grande fortaleza, no solamente al emperador de Roma, á quien enojado tenia por le haber así traido á su hermana, mas á todo el mundo no temia: en la cual por ser el gigante tan malo y soberbio, muy desamado de todos era: y Apolidon despues de ser conocido, muy amado fue. Ganada la ínsula Firme por Apolidon, como habeis oido, en ella con su amiga Grimanesa, vivió diez y seis años, con tanto placer que sus ánimos satisfechos fueron de aquellos deseos mortales que el uno por el otro pasado habian. En aquel tiempo fueron hechos muy ricos edificios, así con sus grandes riquezas, como con su sobrado saber, que á cualquiera emperador, ó rey, por muy rico que fuere, fueran muy graves de acabar. En cabo de estos años, muriendo el emperador de Grecia sin heredero, conociendo los Griegos las bondades de este Apolidon, y ser de aquella sangre y linaje de los emperadores, por parte de su madre, de todos en una concordia y voluntad elegido fue, enviando á él allí donde en la ínsula estaba sus mensajeros, por los cuales le hacian saber quererlo por emperador. Apolidon, viendo ofrecérsele un tan gran imperio, como quiera que en aquella ínsula todos los deleites que hallarse podian alcanzase, y conociendo que de los grandes señoríos antes fatigas y trabajos que deleites y placeres se alcanzan, é si algunos hay, son mezclados con amargos

jaropes, siguiendo lo natural de los hombres mortales, cuyo deseo nunca es contento ni harto, acordó con su amiga, que dejando aquellos donde estaban, tomasen el imperio que se les ofrecia; mas ella habiendo gran mancilla que una cosa tan señalada como lo era aquella ínsula, donde tales y tan grandes cosas quedaban, poseida por aquel su grande amigo, el mejor caballero en armas que en el mundo se hallaba, y por ella que por el semejante sobre todas las de su tiempo su gran hermosura loada era, y junto con esto ser amados de sí mesmos, en la mesma perfeccion que del amor alcanzarse puede, rogó á Apolidon, que antes de su partida dejase alli por su gran saber como en los venideros tiempos aquel lugar señoreado no fuese, sino por persona que así en fortaleza de amar, como en lealtad de amores y de sobrada hermosura, á ellos entrambos pareciese. Apolidon la dijo: Mi señora, pues que así os place, yo haré de guisa que de aquí ningun señor ni señora ser pueda, sino aquellos que mas señalados en lo que habeis dicho sean. Entonces hizo un arco á la entrada de una huerta, en que árboles de todas naturas habia; y en otro sí, habia en ella cuatro cámaras ricas de extraña labor, y era cercada de tal forma, que ninguno á ella podia entrar sino por debajo del arco: encima dél puso una imágen de hombre, de cobre, y tenia una trompa en la boca, como que queria tañer; y dentro en el un palacio de aquellos puso dos figuras á semejanza suya y de su amiga, tales que vivas parecian, las caras propriamente como las suyas, y su estatura, y cabe ellas una piedra jaspe muy blanca; é hizo poner un padron de hierro de cinco codos en alto, á un medio trecho de ballesta en un campo grande que ende era, é dijo: De aquí adelante no pasará ningun hombre ni mujer si hubieren errado á aquellos que primero comenzaron á amar porque la imágen que veis tañerá aquella trompa con son tan espantoso, y humo y llamas de fuego, que los hará ser tollidos, y así como muertos, serán deste sitio lanzados; pero si tal caballero ó dueña ó doncella

aquí vinieren, que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya, como ya dije, entrarán sin ningun intervalo, y la imágen hará tan dulce son, que muy sabroso sea de oir á los que lo oyeren, y estos verán las nuestras imágenes y sus nombres escriptos en el jaspe, que no sepan quien los escribió. Y tomando por la mano á su amiga, la hizo entrar debajo del arco, y la imágen hizo el dulce son; y mostróla las imágenes y sus nombres de ellos en el jaspe escritos. Y saliéndose á fuera, tuvo Grimanesa gana de lo hacer probar, y mandó entrar algunas dueñas y doncellas suyas, mas la imágen hizo el espantoso son con gran humo y llamas de fuego, y luego fueron tollidas sin sentido alguno, y lanzadas fuera del arco, y los caballeros por el semejante; de que Grimanesa siendo cierta sin peligro ser, con mucho placer dellos se reia, agradeciendo mucho á su amado amigo Apolidon aquello que tanto en satisfaccion de su voluntad habia hecho, y luego le dijo: Mi señor, ¿ pues qué será de aquella rica cámara en que tanto placer y deleite hubimos? Agora, dijo él, vamos allá, y veréis lo que ahí haré. Entonces fueron donde la cámara era, y Apolidon mandó traer dos padrones, uno de piedra y otro de cobre, y el de piedra hizo poner á cinco pasos de la puerta de la cámara, y el de cobre otros cinco mas desviado, é dijo á su amiga: Agora sabed que en esta cámara no puede hombre ni mujer entrar en ninguna manera ni tiempo, hasta que aquí venga tal caballero que de bondad de armas me pase, ni mujer si á vos de hermosura no pasare. Pero si tales vinieren que á mí de armas y á vos de hermosura venzan, sin estorbo alguno entrarán, y puso unas letras en el padron de cobre que decian: «De aquí pasarán los caballeros en que gran bondad de armas hubiere, cada uno segun su valor así pasará adelante.» Y puso otras letras en el padron de piedra que decia: «De aquí no pasará sino el caballero que de bondad de armas á Apolidon pasará.» Y encima de la puerta de la cámara puso unas letras que de-

cian: «Aquel que me pasare de bondad entrará en la rica cámara y será señor de la ínsula, y así llegarán las dueñas y doncellas, así que ninguna entrará dentro, si á vos de hermosura no pasares; é hizo con su sabiduría tal encantamiento, que con doce pasos al rededor ninguno á la cámara llegar podia, ni tenia otra entrada sino por la via de los padrones que habeis oido. Y mandó que en aquella ínsula hubiese un gobernador que la rigiere y cogiese las rentas della, y fuesen guardadas para aquel caballero que ventura hobiese de entrar en la cámara, ó fuese señor de la ínsula. Y mandó que los que falleciesen en lo del arco de los Amadores, sin les hacer honra los echasen fuera, y á los que lo acabasen los sirviesen, é dijo mas: Que los caballeros que la cámara probasen y no pudiesen entrar al padron de cobre, que dejasen allí las armas, y los que algo del padron dejasen, que no les tomasen sino las espadas. Y los que al padron de mármol llegasen que no les tomasen sino los escudos, é si tales viniesen que deste padron pasasen y no pudiesen entrar, que les tomasen las espuelas, y á las doncellas y dueñas que no las tomasen cosa, salvo que diciendo sus nombres los pusiesen en la puerta del castillo, señalando á dó cada uno habia llegado, é dijo: Cuando esta isla hubiere señor, se deshará el encantamiento para los caballeros, que libremente podrán pasar por los padrones y entrar en la cámara: pero no lo será de las mujeres hasta que venga aquella que por su gran hermosura la aventura acabará y albergará dentro de la rica cámara con el caballero que el señorío habrá ganado. Esto así hecho, Apolidon y Grimanesa dejando á tal recaudo la ínsula Firme como oido habeis, en sus naos partieron dende, y pasaron en Grecia, donde fueron emperadores y hubieron hijos que en el imperio despues de sus dias sucedieron.

Mas agora, dejando de hablar mas en esto, se os contará lo que Amadís y sus hermanos y Agrajes su primo hicieron despues que fueron partidos de casa de la hermosa reina Briolanja.

CAPITULO II.

Como Amadis con sus hermanos y Agrajes su primo, partieron á donde Lisuarte estaba, y como les fue aventura de ir á la ínsula Firme encantada á probar las aventuras, y lo que allí les avino.

Amadis y su primo Agrajes, estando con la nueva reina Briolanja en el reino de Sobradisa donde della muy honrados y de todos los del reino muy servidos eran: pensando siempre Amadis en su señora Oriana y en la su gran hermosura, de grandes angustias y congojas su corazon era atormentado, derramando tantas lágrimas, durmiendo y velando, que por mucho que él las queria encubrir manifiestas á todos eran. Pero no sabiendo la causa dellas, en diversas maneras las juzgaban; porque así como el caso era grande, así con mucha discrecion el secreto era guardado, como aquel que en su fuerte corazon todas las virtudes encerradas tenia. Mas ya no pudiendo su atribulado corazon tanta pena sufrir, demandó licencia á la muy hermosa Reina con sus compañeros, y en el camino para donde el rey Lisuarte estaba se puso, no sin gran dolor y angustia de aquella que mas que á sí le amaba. Pues algunos dias con gran deseo caminando, la fortuna, por que así le plugo, con mayor tardanza que él quisiera ni pensaba lo quiso estorbar, como agora oireis: que hallando en el camino una ermita y entrando en ella á hacer oracion, vieron una doncella hermosa y otras doncellas y cuatro escuderos que la aguardaban, la cual ya de la ermita saliera y á ellos esperando en el camino cuando á ella llegaron, les preguntó adonde era su camino. Amadis la dijo: Doncella, á casa del rey Lisuarte imos, é si allá os place ir acompañaros hemos. Mucho os lo agradezco, dijo ella; mas yo voy á otra

parte: porque os ví andar así armados como los caballeros que las aventuras demandan, acordé de os atender por saber si querria ir alguno de vosotros á la ínsula Firme por ver las extrañas cosas y maravillas que ahí son, que yo allá voy, y soy hija del gobernador que agora la ínsula tiene. ¡O santa María !dijo Amadis, por Dios muchas veces oí decir de las maravillas de esa ínsula, y por dichoso me tendria de las ver; hasta agora no se me aparejó.

Buen señor, no os pese por lo haber tardado, dijo ella, que otros muchos tuvieron ese deseo, y cuando lo pusieron por obra no salieron de allí tan alegres como entraron. Verdad decís, dijo él, segun lo que dende he oido; mas decidme: ¿rodearíamos mucho de nuestro camino si por ende fuesemos? Rodeariamos dos jornadas, dijo la doncella. Contra esta parte de la gran mar es la ínsula Firme, dijo él: ¿dónde es el arco encantado de los Amadores, donde ningun hombre ni mujer entrar puede si erró aquella á la cual primero comenzó á amar? Esta es, dijo la doncella, que así esto como otras muchas cosas de maravillar hay en ella. Entonces dijo Agrajes á sus compañeros: Yo no sé lo que vosotros haréis; mas yo ir quiero con esta doncella y ver las cosas de aquella ínsula. Ella le dijo: Si sois tan leal amador que só el arco encantado entráredes, allí veréis las hermosas imágenes de Apolidon y Grimanesa; y vuestro nombre escrito en una piedra donde hallaréis otros dos nombres escritos y no mas, aunque ha cien años que aquel encantamiento se hizo. Amadis, que no menos esperanza tenia de aquella aventura acabar, segun en su corazon sentia, dijo contra sus hermanos: Nosotros no somos enamorados, mas ternia por bien que aguardásemos á nuestro primo que lo es, y lozano de corazon. En el nombre de Dios, dijeron ellos, á él plega que sea por bien. Entonces movieron todos cuatro juntos con la doncella camino de la ínsula Firme. Don Florestan dijo á Amadis: Señor, vos sabeis algo de esta ínsula, yo nunca della, aunque muchas tierras he andado, he oido hasta ago-

ra nada decir. A mí me hubo dicho, dijo Amadis, un caballero mancebo que mucho yo amo, que es Arban, rey de Norgales, que muchas aventuras ha probado, que él ya estuvo en esta ínsula cuatro dias, y que pugnaba por ver estas aventuras y maravillas que en ella son; mas que á ninguna pudiera dar cabo, y que se partió de ella con gran vergüenza; mas esta doncella os lo puede muy bien decir, que es moradora, y segun dice es hija del gobernador que la tiene. Don Florestan dijo á la doncella: Amiga señora, ruégoos por la fe que á Dios teneis, que me digais todo lo que desta ínsula sabeis, pues que la largueza del camino á ello nos da lugar. Eso haré yo de grado, como lo aprendí de aquellos de quien en la memoria les quedó. Entonces les contó todo lo que la historia os ha relatado, sin faltar ninguna cosa, de que no solamente maravillados de oir las cosas tan extrañas fueron, mas muy deseosos de las probar, como aquellos que siempre sus fuertes corazones no eran satisfechos, sino cuando las cosas en que los otros fallecian ellos las probaban, deseándolas acabar, y á ningun peligro temer; pues así como habeis oido anduvieron tanto que fue puesto el sol, y entrando por un valle vieron en un prado tiendas armadas y gentes cabe ellas que andaban holgando; mas entre ellas estaba un caballero ricamente vestido, que les pareció el mayor de todos. La doncella les dijo: Buenos señores, aquel que allí veis es mi padre, y quiero á él ir por que os haga honra. Entonces se partió dellos, é diciendo al caballero la demanda de los cuatro compañeros, vínose á pié con su compaña á recibirlos, y desque se hubieron saludado, rogóles que en una tienda se desarmasen, y que otro dia podian subir al castillo, y probar aquellas aventuras. Ellos lo tuvieron por bien, así que desarmados y cenando, siendo muy servidos holgaron aquella noche, y otro dia de mañana con el gobernador y otros de los suyos se fueron al castillo por donde toda la ínsula se mandaba, que no habia sino aquella entrada que seria como un tiro de arco

de tierra firme, todo lo demás estaba de la mar rodeado aunque en la ínsula habia siete leguas en largo y cinco en ancho, y por aquello que era ínsula, y por lo poco que de tierra firme tenia, la llamaron la ínsula Firme. Pues allí llegados, entrando por la puerta vieron un gran palacio con las puertas abiertas, y muchos escuderos en él puestos en tres maneras: y bien ciento dellos estaban acostados á unos poyos, y sobre ellos estaban diez mas altos, y en otros poyos sobre los diez estaban dos, y el uno dellos estaba mas alto que el otro mas de la mitad. Amadis preguntó que por que los pusieron así: é dijéronle que así era la bondad de cada uno cuyos los escudos eran, que en la cámara defendida quisieron entrar, y los que no llegaron al padron de cobre estaban los escudos en tierra, y los diez que llegaron al padron estaban mas altos, y de aquellos dos el mas bájo pasó por el padron de cobre, mas no pudo llegar al otro, y al que estaba mas alto llegó al padron de mármol y no pasó mas adelante. Entonces Amadis se llegó á los escudos por ver si conoceria alguno dellos, que en cada uno habia un rótulo de cuyo fuera, y miró los diez, y entre ellos estaba uno mas alto buena parte, y tenia en el campo negro un leon así negro, pero habia las uñas blancas y los dientes y la boca bermeja, y conoció que aquel era de Arcalaus; é miró los dos escudos que mas alzados estaban, y el mas bajo habia el campo índio, y un gigante en él figurado, y cabo él un caballero que le cortaba la cabeza, y conoció ser aquel del rey Abies de Irlanda, que allí viniera dos años antes que con Amadis se combatiese; y miró el otro, y tambien tenia el campo Indio y tres flores de oro en él, y aquel no le pudo conocer, mas leyó las letras que en él habia: «Este escudo es de D. Cuadragante, hermano del rey Abies de Irlanda, que no habia mas de doce dias que aquella aventura probara, y llegara al padron de mármol, donde ningun caballero habia llegado, y él era venido de su tierra á la Gran Bretaña á se combatir con Amadis por vengar la

muerte del rey Abies de Irlanda su hermano. Des que Amadis vió los escudos, mucho dudó aquella aventura, pues que tales caballeros no la acabaron. Y salieron del palacio, y fueron al arco de los leales Amadores, y llegaron al sitio que la entrada defendia. Agrajes se llegó al mármol, y descendiendo de su caballo y encomendándose á Dios, dijo: Amor, si os he sido leal acordados de mí, y pasó el arco, y llegando só el arco la imágen que encima estaba, comenzó un son tan dulce que Agrajes y todos los que lo oían sentian gran deleite, y llegó al palacio donde las imágenes de Apolidon y de Grimanesa estaban, que no le pareció sino propriamente vivas: miró el jaspe, é vió allí dos nombres escritos y el suyo, y el primero decia: «Esta aventura acabó Mandalin hijo del Duque de Borgoña.» Y el otro decia: «Este es nombre de Don Brunco de Bonamar, hijo de Vallados el Marqués de Troque.» El suyo decia: «Este es Agrajes, hijo de Languines, rey de Escocia.» Y este Mandalin amó á Guinda-Flamenca, señora de Flandes, y D. Brunco no habia mas de ocho dias que aquella aventura acabara y aquella que él amaba era Melicia, hija del rey Perion de Gaula, hermana de Amadis. Entrando Agrajes como oís só el arco de los leales Amadores, dijo Amadis á sus hermanos: ¿Probaréis vosotros esta aventura? No, dijeron ellos, que no somos tan sojuzgados á esta pasion, que la merezcamos acabar. Pues sois dos, dijo Amadis, haced os compañía, é si yo pudiere la haré á mi primo Agrajes. Entonces dió sus caballos y sus armas á su escudero Gandalin, y fuese adelante lo mas pronto que él pudo sin temor ninguno, como aquel que sentia no haber errado á su Señora, no solamente por obra, mas por el pensamiento: y como fue só el arco, la imágen comenzó á hacer un son mucho mas diferenciado en dulzura que á los otros hacia, y por la boca de la trompa lanzaba flores muy hermosas que gran olor daban, y caian en el campo muy espesas: así que nunca caballero que allí entrase fue lo semejante hecho: y pasó donde estaban las imágenes de Apolidon

y Grimanesa, y con mucha atencion las estuvo mirando, paréciendole muy hermosas, y tan frescas como si vivas fuesen: y Agrajes que algo de sus amores entendia vino á él, de donde por la huerta andaba mirando las extrañas cosas que en ella habia, y abrazándole le dijo: Señor primo, no es razon de aquí adelante nos encubramos nuestros amores, mas Amadis no le respondió, y tomándole por la mano se fueron mirando aquel lugar que muy sabroso y deleitoso era de ver.

D. Galaor y Florestan, que de fuera los esperaban, viendo que tardaban acordaron de ir á ver la cámara defendida, y rogaron á Isanjo el gobernador que se la mostrase: él les dijo que le placia; y tomándolos consigo fué con ellos, y mostróles la cámara por defuera, y los padrones que ya oisteis, y don Florestan dijo: Señor hermano, qué quereis hacer? Ninguna cosa, dijo él, que nunca tuve voluntad de acometer las cosas de encantamientos. Pues holgaos, dijo don Florestan, que yo ver quiero lo que hacer podré. Entonces encomendándose á Dios, y poniendo su escudo delante, y la espada en la mano, fué adelante, y entrando en lo defendido, sintióse herir de todas partes con las lanzas y espadas de tan grandes golpes y tan espesos, que se semejaba que ningun hombre lo podria sufrir; mas como él era fuerte y valiente de corazon no dejaba de ir adelante hiriendo con su espada á una y otra parte, y pareciale en la mano que heria hombres armados, y que la espada no cortaba, y así pasó el padron de cobre y llegó hasta el de mármol: y allí cayó que no pudo ir mas adelante, tan desapoderado de toda su fuerza que no tenia mas sentido que si muerto fuese, y luego fué lanzado fuera del sitio como lo hacian á los otros, don Galaor que así lo vió hubo dél mucho pesar, y dijo: como quiera que mi voluntad desta prueba apartada estuviese, no dejaré de tomar mi parte del peligro, y mandando á los escuderos, y al enano que dél no se partiesen, y le echasen agua fria por el rostro, tomó sus armas y encomendándose á Dios fuese para la

puerta de la cámara, y luego le hirieron de todas partes de muy duros y grandes golpes, y con gran cuita llegó al padron de mármol y abrazóse con él, y detuvóse un poco mas: cuando un paso dió adelante, fué tan cargado de golpes, que no los pudiendo sufrir cayó en tierra, así como D. Florestan, con tanto desacuerdo que no sabia si era muerto ni si vivo, y luego fué lanzado fuera, así como los otros. Amadis y Agrajes, que gran pieza habian andado por la huerta tornáronle á las imágenes y vieron allí en el jaspe su nombre escripto que decia: «Este es Amadis de Gaula, el leal enamorado, hijo del rey Perion de Gaula.» Y así estando leyendo las letras con gran placer, llegó al arco Ardian el enano dando voces y dijo: Señor Amadis, acorred que vuestros hermanos son muertos. Y como esto oyó salió de allí presto, y Agrajes trás él, y preguntando al enano que era lo que decia, dijo: Señor, probáronse vuestros hermanos en la cámara, y no lo acabaron, y quedaron tales como muertos: luego cabalgaron en sus caballos, y fueron donde estaban, y hallóles tan mal trechos como oistes, aunque ya mas acordados. Agrajes, como era de gran corazon descendió presto del caballo y al mayor paso que pudo se fué con su espada en la mano contra la cámara, hiriendo á una y otra parte, mas no bastó su fuerza á sufrir los golpes que le dieron, y cayó entre el padron de cobre y el de mármol y atordido como los otros le llevaron fuera. Amadis comenzó á maldecir la venida que allí hicieron, y dijo á don Galaor que ya casi en su acuerdo estaba: Hermano, no puedo escusar mi cuerpo de no le poner en el peligro que los vuestros. Galaor le quisiera detener, mas él tomo presto sus armas, y fuese adelante rogando á Dios que le ayudase: y cuando llegó al lugar defendido, paró un poco, y dijo: O mi señora Oriana, de vos me viene á mí todo el esfuerzo y ardimiento: acordad os señora de mí á esta sazon en que tanto vuestra sabrosa memoria me es menester: y luego pasó adelante, y sintióse herir de todas partes duramente; y llegó al padron de mármol, y pasando dél pare-

cióle que todos los del mundo eran á le herir, é oia gran ruido de voces como si el mundo se hundiese, y decia: Si este caballero tornais no hay agora en el mundo otro que aquí entrar pueda; pero él con aquella cuita no dejaba de ir adelante, y cayendo á las veces de manos y otras de rodillas y la espada con que muchos golpes diera habia perdido de la mano y andaba colgada de una correa que no la podia cobrar: así llegó á la puerta de la cámara, y vió una mano que le tomó por la suya, y le metió dentro, y oyó una voz que dijo: Bien venga el caballero que pasando de bondad á aquel que este encantamiento hizo, que en su tiempo par no tuvo, será de aqui señor: y aquella mano le pareció grande y dura como de hombre viejo, y en el brazo tenia vestida una manga de jamelote verde; y como dentro en la cámara fué, soltóle la mano que no la vió mas, y él quedó descansando, y cobrado en toda su fuerza, y quitándose el escudo del cuello, y el yelmo de la cabeza, metió la espada en la vaina, y agradeció á su señora Oriana aquella honra que por su causa ganara. A esta sazon todos los del castillo, que las voces oyeran de como le otorgaban el señorío, y le vieron dentro, comenzaron á decir en alta voz: Señor vemos cumplido, á Dios loor, lo que tan deseado teniamos. Los hermanos que mas acordados eran, y vieron como Amadis acabara lo que todos habian faltado, fueron alegres por el gran amor que le tenian, y como estaban le mandaron llevar á la cámara, y el gobernador con todos los suyos llegaron á Amadis y por señor le besaron las manos: cuando vieron las cosas extrañas que dentro en la cámara habia de labores y riquezas fueron espantados de la ver; mas no era nada con un apartamiento que allí se hacia, donde Apolidon y su amiga albergaban, que este era de tal forma, que no solamente ninguno podia alcanzar á hacerlo, mas ni entender como hacer se podia, y era de tal forma, que estando dentro podian ver claramente lo que fuera se hiciese, y los de fuera por ninguna guisa no veian nada de lo de dentro. Así

estuvieron todos un gran pieza con placer: los caballeros porque en su linaje hubiese tal caballero que pasase de bondad á todos los del mundo presentes y de cien años atrás; los de la ínsula por haber cobrado tal señor, con quien esperaban ser bienaventurados, y señorear desde allí otras muchas tierras. Isanjo el gobernador, dijo á Amadis: Señor, bien será que comais y descanseis, y mañana serán aquí todos los hombres buenos de la tierra, y os harán homenaje, recibiéndoos por señor, y con esto se salieron, y entrados en un gran palacio comieron de aquello que aderezado estaba, y holgando aquel dia, el siguiente vinieron allí todos los mas de la ínsula con grandes juegos y alegrías: y quedando ellos por sus vasallos, tomaron á Amadis por su señor, con aquellas seguridades que en aquel tiempo y tierra se acostumbraban. Así como la historia ha contado fué la ínsula Firme por Amadis ganada, en cabo de cien años que aquel hermoso Apolidon la dejó con aquellos encantamientos que verdaderos testigos fueron que en todo este medio tiempo nunca allí aportó caballero que á la su bondad pasase; pues si desto tal gloria y fama alcanzó, júzguenlo aquellos que las grandes cosas con las armas trataron vencedores y vencidos: los primeros sintiendo en sí lo que este caballero Amadis sentir pudo, y los otros la victoria esperando al contrario convertida, la desventura suya llorando: pues destos dos extremos ¿cuál habrémos por el mejor? Por cierto digo quel primero, segun la flaqueza humana que medida no tiene, puede atraer con soberbia grandes pecados, y el segundo gran desesperacion. ¿Quién se porná entre ellos que mejor lo lleve? Aquel juicio razonable dado del Señor verdadero á los hombres sobre todas las cosas vivas, que conoce lo próspero y adverso no ser durable, doctrinando y esforzando el corazon á que lo uno y lo otro sojuzgue, este podria alcanzar el medio bienaventurado: ¿pues tomará este medio Amadis de Gaula en lo que ahora la movible fortuna le apareja, mostrando los beleños y ponzoñas que en medio destas tales alegrías des-

ta tan grande alteza escondidos tenian? Yo creo que no; antes así como sin medida las cosas hasta allí favorables le ocurrieron sin intervalo alguno ni conbate que con la fortuna habido hubiese, asi sin comparacion su corazon y discrecion serán della vencidos y sojuzgados, no le valiendo ni remediando las fuertes armas, la sabrosa memoria de su señora, la braveza grande del corazon; mas la gran piedad de aquel Señor que por reparo de los pecadores y de los atribulados en este mundo como agora lo triste y despues lo alegre se os contará.

Ya se dijo antes desto en la primera parte desta grande historia, como siendo Oriana, por las palabras que el enano oyó de las piezas de la espada á la ira y saña sojuzgada, y puesta en tan grande alteracion, que muy poco fruto sacaron Mabilia ni la doncella de Denamarca de los verdaderos consejos que por ellas le fueron dados, y agora se os contará lo que sobre esto hizo ella desde aquel dia, siempre dando lugar á que la pasion suya creciese, mudada su acostumbrada condicion, que era estar en la compañía de aquellas, apartándose con mucha esquiveza, todo lo mas del tiempo estaba sola pensando como podria en venganza de su saña dar la pena que merecia aquel que la causara: y acordó que pues la presencia apartada era que en la ausencia todo su sentimiento por escrito manifiesto le fuese, y hallándose sola en su cámara, tomando de su cofre tinta y pergamino, una carta le escribió que decia asi:

Carta que Oriana envió á su amante Amadis.

Mi rabiosa queja acompañada de sobrada razon, da lugar á que la flaca mano declare lo que el triste corazon encubrir no puede contra vos, el falso y desleal caballero Amadís de Gaula, pues ya es conocida la deslealtad y poca firmeza que para mí, la mas desdichada y menguada de ventura sobre todas las del mundo, habeis mostrado, mudando

vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas os amaba, poniéndole en aquella que segun su edad para la amar ni conocer su discrecion basta: y pues otra venganza ni sojuzgado corazon tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenia apartarlo. Pues gran yerro seria querer á quien á mí desamando, todas las cosas desame por le querer amar: ¡oh qué mal empleé y sojuzgué mi corazon, pues en pago de mis sospiros y pasiones burlada y desechada fuí! Y pues que este engaño es ya manifiesto, no parezcais ante mí, ni en parte donde yo esté. Por que sed cierto que el muy encendido amor que os tenia es tornado por vuestro merecimiento en muy rabiosa y cruel saña: y con vuestra quebrantada fe y sabios engaños id á engañar á otra captiva mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni excusas serán recibidas; antes sin os ver plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura, y con ellas daré fin á mi vida acabando mi triste planto. «Acabada la carta cerróla con el sello de Amadis muy conocido, y puso en el sobreescrito: «Yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazon: y vos sois el que me heristeis.» Y hablando en gran secreto con un doncel que Durin se llamaba, hermano de la doncella de Denamarca, le mandó que no holgase hasta llegar al reino de Sobradisa, donde hallaria á Amadis, y que aquella carta le diese, y que mirase al leer della su semblante, y que aquel dia le aguardase, no tomando dél respuesta aunque dársela quisiese.

CAPITULO III.

Como Durin se partió con la carta de Oriana para Amadis, y vista de Amadis la carta, dijo todo lo que tenia emprendido, y se fue con una desesperacion á una selva escondidamente.

Durin, cumpliendo el mandado de Oriana, partió luego en un palafren muy andador, así que en cabo de diez dias fue llegado á Sobradisa, donde la hermosa reina Briolanja estaba, la qual siendo el en su presencia llegado le pareció la mas hermosa mujer despues de Oriana que él habia visto, y sabido della como dos dias antes que él llegase Amadis y sus hermanos y su cormano Agrajes de allí partieron, siguiendo su rastro tanto anduvo, que á la ínsula Firme llegó, al tiempo que Amadis entraba debajo del arco de los leales Enamorados, é vió que la imágen hizo por él mas que por los otros habia hecho, y como quiera que cuando Amadis allí salió, por las nuevas que de sus hermanos le dijeron y le vió con Gandalin, no le dió la carta, ni despues, hasta que en la cámara defendida entró, y de todos los de la ínsula por Señor fue recibido, y esto hizo él por consejo de Gandalin, que sabiendo ser la carta de Oriana, temiendo lo que en ella venir podria ora que fuese triste ó alegre, que antes su señor hubiese recibido aquel señorío, que otra alguna alteracion ó intervalo le viniese, que bien cierto era que no solamente aquello, mas el mundo que suyo fuese dejaria luego por cumplir lo que por ella le fuese mandado: mas despues que las cosas asosegadas fueron, Amadis mandó llamar á Durin por le preguntar nuevas de la corte del rey Lisuarte, y venido á su mandado, paseando con él por una huerta asaz deleitosa, y apartado de sus hermanos

una pieza y de todos los otros que ende estaban, le fue preguntando si venia de la corte del rey Lisuarte, que le dijese las nuevas que de ella sabia. Durin le respondió é dijo: Señor, yo dejo la corte en la disposicion que era cuando de ella os partistes; pero yo os vengo con mandado de mi señora Oriana, y por esta carta veréis la causa de mi venida. Amadis tomó la carta, y aunque su corazon grande alegría sintiese con ella, temiendo que Durin nada de su secreto sabia, encubriólo lo mas que pudo, y la tristeza no pudo hacer que habiendo leido las fuertes y temerosas palabras que en ella venian, no bastó el esfuerzo, ni el juicio que claramente no mostrase ser llegado á la cruel muerte, con tantas lágrimas, con tantos suspiros, que no parecia sino ser hecho pedazos su corazon, quedando tan desmayado y fuera de sentido, como si ya el ánima de las carnes partida fuera. Durin, que mucho sin sospecha desto estaba, cuando aquello vió, llorando muy fuertemente maldecia á sí y á su ventura, y á la muerte, por que antes que allí llegase no le habia sobrevenido. Amadis no pudiendo estar en pié sentóse en la yerba que allí estaba y tomó la carta que se le habia de las manos caido, y cuando vió el sobrescrito que decia: «Yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazon, y vos sois el que me heristes,» su cuita fue tan sin medida que por una pieza estuvo amortecido; de que Durin fue muy espantado, é quiso llamar á sus hermanos; pero como él vió el secreto que para tal cosa se requeria tener, hubo recelo que á Amadis haria enojo; mas siendo ya él recordado, dijo con gran dolor: Señor Dios, porque os plugo de me dar muerte sin merecimiento, y despues dijo: ¡Ay lealtad! ¡qué mal galardon dais á aquel que nunca os faltó! hicistes á mi Señora que me falleciese, sabiendo vos que antes mil veces por la muerte pasaria que pasar su mandado, y tornando á tomar la carta, dijo: Vos sois la causa de la mi dolorosa fin. Y porque mas presto me sobrevenga iréis conmigo, y metióla en su

no, é dijo á Durin: ¿Mandáronte otra cosa que me dijeses? No, dijo él. ¿Pues llevarás mi mandado? dijo Amadis. No Señor, dijo él, que me defendieron que no le llevase: y Mabilia y tu hermana ¿no te dijeron algo que me dijeses? No supieron, dijo Durin, de mi venida, que mi señora me mandó que de ellas la encubriese. ¡Ay, santa María valme! dijo Amadis, agora veo que la mi desventura es sin remedio. Entonces se fué á un arroyo que salia de una fuente, y lavóse el rostro y los ojos, é dijo á Durin, que llamase á Gandalin, y que viniesen solos. Él así lo hizo, y cuando á él llegaron, halláronle tal como muerto, y así estuvo una gran pieza cuidando, y cuando acordó, dijo que le llamasen á Isanjo el gobernador, y como él vino díjole: Quiero que como leal caballero me prometais que hasta mañana, despues que mis hermanos oyeren misa no diréis ninguna cosa de cuanto agora veréis: él así lo prometió, y otra tal fianza tomó de aquellos dos escuderos: y luego mandó á Isanjo que le hiciese tener secretamente abierta la puerta del castillo, y á Gandalin que sacase sus armas y caballo fuera, sin que persona lo sintiese. Ellos se fueron á cumplir lo que les mandaba, y él quedó pensando en un sueño que aquella noche pasada soñara, que le pareciera hallarse encima de un otero cubierto de árboles en su caballo y armado, y al derredor dél mucha gente que hacia grande alegría, y que se llegaba por entre ellos un hombre que le decia: Comed desto que en esta bujeta traigo, y que le hacia comer dello: y parecíale gustar la mas amarga cosa que hallar se podria, é sintiéndose con ello muy desmayado y desconsolado, soltaba la rienda del caballo é íbase por donde él queria, y parecíale que la gente que antes alegre estaba tornaba tan triste que él habia duelo della, mas el caballo se alongaba con él lejos, y le metia por unos árboles donde veia un lugar de unas piedras que de agua eran cercadas, y dejando el caballo y las armas se metia allí como que por ello esperaba descanso, y que

venia á él un hombre viejo vestido de paños de órden, y le tomaba por la mano llegándolo á sí, mostrando piedad y decíale unas palabras en lenguaje que no las entendia, y con esto despertara, y agora le parecia, como quiera que por vano lo habia tenido, que como verdadero lo hallaba, y cuando así en esto pensando estuvo una pieza, tomando á Durin consigo, hablando con él y escondido el rostro de sus hermanos y de la otra gente, por que su pasion no sintiesen, se fue á la puerta del castillo donde halló los hijos de Isanjo que la puerta abierta tenian, y á Isanjo, que fuera estaba, Amadis le dijo: Id vos conmigo, y queden vuestros hijos, y haced que no digan desto ninguna cosa. Entonces se fueron ambos á la ermita que al pié de la peña estaba, y allí iban ya con ellos Gandalin y Durin. Amadis iba sospirando é gimiendo con tanta angustia y dolor que los que le veian eran puestos en dolor, en así le ver: y demandando las armas se armó y preguntó á Isanjo: que de qué Santo era aquella iglesia. El le dijo que de la Vírgen María, y que allí muchas veces se hacian milagros: él entró dentro, y hincando los hinojos en tierra, llorando dijo: Señora Vírgen María consoladora y reparadora de los atribulados, á vos Señora me encomiendo que me acorrais, con vuestro glorioso Hijo que haya piedad de mí, é si su voluntad es de me remediar el cuerpo, haya merced de esta mi ánima en este mi postrimero tiempo, que otra cosa sino la muerte ya no espero; y luego llamó á Isanjo, é díjole: Quiero que como leal caballero me prometais de hacer lo que aquí os diré, y volviéndose á Gandalin le tomó entre sus brazos llorando fuertemente, y así lo tuvo una pieza sin que hablarle pudiese, é díjole: Mi buen amigo Gandalin, yo y tú fuimos en uno y á una leche criados y nuestra vida siempre fue de consuno, é yo nunca fui en afan ni peligro en que tú no hubieses parte, y tu padre me sacó de la mar tan pequeña cosa como desa noche nacido, y criáronme como buen padre y madre á hijo

muy amado. Y tú, mi leal amigo, nunca pensaste en me servir, é yo esperando que Dios me daria alguna honra con que algo de tu merecimiento satisfacer pudiese, hame venido esta tan gran desventura, que por mas cruel que la propia muerte la tengo, donde conviene que nos partamos, é yo no tengo que te dejar sino solamente esta ínsula, y mando á Isanjo, y á todos los otros, por el homenaje que me tienen hecho, que tanto de mi muerte sepan te tomen por Señor, y como quiera que este señorío tuyo sea, mando que le gocen tu padre y madre en sus dias, y despues á ti libre quede.

Esto por cuanta crianza en mí hicieron, que mi ventura no me dejó llegar á tiempo de les satisfacer lo que ellos merecen, y lo que yo deseaba. Entonces dijo á Isanjo, que de las rentas de la ínsula que guardadas tenia, tomase tanto para que allí en aquella ermita pudiese hacer un monasterio á honra de la vírgen María, en que pudiesen bien vivir treinta frailes, y les diesen renta para se sostener. Gandalin le dijo: Señor, nunca vos cuita hubistes en que de vos yo fuese partido, ni agora lo seré por ninguna cosa, é si vos muriéredes yo no quiero vivir, que despues de la vuestra muerte nunca Dios me dé honra ni señorío, y este que á mí me dais, darlo á alguno de vuestros hermanos, que yo no lo tomaré ni lo he menester. Cállate por Dios; dijo Amadis, no digas tal locura, ni me hagas pesar pues nunca me lo hicistes, y cúmplase lo que yo quiero, que mis hermanos son tan bienaventurados y de tan alto hecho de armas que bien podrán ganar grandes tierras y señoríos para sí, y aun para los dar á los otros. Entonces dijo á Isanjo: Mi buen amigo, mucho pesar tengo por no ser á tiempo que os pudiese honrar como vos lo mereceis; pero ya os dejo entre tales que lo cumplirán por mí. Isanjo le dijo llorando: Señor, pídoos que me lleveis con vos, y yo pasaré lo que vos pasáredes, y esto demando en pago de la voluntad que me teneis. Mi amigo, dijo Amadis, así tengo yo que lo haríades; pero esta mi dolencia no la puede socor-

rer sino Dios, y á él quiero que me guie por la su piedad, sin llevar otra compañía, é dijo á Gandalin: Amigo, si quisieres ser caballero sé lo luego con estas mis armas, que pues tan bien las guardaste, con razon deben ser tuyas, que á mí ya poco me hacen menester, sino hágate mi hermano don Galaor, é dígaselo Isanjo de mi parte, é sírvelo y guárdalo en mi lugar, pues sábete que á este amé yo siempre sobre cuantos son en mi linaje, y dél llevo gran pesar en mi corazon mas que de todos los otros, y esto es con razon porque vale mas, y me fue siempre muy humilde, por donde agora me pone en doblada tristeza, é dile que le encomiendo yo á Ardian el mi enano que le traiga consigo y no le desampare, é dí al enano que viva con él y le sirva. Cuando ellos esto oyeron hacian gran duelo sin le responder ninguna cosa por no le hacer enojo. Amadis los abrazó diciendo: A Dios os encomiendo, que nunca pienso de jamás os ver, y defendiéndoles que en ninguna manera fuesen en pos dél, puso las espuelas á su caballo, sin se le acordar de tomar el yelmo, ni escudo, ni lanza; y metióse muy presto por la espesa montaña, no á otra parte sino adonde el caballo le queria llevar, y así anduvo mas de la media noche sin sentido ninguno, hasta que el caballo topó en un arroyuelo de agua que de una fuente salia y con la sed se fué por él arriba hasta que llegó á beber en ella, y dando las ramas de los árboles á Amadis en el rostro recordó en su sentido y miró á una y otra parte, mas no vió sino espesas matas, y hubo gran placer creyendo, que muy apartado y escondido estaba, y tanto que su caballo bebió apeóse dél y atándole á un árbol se asentó en la yerba verde para hacer su duelo: mas tanto habia llorado que la cabeza tenia desvanecida, así se adormeció.

CAPITULO IV.

De como Gandalin y Durin fueron tras Amadis por el rastro del camino que habia llevado, y llevåronle las armas que habia dejado: y de como le hallaron y combatió con un caballero y le venció.

Gandalin que en la ermita quedara con los otros que oistes, cuando así vió ir á Amadis, dijo muy fieramente llorando: No estaré que no vaya en pos dél, aunque me lo defendió, y llevarle he las armas, é Durin le dijo: Yo te quiero hacer compañía esta noche, y mucho me placería que con mejor acuerdo le hallásemos. Y luego cabalgando en sus caballos se despidieron de Isanjo, y se metieron por la via que él fuera, é Isanjo se fué al castillo y echóse en su lecho con muy gran pesar; mas Gandalin y Durin que por la floresta se metieron anduvieron á todas partes, y la ventura los guió cerca de donde Amadis estaba. Relinchó su caballo que los otros sintió, y luego conocieron que alli estaba, y fueron muy paso por entre las matas por que no los sintiese, que no osaban ante él parecer, y siendo mas cerca descendieron de los caballos, y Gandalin fué muy encubierto, y llegó á la fuente é vió que Amadis dormia sobre la yerba, y tomando su caballo se tornó con él donde Durin quedara, é quitándoles los frenos dejáronlos pacer y comer en las ramas verdes, y estuvieron quedos: mas no tardó mucho que Amadis no despertó que con el gran sobresalto del corazon no era el sueño reposado: y levantóse en pié y vió que la luna se ponia, y que aun habia buen rato de la noche por pasar, y por ser la floresta espesa estuvo quedo y tornándose á sentar, dijo: ¡Ay ventura, cosa liviana y sin raíz, porqué me pusiste en tan gran alteza entre los otros caballeros, pues tan ligeramente della me descendiste! Agora veo yo bien

que mas tu mal en una hora puede dañar, que tu bien aprovechar en mil años, porque si deleites y placeres en los tiempos pasados me diste, cruelmente me los robando me has dejado en mucha mayor amargura que la muerte; y pues que así ventura te placia hacer debieras igualarlo uno con lo otro, que bien sabes tú si alguna holganza y descanso en lo pasado me otorgaste, que no fué sin ser mezclado con grandes angustias y congojas. Pues en esta crueza de que agora me atormentas, siquiera reservaras en ella alguna esperanza donde esta mi aislada vida en algun rinconcillo se pudiera recoger; mas tú has usado de aquel oficio para que establecida fuiste, pues al contrario del pensamiento de los hombres mortales, que teniendo por ciertas y durables aquellas honras, pompas y vanaglorias perecederas que de ti nos vienen, como firmes las tomamos no nos acordando que demas de los tormentos que nuestros cuerpos reciben en las sostener, las almas son en su fin en gran peligro y duda de su salvacion puestas. Mas si con aquellos claros ojos del entendimiento, que el Señor muy alto nos dió siendo escurecidos con nuestras pasiones y aficiones, tus mudanzas mirar quisiésemos, por mucho mejor lo adverso que lo tuyo próspero debríamos tener, porque lo próspero siendo á nuestras calidades y apetitos conforme, abrazándonos con aquellas dulzuras, que delante se nos presentan, en la fin en grandes amarguras y honduras sin ningun remedio somos caidos: y lo adverso siendo al contrario, no de la razon mas de la voluntad, si lo que ella codicia desechásemos seríamos subidos de lo bajo á lo alto en perpetua gloria. Mas yo triste sin ventura, ¿qué haré? que el juicio ni mis flacas fuerzas no bastan á resistir tan grave tentacion, que si todo lo del mundo siendo mio me quitaras, solamente la voluntad de mi señora dejando, esta bastaba para me sostener en alteza bienaventurada: pero esta faltando no pudiendo yo sin ella la vida sostener, digo que sin comparacion es contra mí tu crueldad. Yo te ruego en pago de te haber sido tan leal

servidor, que por cada momento y hora la muerte no trague, si á tí es otorgado con los tormentos la vida quitar, me la quites, habiendo piedad de aquello que tú sabes que viviendo padezco. Y des que esto hubo dicho cayó, y estuvo desmayado una pieza del mucho llorar, que no sabia parte de sí, é dijo: ¡Oh mi señora Oriana! vos me habeis llegado á la muerte por el defendimiento que me haceis, que yo no tengo de pasar vuestro mandado; pues guardándole no guardo la vida. Esta muerte recibo á sinrazon, de que mucho dolor tengo, no por la recibir, pues con ella vuestra voluntad se satisface, que no podria yo en tanto la vida tener, que por la menor cosa que á vuestro placer tocase no fuese mil veces por la muerte trocada. Si esta saña vuestra con razon se tomara mereciéndolo, llevara la pena yo, y vos, mi señora, el descanso en haber ejecutado vuestra ira justamente, y esto os hiciera vivir tan alegre vida, que mi alma dó quiera que fuere de vuestro placer en sí sentiria gran descanso; mas como yo sin cargo sea, siendo por vos sabido ser la crueza que contra mí se hace mas con pasion que con razon, desde agora lo que en esta vida durare y despues en la otra comienzo á llorar y á plañir la cuita y grande dolor que por mi causa os sobrevernia, y mucho mas por no le quedar remedio siendo yo desta vida partido, y demas desto dijo: ¡Oh rey Perion de Gaula mi padre y mi señor, cuán poca razon teneis vos no sabiendo la causa de mi muerte de vos doler della! antes segun vuestro gran valor y de vuestros preciados hijos, debeis tomar consuelo, porque siendo yo obligado á seguir vuestras grandes proezas, aborrecido y desesperado, como caballero captivo que los duros golpes de la fortuna resistir no puedo, yo mesmo por consuelo y remedio la muerte tomé; pero sabiendo la razon dello, cierto soy que no me culpariades, mas á Dios plega que no lo sepais, pues que vuestro dolor al mio remediar no puede, antes siendo por mí sentido en muy mayor cantidad acrecentado seria. Esto así dicho, estuvo un poco

que no habló; mas luego con gran llanto y fuertes gemidos dijo: ¡ Oh bueno y leal caballero mi amo Gandales! de vos llevo yo gran pesar, porque mi contraria fortuna no me dejó que os galardonase aquel beneficio tan grande que de vos recebí; porque vos, mi buen amo, me sacaste de la mar tan pequeña cosa como desa noche nacido, dístesme vida y crianza como á propio hijo, y así como los mis primeros dias en vuestros dias se aumentaron, los postrimeros en ellos feneciesen muy holgada la mi ánima deste mundo se partiria; lo cual hacer no pudiendo, siempre de vos en gran deseo seré: y así mesmo habló en el su leal amigo Angriote de Estravaus, y en el rey Arban de Norgales, y en Guilan el Cuidador, y en todos los otros sus grandes amigos, y al cabo dijo: ¡Oh Mabilia, mi prima y señora, y vos buena doncella de Denamarca! ¡ cómo tardó tanto la vuestra ayuda y socorro que así me dejastes matar! cierto, buenas amigas, no me tardara yo habiendo menester mi ayuda en vos socorrer: agora veo yo bien, pues vos me desamparastes, que todo el mundo es contra mi, y todos son tratadores en la mi muerte. Y callóse, que no dijo mas, dando muy grandes gemidos; y Gandalin y Durin que lo oian hacian muy gran duelo, mas no osaban ante él parecer. Pues ellos así estando, pasaba por un camino que cerca dellos era un caballero cantando, y cuando cerca de donde Amadis estaba llegó, comenzó á decir: Amor, amor, mucho tengo que os agradecer por el bien que de vos me viene, y por la grande alteza en que me habeis puesto sobre todos los otros caballeros, llevándome siempre de bien en mejor, que vos me hicistes amar á la muy hermosa reina Sardamira, creyendo tener su corazon extrañamente con la honra que desta tierra llevaré, agora por me poner en muy mayor bienaventuranza me hicistes amar la hija del mejor rey del mundo, y esta es aquella hermosa Oriana que en el mundo par no tiene. Amor, esta me hicistes vos amar, y daisme esfuerzo para la servir. Y desque esto hubo dicho, fuese só un árbol grande que cerca del camino

estaba, que allí quería él atender hasta la mañana; mas de otra guisa le avino, que Gandalin dijo á Durin: Quedaos, é yo quiero ir á ver lo que Amadis querrá hacer, é yendo donde él estaba, hallóle que se levantaba ya, y andaba buscando su caballo que no lo hallaba; y como vió á Gandalin dijo: Quién eres tú que ende andas, por me hacer merced que me lo digais. Señor, dijo él, soy Gandalin que os quiero traer vuestro caballo. El le dijo: ¿quién te mandó venir á mí sobre mi defendimiento? Sábete que me has hecho gran pesar, y daca dame mi caballo, y vete tu via no te detengas aquí mas, sino harásme que mate á tí y á mí. Señor, dijo Gandalin, por Dios dejaos deso, y decidme si oistes las locuras que dijo un caballero que allí está. Y esto le decia por le poner en alguna saña que la otra algo le hiciese olvidar. Amadis le dijo: Bien oí cuanto dijo, y por eso quiero yo mi caballo en que me vaya de aquí, que mucho me he tardado. ¡Cómo! dijo Gandalin, ¿no haréis mas contra el caballero? ¿Y qué tengo yo de hacer? dijo Amadis. Que os combatais con él, dijo Gandalin, y le hagais conocer su locura, y Amadis le dijo: ¡Cómo eres loco en esto que dices! sábete que no tengo seso, ni corazon, ni esfuerzo, que todo lo perdí cuando perdí la merced de mi señora, que della y no de mí me venia todo, y así ella lo ha llevado: y sabes que tanto valgo para me combatir, cuanto un caballero muerto, que en toda la gran Bretaña no hay tan captivo ni tan flaco caballero que ligeramente no me matase si con él me combatiese, que te diré que soy el mas vencido y desesperado de todos los que en el mundo son. Gandalin le dijo: Señor, mucho me pesa de á tal tiempo fallecer vuestro corazon y gran bondad, y por Dios hablad paso, que allí está Durin que oyó el duelo que hicistes, y todo lo que el caballero dijo. ¡Cómo! dijo Amadis, ¿aquí está Durin? Si, dijo él, que entrambos venimos juntos, é pienso que viene por ver lo que haceis, porque lo sepa contar á quien acá lo envió. Amadis le dijo: Pésame de lo que me has dicho, pero sabiendo que allí estaba Durin

crecióle el corazon y esfuerzo, é dijo: Agora me da el caballo y guíame al caballero. Gandalin se lo trajo y las armas, y él cabalgó y tomó las armas, y Gandalin fué á le mostrar el caballero, y no tardó que le vieron estar debajo de un árbol, y tenia el caballo por las riendas, y llegóse cerca dél Amadis, y díjole: Vos, caballero, que estais holgando, conviene que os levanteis y que veamos como sabeis mantèner amor de quien vos tanto loais. El caballero se levantó, y dijo: ¿Quién eres tú que tal me preguntas? agora verás como manterné amor si conmigo te osares combatir, que te haré poner espanto á tí y á todos los que de amor son desamparados. Agora lo verémos, dijo Amadis, que yo soy de aquellos desamparados dél, y soy solo el que jamás en él fiara, porque con grandes servicios que le hice me dió mal galardon no lo mereciendo: y á vos, don caballero enamorado, diré mas que nunca en él hallé tanta verdad que siete tantos de mentira no hallase. Agora venid y mantened su razon, y veamos si ganó mas en vos que perdió en mí: y cuando esto decia, ensañóse como aquel á quien contra toda razon su señora le dejara. El caballero cabalgó, y tomó sus armas y dijo: Vos caballero desesperado de amor y despreciador de todo bien en que hablar no debíades, que si amor os desamparó, hízolo con gran razon, que tal como vos no era para le acompañar ni servir, y viendo él que no lo valíades os apartó de sí: y idos luego, no esteis mas aquí, que solamente de os ver me toma gran enojo, y cualquiera arma que en vos pusiese, la despreciaria por ello, y quísose ir: Y Amadis le dijo: Caballero, ¿y vos no quereis defender amor sino con palabras? ¿ó vos ís con cobardía? Cómo, caballero, dijo él, yo te dejaba por no te preciar nada, y tu cuidas que por temor? gran demandador eres de tu daño, agora te guarda si pudieres. Entonces corrieron los caballos á todo su poder uno contra otro lo mas recio que pudieron, y hiriéronse de las lanzas en los escudos, así que los falsaron y detuvieron en los arneses, que eran muy fuertes; mas

el caballero que era enamorado fué á tierra sin ningun detenimiento, y al caer llevó las riendas en la mano y cabalgó luego en su caballo, así como aquel que era muy valiente y ligero, y Amadis le dijo: Si mejor no manteneis amor de la espada que de la lanza, mal empleado es en vos el buen galardon que os ha dado. El caballero no respondió ninguna cosa, mas metió mano á la espada muy sañudo, y fuése para él; y Amadis, que ya la espada en la mano tenia, movió contra él, y hiriéronse ambos, y el caballero le hirió con el brocal del escudo, así que el golpe fue en soslayo, y metió por él un palmo de la espada, y cuando la quiso sacar no pudo: y Amadis apretó la espada en la mano y alzóse sobre los estribos, y dióle un gran golpe por encima del yelmo, así que rajó cuanto alcanzó del almofar del arnés, y cortóle de la cabeza hasta el casco, y la espada bajó y dió en el cuello del caballo y cortó la mitad dél, así que entrambos fueron al suelo, y el caballo murió luego. Y el caballero quedó tan desacordado que no sabia de sí. Amadis, que le vió estar atendió un poco por ver si recordaria, que pensaba que muerto era, y cuando algo mas acordado le vió, díjole: Caballero, cuanto en vos ganó amor y vos con él sea vuestro y suyo, que yo irme quiero. Y partiéndose dél llamó á Gandalin, y vió á Durin que con él estaba que todo lo pasado habia visto y díjole: Amigo Durin, el mi desamparamiento no tiene par, ni la mi cuita y soledad no es de sufrir; conviene que muera y á Dios plega que presto sea, y la muerte me seria ya holganza segun deste tan esquivo y cruel dolor soy atormentado: agora vete á la buena ventura, y salúdame mucho á Mabilia mi buena prima, y á la doncella de Denamarca tu hermana, y diles que se duelan de mí que voy á morir á la mayor sinrazon que nunca en el mundo caballero murió, y diles que gran cuita llevo en mi corazon por ellas que tanto me amaban y tanto por mí hicieron, sin que de mí ningun galardon hubiesen. Esto decia él llorando muy fieramente á maravilla; y Durin estaba delante dél lloran-

do, así que no le podia responder. Amadis le abrazó, y encomendóle á Dios, y besóle la falda del arnés, y despidióse dél. Entonces parecia el alba, y Amadis dijo á Gandalin: Si quieres ir conmigo no me estorbes de ninguna cosa que yo haga ni diga, sino luego desde aquí te ve: él respondió que así lo haria, y dándole las armas, mandóle que sacase la espada del escudo y la diese al caballero, y se fuese en pos dél.

CAPITULO V.

Que recuenta quien era el caballero vencido de Amadis, y de las cosas que le habian antes acaecido que fuese vencido por Amadis.

Aqueste caballero herido de que ya os contamos habia nombre Patin, y era hermano de don Sidon, que á la sazon era emperador de Roma, y era el mejor caballero en armas de todas aquellas tierras; tanto que de todos los del imperio era muy temido, y el emperador habia mucha vejez y no tenia heredero ninguno, que todos pensaban que este Patin sucederia en el imperio: él amaba una reina de Cerdeña llamada Sardamira, que era mujer muy apuesta y hermosa doncella, que siendo sobrina de la emperatríz, se habia criado en su casa: y tanto la sirvió que le hubo de prometer si de casar hubiese que antes casaria con él que con otro. El Patin oyendo esto, tomando consigo mayor orgullo que el de su propio natural tenia, que no era poco, díjola: Mi amiga, yo he oido decir que el rey Lisuarte tiene una hija que por el mundo de gran hermosura es loada, y yo quiero ir á su corte, y diré que no es tan hermosa como vos, y con esto combatiré á los dos mejores caballeros que lo contrario dijeren, que me dicen que los hay allí muy preciados en armas, y si no los venciere en

un dia quiero que aquel rey me mande tajar la cabeza. Esto no hagais vos, dijo la Reina, que si aquella doncella es muy hermosa, no me quita á mí la parte que Dios me dió, si alguna es, y en otra cosa de mas razon y menos soberbia, podréis mostrar vuestra bondad; que esta demanda en que os poneis, de mas de no ser honesta para hombre de tan alto lugar como vos, segun es fuera de razon y soberbiosa, no debeis della esperar buen fin. Como quiera que avenga, dijo él, esto que digo cumpliré en vuestro servicio y amor grande que os tengo, en señal que así como vos sois la mas hermosa mujer del mundo, sois amada del mejor caballero que en él hallar se podria. Y así se despidió della, y con sus ricas armas y diez escuderos pasó en la Gran Bretaña, y fuése luego donde supo que el rey Lisuarte estaba; el cual, como así acompañado le vió, pensó que seria hombre de manera, y recibiólo muy bien: y des que fue desarmado, todos le miraban como era grande de cuerpo y que por razon debia en sí tener gran valentía. El rey le preguntó quien era. El le dijo: Rey, yo os lo diré, que no vengo á vuestra casa, para me encubrir, sino para me hacer conocer: Sabed que yo soy el Patin, hermano del emperador de Roma, y tanto que vea á la Reina y á su hija Oriana sabréis la causa de mi venida. Cuando el Rey oyó ser hombre de tan alto lugar, abrazólo, y dijole: Buen amigo, mucho nos place con vuestra venida, y á la Reina y á su hija y á todas las otras de mi casa vereis cuando os pluguiere. Entonces lo sentó consigo á la mesa, donde comieron como en mesa de tal hombre. El Patin miraba á todas partes, y como veia tantos caballeros maravillábase de los ver, y tenia en tanto como nada la casa del emperador su hermano ni ninguna otra que él hubiese visto. Don Grumedan lo llevó á su posada por mandado del Rey y le hizo mucha honra. Otro dia despues de haber oido misa el Rey tomó consigo al Patin y á don Grumedan y fuese para la Reina, que ya sabia quien era por habérselo dicho el Rey: y recibido della hizole sentar ante sí y

cabe su hija, que muy menoscabada era de la hermosura que tener solia por la saña que ya oistes. Cuando Patin la vió fué espantado, y entre sí decia que todos los que la loaban no decian la mitad de lo que ella era hermosa: así que fué su corazon mudado de aquello por que viniera, y puesto en haberla con todas sus fuerzas: y pensó que siendo él de tan gran guisa y tan bueno en sí, y que habria el imperio, que si la demandase en casamiento que no le seria negada, y apartando al Rey, y á la Reina les dijo: Yo soy venido á vuestra casa por casamiento mio y de vuestra hija; y esto es por vuestra bondad y por la su hermosura, que si otras yo quisiese de tan gran guisa hallaria segun quien soy y lo que espero tener. El Rey le dijo: Mucho os agradecemos lo que dicho habeis, mas yo y la Reina hemos prometido á nuestra hija de no la casar contra su voluntad, y converná que la hablemos antes de os responder. Esto decia el Rey por que no fuese dél desavenido, mas no tenia en corazon de la dar á él ni á otro que de aquella tierra donde habia de ser señora la sacase. Desta respuesta fue Patin muy contento, y esperó alli cinco dias pensando recaudar aquello que tanto deseaba: mas el Rey ni la Reina teniéndolo por desvario no dijeron nada á su hija; mas el Patin preguntó un dia al Rey como le iba en su casamiento, él le dijo: Yo hago cuanto puedo, mas menester es que hableis con mi hija, y la rogueis que haga mi mandado. Patin se fué á Oriana, y dijo: Señora Oriana, yo os quiero rogar una cosa que será mucho á vuestra honra y provecho. ¿Qué cosa es? dijo ella. Que hagais el mandado de vuestro padre, dijo él. Ella que no sabia por cual razon se lo decia, dijo: Eso haré yo muy de grado, que bien sé yo que se ganan estas dos cosas que decís honra y provecho. Patin fue muy alegre de tal respuesta, que bien cuidó que ya la habia ganado, y dijo: Yo quiero ir por esta tierra á buscar las aventuras, y antes de mucho oiréis hablar de mí tales cosas que con mas razon os harán otorgar lo que yo deseo, y así lo dijo al Rey que luego se queria partir,

por ver las maravillas de aquella su tierra. El Rey le dijo: En vos es esto, mas si me creyéredes dejaros híades dello, que hallaréis grandes aventuras y peligrosas, y muy fuertes y recios caballeros usados en armas. De todo esto, dijo él, me place mucho que si ellos son fuertes y ardides, no me hallarán flaco ni laso, lo que mis obras os dirán.

Y despedido dél, se fue su camino muy alegre de la respuesta de Oriana, y por esta causa lo iba cantando como ya oistes, cuando su contraria fortuna le guió á aquella parte donde Amadis hacia su duelo. Esta es la razon por donde este caballero vino de tierra tan luenga. Pues agora sobre el propósito tornando, que despues que Durin se apartó de Amadis, siendo ya dia claro pasó por donde Patin estaba llagado, y él habia de la cabeza quitado lo que del yelmo le quedara, y tenia todo el rostro y el pescuezo lleno de sangre, y como vió á Durin, díjole: Buen doncel, decidme que Dios os haga hombre bueno si sabeis aquí cerca algun lugar donde pudiese haber remedio desta llaga. Si sé, dijo él, mas en los que alli son es la tristeza tan sobrada que en al no paran mientes. ¿Por qué es eso? dijo el caballero. Por un caballero, dijo Durin, que habiendo ganado á aquel señorío, y visto las imágenes y cosas secretas de Apolidon y su amiga, lo que otro ninguno hasta agora ver pudo, es de allí partido con tan gran pesar que dello no se espera sino su muerte. A mi me parece, dijo el caballero, que hablais de la ínsula Firme: Verdad es, dijo Durin. ¡Cómo! dijo el caballero ¿ya tiene Señor? por Dios pésame que allá iba yo por me probar ende, y ganar el señorío. Durin se sonrió, y dijo: Cierto, caballero, si de vuestra bondad algo no traeis encubierto, cuanto por lo que aquí mostrastes poca pro os tuviera, antes creo que fuera vuestra deshonra. El caballero se levantó así como pudo, y quísole echar mano de la rienda, mas Durin se arredró dél, y como no le pudo tomar, dijo: Doncel, decidme quien fue el caballero que la ínsula Firme ganó. Decidme vos primero quien sois, dijo Durin:

por eso no quedará dijo él; sabed que yo soy Patin, hermano del emperador de Roma. A Dios merced, dijo Durin, que sois mas alto de linaje que de bondad de armas ni de mesura: agora sabed que el caballero por quien preguntais, es aquel que de vos se partió, y segun lo que en él vistes bien podréis creer que mereció ser digno de ganar lo que ganó, y partiéndose dél se fue su via, y tomó el derecho camino de Londres con gran gana de contar á Oriana todo lo que viera de Amadis.

CAPITULO VI.

Como Don Galaor y Florestan y Agrajes se fueron en busca de Amadis, y de como Amadis dejadas las armas y mudado el nombre, se retrajo con un buen viejo en una ermita á la vida solitaria.

Como Amadis se partió con gran cuita de la ínsula Firme, ya se os dijo que fuera encubierto que don Galaor y don Florestan sus hermanos y su primo Agrajes no lo sintieron, y como tomó seguridad de Isanjo que no se lo dijese hasta otro dia despues de haber oido misa. Pues Isanjo así lo hizo, que habiendo oido la misa, ellos preguntaron por Amadis, y él les dijo: Armados y deciros os he su mandado, y desque armados fueron Isanjo comenzó á llorar muy fieramente y dijo: ¡Oh señores, qué cuitas y que dolor vino sobre nosotros en nos durar tan poco nuestro señor! Entonces les contó como Amadis se partiera del castillo y la cuita y el duelo que hiciera, y todo cuanto les mandara decir, y lo que á él mandaba hacer de aquella tierra, y como les rogaba que no fuesen en pos dél, que no podian por ninguna manera ponerle remedio ni darle conorte, y que por Dios no tomasen pesar por la su muerte. ¡Oh santa María valme! dijeron ellos, á morir va el mejor caballero del mundo, menester es que pasan-

do su mandado le vamos á buscar, y si con nuestra vida no le pudiéremos dar consuelo, será nuestra muerte en compañia de la suya. Isanjo dijo á don Galaor, como le rogaba que hiciese caballero á Gandalin, y trajese consigo á Ardian el enano. Y esto les decia Isanjo haciendo muy gran duelo y ellos por el semejante. Galaor tomó entre sus brazos al enano que hacia gran duelo, y daba con la cabeza en una pared, y díjole: Ardian, vente conmigo como lo mandó tu señor, que lo que de mí fuere será de tí. El enano le dijo: Señor, yo os serviré, mas no por señor hasta que sepa nuevas ciertas de Amadis. Entonces cabalgaron en sus caballos, y mostrándoles Isanjo el camino que Amadis llevara, por él todos tres se metieron, y anduvieron todo el dia sin que hallasen á quien preguntar, y llegaron donde estaba Patin llagado y su caballo muerto, y sus escuderos que eran venidos y andaban cortando madera y ramas en que lo llevasen, que estaba muy desmayado de la mucha sangre que perdiera; y no les pudo decir nada, y hízoles señal que lo dejasen; y preguntaron á los escuderos que quien hiriera á aquel caballero: ellos dijeron, que no sabian sino tanto que cuando ellos á él llegaron, que les dijo que habia justado con un caballero que de la ínsula Firme venia, y que lo derribara del primer encuentro muy ligeramente, y que luego tornara á cabalgar, y de un solo golpe de la espada le hiciera aquella llaga y le matara el caballo: y desque dél se partió, dijo que habia sabido de un doncel que aquel caballero era el que ganó el señorío de la ínsula Firme. Don Galaor les dijo: Buenos escuderos, ¿vistes á la parte que ese caballero fue? No, dijeron ellos; pero antes que aquí llegásemos vimos por esta floresta ir un caballero armado, encima de un gran caballo llorando y maldiciendo su ventura, y un escudero en pos dél que las armas le llevaba, y en el escudo habia el campo de oro y dos leones cárdenos en él: así mismo iba el escudero muy fuertemente llorando. Ellos dijeron Aquel es: Entonces se

fueron para aquella parte á mas andar, y á la salida de aquella floresta hallaron un gran campo en que habia muchas carreras á todas partes, en las cuales habia rastros; así que no podian en el suyo atinar: entonces acordaron de se partir y que para saberlo que cada uno habia en aquella demanda buscado, y por las tierras que anduviera fuesen juntos en el dia de san Juan en casa del rey Lisuarte; y si hasta entonces su ventura les fuese tan contraria que dél no supiesen, que así tomarian otro acuerdo: y luego se abrazaron llorando, y se partieron de en uno, llevando muy firme en sus corazones de tomar todo el afan que en la demanda ocurrir pudiese hasta la acabar: mas esto fue en vano que como quiera que muchas tierras anduvieron, en que grandes cosas y muy peligrosas en armas pasaron, como aquellos que de fuertes y bravos corazones eran y sufridores de mucho afan, no fue su ventura de saber dél ninguna nueva; las cuales no serán aquí recontadas porque de la demanda fallecieron no la acabando, y la causa dello fue que Amadis se partió de donde llagado dejó á Patin, y anduvo por la floresta, y á la salida della halló un campo en que habia muchas carreras y desvióse dél porque dél no tomasen rastro, y metióse por un valle y por una montaña, y iba pensando tan fieramente que el caballo se iba por donde queria: y á la hora del medio dia llegó el caballo á unos árboles que estaban en una ribera de un agua que de la montaña descendia, y con el gran calor y trabajo de la noche paró allí: y Amadis recordó de su cuidado, y miró á todas partes y no vió poblado alguno, de que hubo placer. Entonces se apeó y bebió del agua, y Gandalin llegó que tras él iba y tomando los caballos y poniéndolos donde paciesen de la yerba, se tornó á su señor, y hallándole desmayado, que mas semejaba muerto que vivo; mas no lo osó quitar de cuidado, y echóse delante dél. Amadis acordó de su pensar á tal hora que el sol se queria poner, y levantándose dió del pié á Gandalin, y dijo:

¿Duermes ó qué haces? No duermo, dijo él, mas estoy pensando en dos cosas que á vos atañen, y si me quisiéredes oir deícroslas he, sino dejarme he dello. Amadis le dijo: Ve, ensilla los caballos y irme he, que no querria que me hallasen los que me buscan. Señor, dijo Gandalin, vos estais en lugar apartado y vuestro caballo segun está laso y cansado, sino le doy algun reposo no os podrá llevar. Amadis le dijo llorando: Haz lo que por bien tuvieres, que holgando ni andando no tengo yo de haber descanso. Gandalin curó de los caballos, y tornó á él, y rogóle que comiese de empanada que traia, mas no lo quiso hacer, y díjole: Señor, ¿quereis que os diga las dos cosas en que pensaba? Dilo si quieres, dijo él, que ya por cosa que se diga ni se haga no me doy nada, ni querria mas vivir en el mundo de cuanto á confesion llegado fuese. Gandalin dijo: Todavía Señor os ruego que me oigais.

Entonces dijo: Yo he pensado mucho en esta carta que Oriana os envió, y en las palabras que el caballero con que os combatisteis dijo; y como la firmeza de muchas mujeres sea muy liviana mudando su querer de unos en otros, puede ser que Oriana os ha errado, y quiso antes que vos lo supiésedes, fingir enojo contra vos: y la otra cosa es que yo la tengo por tan buena y tan leal que no así se moveria sin alguna causa que falsamente de vos la habrán dicho, que por verdadera ella la ternia, sintiendo por su corazon que tan firmemente os ama, que así el vuestro debió hacer á ella; y pues que vos sabeis que contra ella nunca errastes, y si algo le fue dicho que se haga saber la verdad en que seréis sin culpa, por donde no solamente se arrepienta de lo que hizo, mas con mucha humildad os demandará perdon, y tornaréis con ella á aquellos grandes deleites que vuestro corazon desea: ¿no es mejor que esperando este remedio comais y tomeis tal consuelo que la vida sostener se pueda, que muriendo con tan poca esperanza y corazon, perdais á ella y perdais la honra de este mundo, y aun el otro que tengais en con-

dicion? Por Dios cállate, dijo Amadis, que tal locura y mentira has dicho que con ello se enojaria todo el mundo, y tú dícesmelo por me conortar lo que no piensas que puede ser, que Oriana mi señora nunca erró en cosa ninguna: y si yo muero es con razon, no porque yo lo merezca; y si yo no entendiese que por me conortar lo has dicho, yo te tajaria la cabeza, y sábete que me has hecho gran enojo, y de aquí adelante no seas osado de me decir lo semejante; y quitándose dél se fue paseando por la ribera abajo pensando tan fuertemente que ningun sentido tenia. Gandalin se adormeció, como aquel que habia dos dias y una noche que no durmiera, y tornando Amadis partido ya de su cuidado, y viendo como tan asosegadamente dormia, fue á ensillar su caballo, y escondió la silla y el freno de Gandalin entre unas espesas matas porque no pudiese ir en pos dél: y tomando sus armas se metió por lo mas espeso de la montaña con gran saña de Gandalin, por lo que le dijera. Pues así anduvo toda la noche y otro dia hasta vísperas. Entonces entró en una gran vega que al pié de una montaña estaba, y en ella habia dos árboles solos que estaban sobre una fuente; y fue allá por dar agua á su caballo que todo aquel dia anduvieron sin hallar agua, y cuando á la fuente llegó vió un hombre de órden la cabeza y barba blanco, y daba de beber á un asno, y vestia un hábito muy pobre de lana de cabra. Amadis le saludó y preguntóle si era de misa. El hombre bueno le dijo, que bien habia cuarenta años que lo era. A Dios merced, dijo Amadis, agora os ruego que holgueis aquí esta noche, por el amor de Dios, y oirme heis de penitencia, que mucho lo he menester. En el nombre de Dios, dijo el buen hombre. Amadis se apeó, y puso las armas en tierra, y desensilló el caballo, y dejóle pacer por la yerba, y desarmóse, y hincó los hinojos ante el buen hombre, y comenzóle á besar los pies. El hombre bueno le tomó por la mano abrazándole; le hizo sentar cabe sí, y vió como era el mas hermoso caballero que en su

vida hubiese visto, pero viólo descolorido, y las haces y los pechos bañados en lágrimas que derramaba, y dijo: Caballero, parece que habeis gran cuita, y si es por algun pecado que hayais hecho, y estas lágrimas de arrepentimiento dél os vienen, en buen hora acá naciste; mas si os lo causan algunas temporales cosas que segun vuestra edad y hermosura por razon no debeis ser muy apartado dellas, acordaos de Dios y demandar de su merced que os traiga á su servicio; y alzó la mano y bendíjole, y díjole: Decid agora todos los pecados que se os acordaren. Amadis así lo hizo, diciéndole toda su hacienda que nada faltó. El hombre bueno le dijo: Segun vuestro entendimiento y el linaje tan alto de donde venís, no os debríades matar ni perder por ninguna cosa que os aviniese, cuanto mas por hechos de mujeres, que ligeramente se ganan y se pierden; y os aconsejo que no pareis en tal cosa mientes, y que os quiteis de tal locura, que lo hagais por amor de Dios á quien no place de tales cosas; y aun por la razon del mundo se debria hacer, que no puede hombre ni debe amar á quien no le amare. Buen señor, dijo Amadis, yo soy llegado á tal punto que no puedo vivir sino muy poco, y ruégoos por aquel Señor poderoso, cuya fé vos manteneis, que os plega de me llevar con vos este poco de tiempo que durare, y habré con vos consejo de mi alma: y pues que ya las armas ni el caballo no me hacen menester, dejarlo he aquí, y iré con vos á pié, haciendo aquella penitencia que me mandáredes; y si esto no haceis erraréis á Dios, porque andaré perdido por esta montaña sin hallar quien me remedie. El buen hombre que lo vió tan apuesto y de todo corazon para hacer bien, díjole: Ciertamente, señor, no conviene á tal caballero como vos sois que así se desampare, como si todo el mundo le falleciese, y muy menos por razon de mujer, que su amor no es mas que cuanto sus ojos lo ven, y en cuanto oyen unas palabras que les dicen: y pasado aquello luego olvidan, especialmente en aquellos falsos amores que contra

el servicio del alto Señor se toman; que aquel mismo pecado que los engendra haciéndolos al comienzo dulces y sabrosos, aquellos los hace revesar con tan cruel y amargoso parto como agora vos teneis: mas vos que sois tan bueno y teneis señorío y tierra sobre mucha gentes, y sois leal abogado y guardador de todos y todas aquellas que sin razon reciben, y tan mantenedor de todo derecho, seria gran mala ventura y gran daño y pérdida del mundo si vos así lo fuésedes desamparado: y yo no sé quien es aquella que á tal estado os ha traido; mas á mí me parece que si en una mujer sola hubiese toda la bondad y hermosura que hay en todas las otras, que por ella tal hombre como vos no se deberia perder. Buen señor, dijo Amadis, yo no os demando consejo en está parte que á mi no es menester; mas demándoos consejo de mi alma, y que os plega de me llevar con vos á vuestra habitacion; y sino lo hiciéredes no tengo otro remedio sino morir en esta montaña: y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que dél habia, así que las lágrimas le caian por las barbas, que eran largas y blancas, y díjole: Mi hijo, señor, yo moro en un lugar muy esquivo y trabajoso de vivir, que es en una ermita metida en la mar bien siete leguas, en una peña muy alta, y es tan estrecha la peña, que ningun navío á ella se puede llegar sino es en el tiempo del verano, y allí moro ha treinta años: y á quien allí morare, conviénele que deje los vicios y placeres del mundo, y mi mantenimiento es de limosna que los de la tierra me dan. Todo eso, dijo Amadis, es á mi grado, y á mí place de pasar con vos tal vida, esta poca que me queda, y ruégoos por amor de Dios que me lo otorgueis. El hombre bueno se lo otorgó mucho contra su voluntad, y Amadis le dijo: Agora, me mandad, padre lo que haga, que en todo seré obediente. El hombre bueno le dió la bendicion, y luego dijo vísperas; y sacando de una alforja pan y pescado, dijo á Amadis que comiese; mas él no lo hacia, aunque pasaran ya tres dias que no comiera; él dijo: Vos

habeis de estar á mi obediencia, y mándoos que comais, sino vuestra alma seria en gran peligro si así muriésedes. Entonces comió, pero muy poco, que no podia de sí partir aquella grande angustia en que estaba; y cuando fue hora de dormir el buen hombre se echó sobre su manto, y Amadis á sus pies, que en todo lo mas de la noche no hizo con la gran cuita sino revolverse y dar grandes sospiros, y ya cansado y vencido del sueño, adormecióse, y en aquel dormir soñaba que estaba encerrado en una cámara oscura que ninguna vista tenia, y no hallando por dó salir, aquejábasele el corazon, y parecíale que su prima Mabilia y la doncella de Denamarca á él venian, y ante ellas estaba un rayo de sol que quitaba la oscuridad y alumbraba la cámara, y que ellas le tomaban por las manos y decian: Señor, salir á este gran palacio; y parecíale que habia gran gozo, y saliendo veia á su señora Oriana cercada al derredor de una gran llama de fuego, y que daba grandes voces diciendo: ¡Santa María! acorredla; y pasaba por medio del fuego que no sentia ninguna cosa: y tomándola entre sus brazos la ponia en una huerta la mas verde y hermosa que nunca viera; y á las grandes voces que él dió despertó el hombre bueno, y tomóle por la mano, diciéndole que habia. El dijo: Mi señor, yo hube agora durmiendo tan gran cuita que por poco fuera muerto. Bien pareció en las vuestras voces, dijo él, mas tiempo es que nos vamos: y luego cabalgó en su asno y entró en el camino. Amadis se iba á pié con él; mas el buen hombre le hizo cabalgar en su caballo con gran premio que le puso, y así caminaron de consuno como oís; y Amadis le rogó que le diese un don en que no aventuraria ninguna cosa; él se lo otorgó de grado, y Amadís le pidió que en cuanto con él morase no dijese á ninguna persona quien era, ni nada de su hacienda, y que no le llamase por su nombre, mas por otro cual él lo quisiese poner; y de que fuese muerto lo hiciese saber á sus hermanos porque lo llevasen á su tierra. La vuestra muerte

y vida es en Dios, dijo él, y no hableis mas en ello que él os dará remedio si le conoceis y amais y servís como debeis; mas decidme, ¿qué nombre os place tener? El que vos por bien tuviéredes, dijo él. El hombre bueno lo iba mirando como era tan hermoso y de tan buen talle, y la gran cuita en que estaba, y dijo: Yo os quiero poner un nombre que será conforme á vuestra persona y á la angustia en que sois puesto, que vos sois mancebo y muy hermoso, y vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas: quiero que hayais nombre Beltenebros. Amadis plugo de aquel nombre, y tuvo al buen hombre por entendido, en se le haber con tan gran razon puesto, y por este nombre fue él llamado en cuanto con él vivió, y despues gran tiempo, que no menos que por el de Amadis fue loado segun las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá. Pues hablando en esto y en otras cosas, llegaron á la mar siendo ya de noche cerrada, y hallaron ahí una barca en que habian de pasar al hombre bueno á su ermita; y Beltenebros dió su caballo á los marineros, y ellos le dieron un pelote y un tabardo de gruesa lana parda, y entraron en la barca y fuéronse para la peña; y Beltenebros preguntó al buen hombre, como llamaban aquella su morada, y él como habia nombre. La morada, dijo él, es llamada la peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza, y mi nombre es Andalod, y fuí clérigo asaz entendido, y pasé mi mancebía en muchas vanidades; mas Dios por la su merced me puso en pensar que los que le han de servir tienen grandes inconvenientes, y intervalos contratando con las gentes, que segun nuestra flaqueza antes á lo malo que á lo bueno inclinado somos; y por esto acordé de me retraer á este lugar tan solo, donde ya pasan de treinta años que nunca dél salí, sino fue agora que vine á un enterramiento de una mi hermana. Mucho se pagaba Beltenebros de la soledad y esquiveza de aquel lugar, y en pensar de allí morir recibia algun descanso. Así fueron navegando en su

barca hasta que á la peña llegaron. El ermitaño dijo á los marineros que se volviesen, y ellos se volvieron á tierra con su barca, y Beltenebros considerando aquella estrecha y santa vida de aquel hombre bueno con muchas lágrimas y gemidos, no por gran devocion, mas por gran desesperacion, pensaba juntamente con él sostener todo lo que viviese, que á su pensar seria muy poco. Así como oís fue encerrado Amadis con el nombre de Beltenebros en aquella peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo y la honra, y aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era; consumiendo sus dias en continuos lloros, no teniendo memoria de aquel valiente Galpano, ni de aquel fuerte Abies de Irlanda, ni del soberbio Dardan, ni tampoco de aquel famoso Apolidon que en su tiempo ni en cien años despues nunca caballero hubo que á la su bondad pasase; los cuales por su fuerte brazo vencidos y muertos fueron con otros muchos que la historia os ha contado. Pues si le fuese preguntada la causa del tal destrozo, ¿qué respondiera? No otra cosa salvo que la ira y la saña de una flaca mujer, poniendo en su favor aquel fuerte Hércules, aquel valiente Sanson, y á aquel sabio Virgilio, no olvidando entre ellos al rey Salomon, que desta semejante pasion atormentados y sojuzgados fueron, y otros muchos que decir podria: ¿con esto seria su disculpa disculpada? Ciertamente no, porque los yerros agenos son de tener en la memoria, para los seguir, mas para huirlos y castigar en ellos. Pues era razon que de un caballero tan vencido, tan sojuzgado con causa tan liviana, piedad se hubiese para de allí le sacar con dobladas victorias que las pasadas: diria, yo que no: sino las cosas por él hechas en tan gran peligro suyo, no redundasen en tanto provecho de aquellos que despues de Dios otro reparo si el suyo no tenian. Así que habiendo destos tales mayor mancilla que de aquel que venciendo á todos á sí mismo ni sojuzgar pudo, contarémos en que forma cuando mas sin esperanza, cuando ya lle-

gado al estrecho de la muerte, el Señor del mundo le envió milagrosamente el reparo. Pero porque á la órden de la historia así cumple, antes os contarémos algo de lo que en aquel medio tiempo acaeció. Gandalin, que durmiendo en la montaña quedara cuando Amadis su Señor dél se partió, á cabo de gran pieza despertando y mirando á todas partes no vió sino su caballo, y levantóse presto, y comenzó á dar voces llorando y buscando por las espesas matas; mas de que no halló á Amadis ni á su caballo, luego fue cierto que dél se habia perdido y volvió para cabalgar y ir en pos del, mas no halló la silla ni el freno. Entonces se comenzó á maldecir á sí y á su ventura, y el dia en que naciera: y andando á una y á otra parte hallólo metido en una mata muy espesa, y ensillando su caballo cabalgó en él, y anduvo cinco dias albergando en los yermos y en poblado, preguntando por su señor, pero todo afan era perdido: y á los seis dias la ventura le guió á la fuente donde Amadis dejara sus armas, y halló cabe ella una tienda armada y doncellas en ella, y Gandalin descendió, y preguntóles si vieran un caballero que traia un escudo de oro y dos leones cárdenos en él. Ellas le dijeron: No vimos tal caballero, mas ese escudo y todo el guarnimiento de caballero asaz bueno hallamos cabe esta fuente, sin que ninguno lo guardase. Cuando él esto oyó, dijo mesando sus cabellos: ¡Oh Santa María valme! muerto es ó perdido mi señor, el mejor caballero del mundo: y comenzó á hacer tan gran duelo que á las doncellas puso en gran mancilla, y comenzó á decir: Señor mio, ¡qué mal os guardé! que de todos los del mundo debia ser con razon aborrecido, ni el mundo en si me debia tener, pues á tal tiempo os fallecí. Vos, señor, érades aquel que á todos amparábades, y agora de todos sois desamparado, que ya el mundo y los que en él son os fallecen: ¡y yo captivo mal aventurado sobre todos los que nacieron por mengua de mi aguardamiento os desamparé al tiempo de vuestra dolorosa muerte! Y dejóse caer de rostro en el suelo así

como muerto. Las doncellas dieron voces, diciendo: ¡Santa María! muerto es este escudero; y fueron á él por le acordar y nunca podian, que muchas veces se les traspasaba: mas tanto estuvieron con él echándole agua por el rostro, que le hicieron acordar, y dijéronle: Buen escudero, no os desespereis por lo que no sabeis cierto, que no haceis pro de vuestro señor, y mas os conviene buscarle hasta saber su muerte ó su vida; que los buenos con las grandes cuitas se han de esforzar, y no dejarse morir como desesperados. Gandalin se esforzó con aquellas palabras de las doncellas, y acordó de le buscar por todas partes hasta que la muerte en ello le tomase, y dijo á las doncellas: ¿Señoras, dónde vistes las armas? Eso osdirémos de grado, dijeron ellas: sabed que nosotras andábamos en compañía de Don Guilan el Cuidador, que nos sacó y á otras mas de veinte doncellas y caballeros de la prision de Gandinos el follon; que Guilan hizo tanto en armas, que venciendo todas las costumbres de su castillo y á la fin á él, nos sacó de prision á todos, y á él hizo jurar que jamás manternia aquella costumbre, y los caballeros y doncellas se fueron donde les plugo, y nosotras venimos con Guilan á esta parte donde venimos, y bien ha cuatro dias que llegamos á esta fuente. Y cuando Guilan vió el escudo por quien preguntais hubo gran pesar, y descendiendo de su caballo dijo: que no era para estar así el escudo del mejor caballero del mundo; y alzólo del suelo llorando de corazon, y púsolo en aquel brazo de aquel árbol, y dijonos que lo guardásemos en tanto que él buscaba aquel cuyo era. Nosotras hicimos traer estas tiendas y don Guilan anduvo tres dias por toda esta tierra, y no halló nada, y esta noche muy tarde llegó aquí, y á la mañana dió el guarnimiento á los escuderos, y él ciñó la espada y tomó el escudo, y dijo: Por Dios, escudo, mal trueco es este en dejar á vuestro señor por ir conmigo: y dijo que se iba á la corte del rey Lisuarte, para dar aquellas armas á la reina Brisena que las mandase guardar; y nos allá imos, y así

lo harán todos aquellos que estábamos presos, á pedir por merced á la Reina que agradezca á Don Guilan aquello que por nosotros hizo, y los caballeros al Rey. Pues á Dios quedeis, dijo Gandalin, que yo tomando vuestro conorte y consejo voy á buscar aquel en quien mi vida y muerte está, como el mas captivo y desventurado hombre que nunca nació.

CAPITULO VII.

De como Durin tornó á su señora con la respuesta del mensaje que habia traido para Amadis, y del llanto que ella hizo viendo la nueva.

Despues que Durin se partió de Amadis en la floresta donde Patin llagado quedaba (como lo hemos contado), entró en el camino de Londres, donde el rey Lisuarte estaba, y aquejóse de andar porque Oriana supiese aquellas desventuradas nuevas de Amadis, porque si ser pudiese remediase algo en aquello que su carta tanto mal habia hecho: y tanto anduvo, que á los diez dias llegó á Londres, y descabalgando en su posada, fué al palacio de la Reina, y cuando Oriana le vió, el corazon le saltaba, que no le podia asosegar; y luego se fue á su cámara, y acostóse en su lecho, y mandó á la doncella de Denamarca que llamase á Durin su hermano, y ella, que guardase que no la viese alguno. La doncella le llamó, y salióse donde Mabilia estaba. Oriana le dijo: Amigo, agora me di á donde has andado, y dó hallastes á Amadis, y lo que hizo cuando le diste mi carta, y si viste á la reina Briolanja: cuéntamelo todo que no falte nada. Señora, dijo Durin, todo lo diré, aunque no es poco de contar, que muchas cosas maravillosas y extrañas he visto: y digoos que yo llegué á Sobradisa, y ví á Briolanja, que es tan hermosa y tan apuesta y de tal do-

naire, que dejando á vos, creo que en el mundo no hay otra tan hermosa mujer como ella, y allí hallé nuevas de Amadis y de sus hermanos, que eran para acá partidos, y siguiendo yo su rastro, supe como se desviaron del camino, y fueron con una doncella á la ínsula Firme por probarse en las extrañas aventuras que allí son, y cuando yo llegué entraba Amadis só el arco de los leales Enamorados, donde ninguno puede entrar si ha errado á la mujer que primero comenzó á amar. ¡Cómo, dijo Oriana, osado fue él de probar tal aventura, sabiendo que acabarla no podia!

No me pareció á mí así, dijo Durin, que pasó desa manera; antes él la acabó con la mayor lealtad que otro que allí fuese, porque por él se hizo en su recebimiento las señales que hasta aquí nunca se hicieran. Cuando ella esto oyó, en su corazon sintió gran alegría, en saber que aquello que por sano y por tan cierto tenia tanto al contrario era del su pensamiento. Así mesmo la contó como don Galaor y Florestan y Agrajes, probando la aventura de la cámara defendida, no la pudieron acabar, y quedaron tan tollidos como si muertos fueran, y como despues la probó Amadis y la acabó, ganando el señorío de aquella ínsula, que era la mas hermosa del mundo y mas fuerte, y como habian entrado todos en la cámara que era la mas extraña y rica que hallarse podria. Oido esto por Oriana, dijo: Cállate un poco; y alzando las manos al cielo, comenzó á rogar á Dios que por la su piedad enderezase como ella presto pudiese estar en aquella cámara con aquel que por su gran bondad la ganara. Entonces le dijo: Agora me di, que hizo Amadis cuando mi carta le diste. A Durin le vinieron las lágrimas á los ojos, y díjola: Señora, yo os aconsejaria que no lo quisiésedes saber, porque habeis hecho la mayor crueza y diablura que nunca doncella en el mundo hizo. ¡Ay santa María válme! dijo Oriana: ¿qué me decís? Dígoos, dijo Durin, que matastes á la mayor sinrazon que ser podria con vuestra saña al mejor y mas leal caballero que nunca hubo mujer, ni habrá en tanto que el mundo durare.

Maldita fué la hora que tal cosa fué pensada, y maldita sea la muerte que antes no me mató; porque nunca con tal mensaje fuera, que si yo supiera lo que llevaba, antes me fuera á perder por el mundo que ante él parecer; pues que vos en lo mandar y yo en lo llevar fuimos causa de su muerte. Entonces le contó lo que Amadis hizo y dijo cuando la carta le diera, y como se salió de la ínsula Firme, y lo que dijo en la ermita, y como de allí se partió dellos solo, y se metió por la montaña, y que siguiéndole él y Gandalin contra su defendimiento, le hallaron cabe la fuente, no osando parecer ante él, y el dolorido llanto que allí hizo, y como pasó por allí Patin cantando, y las palabras que dijo, y la batalla que Amadis con él hubo, y despues se partió dél diciendo á Gandalin que no le estorbase la muerte, sino que no fuese con él; así que no quedó cosa que no le dijese como pasara y él lo viera. Cuando Oriana esto oyó, en mayor grado que de la ira y saña vencida quebrada la braveza del su corazon, de la piedad sojuzgada fué, causándolo aquel gran señorío que la verdad sobre la mentira tiene: así que juntó en su pensamiento la culpa suya con la cual aquel que sin ella estaba padecia, tal fuerza tuvieron que casi muerta sin ningun sentido la dejaron, sin sola una palabra poder decir. Durin como así la vió hubo piedad della; pero bien vió que lo merecia, y fuese á Mabilia y á la doncella de Denamarca, y díjoles: Acorred á Oriana, que bien le hace menester, que paréceme si erró su parte le cabe: y fuese á su posada, y ellas se fueron á Oriana: y viéndola tan desacordada cerraron la puerta de la cámara; y echándole agua por el rostro, la hicieron acordar, y como habló dijo: ¡ Ay captiva sin ventura, que maté la cosa del mundo que mas amaba! ¡ Ay mi señor! yo os maté y á gran tuerto, y con gran razon moriré yo por vos aunque vuestra muerte será mal vengada con la mia, que vos, mi señor, siendo leal no seréis satisfecho en que la desleal y malaventurada muera. Esto decia ella con tanto dolor y angustia como si el corazon se le despedazase: mas

aquellas sus servidoras y amigas, enviando por Durin y sabiendo todo lo que pasara enteramente, acorrieron con aquella medicina que ellos ambos habian menester para su remedio, que despues de le haber dado muchos consuelos, la hicieron escribir una carta con palabras muy humildes y ruegos muy ahincados (como adelante mas por extenso se dirá) para Amadis: que dejadas todas las cosas se viniese á ella; que en el su castillo de Miraflores, donde su gran yerro seria emendado, le atendia: la cual se encomendó á la doncella de Denamarca, que con mucho placer todo el afan que venirle pudiese tomaria por dar reparo á las dos personas que ella mas amaba, porque sin sospecha de ninguna cosa aquel viaje mejor hacer pudiese. Habiendo dicho Durin que Amadis en su llanto mentara á su amo don Gandales, creyendo que antes allí que en otra parte estaria, acordaron que la doncella llevase donas á la Reina de Escocia, y la dijese nuevas de Mabilia su hija, y de la Reina á ella trajese. Oriana habló con la Reina su madre, haciéndole saber como enviaba aquella doncella con aquel mandado. Ella lo tuvo por bien, y así mismo envió sus donas. Esto asi concertado, tomando consigo á Durin su hermano y á un sobrino de Gandales que Enil se llamaba, que nuevamente alli para buscar á su señor era venido: y caminando hasta un puerto que llamaban Vegil, que es de la gran Bretaña hácia Escocia, entraron en una barca, y en cabo de siete dias que navegaron fué arribada en Escocia en una villa que se llamaba Peligez, y desde allí se fué derechamente al castillo de Gandales, y hallóle como andaba á caza con sus escuderos, y fuese para él, y él vino contra ella, y saludáronse: y don Gandales vió en su lenguaje que era extranjera, y preguntóla de dónde era, y ella le dijo: Soy mensajera de unas doncellas que mucho os aman, que envian conmigo donas á la Reina de Escocia. Buena doncella, dijo él, decidme si os plugiere quien son. Oriana, la hija del rey Lisuarte, y Mabilia, que vos conoceis. Señora,

dijo él, vos seais muy bien venida, y vamos á mi casa y holgaréis, y desde allí os llevaré á la Reina. Ella lo tuvo por bien, y fuéronse juntos: y hablando de algunas cosas, preguntóle Gandales por Amadis su criado, de que ella fué muy triste, considerando que allí no estaba, y por no le hacer pesar no le dijo como era perdido; mas que despues que de la corte partió por vengar á Briolanja que no tornara á ella: antes pensaban allá cuando yo partí que era venido á esta tierra con Agrajes su primo, por ver á vos que lo criastes y á la Reina su tia; yo le traia cartas de la reina Brisena y de otras sus amigas con que habria placer. Esto decia ella porque si encubierto estuviese sabiendo lo que ella decia ternia por bien de la ver y hablar. Mas Gandales no sabia nada dél: allí holgó la doncella dos dias, y fué muy honrada y servida de todos, y de la mujer de Gandales, que muy noble dueña era; y luego se fué donde la Reina estaba, y dióle las cartas y las donas que la enviaban.

CAPITULO VIII.

De como Guilan el Cuidador tomó el escudo y las armas de Amadís que lo halló en la fuente de la Vega sin guarda ninguna y las trajo á la corte del rey Lisuarte.

Despues que don Guilan el Cuidador, se partió de la fuente donde halló las armas de Amadis, (como se os ha contado) anduvo siete dias por el camino hácia la corte del rey Lisuarte, y siempre llevaba el escudo de Amadis á su cuello, que nunca lo quitó, salvo en dos lugares que le fué forzado de se combatir, que le daba á sus escuderos y tomaba el suyo: y el uno fué que encontró con dos caballeros sobrinos de Arcalaus, y conocieron el escudo y qui-

siéronsele tomar, diciendo que lo llevaria á su tio ó la cabeza de aquel que le traia: mas don Guilan sabiendo que del linaje de tan mal hombre era , dijo: Agora os tengo en menos, y luego se acometieron bravamente, que los dos caballeros eran mancebos y recios; mas don Guilan, aunque de mas dias fuese, era mas valiente y usado en las armas; y como quiera que la batalla alguna pieza duró, al cabo mató uno dellos, y el otro huyó por la montaña; y don Guilan quedó herido, pero no mucho, y fuese su camino como antes: y esta noche albergó en casa de un caballero que conocia, y hizole mucha honra, y á la mañana dióle una lanza, que la suya fué quebrada en la justa pasada que habia habido, y no anduvo tanto por su camino que llegó á un rio que se llamaba Guiñon, y el agua era grande, y habia en él una puente de madera, tan ancha que podia venir un caballero y ir otro: y al cabo della vió estar un caballero que la puente queria pasar, que tenia un escudo verde y una banda blanca en él, y conocióle que era Ladasin su primo, y á la otra parte estaba un caballero que defendia el pasaje, y á grandes voces decia: Caballero, no entreis en la puente si no quereis justar. Por vuestra justa, dijo Ladasin, no dejaré yo de pasar. Entonces embrazando el escudo se metió por la puente, y el otro caballero que la puente guardaba estaba en un caballo grande, y á su cuello tenia un escudo blanco y un leopardo en el yelmo: otro si y el caballero era grande de cuerpo y cabalgaba muy apuesto; y como vió á Ladasin en la puente dejóse ir á él al mas correr de su caballo, y justaron ambos en la entrada de la puente, y así avino que Ladasin y su caballo cayeron de la puente en el agua, y él echó mano de unas ramas de sauces que alcanzó, y con grande afan salió á la orilla, que cayera de alto, y mas el peso de las armas: y el que lo derribó tornóse por la puente su paso, y púsose donde antes estaba; y don Guilan llegó á su primo, y él y sus escuderos sacáronle del agua, y quitáronle el escudo y el yelmo, y díjole: Ciertamente, primo,

á pocas fuérades muerto si vuestro gran corazon no lo estorbara en vos asir á estas ramas, y todos los caballeros debrian dudar las justas de las puentes, porque los que las guardan tienen ya sus caballos amaestrados, y ganan honra mas por ellos que por sus valentías, y por mi grado antes rodearia agora por otro cabo, mas pues á vos así os aconteció conviene que os vengue si pudiere, y en tanto pasó el caballo de Ladasin de la otra parte, y el caballero mandólo tomar á sus hombres, y metiérenlo en una torre que estaba en medio del rio, que era una hermosa fortaleza, y pasaban á ella por una puente de piedra. Don Galaor quitó el escudo de Amadis y dióle á sus escuderos, y tomó el suyo y su lanza, y fuese á la puente; mas el otro caballero que la guardaba vino luego contra él, y corriendo el uno contra el otro al mas ir de sus caballos; y el encuentro fué tan grande que el caballero fué movido de la silla y cayó en el rio, y Guilan cayó en la puente, y por poco cayera en el agua si no se tuviera á los maderos, y el caballero que en el agua cayó asióse al caballo de Guilan que cabe sí le halló, y sacóle fuera: y los escuderos de Guilan tomaron el caballo del otro, y Guilan miró y vió estar el caballero al pié de la puente, y tenia su caballo por las riendas y estaba sacudiéndose del agua y díjole: Mandadme dar mi caballo y irnos hemos. ¿Cómo, dijo el caballero, con tanto os pensais ir de aquí? Con tanto, dijo Guilan, que ya hicimos en el pasaje lo que debíamos. Eso no puede ser, dijo él, que pues ambos caimos, la batalla no es partida hasta que á las espadas vengamos. ¿Cómo, dijo don Guilan por fuerza quereis que me combata con vos? ¿No basta el enojo que nos habeis hecho, que las puentes á todos son comunes para por ellas pasar? No me curo yo deso, dijo él, que todavía conviene que sintais como corta mi espada ó por fuerza ó de grado. Y entonces saltó en el caballo sin poner pié en el estribo, tan ligero que fué maravillado de lo ver, y enderezó su yelmo muy prestamente, y fuese á poner en el camino por donde Guilan habia de pasar, y dijo:

Don caballero, decidme antes que nos combatamos, si sois natural de la tierra del rey Lisuarte, ó de su corte. ¿Porqué lo preguntais? dijo Guilan. Agora pluguiese á Dios, que tuviese al rey Lisuarte como tengo á vos, dijo el caballero, que yo juro por la mi cabeza que nunca él mas reinase. Don Guilan fué desto muy sañudo, y dijo: Cierto, si mi señor el rey Lisuarte aquí estuviese como yo, presto castigaria esa vuestra locura, que de mí os digo que soy su natural, y morador en su casa: y por lo que lo dijistes tengo gana de me combatir con vos, lo que antes no tenia, y si yo puedo hacer que de vos no reciba enojo ni deservicio ese Rey que decís. El caballero se rió como en desden, y dijo: Yo te prometo que antes de medio dia serás puesto en tanto estrecho que muy escarnido le llevarás mi mandado: y quiero que sepas quien yo soy, y qué donas de mi parte le darás. Don Guilan, que con la gran saña le queria acometer, sufrióse por saber quien era. Agora, dijo él, sábete que he nombre Gandalod, y soy hijo de Barsinan, señor de Sansueña aquel que el rey Lisuarte mató en Londres, y las donas que le llevarás son las cabezas de cuatro caballeros de su casa que yo allí tengo presos en mi torre, y el uno dellos es Guionte su sobrino, y la tu mano derecha cortada al tu cuello. Don Guilan metió mano á su espada, y dijo: Asaz hay en tí de amenazas, si con ellas me espantase; y fué para él, y el otro asimismo, y acometiéronse con gran saña, comenzando su batalla tan brava y de tanta crueza, que maravilla era de los ver; que ellos se herian de todas partes de tan duros y esquivos golpes, sin que holganza alguna en sí tomasen, que Ladasin y los otros que la miraban eran espantados, y creian que ninguno de ellos podria quedar tal, aunque vencedor fuese, que pudiese escapar de la muerte: mas lo que les guarecia era, que como ambos fuesen muy usados en las armas, guardábanse mucho de los golpes, y aunque las armas se cortaban, las carnes no padecian; y cuando ellos así andaban, que no pensaban sino en se matar, oyeron sonar un cuerno encima de la

torre, de que Gandalod fué maravillado, y cuitóse de dar fin á su batalla por saber lo que seria, y juntándose con don Guilan echó los brazos en él, y asiéronse tan reciamente, que movidos de las sillas cayeron de los caballos en tierra, y anduvieron abrazados un rato revolviéndose en el campo; mas cada uno apretó bien su espada en la mano, y don Guilan se desenvolvió dél, y levantóse primero, y dióle dos golpes: mas el otro levantado comezaron su batalla muy mas fuerte y peligrosa que de antes, porque estando á pié llegábase el uno á el otro muy mejor que á caballo, y cuitabánse mucho por le dar fin; y don Guilan cuidó que el cuerno se tañia para socorrer á Gandalod, y Gandalod creia que alguna traicion era en la fortaleza: así que cada uno, sin holgar ni descansar, probaba toda su fuerza contra el otro; mas despues que á pié fueron, don Guilan comenzó á mejorar mucho, de que Ladasin hubo muy gran placer, y sus escuderos que lo miraban, porque ya Gandalod no se podia cubrir bien deso que del escudo tenia, ni herir con la espada golpe que dañar pudiese, tanto andaba cansado; y don Guilan que así le vió, anduvo guardando, y dióle en descubierto un golpe en el brazo que se le cortó con la mano, así que le cayó en tierra y la espada que tenia con él. Gandalod dió una gran voz, y quiso huir para la torre; mas Guilan le alcanzó, y tiróle tan recio por el yelmo que se le sacó de la cabeza, y dió con él á sus pies, y púsole la espada en el rostro, diciéndole: Conviene que vayas al rey Lisuarte con aquellas donas que á mí señalaste, mas serán de otra guisa que lo tenias pensado, y si esto no haces tu cabeza será partida del cuerpo. Yo lo haré, dijo Gandalod, que mas quiero atender la misericordia del Rey que morir agora en tal sazon. Entonces tomó dél fianza, y fuese á la torre que oyó una gran revuelta, y cabalgó en el caballo, y Ladasin con él, y hallaron que los caballeros presos se habian suelto, y salidos del algibe se habian armado encima de la torre de armas que allí hallaron, y ellos tocaron el cuerno, y quedando el uno dellos, los otros des-

cendieron abajo y mataban cuantos podian alcanzar. Pues llegados don Guilan y Ladasin vieron sus compañeros encima de la puente y un caballero con siete peones que salia de la torre huyendo que se acogia á un bosque , y los de arriba les dijeron que los matasen especialmente al caballero; ellos fueron luego, y en poca pieza mataron los cuatro y los tres se les fueron : mas el caballero fué preso , y traido á sus compañeros. Don Guilan les habló , y dijo : Señores, yo no me puedo aquí detener que me voy á la Reina , mas quede con vos mi primo Ladasin, y llevad estos caballeros al rey Lisuarte, para que haga dellos lo que por bien tuviere , y haced de manera que esta fortaleza quede á mi mandado. Asi lo harémos, dijeron ellos. Entonces don Guilan quitó su escudo, que poco valia , segun estaba cortado por muchos lugares, y tomó el de Amadis llorando de sus ojos. Aquellos caballeros que el escudo conocieron , y á él vieron llorar fueron maravillados : y preguntáronle como le llevaba. El les contó de la forma que á la fuente de la Vega le halló con las otras armas todas , y como habia buscado á Amadis por toda aquella comarca y nunca dél pudiera saber nuevas. Ellos hubieron muy gran pesar creyendo que algun gran mal le habia venido. Con esto se partió dellos: y sin intervalo que le viniese llegó donde el rey Lisuarte estaba, que ya sabia como Amadis acabara las aventuras de la insula Firme , y habia ganado el señorío della , y como se partiera escondidamente con gran cuita ; mas la causa dello no la sabia ninguno sino aquellos ó aquellas que se os ha dicho. Cuando don Guilan llegó todos se llegaron por ver el escudo de Amadis, y saber algo dél, y el Rey le dijo: Por Dios, don Guilan, decidnos lo que de Amadis sabeis. Señor , dijo él , no sé ninguna cosa , que nunca oí dél , mas como me aconteció con el escudo os contaré delante de la Reina si os pluguiere. Entonces le llevó el Rey consigo , y llegando á la Reina hincó los hinojos ante ella, y llorando le dijo: Señora, yo hallé en una que llaman la fuente de la Vega todas las armas de Amadis , adonde este su escudo es-

taba desamparado, de que hube gran pesar, y poniéndole en un árbol dejándole á guardar á unas doncellas que en compañía traia por todas aquellas comarcas buscando á Amadis, y no fue tal mi ventura de le hallar, ni nuevas dél; y yo conociendo el valor de aquel caballero, y que su deseo era de le poner en vuestro servicio hasta la muerte, acordé, pues á él no podia traer, que sus armas os diesen testimonio de lo que á vos y á él obligado yo era: mandadlas poner en parte donde todos las vean, así para que algunos que de muchas partes á esta vuestra corte vienen, puedan algo de su derecho saber, como para ser recordadoras á los que buenos ser quisiesen que sigan aquel alto prez que su señor con ellas en su tiempo extremadamente entre tantos caballeros ganó. Mucho me pesa, dijo la Reina, de la pérdida de tal hombre, que tanta mengua en el mundo hará, y á vos, don Guilan, agradezco yo mucho lo que hicistes, y así haré á todos aquellos que armas traen, si trabajaren de buscar aquel por quien la órden de caballería y las dueñas y doncellas tan preciadas y defendidas eran. Mucho pesó destas nuevas al Rey y á todos los de la corte, creyendo que Amadis muerto fuese; mas sobre todos fué á Oriana, que no pudiendo estar alli con su madre, se acogió á su cámara, donde con muchas lágrimas maldijo su ventura por haber sido causa de tanto mal, donde ella, si la muerte no, otra cosa no atendia. Mas todos los consuelos de Mabilia, y la esperanza de la venida de su doncella que le traeria buenas nuevas, le daban algun consuelo; y en cabo de cinco dias llegaron allí á la corte los caballeros y las doncellas que don Guilan sacara de la prision, que venian al Rey y á la Reina á les pedir por merced que le agradeciesen lo que por ellos habia hecho; y allí venian las doncellas que dijeron el duelo que vieron hacer á Gandalin; no porque su nombre supiesen, mas diciendo que era un escudero que preguntaba por el señor del escudo y de las armas. Luego llegaron allí los caballeros que traian preso á Gandalod y contaron al Rey la batalla que don Guilan con

él hubo, y por cual razon, y todas las palabras que entre ellos hubo, y como los tenia á ellos presos, y por que guisa se soltaron. El rey le dijo: En este lugar maté á tu padre por la gran traicion que me hizo, y aquí morirás tú por lo que me querias hacer. Entonces los mandó á entrambos despeñar de una torre, al pié de la cual fué quemado Barsinan su padre, (como la primera parte lo cuenta).

CAPITULO IX.

Que recuenta en que manera estando Beltenebros en la peña pobre, arribó una nao en que venia Corisanda en busca de su amante Florestan: y de las cosas que pasaron, y de lo que recontó en la corte del rey Lisuarte.

Estando Beltenebros en la peña Pobre (como ya contamos) el ermitaño le hizo sentar un dia cabe sí en un poyo que á la puerta de la ermita estaba, y díjole: Hijo, ruégoos que me digais ¿qué es lo que os hizo dar tan grandes voces entre sueños cuando en la fuente de la Vega estábamos? Esto os diré, buen señor, de grado; y ruégoos por Dios que me digais lo que dello se os entendiere, que sea de mi placer, ó de mi pesar. Entonces le contó el sueño como ya oistes, sino que el nombre de las doncellas no le dijo. El hombre bueno que lo oyó estuvo una pieza pensando, y tornóse á él riendo y de buen talante, y dijo: Beltenebros, buen hijo, mucho me habeis alegrado, y dísteme gran placer con esto que me decís; y así lo sed vos que con gran razon lo debeis ser, y quiero que lo sepais como yo lo entiendo: sabed que la cámara escura en que os víades y no podíades della salir significa esta cuita en que agora estais: y todas las doncellas que la puerta abrian, esas son algunas vuestras amigas que hablan con aquella que mas

amais en vuestra hacienda: y en tal guisa harán que os sacarán de aquí y desta gran cuita en que sois: y el rayo del sol que iba ante ella, es mandado que os enviarán nuevas de alegría, con que os iréis de aquí; y el fuego en que víades estar á vuestra amiga, es significanza de la gran cuita de amor en que será por vos, así como vos por ella sois; y de aquel fuego que significa amor la sacaréis vos, que será de la su cuita cuando os viere; y la hermosa huerta donde la llevábades, esto muestra gran placer en que con vuestra vista será puesta.

Bien conozco que segun mi hábito no debiera hablar en semejantes cosas: pero entiendo que es mas servicio de Dios deciros la verdad con que seais consolado, que callando la vuestra vida en condicion esté con muerte desesperada. Beltenebros hincó los hinojos ante él, y besábale las manos agradeciendo á Dios que en tan gran cuita y dolor le diera persona que así aconsejarle supiese, y rogándole con lágrimas que por la su piedad hiciese verdaderas las palabras de aquel santo hombre su siervo. Entonces le rogó que le dijese qué significaba el sueño que la noche antes que Durin le diese la carta soñara estando en la ínsula Firme. El hombre bueno le dijo: Eso muy claro se os mostrará, que ya por todo ello pasaste: dígoos que aquel otero cubierto de árboles en que vos víades y la mucha gente que haciendo alegría al derredor de vos estaban, esto muestra que aquella ínsula Firme que entonces ganaste, en que metistes en muy gran placer á todos los moradores della: y el hombre que á vos venia con la bujeta del letuario amargo, es el mensajero de vuestra amiga que os dió la carta, que el grande amargor de sus palabras vos mejor que ninguno, que lo probasteis, lo sabeis: y la tristeza en que víades á la gente que alegre estaban, son los mismos de la ínsula, que por causa vuestra son en gran cuita y soledad: y los paños que vos desnudábades son las armas que vos dejastes: y aquel lugar pedregoso donde os ascondíades en medio del agua, esta peña en

que estais lo muestra: y el hombre de órden que os hablaba el lenguaje que no entendíades, yo soy, que os digo las palabras santas de Dios, las cuales antes no sabíades, ni en ellas pensábades. Ciertamente, dijo Beltenebros, muy gran verdad me decís en este sueño, que todo así me acaeció, en lo cual mucha esperanza tomo en lo por venir. Mas no fue tan cierta ni tan grande que le quitase aquellas angustias en que la desesperanza que de su señora tenia le habian puesto, y miraba muy amenudo á la tierra, acordándosele los vicios y grande, honras que en ella hubiera: y viéndolo todo con tanta crueza al contrario tornado, muchas veces llegaba á tal estrecho, que si no fuera por los consejos de aquel hombre bueno su vida fuera en gran peligro; el cual por le apartar algo de sus grandes pensamientos y congojas hacíalo muchas veces en compañia de dos mozuelos, sus sobrinos, que consigo tenia, y iban á pescar á una ribera, que ahí cerca estaba con varas, donde tomaban pescado asaz. Así como oís estaba Beltenebros haciendo su penitencia con mucho dolor y grandes pensamientos, que de continuo tenia, creyendo que si Dios por su piedad no le acorriese con la merced de su señora, que la muerte tenia muy cercana mas que la vida: y todas las noches albergaba debajo de unos muy espesos árboles que en una huerta allí cerca de la ermita habia, por hacer su duelo y llorar, sin que el ermitaño ni los mozos le sintiesen. Y acordándose la lealtad que siempre con su señora Oriana tuviera, y las grandes cosas que por la servir habia hecho, sin causa ni merecimiento suyo haberle dado tan mal galardon, hizo esta cancion con gran saña que tenia, la cual decia así:

Pues se me niega victoria,
dó justa me era debida,
allí dó muere la gloria
es gloria morir la vida.
Y con esta muerte mia
morirán todos mis daños,

mi esperanza y mi porfia,
el amor y sus engaños.
Mas quedará en mi memoria
lástima nunca perdida,
que por me matar la gloria
me mataron gloria y vida.

Pues habiendo hecho esta cancion que oís, le avino que estando una noche debajo de aquellos árboles como solia haciendo gran duelo, llorando muy fieramente, pasada ya gran parte de la noche oyó tañer unos instrumentos allí cerca muy dulcemente; así que él habia gran sabor de los oir, y maravillóse dello, que bien pensaba él que en aquel lugar no habia mas compañía que el ermitaño y él y los mozos, y levantándose de donde estaba se fue encubierto por ver que seria; y vió dos doncellas cabe la fuente, que los instrumentos tenian en sus manos, y oyólas tañer y cantar muy sabrosamente; y á cabo de una buena pieza que las estuvo escuchando, díjoles: Buenas doncellas, á Dios quedeis, que con vuestro muy dulce tañer me hiciste perder los maitines; y ellas se maravillaron que hombre seria, y dijéronle: Amigo, decidnos por cortesía, que lugar es este donde arribado habemos, y que hombre sois vos que nos hablais. Señoras, dijo él, á este lugar llaman la peña del Ermitaño, por una ermita y un ermitaño que aquí hay: y yo soy un hombre muy pobre que con él moro y vivo, haciendo muy grande y áspera penitencia de mis grandes males y pecados. Entonces dijeron ellas: Amigo, ¿podríamos saber aquí alguna casa en que albergase una dueña muy doliente que aquí traemos, que es de alta guisa y muy rica, que anda muy maltrecha de amor, para que dos ó tres dias holgase? Cuando Beltenebros esto oyó, dijo: Aquí hay una casa muy pequeña en que yo albergo, y si el ermitaño os la da, yo dormiré en el campo, como muchas veces me acaece, por os hacer placer. Las doncellas le dieron muchas gracias por lo que habia dicho, y se lo tuvieron en gran merced. Ellos

en esto estando, venia el alba: y vió Beltenebros debajo de otros árboles ēn una hermosa y muy rica cama la dueña que le dijeran, y cuatro caballeros armados en la ribera de la mar que guardándola estaban y dormian, y cinco hombres que yacian cabe ellos, los cuales armas no tenian; y vió una nao en la mar muy apuesta de lo que menester habia, y estaba sobre una áncora: y la dueña le pareció asaz moza y hermosa, de que él tuvo placer de mirar. Entonces se fue al ermitaño que se vestia para decir misa, y díjole: Padre, gente extraña tenemos bien, será que con la misa los atendades. Así lo haré, dijo el hombre bueno. Entonces se fueron entrambos saliendo de la ermita; y Beltenebros le mostró la nao, y vieron como los caballeros y los otros hombres subian la dueña doliente donde ellos estaban, y las sus doncellas con ella, y dijeron al ermitaño, si habria alguna casa donde la pusiesen; él dijo: Allí hay dos casas, en la una moro yo, y por mi voluntad nunca en ella mujer entrará; en la otra alberga este hombre bueno pobre, que aquí su penitencia hace, y no se la quitaria yo sin su grado. Beltenebros dijo: Padre, bien se la podeis dar, que yo albergaré só los árboles, como muchas veces lo acostumbro. Con esto entraron todos en la capilla á oir misa; y Beltenebros que miraba á las doncellas y los caballeros, y se acordó de sí y de su señora, y de la vida pasada, comenzó á llorar muy reciamente, y hincando los hinojos delante del altar, rogaba á la Vírgen María que le socorriese en aquella gran cuita en que estaba, y las doncellas y caballeros, que así le veian llorar tan de corazon, pensaban que era hombre de buena vida: y maravillándose de su edad y hermosura, como en tal parte la queria emplear por ningun pecado que grande fuese, segun en todas partes la misericordia de Dios alcanzaba habiendo en los hombres verdadero arrepentimiento. Desde que la misa fue dicha, llevaron la dueña á la cámara, y echáronla en un lecho asaz rico que la hicieron; y esta lloraba y apretaba las manos una con otra con gran

cuita que la aquejaba. Beltenebros que así la vió, preguntó á las doncellas, que tomaban sus instrumentos para la hacer solaz, qué habia, ó porque mostraba tan gran congoja. Ellas le dijeron: Amigo, esta dueña es muy rica, y de gran guisa, y hermosa, aunque su mal agora se lo menoscaba: y la su cuita, aunque á otros no se dijera, decirse ha á vos que lo guardaréis: sabed que es de muy gran amor que la atormenta, y va á buscar aquel á quien ama á casa del rey Lisuarte, y quiera Dios que allí le halle, porque algo de su pasion amansada sea. Cuando él oyó decir de casa del rey Lisuarte, y que la dueña moria de amor así como él, las lágrimas se le vinieron á los ojos, y díjolas: Ruégoos, señoras, que me digais el que ama como ha nombre. Este caballero, dijeron ellas, que os decimos no es desta tierra, y es uno de los mejores caballeros del mundo, salvando dos solos que mucho preciados son. Agora os ruego, dijo él, por la fe que á Dios debeis que me digais su nombre, y desos dos que decís. Decíroslo hemos por el pleito que nos digais si sois caballero, que en todo lo pareceis, y como habeis nombre. Hacerlo he, dijo él, por saber lo que os pregunto. En el nombre de Dios, dijeron ellas: Agora sabed que el caballero que la dueña ama ha nombre don Florestan, hermano del buen caballero Amadis de Gaula y de don Galaor, y es hijo del rey Perion de Gaula y de la condesa de Selandia A Dios gracias: agora sé que me decís verdad de su hacienda y de su bondad: y creo que no diréis tanto de bien dél que mas no haya. ¡Cómo! dijeron ellas, ¿conoceisle vos? Yo le ví no ha mucho tiempo, dijo él, en casa de Briolanja, y ví la batalla que Amadis hubo y su primo Agrajes, con Abiseos y sus dos hijos, y ví el fin que hubieron, hasta que llegó Florestan, y parecióme muy mesurado, y de su gran bondad de armas oí hablar mucho á Don Galaor su hermano que con él se combatiera, segun decia. Por esa batalla dellos, dijeron las doncellas, se partió de allí Florestan, que en ella se conocieron por hermanos. ¡Cómo! dijo él, esta es la due-

ña señora de la ínsula donde la batalla de ambos fue? Esta es, dijeron ellas. Entiendo, dijo él, que ha nombre Corisanda. Verdad decís, dijeron ellas; agora no he tanto duelo de su mal, dijo él, que bien sé que es tan mesurado y de tan buen talante, que siempre hará lo que ella mandare. Pues agora nos decid, dijeron las doncellas, quien sois. Buenas señoras, dijo, yo soy caballero, y me fue mejor que agora me va en las cosas vanas de este mundo: lo cual agora estoy pagando, y mi nombre es Beltenebros. A Dios merced, dijeron ellas, agora quedad con Dios: y nos irémos á consolar á nuestra señora con estos instrumentos, y así lo hicieron, que entrando donde ella estaba y habiendo tañido y cantado alguna pieza, dijéronla todo lo que á Beltenebros oyeran de don Florestan. ¡Ay! dijo ella, llamádmele luego, que algun buen hombre debe ser, pues que á don Florestan vió y le conoció: y la una de las doncellas le trajo consigo, y la dueña le dijo: Estas doncellas me dicen que vistes á don Florestan y lo amais, ruégoos por la fe que á Dios debeis, que me digais lo que dél sabeis. El la contó todo lo que á las doncellas dijera, y que sabia que él y sus hermanos y su primo Agrajes se fueron á la ínsula Firme, y que despues no le viera mas. Agora me decid, dijo Corisanda, si os plugiere, si le habeis algun deudo, que á mí me parece que le amais. Señora, dijo él, yo le amo mucho por su valor, y por que su padre me hizo caballero; por donde á él y á sus hijos soy muy obligado, y soy muy triste por unas nuevas que de Amadis oí antes que aquí viniese. ¿Y qué es eso? dijo ella. Cuando yo me vine á este lugar ví una doncella, dijo él, en una floresta cabe el camino que yo andaba, y decia una cancion muy sabrosa de la oir, y preguntéle quién la habia hecho. Hízola, dijo ella, un caballero á quien Dios dé mas alegría que al tiempo que la hizo tuvo, que segun las palabras della grande agravio del amor recibió; y mucho dél en ella se queja. Yo moré con la doncella dos dias hasta que la aprendí, y decíame, que

Amadis se la mostraba llorando y haciendo gran duelo. Mucho os ruego, dijo la dueña, que esta cancion que decís la mostreis á mis doncellas, porque en los instrumentos la canten y tañan. Pláceme, dijo él, de lo hacer por vuestro amor, y por aquel que vos amais, aunque agora no esté en tiempo de cantar ni de hacer cosa que de alegría ni de placer sea. Entonces se fue con las doncellas á la capilla, y mostróles la cántica, que él tenia muy estrecha voz, y la gran tristeza suya se la hacia mas dulce y acordada. Las doncellas la aprendieron muy bien, y la cantaban á su señora, que gran placer habia de la oir. Pues allí estuvo Corisanda cuatro dias, y el quinto se despidió del ermitaño y de Beltenebros, y dijéronle si estaria allí mucho tiempo. Señora, dijo él, hasta que muera. Entonces entraron en su nao, y fueron su viaje á Londres, donde el rey Lisuarte estaba, que allí esperaba saber nuevas antes que en otra parte de don Florestan. Muy bien recibida fue del Rey y de la Reina y de todos, sabiendo que era dueña de alta guisa, y hiciéronla aposentar en su palacio. La Reina la preguntó la razon de su venida, y la dijo que ella seria en la ayudar con el Rey si á él con alguna necesidad era llegada. Mi señora, dijo Corisanda, yo os lo tengo en merced; mas mi demanda es buscar á don Florestan, y por que en aquesta su corte venian nuevas de todas partes queria en ella estar algun tiempo hasta que algo dél supiese. La Reina la dijo: Buena amiga, eso podeis hacer vos cuanto os plugiere; pero hasta agora no se sabe dél otra cosa, sino que es ido en busca de Amadis su hermano, que no se sabe por cual razon es ido á perder, y contóle como don Guilan le trajera las armas, y que dél no pudiera saber ninguna cosa. Oido esto por Corisanda, comenzó á llorar fieramente, diciendo: ¡Oh Dios y señor! qué será de mi amigo y señor don Florestan, que segun él ama aquel hermano, sino le halla tambien será él perdido que yo nunca jamás lo veré. La Reina la consoló, y pesóle con las nuevas que la dijera. Oriana que cabe su madre estaba,

oyendo la razon de la dueña como amaba á don Florestan hermano de Amadis, hubo sabor de la honrar: y haciéndola compañía la llevó á su aposento, donde supo toda la hacienda enteramente. Pues hablando con ella en muchas cosas Corisanda les contó á ella y á Mabilia como estuviera en la peña Pobre, y hallara un caballero haciendo penitencia, que á sus doncellas mostrara una cancion que Amadis habia hecho en tiempo de gran cuita que en sí tenia, y que así debia ello ser segun las palabras de la cancion. Mabilia la dijo: Mi buena amiga y señora, mucho por merced os ruego que la mandeis cantar á vuestras doncellas, que muy gran placer habré de la oir por la haber hecho aquel caballero cuya prima soy. Eso haré yo de grado, dijo ella, que no menos alegría mi corazon siente en la oir, por el gran deudo que con mi señor don Florestan tiene. Entonces vinieron las doncellas y cantáronla con sus instrumentos muy dulcemente, que era muy grande alegría de la oir, segun con la gracia que dicha era; mas dolor á quien la oia. Oriana paró mientes en aquellas palabras, y bien vió segun ella le habia errado que con gran razon Amadis se quejaba, y vínole muy gran queja al corazon: de manera que allí no pudiendo estar, se fue á su cámara con vergüenza de muchas lágrimas que á los ojos le venian. Mabilia dijo á Corisanda: Amiga, ya veis como Oriana es doliente, y por os hacer placer y honra estoy aquí mas de lo que convenia, quiero ir á le poner remedio, y ruégoos que me digais que hombre es ese que en la peña Pobre está que la cancion mostró á vuestras doncellas y si sabe algunas nuevas de Amadis. Ella le contó como lo hallara y cuanto le dijera, y que nunca vió hombre doliente y flaco tan hermoso ni tan apuesto en su pobreza, y que nunca viera un hombre tan mancebo que tan entendido fuese. Mabilia pensó luego que aquel era Amadis que con su desesperacion en lugar tan estrecho y apartado se pusiera huyendo de todos los del mundo: y fuése á Oriana que estaba en su cámara muy pensativa y

llorando de sus ojos muy reciamente, y llegó riendo y de buen talante, y díjola: Señora, en preguntar hombre algunas veces sabe mas de lo que piensa saber, que segun lo que he sabido de Corisanda, aquel caballero doliente que se llama Beltenebros y está en la peña Pobre, por razon debe ser Amadis, que se apartó allí de todos los del mundo, y quiso cumplir vuestro mandato en no parecer ante vos ni ante otro ninguno; por ende sed alegre, y consolaos que mi corazon me dice ser aquel sin duda ninguna. Oriana alzó las manos, y dijo: ¡Oh Señor del mundo! plégaos así sea verdad, y vos, mi buena amiga; aconsejadme lo que haga, que en tal estado estoy que no tengo juicio ni seso ninguno; y por Dios habed de mí duelo, así como de aquella captiva desventurada que por su locura y airada saña perdió todos sus bienes y placeres. Mabilia hubo della duelo, así que las lágrimas á los ojos la vinieron, y volvió el rostro porque no se las viese, y díjola: Señora, el consejo es que esperemos á vuestra doncella, y si esta no le halla, dejadme á mí el cargo, que yo terné manera como dél sepamos, que todavía me esfuerzo que es aquel que Beltenebros se llama.

CAPITULO X.

De como la doncella de Denamarca fue en busca de Amadis, y á caso de ventura despues de mucho trabajo aportó en la peña Pobre, donde estaba Amadis que se llamaba Beltenebros.

Estuvo la dueña de Denamarca con la Reina de Escocia diez dias, y no tanto por su placer como porque de la mar enojada y mal trecha estaba, y mas en no haber hallado nuevas de Amadis en aquella tierra, donde con mucha esperanza de las saber viniera, creyendo que la muerte de

su señora en el mal recaudo que ella llevaba estaba, y despidiéndose de la Reina llevando las donas que para la reina Brisena Oriana y Mabilia su hija le dió, se tornó á la mar para se volver con aquel despacho sin ventura, no sabiendo mas que hacer: mas aquel Señor del mundo que cuando á las personas sin esperanza y sin reparo les parece estar, queriendo mostrar algo del su poder, dando á entender á todos que ninguno por sabio ni discreto que sea sin su ayuda ayudado ser no puede, mudó su viaje con gran miedo y tribulacion della y de todos los de la nave, dándoles el fin con aquella alegría y buena ventura que ella buscaba; y esto fue que la mar embravecida, la tormenta grande sin comparacion, les ocurrió así que andando por la mar sin gobernalle ni concierto alguno, perdido de todo punto el tino de los mareantes, no teniendo esperanza alguna de sus vidas, en la fin una mañana al punto del alba al pié de la peña Pobre donde Beltenebros era arribaron, la cual fue luego conocida de los de la nave, que algunos de ellos sabian ser alli Andalod, el santo ermitaño, quien la ermita arriba su vida hacia. Lo cual dijeron á la doncella de Denamarca, y ella como salida de tal peligro, tornada así de muerte á vida, mandó que arriba á la peña la subiesen, porque oyendo misa de aquel hombre bueno pudiese á la vírgen María dar gracias de aquella merced que su glorioso Hijo les habia hecho.

A esta sazon Beltenebros estaba á la fuente debajo de los árboles que ya oistes, donde aquella noche albergara; y era ya su salud tan allegada al cabo que no esperaba vivir quince dias, y del mucho llorar junto con la su gran flaqueza tenia el rostro muy descarnado y negro, mucho mas que si de gran dolencia agraviado fuera: así que no habia persona que conocer le pudiese; y desque hubo mirado una pieza la nave y vió que la doncella y los escuderos subian la peña arriba; como ya su pensamiento en la no estuviese sino en demandar la muerte, todas las cosas

que hasta allí habia tratado con mucho placer, que era ver personas extrañas, así para las conocer como para las remediar en sus fortunas, aquellas y todas las semejantes, dél con mucha desesperacion eran aborrecidas; y partiendose de allí, á la ermita se fué, y dijo al ermitaño: Gente me parece que de una fusta salen, y se vienen para vos, y púsose de rodillas ante el altar haciendo su oracion, rogando á Dios que del alma le hobiese merced, que presto se iria á darle cuentas. El ermitaño se vistió para decir la misa, y la doncella con Durin y Enil entró por la puerta, y haciendo oracion, luego le quitaron los antifaces que delante el rostro traia. Beltenebros, habiendo estado una pieza, levantóse, y volvió el rostro contra ellos, y mirándolos conoció luego á la doncella y á Durin, y su alteracion fué tan grande, que no pudiendo estar en los pies cayó en el suelo como si muerto fuese. Cuando el ermitaño esto vió pensó que ya estaba en el postrimero punto de su vida, y dijo: Señor poderoso, ¿ porqué no has querido haber piedad deste que tanto en tu servicio pudiera hacer? y las lágrimas le caian en mucha cantidad por las blancas barbas, y dijo: Buena doncella, haced á esos hombres que me ayuden á llevar este hombre bueno á su cámara, que entiendo que este será el postrimero beneficio que hacer se le puede. Entonces Enil y Durin con el emitaño le llevaron á la casa donde albergaba, y le pusieron en una cama asaz pobre, que por ninguno dellos nunca fué conocido. Pues la doncella oyó misa, y queriéndose ir á comer en tierra, que la mar muy enojada andaba, acaso preguntó al ermitaño que hombre era aquel que de tan gran dolencia agraviado era. El hombre bueno le dijo: Es un caballero que aquí hace penitencia. Muy culpado debe ser, dijo ella, pues en parte tan áspera hacerla quiso. Así es como vos decís, dijo él, pues que mas por las cosas vanas y perecederas deste mundo que por servicio de Dios lo hace. Quiérole ver, dijo la doncella, pues me decís que es caballero, y de las cosas que en la nave traigo le dejaré con que algo pueda ser repara-

do. Hacedlo, dijo el buen hombre ; pero entiendo que su muerte á que tanto llegado es os quitará dese cuidado. La doncella entró sola en la cámara donde Beltenebros estaba, el cual pensando qué hiciese, no se sabia determinar, que si se le hiciese conocer pasaba el mandamiento de su señora , y sino si aquella que era todo el reparo de su vida de allí fuese, no le quedaba esperanza ninguna. En fin, creyendo que muy mas duro para él será enojar á su señora que padecer la muerte acordó de no se le hacer conocer en ninguna manera. Pues la doncella llegada cerca de la cama dijo. Buen hombre, del ermitaño he sabido que sois caballero, y por que las doncellas á todos los mas caballeros somos muy mas obligadas por los grandes peligros en que por nuestra defensa se ponen, acordé de os ver, y dejar aqui del bastimento de la nao todo lo que para vuestra salud en ella se hallare. El no respondió ninguna cosa, antes estaba con grandes sollozos y gemidos llorando. Asi que la doncella pensó que el alma de las carnes se le partia, de que hubo gran piedad : y porque en la cámara poca luz habia, abrió una lumbrera que cerrada estaba y llegóse á la cama por ver si era muerto, y comenzóle á mirar, y él á ella todavía llorando y sollozando, y estuvo por una pieza que la doncella no le conoció porque su pensamiento bien descuidado era de hallar en tal parte aquel que buscaba; mas viéndole en el rostro un golpe que Arcalaus el encantador le hizo con la cuchilla de la lanza cuando le fué por él quitada Oriana (como se os ha dicho en el libro primero), hízola recordar en lo que antes ninguna sospecha tenia, y claramente conoció ser aquel Amadis, y dijo: ¡Ay santa Maria valme! ¿qué es esto que veo? ¡Ay señor! vos sois aquel por quien mucho afan he tomado: y cayó de bruzas en el lecho; y hincando los hinojos, le besó las manos muchas veces, y díjole: Mi señor, aquí es menester piedad y perdon contra aquella que os erró, que asi por su mala sospecha os ha puesto injustamente en el tal estrecho; y ella con mucha causa y razon padece la vida mas amarga

que la propia muerte. Beltenebros la tomó entre sus brazos, y juntóla consigo sin ninguna cosa la poder hablar. Ella dándole la carta, le dijo: Esta os envia vuestra señora, y por mí os hace saber, que si vos sois aquel Amadis que ser solia, á quien ella tanto ama, que poniendo en olvido lo pasado, luego seais con ella en su castillo de Miraflores, donde con mucho vicio serán emendados los dolores y angustias que el sobrado amor que os tiene causaron: y el entonces tomando la carta que la doncella traia, comenzóla de besar muchas veces: y púsola encima del corazon, y dijo: ¡Oh atribulado corazon que tanto tiempo con tan grandes angustias, derramando tantas lágrimas, te has podido sostener hasta ser llegado en el estrecho de cruel muerte! recibe esta medicina que para la tu salud ninguna otra bastar pudiera: quita aquellas nieblas de gran tenebrura de que hasta aquí cubierto estabas, toma esfuerzo con que puedas servir á aquella tu señora la merced que en te quitar de la muerte te hace: y entonces abrió la carta por la leer, que así decia:

Carta de Oriana á Amadis.

« Si los grandes yerros que con enemistad se hacen, vueltos en humildad son dignos de ser perdonados: ¿qué será de aquellos que con gran sobra de amor se causaron? Por eso niego yo, mi verdadero amigo, no merecer mucha pena, por que debria considerar que en las prósperas y alegres cosas son las asechanzas de la fortuna para en mezquindad las poner, y con razon debria yo considerar vuestra discrecion y vuestra honestidad, que hasta aquí en ninguna cosa erró; y sobre todo, á la gran sujecion de mi triste corazon, que no se vino sino de aquella en que el vuestro es encerrado; que si por ventura algo de sus encendidas llamas resfriadas fueran, el mio no sintiendo algun descanso á los mortales deseos por él deseados fueran causa de acar-

rear. Mas yo erré como aquellas que estando en mucha buena ventura y con gran certenidad de aquellos que aman, no cabiendo en ellas tanto bien, por sospechas mas por voluntad que con razon tomadas por palabras de personas inocentes ó maldicientes de poca verdad y menos virtud, quieren aquella gran alegría escurecer con niebla de poco sufrimiento: así que, muy leal amigo, como de persona culpada que con humildad su yerro conoce sea recibida esta mi doncella, que demas de la carta os hará saber en el extremo que mi vida queda, de la cual, no porque ella lo merezca, mas por el reparo de la vuestra, se debe haber piedad.

Leida la carta, el alegría de Beltenebros fué tan sobrada, que así como con la pasada tristeza con ella desmayado fué, cayendo las lágrimas por sus mejillas sin las sentir. Y luego fué acordado por ellos, que dando á entender á todos los que allí venian, que la doncella por servicio de Dios le sacaba de aquel lugar, donde para su salud aparejo ninguno habia, que en la hora tornados á la nave, saliesen en tierra: lo cual así se hizo. Pero ante Beltenebros se despidió el ermitaño haciéndole saber como aquella doncella, por la piedad de Dios por grande aventura por allí para su salud era aportada: y rogándole mucho que él tomase cargo de le reformar el monasterio que al pié de la peña de la ínsula Firme prometiera de hacer, y por él siendo otorgado se metió en la mar, sin que de otro sino de la doncella sola conocido fuese. Pues salidos en tierra, y despedidos los marineros de la doncella, y ella cuando con su compaña, la via donde su señora estaba comenzó á caminar, y hallando un lugar metido en una ribera de agua muy sabrosa y árboles, por que la gran flaqueza de Beltenebros en alguna manera reposada fuese, á su ruego della allí le hizo reposar, donde si la soledad que de su señora tenia tanto no le atormentara, tuviera la mas gentil vida para su salud que en ninguna otra parte que en el mundo fuese; porque debajo de aquellos árboles, al pié de los cua-

les las fuentes nacian, les daban de comer y cenar, acogiéndose en las noches á su albergue que en el lugar tenian. Allí hablaban entrambos en las cosas pasadas, allí le contaba la doncella los llantos y los dolores que su señora Oriana hiciera cuando Durin la nueva le trajo. Y como nunca ella ni Mabilia habian sabido lo que ella hizo en la carta que le envió: y Beltenebros así mismo la contaba las fortunas por que pasó, y la vida que en la peña Pobre tuviera, y los muchos y diversos pensamientos que á su memoria cada dia le ocurrian, y como viniera por allí Corisanda, la amiga de don Florestan su hermano, y la gran cuita de amor que por él sufria, que fue causa viendo como aquella moria por su amigo y él á tan sin razon ser de la suya desechado y aborrecido, de llegar mas presto á la muerte, y como mostró á sus doncellas la cancion que hiciera, y otras muchas cosas que largas serian de contar de las cuales siendo ya libre de la cruel muerte que esperaba, recibia muy gran gloria, tanto que en diez dias que allí se detuvieron fué tan mejorado, que ya su corazon le mandaba que á las armas tornase: pues allí se dió á conocer á Durin, y tomó por su escudero á Enil, sobrino de don Gandales su amo, sin que él supiese quien era, ni á quien servia, mas de ser contento dél por sus graciosas palabras: y partiendo de allí en cabo de cuatro dias que caminaron llegaron á un monasterio de monjas que cerca de una villa estaba, donde fué acordado que la doncella y Durin se fuesen, y que él quedando allí con Enil aguardase el mandado de su señora; y así se hizo, que dejando ella á Beltenebros tanto dinero cuanto para armas y caballo y cosas de vestir necesario era, y alguna parte de las donas que llevaba á sabiendas como olvidadas, para que con achaque dellas Durin le volviese con la respuesta, se fué su camino derecho de Miraflores, á donde á su señora Oriana hallar pensaba, segun antes que de ella se partiese habia oido decir.

CAPITULO XI.

De como don Galaor y Florestan y Agrajes se partieron de la ínsula Firme en busca de Amadis; y de como anduvieron gran tiempo sin poder haber rastro dél, y así se vinieron con todo desconsuelo á la corte dó el rey Lisuarte estaba.

Contado se os ha como don Galaor y Agrajes partieron de la insula Firme en demanda de Amadis, y como anduvieron muchas tierras partido cada uno por su parte haciendo grandes cosas en armas, así en los lugares poblados como por las florestas y montañas: de las cuales porque la demanda no acabaron no se hace mencion (como ya dijimos.) Pues en cabo de un año que ninguna cosa saber pudieron, tornáronse al lugar donde acordado tenian, que era una ermita á media legua de Londres, donde el rey Lisuarte estaba creyendo que allí antes que en otra parte por los muchas y diversas gentes que continuo ocurrian podrian saber algunas nueva de su hermano Amadis: y el primero que á la ermita llegó fué don Galaor, y luego Agrajes, y á poco rato Florestan, y Gandalin con él. Cuando allí se vieron juntos, con gran placer se abrazaron; mas sabiendo unos de otros el poco recaudo que hallado habian comenzaron fieramente á llorar, considerando que pues ellos siendo tan bien aventurados en acabar todas las cosas, haber en aquella fallecido, que muy poco remedio ni esperanza en lo venidero les quedaba; mas Gandalin á quien no menos de la pérdida de Amadis que á ninguno de ellos le dolia, esforzábalos que dejando el llanto, que poco ó nada aprovechaba, á la demanda comenzada tornasen, trayéndoles á la memoria lo que su señora por cada uno dellos haria viéndolos en cuita, y como perdiéndole perdian un hermano y el mejor caballero del mundo.

Así que teniéndolo por bien, acordaron de primero entrar en la corte, si allí recaudo de alguna nueva no hallasen, é buscar todas las partes del mundo de tierras y mares hasta saber su muerte ó su vida. Pues con este acuerdo, habiendo oido la misa que el ermitaño les dijo, cabalgaron y fueron el camino de Londres: esto era el dia de San Juan; y llegando cerca de la ciudad, vieron á la parte donde ellos iban al Rey que aquella fiesta con muchos caballeros cabalgando por el campo honraba: así por el Santo ser tal, como por que en semejante dia fuera el por Rey alzado; y como el Rey vió los tres caballeros, bien cuidó que serian andantes, y fue á ellos por los honrar, como aquel que á todos honraba y preciaba: y como le vieron así ir, desarmaron las cabezas, y mostraron á don Florestan cual era el Rey, que hasta entonces nunca le viera; y llegando mas cerca, muchos hubo que conocieron á don Galaor y Agrajes, mas no conocieron á Florestan, aunque muy hermoso les pareció, y antes que llegasen por Amadis le tenian: y el Rey así lo pensó, que este semejaba á Amadis en la cara mas que ninguno de sus hermanos, y cuando llegaron al Rey pusieron á don Florestan delante por le dar honra: y el Rey dijo á Galaor: Entiendo que este es vuestro hermano don Florestan. Sí es, señor, dijo él; y queriéndole besar las manos, no se las quiso dar, antes con mucho amor le abrazó, y despues á los otros, y con gran placer se metió entre ellos y se fue á la ciudad. Gandalin y el enano, que aquel recibimiento vieron donde su señor con tanta honra de todos recibido y mirado era, habiéndole perdido hacian gran duelo, tanto que así al Rey como á todos los otros ponian en haber dellos gran piedad y mas de su señor á quien mucho amaban. Él iba preguntando á los tres compañeros, si habian sabido algunas nuevas de Amadis su hermano; mas ellos con lágrimas en sus ojos les decian, que no, aunque grandes tierras habian andado en su busca. El Rey los consolaba diciendo, que las cosas del mundo tales eran á aque-

llos que huyendo de las afrentas y peligros con gran cuidado sus personas guardar dellas pensaban: cuanto mas á los que su estilo y oficio era buscarlas ofreciendo sus vidas hasta las poner mil veces al punto de la muerte: y que tuviesen esperanza en Dios que no le habia hecho á Amadis tan bienaventurado en todas las cosas para así le desamparar. Las nuevas de la venida destos caballeros sonaron en casa de la Reina, de que así ella como todas las otras fueron alegres, especialmente Olinda la mesurada amiga de Agrajes sabiendo ya como él habia acabado la aventura del arco de los leales Amadores, y Corisanda la amiga de don Florestan que allí lo atendia (como antes se os contó) Mabilia, que alegre estaba con la venida de Agrajes su hermano fuese á Oriana que estaba muy triste á una finiestra de su cámara leyendo en un libro é díjola: Señora, idos á vuestra madre que vendrá ende agora don Galaor y Agrajes y Florestan. Ella le respondió llorando y suspirando como si las cuerdas del corazon le quebraran: Amiga ¿dónde quereis que vaya? que estoy fuera de mi entendimiento en manera que mas soy muerta que viva, y tengo el rostro y los ojos de llorar tales como veis. Y demás desto ¿cómo podré yo ver aquí los caballeros en compañía de los cuales solia ver á mi señor Amadis y mi amigo? Por Dios ¿quereisme matar? que mas grave es de pasar que la muerte: demás desto dijo llorando: ¡Ay Amadis mi buen amigo, qué hará la captiva desventurada cuando no os viere entre vuestros hermanos y amigos que vos tanto amais, con quien os solia ver! Por Dios mi señor la vuestra soledad será causa de mi muerte, y esto será con gran razon pues que yo hice por donde ambos muriésemos: y no pudiendo estar en pié cayó en un estrado. Mabilia la esforzaba cuanto podia poniéndola esperanza que la su doncella le traeria buenas y alegres nuevas. Oriana la dijo: Cuando estos caballeros tan bien andantes en sus demandas, habiéndolo buscado tanto tiempo con tanta aficion, dél no han sabido, ¿cómo la doncella que no

irá sino á una parte lo podrá hallar? En eso no penseis, dijo Mabilia que segun él iba á todos los del mundo huirá y á vuestra doncella saldrá él á darse á conocer donde escondido estuviere, como á persona que todo el secreto de vos y dél sabe, y que el reparo de su vida le puede llevar. Oriana, algo con esto esforzada y consolada levantóse como mejor pudo, y lavó sus ojos y mandó llamar á Olinda que se fuese con ellas donde la Reina su madre estaba. Y cuando los tres caballeros compañeros la vieron hobieron gran placer, y fueron á ella y recibiéronse muy bien. El Rey dijo entonces á don Galaor: Veis como anda mal trecha y doliente vuestra amiga Oriana. Señor, dijo él, mucho pesar he yo dello, y gran razon es que todos la sirvamos en aquellas cosas que mas salud le puedan atraer. Oriana le dijo riendo: Mi buen amigo don Galaor, Dios es aquel que repara las dolencias y las fortunas, y así si le pluguiere hará la mia y la de vosotros, que tan gran pérdida os ha venido en perder á vuestro hermano: que así Dios me salve, mucho me pluguiera que los trabajos y peligros que nos dicen que por le buscar habeis pasado que sacaran algun fruto de lo que deseábades, así por vosotros como porque el Rey mi señor era siempre muy bien servido dél. Señora, dijo Galaor, yo fio en Dios que presto habrémos dél buenas nuevas, que él no es hombre que desmaya por gran cuita, que no hay caballero en el mundo que mejor contra peligro mantenerse sepa. Mucho fue Oriana consolada con aquello que oyó á don Galaor, y tomando á él y á don Florestan consigo, se asentó en un estrado, y habia gran sabor de mirar á don Florestan que mucho á Amadis parecia: pero haciale grande la soledad del otro, tanto que el corazon se le quebraba. Mabilia llamó á Agrajes su hermano, y sentóle cabe sí y cabe Olinda su amiga, que muy leda y alegre estaba en saber que por su amor habia sido só el arco encantado de los Amadores, que bien se lo dió allí á entender con el amoroso recibimiento que le hizo mostrándole buen ta-

lante ; mas Agrajes, que mas que á sí la amaba, agradecióselo con mucha humildad, no la pudiendo besar las manos por que el secreto de sus amores manifiesto no fuese: y estando así hablando, oyeron unas voces y ruido que en el palacio se hacia, y preguntando el Rey qué era aquello, dijéronle: que Gandalin y el enano, habiendo visto el escudo y las armas de aquel famoso caballero Amadis, que hacian gran duelo, y que los caballeros le consolaban. ¡Cómo! dijo el Rey, ¿aquí es Gandalin? Si señor, dijo don Florestan, que bien ha dos meses que le hallé al pié de la montaña de Sanguin, que andaba por saber algunas nuevas de su señor, é díjele, que yo habia andado toda la montaña á todas partes, y que no hallaba nuevas ningunas, y tuvo por bien de se andar conmigo, porque se lo rogué. El Rey dijo: Yo tengo á Gandalin por uno de los mejores escuderos del mundo, y razon será que le consolemos. Entonces se levantó, y fue para allá donde estaba: y cuando Oriana oyó hablar de Gandalin y del duelo que hacia, perdió la color que no se podia en los pies tener. Don Galaor, y don Florestan la sostuvieron, alzándola por las manos para ir con el Rey, y Mabilia que conoció la causa de su desmayo, llegóse á ella y tomóle los brazos sobre su cuello; y Oriana dijo á Galaor y á don Florestan: Mis buenos amigos, si no os viere y honrare como debo, no á la voluntad, mas á la gran dolencia que yo tengo poned la culpa que lo causa. Señora, dijeron ellos, con mucha razon se debe eso creer, que segun el gran deseo nuestro es de os servir en todas las cosas, no seria razon que algun galardon de vuestra gran virtud y bondad no se nos siguiese: y dejándola se fueron para el Rey, y Oriana se acogió á su cama, á donde echada en su lecho, con grandes gemidos y congojas se revolvia con gran deseo de saber y entender de aquel que mas por voluntad que por razon y concierto alguno de sí habia apartado y del todo alejado. Oriana habló con Mabilia, diciendo: Mi verdadera amiga, despues que en

esta ciudad de Londres entramos, no me han faltado dolores y angustias: así que ternia por bien si á vos os parece, que al mi castillo de Miraflores, que es muy sabrosa morada, nos fuésemos algunos dias; que como quiera que en mi pensamiento tengo firme no haber en ninguna parte mi triste corazon reposo, mas allí que en otro cabo mi voluntad se otorga que lo hallaria. Señora, dijo Mabilia, debeislo hacer: así por eso, como porque si la doncella de Denamarca os trae las nuevas que deseamos podais sin intervalo alguno, no solamente gozar del placer dellas, mas darlo á aquel que con mucha razon, segun su tristeza pasada lo debe haber; lo que aquí estando de lo uno ni de lo otro gozar no podríades. ¡Ay por Dios, mi amiga, dijo Oriana, hagámoslo luego sin mas tardar! Menester es, dijo Mabilia, que lo hableis á vuestro padre y madre, que segun vuestra salud desean, toda cosa que os agradare harán. Este castillo de Miraflores estaba á dos leguas de Londres, y era pequeño; mas la sabrosa morada era que en toda aquella tierra habia, que su asiento era una floresta á un cabo de la montaña, y cercada de huertas que muchas frutas llevaban, y de otras grandes arboledas, en las cuales habia yerbas y flores de muchas guisas, y era bien labrado á maravilla, y dentro habia salas y cámaras de rica labor: y en los dos patios muchas fuentes de aguas muy sabrosas, cubiertas de árboles que todo el año tenian flores y frutas: y un dia fue allí el Rey á cazar, y llevó consigo á la Reina y á su hija: y porque vió que su hija mucho se pagaba de aquel castillo por ser tan hermoso, dióselo por suyo, y ante la puerta dél habia á un trecho de ballesta un monasterio de monjas que Oriana mandó hacer despues que suyo fue, en que habia mujeres de buena vida: y esa noche habló con el Rey y con la Reina, demandándoles licencia para estar algunos dias allí, la cual de grado le fue por ellos otorgada. Pues estando el Rey á su mesa, teniendo cabe sí don Galaor y Agrajes y á Florestan les di-

jo: Yo fio en Dios, mis buenos amigos, que presto habrémos buenas nuevas de Amadis, porque yo tengo enviados á le buscar treinta caballeros de los buenos de mi casa, é si tales no las trajeren, tomad vosotros todos los que mas quisiéredes, é irle á buscar por donde viéredes que con razon se debe tomar el trabajo; pero ruégoos que esto sea despues que pase una batalla que aplazada tengo con el rey Cildadan de Irlanda, que es muy preciado en armas, y era casado con una hija del rey Abies, aquel que Amadis habia muerto, y que la batalla habia de ser ciento por ciento: y la razon della era por ciertas parias que aquel reino era obligado á dar á los reyes de la Gran Bretaña; y que eran convenidos, que si él venciese que las parias fuesen dobladas, y el rey Cildadan quedase por su vasallo, é si fuere vencido quedase quito de todo para siempre: y que segun habia sabido de la gente, que para le ser contraria se aparejaba que habria bien menester todos los suyos y á sus amigos. Por esto que aquellos tres compañeros oyeron al Rey, quedaron aunque muy contra su voluntad, que mas quisieran tornar luego á la demanda de Amadis, que mucho deseaban dél saber, y con mucha razon mas hubieron gran vergüenza no servir y ayudar al Rey en una cosa tan señalada y de tan gran afrenta.

Despues que los manteles alzaron don Florestan mandó á Gandalin que fuese á ver á Mabilia que se lo rogara, y él así lo hizo, y cuando ambos se vieron no se pudieron escusar que no llorasen, y Gandalin la dijo: ¡Oh señora! qué gran sinrazon ha hecho Oriana á vos y á vuestro linaje que os quitó el mejor caballero del mundo! ¡Ay! que mal empleado fue cuanto vos la servistes, que gran sinrazon de ella habeis recibido, y mas aquel que nunca en hecho ni en dicho la erró: mal empleada es su hermosura y todas las otras bondades pues que en ella habia traicion; pero este mal que hizo bien sé yo que ninguno perdió tanto como ella. ¡Ay Gandalin! dijo ella, ruégote agora que

no digas esto ni lo creas, que errarás, que ella lo hizo con gran cuita y pesar de unas palabras que la dijeron, que con gran razon pudo tomar sospecha, en que siendo ya ella en olvido puesta de tu señor, á otra con mucha aficion amaba; y como quiera que la carta fue con gran saña escrita y enviada, no pensó que tanto mal redundara, y del yerro que en esto hubo, puedes creer que fue causa el sobrado y demasiado amor que le tiene. ¡Oh Dios! dijo Gandalin, como faltó el buen entendimiento de Oriana y vuestro y de la doncella de Denamarca, en pensar que mi señor habia de hacer tal yerro contra aquella que por la menor palabra sañuda que en ella sentia segun el gran temor que de la enojar tiene, se metiera só la tierra vivo. Y ¿qué palabras podian ser estas que el gran juicio y virtud de vosotras así turbase para hacer morir el mejor caballero que nunca nació? Ardian, el enano, dijo Mabilia, pensando que la honra de su señor acrecentaba, lo ha causado. Entonces le contó todo lo que habia pasado con las tres piezas de la espada, como el primer libro lo cuenta. Y no creas, Gandalin, dijo ella, que yo ni la doncella de Denamarca pudimos mas hacer, que la saña de Oriana fue tal en pensar que hombre á quien tanto ella amaba por otra la dejase, que nunca su corazon sosegar pudo, hasta enviar aquella carta sin nuestra sabiduría, que á todos nos llega al punto de la muerte; pero puedes creer que despues que de Durin supo lo que Amadis hizo, ha quedado con tan gran cuita y dolor, que estó nos da consuelo del pesar que por Amadis tener debimos. A todas estas razones que Mabilia pasaba con Gandalin Oriana estaba escuchando dentro en una parte de su cámara y oyó todo lo que hablaron, y como vió que en ello no hablaban salió á ellos como si nada oido hubiese y como vió á Gandalin estremeciósele el corazon, y no se pudo tener que en un estrado no cayese, y dijo llorando muy reciamente que apenas podia hablar: ¡Oh Gandalin! asi Dios te guarde y te haga bienaventurado, haz agora lo que debes, y cumplirás

aquello á que muy obligado eres. Señora, dijo él llorando, ¿y qué mandais que yo haga? Que me mates dijo ella, que yo maté á tu señor á muy gran sinrazon, y tú debes vengar la su muerte que vengaria él la tuya si alguno te matase : y en esto quedó tan desacordada como si el alma salírsele quisiese. Gandalin hubo tan gran pesar que no quisiera allí por ninguna cosa ser venido. Mabilia tomando del agua se la echó por el rostro así que acordarla hizo suspirando y apretando muy fuertemente sus manos una con otra, é dijo ella : ¡Oh Gandalin! ¿ porqué tardas de hacer lo que debes? Por Dios, no tardaria tu padre en hacer lo que debiese. Señora, dijo Gandalin, Dios me guarde de tal deslealtad hacer, que si lo pensase seria la mayor traicion del mundo, y no solamente una, mas dos, siendo vos mi señora y Amadis mi señor, que sé yo bien cierto que despues de vuestra muerte no viviria él una hora, y nunca pensé que de vos, señora, fuese yo tan mal aconsejado. Cuanto mas que mi señor Amadis no es muerto : porque aunque la tristeza y angustia que por vuestra saña tomó fue en su mano de la pasar, no lo es la muerte sino cuando Dios lo tuviere por bien : que si tal cabo le hubiera de dar no le hiciera en el comienzo tan bienaventurado; y vos, señora, así lo tened que hombre tan señalado como este no querrá Dios que á tan gran sinrazon muera. Esto y otras cosas muchas la dijo por le conortar, y ella dijo : Mi buen amigo Gandalin, yo me voy de mañana á Miraflores, donde quiero esperar la vida ó la muerte segun las nuevas me vinieren, y tú vennos á ver, que Mabilia enviará por tí, que mucho me quitas la tristeza que en mi corazon está. Señora, dijo Gandalin, así lo haré, y todo lo mas que mandáredes. Con esto se quitó dellas, y pasando por donde la Reina estaba, llamólo é hízole estar delante de sí y estuvo con él hablando mucho en la hacienda de Amadis, y del gran pesar que por él tenia, y veníanle las lágrimas á los ojos, é díjole Gandalin: Señora, si os doleis dél es con gran derecho, que mucho es vuestro servidor. Mas bien amigo, dijo la Reina, y buen de-

fendedor, á Dios plega de nos traer dél buenas nuevas con que recibamos alguna consolacion; y así estando Gandalin vió en una parte del palacio estar á don Galaor y á don Florestan y á Corisanda entre ellos muy alegre; y parecióle muy hermosa dueña que él nunca hasta entonces la habia visto, ni sabia quien fuese y preguntó á la Reina que quien era aquella tan hermosa dueña que con tanto placer con aquellos dos hermanos hablaba. Y la Reina le dijo quien era y por cual razon habia á la Corte venido, y como amaba á don Florestan, por amor del cual habia allí morado, atendiéndole algun tiempo. Cuando esto oyó Gandalin dijo: Si ella lo amaba bien se puede loar, que ser empleada en aquel que ha toda bondad y mesura, y pocos se pueden hallar aunque todo el mundo se ande que igual dél sean en armas: y señora si bien conociésedes á don Florestan no preciáredes á ningun caballero mas que á él, que en gran manera es de alto hecho en armas y en todas las otras buenas maneras. Así lo parece él, dijo la Reina, que hombre que tal deudo tiene con tan nobles caballeros y tan hacedores en armas, sinrazon grande seria que no pareciese á ellos mucho, segun su disposicion. Así estuvo la Reina hablando con Gandalin y don Florestan con su amiga mostrándola mucho amor; porque de mas de ser muy hermosa y rica, la amaba mucho, tanto que no á otro ninguno su amor otorgado hubiese, y venia de los mas nobles y mas altos condes que en toda la Gran Bretaña habia, y allí habló con ella delante de don Galaor como se tornase á su tierra, y que él y don Galaor y Agrajes la llevarian dos jornadas, y que en oyendo algunas nuevas ciertas de Amadis, y pasando la batalla que el rey Lisuarte aplazada tenia, si él vivo quedase se iria para ella y moraria en su tierra un gran tiempo. A Dios plega por la su merced, dijo ella de os guardar y traer buenas nuevas de Amadis, para que podais cumplir lo que prometeis que mucho soy en ello consolada. Entonces se fueron al Rey y Gandalin con ellos, pues Oriana demandó licen-

cia esa noche al Rey y á la Reina por que otro dia se queria ir á Miraflores; ellos se la dieron y mandaron á don Grumedan que al alba del dia saliese con ella y con Mabilia y con las otras dueñas y doncellas, y las pusiese en el castillo, y luego se tornase dejando los servidores, que les eran necesarios y porteros que las puertas del castillo guardasen. Don Grumedan hizo aderezar todo lo que el Rey mandó, y antes que el dia viniese tomó á Oriana y á todas las otras, y bien de mañana llegó con ellas á Miraflores, donde viendo Oriana lugar tan sabroso y tan fresco de flores y rosas y aguas de caños y fuentes, gran descanso su afanado y atribulado ánimo sintió, confiando en la merced de Dios que allí vernía aquel á reparar su vida, que sin él la cruel muerte no se le podia escusar: pues alli llegada envió á mandar á Adelasta la abadesa del monasterio, que le enviase las llaves del castillo y de unos postigos por donde á una hermosa huerta que con él se contenia salian y dándolas á los porteros que su padre alli enviara, les mandó que cada dia tuviesen cargo de cerrar las puertas y postigos y diesen las llaves á la abadesa, que de noche las guardase. Cuando Oriana se vió en lugar tan sabroso alzó las manos al cielo y dijo entre sí: ¡Ay Amadis mi amigo! este es el lugar donde yo os deseo siempre tener conmigo, y de aqui jamás seré partida hasta que os vea. E si esto por alguna guisa no puede ser, aquí me matará la vuestra soledad, por ende mi amigo, válame la vuestra mesura y acorredme que muero, é si en algun tiempo y sazon me fuiste bien mandado y nunca me faltaste, agora que mas es menester os ruego y mando que me socorrais y libreis de la muerte: y, mi buen amigo, no tardeis que yo os lo mando por aquel señorío que sobre vos he. Y asi estuvo una gran pieza amortecida hablando con Amadis, y en tal guisa como si delante lo tuviese: mas Mabilia la tomó por las manos y la hizo asentar en un estrado que cabe una hermosa fuente le mandó hacer, y de allí se acogió á su aposentamiento, en que muy ricas cámaras habia, y un patio pequeño

que ante la puerta de su cámara con tres árboles que todo lo cubrian sin que en él ningun sol entrar pudiese. Oriana dijo á Mabilia: Sabed que mandé que las llaves nos trujesen de dia porque quiero que Gandalin nos haga otras tales, porque si mi ventura tal fuese que Amadis venga, le podamos aquí meter por la huerta y por los postigos. Buen acuerdo tomastes, díjole Mabilia. Así holgaron y descansaron aquel dia y noche: aunque con gran sobresalto á la doncella de Denamarca esperaban. Pues otro dia llegó Gandalin, y el portero dijolo á Mabilia que aquel escudero le queria hablar. Oriana dijo: Abranle á Gandalin que muy buen escudero es y con nosotras fue criado, cuanto mas que es hermano de leche de Amadis, á quien Dios guarde de mal. Dios lo haga así, dijo el portero, que mucho seria gran pérdida y gran daño vernia al mundo si tan bueno é diestro caballero en las armas se perdiese. Tú dices verdad, dijo Oríana y ahora te ve y haz que entre Gandalin: y volviéndose á Mabilia, le dijo: Amiga, no veis vos como es amado y preciado Amadis de todos, y aun de los hombres simples que de las cosas poco conocimiento han? Bien lo veo, dijo Mabilia. ¿Pues qué haré yo, dijo ella, sino morir por aquel que siendo tan amado y preciado de todos á mi amaba él y preciaba mas que á sí mismo, y qué yo fui causa de su muerte? Maldita fue la hora en que yo nací, pues por mi locura y mala sospecha hice tan gran sinrazon Dejados deso, dijo Mabilia, y tened buena esperanza, que muy poco para el remedio dello aprovecha lo que haceis.

En esto entró Gandalin, que dellas muy bien recibido fué, y asentándole consigo le contó Oriana como habia enviado á la doncella de Denamarca con la carta que para Amadis llevaba, y las palabras que en ella iban, y ¿dijóle: Parécete, Gandalin, que me querrá perdonar? Señora, en buen pleito hablais con él; parécemeque mal conoceis su corazon, que por Dios por la mas chica palabra que en la carta va él se meta só la tierra vivo si vos se lo mandais, cuanto mas venir á vuestro mandamiento, especialmente llevándo-

se la doncella de Denamarca, yo señora, mucho soy alegre de esto que me habeis dicho, porque si todo el mundo le buscase no bastaria tanto de lo hallar como la doncella sola: porque pues de mí se quiso esconder, no creo que á otro alguno mostrarse quisiese. Y vos, señora, con esperanza de las buenas nuevas que os traerá, no dejeis de tener mejor vida: por que él venido, no os vea tan alongada de vuestra hermosura, sino echará á huir de vos. A Oriana plugo mucho aquello que Gandalin le decia, é díjole riendo: ¡Como! ¿tan fea te parezco? y él dijo: Cuanto si tan fea pareceis á vos, asconderos híades donde ninguno os viese. Pues por eso, dijo ella, me vine á morar á este mi castillo; por que si Amadis viniese y quisiese echar á huir delante de mi no lo pudiese hacer. Ya lo viese yo en esta prision, dijo Gandalin; y suelto de la otra donde vuestros amores lo tienen. Entonces le mostraron las llaves, y dijéronle, que trabajase como otras tales le hiciesen: por que venido su señor como él lo esperaba, pudiese Oriana sin intervalo cumplir lo que le enviara á decir, que él lo tenia allí consigo. Gandalin las tomó, y yéndose á Londres trajóles otras tales llaves como aquellas, que otra diferencia no habia sino ser las primeras viejas y las otras nuevas. Mabilia mostró las llaves á Oriana y díjole: Señora, estas serán causa de juntar con vos aquel que sin vos vivir no puede: y pues que hemos cenado, y toda la gente del castillo es asosegada vámoslas á probar. Vamos, dijo Oriana, y á Dios plega por su merced que ellas sean reparadoras en aquello que por mi poco seso fué dañado; y tomándose por las manos se fueron solas á escuras á los postigos que ya oistes que del castillo á la huerta salian, é siendo ya cerca del primero dijo Oriana: Por Dios, amiga, muerta soy de miedo, que yo no he de poder ir con vos. Mabilia la tomó por la mano, é díjole riendo: No temais nada donde yo fuere, que os defenderé, que soy prima del mejor caballero del mundo, y voy en su servicio, aguardadme sin miedo. Oriana no pudo estar que no riese, é dijo: Pues en vuestra guarda voy no debo te-

-ner, segun la confianza que tengo en vuestra gran bondad de armas. Pues por tal me conoceis, dijo Mabilia, vamos agora adelante, y veréis ya como acabaré esta aventura, y si en ella fallezco, yo juro que en todo este año no echaré escudo al cuello ni ceñiré espada: y tomándose riendo por las manos llegaron al postigo primero: el cual sin intervalo alguno fue abierto, y así lo fué el otro. Así que vieron toda la huerta, Oriana dijo: Pues que será que segun la pared desta huerta es alta, no podrá subir Amadis por ella. No penseis en eso, dijo Mabilia, que yo lo tengo mirado, y allí donde la pared se junta con el muro se hace un rincon, y con un madero que de fuera se ponga, y nosotras dandole las manos, sin mucha pena subirá; mas este ardimiento es vuestro y vos llevaréis la paga dél. Oriana la tomó por el tocado y derribóselo en el suelo, y estuvieron ambas por una pieza con gran risa y placer; y tornaron á cerrar los postigos, y fuéronse á dormir, y acostándose Oriana en el lecho, dijo Mabilia: Quiera Dios, señora, que aquí os ayunte con aquel captivo que está desesperado, pues le es tanto menester. Oriana dijo: A él plega por la su piedad de se apiadar de nos y dél. De lo que en Dios es, dijo Mabilia, no tengais cuidado, que él porná el remedio que mas á su servicio sea: comed y dormid, que vuestra hermosura cobre lo mucho que perdido tiene, como Gandalin os dijo. Con eso durmieron aquella noche con mas sosiego que las pasadas; y la mañana venida, despues de haber oido misa saliéronse al corral delas hermosas fuentes, y hallaron que entonces llegaba Gandalin, que por su mandado dellas cada dia venia de Londres á las ver; y tomándole consigo se acogieron al patio de los tres árboles hermosos, y allí le dijeron como las llaves eran muy buenas, y las palabras que Mabilia dijera cuando las probara, de que todos mucho rieron; y él les contó todo lo que con Amadis pasara, diciéndole, por le conortar, mal de Oriana, y que con la saña que dello huvo estuvo muy cerca de lo matar, y como por aquello viéndole dormido, le escondió la silla y el freno,

y lo dejara en la montaña, donde nunca mas dél pudiera saber ninguna nueva: y señora, dijo él, así como gran mentira le dije en lo vuestro, así luego recibí la pena que merecia, que cuando desperté y hallé que era ido sin mí, si arma alguna me quedara, sin duda me diera la muerte. Oriana le dijo: ¡Ay por Dios Gandalin! no me digais mas; que cierta soy que me ama sin arte y quebrántasme el corazon: que la vida y la muerte con buenas ó contrarias nuevas que dél me vinieren junto lo quiero recibir, sin que mas angustias y dolores que los pasados me sobrevengan.

CAPITULO XII.

De como estando el rey Lisuarte sobre tabla entró un caballero extraño armado de todas armas, y desafió al rey y á toda su corte: y de lo que Florestan pasó con él; y de como Oriana fue consolada y Amadis hallado.

A su mesa estando el rey Lisuarte y habiendo alzado los manteles, queriéndose despedir don Galaor y don Florestan y Agrajes para llevar á Corisanda, por entró la puerta del palacio un caballero extraño armado de todas armas, sino la cabeza y las manos, y dos escuderos con él. Y traia en la mano una carta de cinco sellos, y hincados los hinojos la dió al Rey y díjole: Haced leer esa carta y despues diré á lo que vengo. El Rey la leyó y viendo que de creencia era le dijo: Agora podeis decir lo que os placerá. Rey, dijo el caballero, yo desafío á ti y á todos tus vasallos y amigos de parte de Jamongomadan, el jayan del lago herviente, y de Cartadaque su sobrino, el jayan de la montaña defendida y de Maudasabul su cuñado, del jayan de la torre Bermeja, y por don Cuadragante su hermano del rey Abies de Irlanda, y por Arcalaus el encantador. Y mándante á decir,

que tienes en ellos muerte, así tú como todos aquellos que tuyos se llamaren: y hácente saber que ellos con todos aquellos grandes amigos suyos serán contra ti en ayuda del rey Cildadan en la batalla que con el aplazada tienes: pero que si tú quieres dar á tu hija Oriana á Madasima, la muy hermosa hija del dicho Jamongomadan para que sea su doncella, y la sirva, que no te desafiaran, ni te serán enemigos: antes casaran á Oriana con Basagante su hermano cuando vieren que es tiempo, que es tal señor, que bien será en él empleada tú tierra y la suya: y agora, Rey, mira lo que mejor te verná, ó la paz como la quieren, ó la mas cruda guerra que venir te podrá con hombres que tanto pueden. El Rey le respondió riendo, como aquel que en poco su desafío tenia, é díjole: Caballero, mejor es la guerra peligrosa que la paz deshonrada: que mala cuenta podria yo dar á aquel señor que en tal alteza me puso, si por falta de corazon con tanta mengua y aviltamiento la abajase, y agora os podeis ir y decidles: que antes querria la guerrá todos los dias de mi vida con ellos, y al cabo en ella morir, que otorgar la paz que me demandan: y decidme donde los hallará un mi caballero, porque por él sepan esta mi respuesta que á vos se da. En el lago herviente, dijo el caballero, los hallará quien los buscare que es en la ínsula que llaman Moganza, así á ellos como á los que consigo han de meter en la batalla. Y no sé, dijo el Rey, segun la condicion de los gigantes, si mi caballero podrá ir y venir seguro. Deso no pongais duda, dijo él, que donde está Cuadragante no se puede cosa contra razon hacer, y yo lo tomo á mi cargo. En el nombre de Dios, dijo el Rey; agora me decid como habeis nombre. Señor, dijo él, he nombre Landin y soy sobrino de don Cuadragante, hijo de su hermana, y somos venidos á esta tierra por vengar la muerte del rey Abies de Irlanda, y nos pesa que no podemos hallar aquel que le mató, ni sabemos si es muerto ó vivo. Bien puede ser, dijo el Rey, mas agora pluguiese á Dios que supiésedes ser él vivo y sano, que despues todo se haria bien. Yo en-

tiendo, dijo Landin, porque lo decís: porque creeis ser aquel el mejor caballero de los que habeis visto: mas cualquiera que yo sea hallarme heis en la batalla vuestra y del rey Cildadan, y allí os serán manifiestas mis obras buenas ó contrarias en el mas daño vuestro que yo pudiere. Mucho me pesa, dijo el Rey, que mas os querria para mi servicio; mas bien creo que ende no faltará con quien os combatais. Ni á ellos, dijo el caballero, quien se lo resista hasta la muerte. Cuando esto oyó don Florestan, ensañóse ya cuanto porque aquel osase decir que buscaba á su hermano Amadis, é díjole: Caballero, yo no soy desta tierra, ni vasallo del Rey; así que entre vos y mí no atañe ninguna cosa desto que á él habeis dicho: ni yo en razon dello no digo nada: por que en su casa hay otros muchos mejores para decir y hacer; pero por que vos decís que andais á Amadis buscando y no le hallais, en lo cual creo yo no ser vuestro daño: y si conmigo que soy don Florestan su hermano os place combatir, con condicion que si vencido fuéredes os quiteis desta demanda, é si yo muerto fuere algo de vuestro enojo y mengua se satisface, yo lo haré porque aquel sentimiento que vos teneis por el rey Abies: aquel y mucho mas crecido ternia Amadis por la mi muerte. Don Florestan, dijo Landin, bien veo que habeis sabor de batalla: mas yo la dudo á mas no poder, por que tengo de ir con la respuesta desta embajada á señalado dia, y tambien porque aquellos señores me tomaron fianza que en otra cosa de afrenta no me entremetiese: pero si de allí yo saliere vivo haberla he con vos á dia señalado, Landin, dijo don Florestan, vos lo decis como buen caballero y honrado, porque los que con semejantes mensajes vienen han de negar su voluntad propia por seguir la de aquellos cuyo mandado traen: porque de otra guisa aunque á vuestra honra satisfacer pudiésedes, la suya por vuestra tardanza se podria menoscabar, siendo todo á cargo vuestro; y por eso tengo por bien que sea como lo decís, y tendiendo las luas en señal de gajes, las dió al Rey, y Landin la halda del arnés:

así que de consentimiento de ambos quedó la batalla para treinta dias despues que la de los reyes pasase. Entonces mandó el Rey á un caballero su criado que Filispinel habia nombre, que en compañia de Landin fuese á desafiar á aquellos que á él desafiaron. Pues partidos estos dos caballeros como oís, el Rey quedó hablando con don Florestan, Galaor y Agrajes y otros muchos que en el palacio estaban, y dijoles: Quiero que veais una cosa en que habréis placer. Entonces mandó llamar á Leonoreta su hija con todas sus doncellas pequeñas, que viniesen á danzar así como solian, lo que nunca habia mandado despues que las nuevas de ser perdido Amadis le dijeran, y el Rey le dijo: Hija, decid la cancion que por vuestro amor Amadis hizo, siendo vuestro caballero. La niña con las otras sus doncellas la comenzaron á cantar: la cual decia así.

Leonoreta sin roseta
blanca sobre toda flor
sin roseta no me meta
en tal cuita vuestro amor.
Sin ventura yo en locura
me metí,
en vos amar es locura
que me dura
sin me podera partar,
ó hermosura sin par
que me da pena y dulzor:
sin roseta no mo meta
en tal cuita vuestro amor.
De todas las que yo veo
no deseo
servir otra sino á vos,
bien veo que mi deseo
es devaneo
do me no puedo partir,
pues que no puedo huir
de ser vuestro servidor,
no me meta sin roseta
en tal cuita vuestro amor.
Aunque mi queja parece
referirse á vos, señora,

otra es la vencedora,
otra es la matadora
que mi vida desfalleco:
aquesta tiene el poder
de me hacer toda guerra,
aquesta puede hacer
sin yo se lo merecer
que muerto viva só tierra.

Quiero que sepais por cual razon Amadis hizo este villancico por esta infanta Leonoreta. Estando él un dia hablando con la reina Brisena, Oriana y Mabilia, Olinda dijeron á Leonoreta, que dijese á Amadis que fuese su caballero y l sirviese muy bien, no mirando por otra ninguna. Ella fué á él, é díjoselo como ellas se lo mandaron. Amadis y la Reina que lo oyeron rieron mucho, y tomándola Amadis en sus brazos la asentó en su estrado, y díjole: Pues vos quereis que yo sea vuestro caballero, dadme alguna joya en conocimiento que me tenga por vuestro: ella quitó de su cabeza un prendedero de oro con unas piedras muy ricas, y dióselo. Todas comenzaron á reir de ver como la niña tomaba tan de verdad lo que en burla le habian aconsejado, y quedando Amadis por su caballero, hizo por ella el villancico arriba dicho; y tenia Leonoreta consigo sus doncellas, las cuales traian guirnaldas en sus cabezas, y vestidas de ricos paños de la manera que Leonoreta los traia, y era asaz hermosa; pero no como Oriana, que con esta no habia par ninguna en el mundo, y fué á tiempo, como adelante se dirá, emperatríz de Roma, y las doncellas suyas eran doce, todas hijas de duques y de condes y otros de grandes señores, y decian tan bien y tan apuesto aquel villancico, que el Rey y todos los caballeros habian muy gran placer de lo oír. Y de que hubieron una pieza cantado, hincando los hinojos ante el Rey, fuéronse donde la Reina estaba. Don Galaor, don Florestan y Agrajes dijeron al Rey, que querian ir con Corisanda, que les diese licencia; y él los sacó á una parte del palacio, y dijóles: Amigos, en el mundo no

hay otros tres en quien yo tan gran esfuerzo tenga como en vos, y el plazo de la mi batalla se llega, que ha de ser en la primera semana de agosto, y ya habeis oido la gente que contra mí han de ser, y estos traerán á otros muy bravos y muy fuertes en armas, así como aquellos que son de natura y sangre de gigantes, por lo que mucho os ruego que hasta aquel plazo no os encargeis de otras afrentas ni demandas que vos hayan de estorbar de ser conmigo en la batalla, que tengo mortales y capitales enemigos, y hariadesme muy gran mengua y sinrazon, que yo fio en Dios que con la vuestra gran bondad, y de todos los otros que me han de servir, no será la valentía ni fuerza de nuestros enemigos tan sobrada que al cabo por nosotros no sean vencidos, destrozados y amenguados. Señor, dijeron ellos, para cosa tan señalada y nombrada en todas partes como esta, será no menester vuestro mandado y ruego, que puesto que el deseo y buena voluntad que de serviros tenemos faltase, no faltaria el buen deseo de ser en tan grande afrenta, donde nuestros corazones y buenas voluntades hayan aquello que por muchas tierras y partes extrañas del mundo andan buscando, que es hallarse en las cosas de mayor peligro, porque venciendo alcanzan la gloria que desean, y vencidos cumplen aquella fin para que nacidos fueron; así que nuestra tornada será luego, y entre tanto, animad y esforzad á vuestros caballeros, porque en aquellos que con gran amor y aficion sirven la flaca fuerza fuerte se torna; y partiéndose del Rey armados en sus caballos tomando consigo á Corisanda partieron de Londres y fueron su camino. Gandalin que allí estaba y viera todo aquello, partióse luego para Miraflores, y contólo á Oriana y á Mabilia, y que aquellos tres compañeros se le mandaban mucho encomendar. Oriana dijo: Agora es Corisanda en todo placer, pues en su compañía lleva á don Florestan que ella tanto amaba, y dióselo de siempre que mucho es buena dueña; y comenzó á sospirar así que las lágrimas le vinieron á los ojos, é dijo: ¡ Oh señor Dios, porqué no quereis

que yo vea á Amadis siquiera un dia solo! ¡Oh Señor! queredlo por la vestra bondad, ó me quitad deste mundo y no me dejeis vivir en tal cuita y dolor. Gandalin hubo della gran duelo, pero hizo el semblante de sañudo é dijo: Señora, haréisme que no parezcan ante vos por que estamos atendiendo buenas nuevas que Dios nos enviará, y quereis nos meter en desesperanza. Oriana limpió los ojos de las lágrimas, y díjole: ¡Ay Gandalin! por Dios no te quejes, que si yo algo hacer pudiese de grado lo haria que aunque buen semblante muestro, nunca jamás mi corazon de llorar queda; é si no fuese esta esperanza que tengo de las palabras que me decis, creed que no ternia tanto esfuerzo, que de un lugar levantarme pudiese; mas agora me di: ¿qué será del Rey, mi padre pues que no puede haber á Amadis para esta batalla? Señora, dijo él, no puede mi señor tan escondido ni apartado estar, que una cosa tan señalada como esta no venga á su noticia: pues quien duda que sabiendo lo que á vos toca siendo vuestro padre vencido, no quiera él venir á poner sus fuerzas en vuestro servicio, que aunque por el defendimiento que le pusistes de no se parecer ante vos, parecerá allí donde viere que puede servir y alcanzar perdon del yerro que no hizo ni pensó de hacer. Así plega á Dios, dijo Oriana, que sea como tú lo piensas Y estando hablando en esto entró una niña corriendo y dijo: Señora, veis aquí la doncella de Denamarca que muy ricas donas os trae. A ella se le estremeció el corazon, y paróse tal que no pudo hablar, y fué toda turbada, como quien por su venida esperaba la vida ó la muerte, segun el recaudo que trajese; y Mabilia que así la vió, díjola: Niña, ve y dí á la doncella que entre acá sola, porque la querría ver apartadamente. Y esto hizo por que ninguno viese la gran cuita ó grande alegría de Oriana, segun las nuevas fuesen; y la niña se salió, é díjole lo que le mandaron. Pero de Mabilia y Gandalin os digo, que estaban desmayados no sabiendo lo que la doncella traia: y la doncella entró alegre y de buen continente, é hincando los hi-

nojos ante Oriana dióle una carta que traia y díjole: Señora, veis aquí nuevas de todo vuestro placer, y sabed, señora, que yo he recaudado todo aquello por que me enviastes, así como lo deseais; y leed esa carta, y veréis si la hizo con su mano Amadis. Ella tomó la carta, mas así la tremian las manos con la grande alegría, que la carta se le cayó: y despues que el corazon le fué mas asosegado abrió la carta, y halló el anillo que ella con Gandalin á Amadis enviara cuando con Dardan se combatió en Vindilisora; el cual muy bien conoció y besóle muchas veces y dijo: Bendita sea la hora en que fuiste hecho, que con tanto gozo y placer de una mano en otra te has mudado, y metióle en su dedo, y cuando vió las palabras tan humildes que en la carta venian, y el mucho agradecimiento de se della haber acordado dél y de como de la muerte á la vida era tornado, holgóle el corazon, y alzando sus manos dijo: ¡Oh señor del mundo, reparador de todas las cosas, bendito seais vos que á tal sazon me acorristes y me librastes de la muerte que tan cercana tenia! é hizo asentar la doncella ante sí, y díjole: Amiga, agora me contad como lo hallaste, y los dias que con él estuviste y donde le dejais. Ella le dijo como le habia buscado, y que viniendo muy triste sin ningun recaudo, la gran tormenta que en la mar le sobrevino la hiciera arribar á la peña Pobre, donde le halló: y contóle cuanto allí con él le aconteciera, y el placer tan grande que su carta le dió: y asimismo le dijo donde lo dejaba, y como esperaba su mandado. Mas cuando vino á decir como era llegado á la muerte y tan desemejado que no lo pudo conocer sino fuera por la herida que en el rostro tenia, y como habia mudado su nombre, y como Durin estuvo tres dias que no le conoció, gran duelo y piedad habia Oriana dél. Y desque todo se lo hubo contado, dijo Oriana: Por Dios, amiga, menester es que luego haga vuestro mandado y decidme en que manera se haga. Yo os lo diré, dijo ella: allá dejé á sabiendas dos joyas de las que traia por que con achaque de volver Durin por ellas le llevase vues-

tro mandado. Muy bien hicistes, dijo ella; y agora dadme las donas que traeis delante destos que aquí estan, y decid que se os olvidaron las de Mabilia asi como lo habeis dicho. Entonces dijeron á la doncella cuanto Corisanda las habia dicho dél, y que se llamaba Beltenebros, pero que no le conoció ni supo quien era. Verdad es que así se llama, dijo la doncella, y dice que no se quitará aquel nombre hasta que os vea, y le mandeis lo que haga, y tambien le dijeron como tenian las llaves de los postigos y de la huerta, y llamaron á Durin, y mostrándole á la parte donde habia de traer á Beltenebros cuando viniese, mandáronle que luego fuese á lo traer; mas no hubieron de trabajar mucho en ello, porque aun estando él muy cuitado de la nueva sin ventura que le llevara, por donde á la muerte lo habia llegado: creyendo que con la que agora iba se emendaba y reparaba todo, con mucha alegría de su corazon lo otorgó, y besó las manos á Oriana, porque se lo mandaba, y allí fué acordado que Mabilia se lo rogase ante todos que le fuese por aquellas donas, y que él mostrase en ello mal continente, como que mucho le pesaba, porque no sospechasen de su ida alguna cosa.

Y así se hizo, que cuando se lo rogaron mostró dello pesar é dijo sañudamente á Mabilia: Dígoos, señora, que por ser vuestra iré yo allá, que si de la Reina ó de Oriana fuesen no lo haria, que mucho afan he llevado de trabajo en este camino. Mabilia se lo agradeció, y Oriana le dijo: Mi amigo Durin como quiera que bien sirvais, no querais zaherir el servicio que hiciéredes en tal guisa que no os lo agradezcan. Así lo haré á vos, dijo él, cuando me lo mandáredes que os sirva, que bien creo que tan poco vale vuestro grado como mi servicio. Todas rieron mucho de ver la saña que Durin mostraba, y de como habia respondido; y dijo á Mabilia: Señora, pues que á vos place que yo vaya luego, de mañana me quiero ir; y despidiéndose dellas se fue con Gandalin á dormir á la villa: el cual le rogó que le encomendase mucho á Enil su primo, y que

de su parte le rogase que le viniese á ver si hacerlo pudiese, por que tenia de le hablar algunas cosas: y que le rogaba mucho que en tanto que con aquel caballero anduviese preguntase por nuevas de Amadis. Esto le enviaba á decir por que Amadis auduviese mas encubierto, y por que si dél se quisiese partir, que con achaque de le ver á él, lo pudiese hacer. En esto hablando llegaron á Londres, y otro dia de mañana cabalgó Durin en su palafren y fuese su via camino de donde á Beltenebros habia dejado; pero antes se quiso bien avisar de todas las nuevas de la corte porque se las pudiese contar.

CAPITULO XIII.

De como Beltenebros mandó hacer armas y todo aparejo para ir á ver á su señora Oriana, y de las aventuras que le acaecieron en el camino.

Pues tornando á Beltenebros, que en las casas de las monjas quedara atendiendo el mandado de su señora, dice la historia que siendo con el gran placer en mucho de su salud y fuerza tornado, que mandó á Enil le hiciese hacer en aquella villa cerca de donde estaba unas armas, el campo verde y leones de oro menudos cuanto en él cupiesen, con sus sobreseñales; y le comprase un buen caballo y una espada, y la mejor loriga que haber pudiese. Enil subió á la villa é hízolo todo como le mandó: así que en espacio de veinte dias fue todo aderezado como lo habia menester. A esta sazon llegó Durin con el mandado que llevaba, con que Beltenebros hubo gran placer: y preguntándole delante de Enil como quedaba la buena doncella de Denamarca, su hermana, y que venida era la suya. El le dijo, que la doncella se le mandaba mucho encomendar y que él venia por dos joyas que se

le habian olvidado, que quedaron entre los almadraques en que ella durmiera: é dijo á Enil como su primo Gandalin le saludaba mucho y todo lo otro que á cargo de le decir traia. Beltenebros le preguntó, que quien era aquel Gandalin. Un escudero mi primo dijo él, que aguardo gran tiempo á un caballero que Amadis de Gaula se llamaba; y entonces tomó consigo á Durin, y fuese paseando por una plaza preguntándole por nuevas de su hermana; mas cuando algo desviados fueron díjole Durin el mandado de su señora, y como le atendia en Miraflores, y que tenia bien aparejado de le tener allí consigo, que fuese encubierto: y contóle como sus hermanos y Agrajes estaban en la corte, y habian de ser en la batalla que el rey Lisuarte tenia aplazada con el rey Cildadan de Irlanda, y así mismo el desafío de Jamongomadan, y de los otros gigantes y caballeros que le hicieron, y como le demandaroná Oriana para ser doncella de Madasima y que la casarian con Basagante hijo de Jamongomadan: y cuando Beltenebros esto oyó las carnes le tremian con la gran ira que en si hubo, y el corazon le hervia con la gran saña, y propuso en su voluntad tanto que á su señora viese de no tomar en si otra afrenta ni demanda hasta buscar á Jamongomadan y se combatir con él, y morir ó le matar por aquello que de Oriana dijera. Despues que Durin le hubo contado lo que habeis oido, tomó las donas, y despedido dél se tornó muy alegre con haber acabado aquello que él deseaba. Beltenebros quedó dando muchas gracias á Dios por que asi le habia socorrido en le tornar á la merced de su señora, que teniéndola perdida, su vida era llegada en el extremo que os contamos; y aquella noche, despedido de las dueñas una hora antes del alba, armado de aquellas verdes y frescas armas, encima de su caballo hermoso y lozano, y Enil con él, el escudo y yelmo y la lanza llevaba, se puso en el camino para ir á ver aquella su señora que él tanto amaba; y yendo así por el campo, siendo ya el dia claro puso las espuelas recio al caballo y

hízole correr á un cabo y á otro, de tal manera que Enil que lo miraba fue muy maravillado, y dijo: Señor, del ardimiento de vuestro corazon no sé nada, pero nunca vi caballero que tan hermoso armado pareciese. Los corazones de los hombres, dijo Beltenebros hacen las cosas buenas, que no el buen parecer: pero al que Dios junto lo da, gran merced le hace; y pues agora has juzgado el parecer juzga el corazon segun vieres que lo merece. Así se iba razonando y riendo con él, como aquel que desechando aquella tan gran tenebregura en que estuviera, era tornado al deleite que sin él no pudiera vivir. Pues así anduvo hasta la noche, que albergó en casa de un caballero anciano, donde le fue mucha honra hecha, y otro dia partiendo dende, llevando el yelmo en su cabeza por no ser conocido anduvo siete dias sin ninguna aventura hallar; mas á los ocho le avino que pasando al pié de una montaña, vió por un pequeño camino venir en un gran caballo un caballero tan grande y tan membrudo, que no parecia sino un gigante, y dos escuderos que las armas le traian: y cuando mas cerca fue, el gran caballero dijo á Beltenebros en voz alta: Vos, don caballero, que ahi venides, estad quedo, y no paseis mas adelante hasta que de vos sepa lo que quiero. Beltenebros estuvo quedo en un campo llano por donde iba, y miró el escudo del caballero y vió que habia en el tres flores de oro y en campo indio, y conocióle ser don Cuadragante, porque otro tal viera en la ínsula Firme alzado sobre todos los otros, como el que mas honra ganara en la prueba de la cámara defendida: y pesóle mucho porque pensó de no poder escusar dél la batalla, teniendo en su voluntad la de Jamongomadan que por esta quisiera él escusar todas las otras. Y tambien por ir al plazo que su señora le enviaba á mandar, y habia recelo que la gran bondad de aquel caballero le diese algun estorbo, y estuvo quedo y llamando á Enil le dijo: Llégate á mi y darme has las armas si las hubiere menester. Dios os guarde, dijo Enil, que mas me semeja este diablo que caballero.

No es diablo, dijo Beltenebros, mas un buen caballero, de que ya otras veces ohí hablar. En esto llegó don Cuadragante, y díjole: Caballero, conviene me digais si sois del rey Lisuarte. ¿Porqué lo preguntais? dijo Beltenebros. Porque yo le tengo desafiado dijo don Cuadragante, á él y á todos los suyos y á sus amigos: y no hallaré ninguno dellos que no le mate. A Beltenebros vino gran saña, y díjole: ¿Vos sois de aquellos que le desafiaron? Soy, dijo él, y el que haré á él y á los suyos todo el mal que pudiere. ¿Y cómo habeis nombre, dijo Beltenebros? He nombre don Cuadragante, dijo él. Ciertamente Cuadragante, como quiera que vos seais de gran linaje y de alto hecho de armas, gran locura es la vuestra en desafiar al mejor rey del mundo por que los caballeros deben tomar las cosas que les convienen, y cuando de allí pasan mas á locura que á esfuerzo se debe tomar: yo no soy vasallo de ese Rey que decís, ni natural de su tierra; pero por lo que él merece es mi corazon otorgado á le servir, así que, con razon me puedo contar por vuestro desafiado: y si quereis haber la batalla haberla heis, é sino andad vuestro camino. Don Cuadragante le dijo: Bien veo, caballero, que la poca noticia que de mí teneis os causa hablar tan osado y con tanta locura, y ruégoos mucho que me digais vuestro nombre. A mí me llaman Beltenebros, dijo él; y así por el nombre como por ser de poca nombradía no me conoceréis mas que antes: mas como quiera que yo sea de extraña y apartada tierra, oido he que andais buscando á Amadís de Gaula, y segun sus nuevas, entiendo no es vuestro daño no lo hallar. ¿Cómo, dijo don Cuadragante, aquel que yo tanto desamo precias mas que á mí? Sábete que eres llegado á la tu muerte, y toma tus armas si con ellas te osares defender. Aunque contra otros, dijo Beltenebros, dudase de las tomar, no contra vos que tantas soberbias y amenazas me haceis. Entonces tomando sus armas, con grande saña corrieron los caballos el uno contra el otro, y diéronse tan grandísimos encuentros, que el caballo de

Beltenebros estuvo por caer: mas don Cuadragante fue fuera de la silla y cada uno se sintió mucho de aquel encuentro y Beltenebros hubo el pico de la teta hendido de la cuchilla de la lanza, y el otro fue herido en el costado; mas la llaga pequeña fué, y levantóse luego, como aquel que muy valiente y ligero era, y metiendo mano á la espada se fué á Beltenebros que estaba enderezando el yelmo en la cabeza: así que no le vió, é hirióle el caballo con la punta de la espada que la media della por las ancas le metió; el cual con la herida fue por el campo lanzando las piernas por caer; mas Beltenebros decendió luego, y embrazando su escudo la espada en la mano se fué contra don Cuadragante con gran saña y braveza por que el caballo le matara, é dijo: Caballero, no mostrais buen esfuerzo en lo que hicistes: pero bien bastará el vuestro para el que la victoria de la batalla alcanzare. Entonces se acometieron tan bravamente que espanto era de los ver, que el ruido que con las espadas hacian en se cortar las armas era tal como si allí se combatiesen diez caballeros. Y algunas veces se trababan á brazos por se derribar, así que cada uno procuraba toda su fuerza y valentía contra el otro. Unos escuderos que los miraban, teniendo por gran espanto de ver tal crueza en dos caballeros, no esperaban que ninguno dellos vivo quedar pudiese. Y así anduvieron en su batalla desde la tercia hasta hora de vísperas que nunca holgaron ni se hablaron palabra. Pero á esta sazon fue Cuadragante tan ahogado del gran cansancio y maltrecho de un golpe que Beltenebros encima del yelmo le dió, que cayó desapoderado sin ningun sentido en el campo como si muerto fuese; y Beltenebros le quitó el yelmo de la cabeza por ver si era muerto. Mas dándole el aire, tornó casi en su acuerdo: y púsole la punta de la espada en el rostro y díjole: Cuadragante, acuérdate de tu alma que muerto eres; y él que ya mas acordado estaba dijo: ¡Ay Beltenebros! ruégoos por Dios que me dejeis vivir por el

reparo de mi ánima. El dijo : Si quieres vivir otórgate por mi vencido y que harás lo que yo te mandare. Vuestra voluntad, dijo él, haré yo por salvar la vida ; pero por vencido no me debo otorgar con razon, que no es vencido aquel que sobre su defendimiento no mostrando cobardía hace todo lo que puede hasta que la fuerza y el aliento le falta y cae á los pies de su enemigo ; que él vencido es aquel que deja de obrar lo que hacer podria por falta de corazon. Cierto, dijo Beltenebros, vos decis derecha razon, y mucho me place de lo que agora de vos aprendi: dadme la mano y hacedme fianza que haréis lo que yo mandare, y él se la dió como mejor pudo. Entonces llamó á los escuderos que lo viesen, é díjole: Yo os mando por el pleito que me haceis, que luego seréis en la corte del rey Lisuarte, y que no os aparteis dende, hasta que Amadis allí sea, aquel que vos andais buscando: y venido, os metais en su poder, y le perdoneis la muerte de vuestro hermano el rey Abies de Irlanda ; pues que, segun yo he sabido, ellos de su propia voluntad se desafiaron, y solos entraron en la batalla ; así que tal muerte como esta no debe ser demandada, aun entre las bajas personas cuanto, mas en los semejantes que vos segun las grandes cosas que en armas habeis pasado y muy dichoso en ellas: y así mismo os mando que torneis el desafío al Rey y á todos los suyos, ni tomeis armas contra lo que su servicio fuere. Todo lo otorgó don Cuadragante mucho contra su voluntad ; mas hízolo con el gran temor de la muerte que muy cercana la tenia y mandó luego á sus escuderos que le hiciesen unas andas y le llevasen donde Beltenebros mandaba, por que pudiese quitar su promesa. Beltenebros vió á Enil su escudero que tenia el caballo de don Cuadragante, y estaba muy alegre por la buena ventura que Dios diera á su señor Beltenebros, y cabalgó en el caballo, y dió las armas á Enil, y tornóse á su camino; y no anduvo mucho por él que halló una doncella cazando con un esmerejon, y otras tres doncellas con ella que vieran la bata-

lla, y oyeran todo lo mas de las palabras que pasaron; y como vieron que mal trecho quedara, y que habia menester de holgar, rogáronle ahincadamente que con ellas se fuese á un castillo suyo, donde se le haria servicio por aquella voluntad que de servir al Rey su señor en él conocian. Él lo tuvo por bien, porque estaba muy atormentado del gran afan que pasara: mas desque allí llegaron catándole si estaba herido, no le hallaron otra llaga sino aquella pequeña de la teta, de que mucha sangre se le fué, y á cabo de tres dias partió de allí y anduvo todo aquel dia sin aventura hallar: y esa noche albergó en casa de un hombre bueno que cerca del camino moraba, y otro dia anduvo tanto, que al medio dia subiendo encima de un cerro vió la ciudad de Londres, y á la diestra mano el castillo de Miraflores, donde su señora Oriana estaba: y él cuando le vió grande alegria su ánimo sintió. Pues allí estuvo una gran pieza pensando como partiria de si á Enil, é díjole: ¿Conoces esta tierra donde estamos? Sí conozco, dijo él, que en aquel valle está Londres, donde es el rey Lisuarte. ¿Tan llegados somos á Londres? dijo él. Pues yo no me quiero agora hacer conocer al Rey ni á otro alguno, hasta que mis obras lo merezcan, que como tú ves soy mancebo, y no he hecho tanto que por ello pueda ser tenido en mucho: y pues tan cerca nos somos de Londres ve á ver aquel escudero Gandalin de que Durin te dió las encomiendas, y sabrás lo que en la corte dicen de mí, y cuando será la batalla del rey Cildadan. ¿Cómo, os dejaré solo? dijo Enil. No te cures, dijo él, que algunas veces suelo yo andar sin otro ninguno: pero antes quiero que sepamos algun lugar señalado á donde me halles, y fuéronse adelante por aquella via, y no tardó que vieron; cabe una ribera dos tiendas armadas, y en medio dellas otra muy rica, y ante ellas caballeros y doncellas que andaban trabajando, y vió á la puerta de la una tienda cinco escudos, y á la otra otros cinco, y diez caballeros armados, y por no haber razon de justar con ellos, apartóse

del camino que llevaba. Los caballeros de las tiendas le llamaron que viniese á la justa. No me place de justar agora, dijo él, que vosotros sois muchos y holgados, y, yo solo y cansado. Mas yo creo, dijo el uno dellos, que lo dejais con temor de perder el caballo. ¿Y porqué lo perderia? dijo él. Porque seria de aquel que os derribase, dijo el caballero, lo que está mas cierto que ser vuestros los que pudiésedes ganar de nos. Pues que así ha de ser, dijo Beltenebros, antes quiero yo ir en él que meterlo en esa ventura; y comenzóse asi de ir desviado como antes. Los caballeros le dijeron: Parécenos, caballero, que esas vuestras armas muy mas son defendidas con palabras hermosas que con esfuerzo de corazon; así que bien podrian quedar para se poner sobre vuestra sepultura aunque vivais cien años. Vos me tened por cualquier que quisiéredes, dijo él, que por cosa que me digais no me quitais la bondad si alguna en mí hay. Agora Dios quisiere dijo él uno dellos, que se os antojase de justar conmigo que no iriades hoy á buscar posada encima dese caballo, á pena de traidor ó que en este año yo no subiere en otro. Beltenebros, dijo: Buen señor eso es lo que yo dudo y, por eso, dejo yo mi camino. Todos ellos comenzaron á decir: ¡O santa María valme, que medroso caballero! Mas por esto no se le dió nada, y fuese su via, y llegando á un lado del rio que queria pasar, oyó que le decian: Atended, caballero, y él mirando quien seria, vió una doncella muy bien guarnida en un hermoso palafren, y llegando á él le dijo: Señor caballero, en aquella tienda esta Leonoreta la hija del rey Lisuarte, y ella y todas las doncellas os mandan rogar que mantengais la fiesta á aquellos caballeros; y eso que lo hagais por su amor, en cuanto mas sois obligado al ruego dellas y al suyo dellos, ¿Cómo, dijo él, la hija del Rey es aquella que allí está? Señor, sí, dijo ella. Pésame, dijo él, de haber enemistad con sus caballeros, que antes la querria servir; mas pues que lo manda, hacerlo he con pleito que los caballeros no me demanden mas de justar. La donce-

lla se fue con la respuesta, y Beltenebros tomó sus armas, y tornando contra las tiendas halló un campo llano y bueno, y allí atendió y no tardó mucho que vió venir al caballero que le dijera que no le dejaria ir en el caballo si con él justase, que bien habia en él parado mientes, y plúgole mucho que aquel fuese el primero y llegando mas cerca dejaron correr los caballos contra sí cuanto mas recio pudieron y él caballero quebrantó su lanza, y Beltenebros le hirió tan duramente que le lanzó de la silla rodando por el campo y mandó tomar á Enil el caballo: y el caballero quedó quebrantado de la caida que no sabia de sí parte, y acordó gimiendo y revolviendo por el campo como aquel que tenia tres costillas y una cadera quebrada. Beltenebros dijo: Señor caballero, si vuestra palabra es verdadera de aquí á un año no caeréis otra vez de caballo, que así lo prometistes si el mio no ganásedes Y estando en esto, vió que venia otro caballero á la justa, dando voces que dél se guardase; y Beltenebros se dejó correr á él, y derribóle como al primero, y así lo hizo al tercero, y al cuarto, y en aquel quebró la lanza, mas el caballero quedó mal llagado, que la lanza le pasó el escudo y el brazo, y de todos hizo tomar los caballos, y atarlos á las ramas de los árboles: y des que hubo derribado aquellos cuatro caballeros quísose ir, é vió venir otro caballero á guisa de justar, y traia un escudero con cuatro lanzas, y díjole: Señor caballero, Leonoreta os envia estas lanzas y mándaos decir que hagais con ellas lo que debeis con los caballeros que quedan, pues que á sus compañeros derribastes. Beltenebros dijo: Por amor de Leonoreta, que es hija de tan buen Rey, haré lo que me mandare; mas por los caballeros dígoos que no haria ninguna cosa, que los tengo por muy desmesurados en hacer que los caballeros que van su camino se combatan contra su voluntad, y tornando una lanza se dejó ir al caballero y derribóle como á los otros: y así lo hizo á los otros todos, salvo al que á la postre vino, que justó con él

dos veces, y quebró en él dos lanzas que no le pudo mover de la silla, mas á la otra derribóle como á los otros, y si alguno preguntase quien seria este, digo que Nicoran, el de la puente Medrosa, que á la sazon era uno de los buenos justadores del señorío de la Gran Bretaña.

Acabadas estas justas por Beltenebros como habeis oido, envió todos los caballos que de los caballeros ganó á Leonoreta y mandó que le dijesen que mandase á sus caballeros que fuesen mas corteses contra los que por el camino pasasen, ó justasen mejor, que tal caballero podria ende venir que los haria ir á pié. Y los caballeros estaban tan avergonzados de lo que les aconteciera, que no respondieron ninguna cosa, y maravillándose en ser así derribados por un solo caballero, y no podian pensar quien fuese, que nunca vieron caballero que trujese tales señales en las armas. Nicoran dijo: Si Amadis vivo fuese y sano, verdaderamente diria yo que este era, que no siento otro caballero que así de nosotros se partiese. Ciertamente, dijo Galiseo, no debe ser que alguno de nos le conoceríamos, cuanto mas que él no quisiera justar pues que á todos nos conocia por sus amigos. Guiontes, el sobrino del Rey, que allí estaba, dijo: Si á Dios pluguiese que fuese Amadis por bien empleada daríamos nuestra vergüenza, mas cualquiera que él sea, Dios le dé buena ventura por dó quier que vaya que mucho á guisa de bueno ganó nuestros caballos y como bueno nos los envió. Maldito vaya, dijo Lasamor, que cuanto con mal ando quebradas las costillas y la cadera; mas la culpa mia es, que fui el demandador mas que ninguno otro de mi daño: y este fue el primero de la justa. Beltenebros se partió dellos muy alegre de como le aviniera, y fuese por su camino hablando con Enil, é iba mirando la lanza que le quedara que le parecia muy buena, y con la gran calor que hacia, y con el justar habia gran sed: y siendo de allí alongado cuanto un cuarto de legua vió una ermita cubierta de árboles, y así por en ella hacer oracion, como por beber del agua se fue á ella

y vió á la puerta tres palafrenes de doncellas ensillados y otros dos de escuderos. El descendió de su caballo y entró dentro, mas no vió á ninguno é hizo su oracion, encomendándose á Dios y á la vírgen María muy de corazon; y saliendo de la ermita vió tres doncellas debajo de unos árboles á una fuente y los escuderos con ellas; y él llegó á beber del agua, mas no conoció á ninguna dellas, é dijéronle: Caballero, ¿sois de la casa del rey Lisuarte? Buenas señoras, dijo él, querria yo ser tal caballero que me quisiesen en su compañía: mas ¿vosotras dónde vais? A Miraflores, dijeron ellas, á ver una nuestra tia que es abadesa de un monasterio, y por ver á la señora Oriana, hija del rey Lisuarte, y acordamos de holgar aquí un poco hasta que el calor pase. En el nombre de Dios, dijo él, que yo os haré compañía hasta tanto que sea tiempo de andar, y preguntóles como habia nombre aquella fuente. No sabemos, dijeron ellas, ni de otra ninguna que en esta floresta haya, sino de aquella que en aquel valle está cabe aquellos grandes árboles, que se llama la fuente de los Tres Caños; y mostráronle el valle que cerca de allí estaba; pero mejor lo sabía él, que muchas veces por allí anduviera á caza, y aquella fuente queria él por señal donde Enil viniese que le queria apartar de sí en tanto que iba á ver á su señora. Pues estando hablando como oís, no tardó mucho que vieron venir por el mismo camino que Beltenebros, viniera una carreta que doce palafrenes tiraban, y dos enanos encima de ella que la guiaban: en la cual vieron muchos caballeros armados en cadena metidos, y sus escudos en las varas colgados, y entre ellos doncellas y niñas hermosas, que muy grandes gritos daban, y delante de la carreta venia un gran gigante, tan grande que muy espantable cosa era de le ver, encima de un caballo negro y armado de unas hojas muy fuertes, y un yelmo que mucho relucia, y traia en su mano un venablo, que en el hierro habia una gran brazada; y en pos de la carreta venia otro gigante, que muy mas espantable

y mas grande que el primero parecia. Las doncellas se quedaron todas espantadas, y escondiéronse entre los árboles del gran miedo y espanto que hubieron, y el gigante que delante venia, volvióse á los enanos, é dijoles: Yo os haré mil pedazos sino guardais que esas niñas no derramen su sangre, porque con ella tengo yo de hacer sacrificio al mi Dios en que adoro. Cuando esto oyó Beltenebros, conoció ser aquel Jamongomadan que tal costumbre era la suya, que della jamás partirse queria, de degollar muchas doncellas delante de un ídolo que en el lago Herviente tenia: por consejo y habla del cual se guiaba en todas sus cosas, y con aquel sacrificio le tenia contento, como aquel que siendo el enemigo malo con tan gran maldad habia de ser satisfecho. Y como quiera que en su voluntad tuviese puesto de se combatir con él, por lo que de Oriana dijera, no le quisiera encontrar á aquella hora hasta haber pasado aquella noche con su señora Oriana, como estaba concertado: y tambien por que quedara de la justa de los diez caballeros muy quebrantado. Mas conociendo los caballeros que en la carreta venian, y á Leonoreta y á sus doncellas, con ellos hubo gran duelo de los ver, y mas del pesar que su señora habria si tal desventura por aquella su hermana pasase. Que parece ser que partiendose él dia de la justa que ya oisteis, dejando aquellos caballeros mal trechos, á poco rato llegaron aquellos dos gigantes padre y hijo que al rey Lisuarte desafiado tenian. Y tomándolos á todos, atados los pusieron como ois en aquella carreta que consigo traian, para llevar presos los que haber pudiesen; y cabalgando luego en su caballo, demandó á Enil que le diese las armas. Mas él le dijo: ¿Para qué las quereis? dejad primero pasar á estos diablos que aquí vienen. Dámelas, dijo Beltenebros, que antes que pasen quiero tentar la misericordia de Dios, si le placerá que por mí sea quitada tan gran fuerza que estos sus enemigos hacen. ¡O señor! dijo él, ¿porqué quereis haber mal gozo de vuestra juven-

tud ? que si aquí se hallasen los mejores veinte caballeros que el rey Lisuarte tiene, no osarian esto acometer. No te cures, dijo él, que si ante mí dejase tal cosa pasar sin hacer todo lo que puedo, no seria para parecer ante hombres buenos: y verás mi ventura que tal será. Enil le dió las armas llorando muy fieramente. Beltenebros descendió por un recuesto abajo contra el gigante, y antes que á él llegase, miró el lugar donde Miraflores era, é dijo: ¡ Oh mi señora Oriana, nunca comencé yo gran hecho en mi esfuerzo donde quiera que me hallase, sino en el vuestro, y agora mi buena señora me ha acorred, pues que me es tanto menester. Con esto le pareció que le vino tan gran esfuerzo, que perderle hizo todo pavor; é dijo á los enanos, que estuviesen quedos. Cuandó esto oyó el gigante, tornó contra él con tan gran saña, que el humo le salia por el visel del yelmo, y meneaba el venablo en la mano que todo le hacia doblar, é dijo: Captivo sin ventura, ¿quién te puso tal osadía que ante mí osases parecer? Aquel Señor, dijo Beltenebros, á quien tú ofendes, que me dará hoy esfuerzo con que tu grande soberbia quebrada sea. Pues llégate, llégate, dijo el gigante, y verás si su poder basta para te defender del mio. Beltenebros apretó la lanza só el brazo, y al mas correr de su caballo fue contra él, y encontróle en las fuertes hojas debajo de la cincha tan reciamente, que por fuerza le quebró las launas, y entró la lanza por la barriga, que le pasó de la otra parte: y fue el encuentro tan fuerte, que topando en los arzones de la silla hizo las cinchas quebrantar: así que trastornó la silla con él debajo del caballo; y al gigante quedó un trozo de la lanza metido en el cuerpo: pero antes que cayese le tiró el venablo, é dióle por la aguja del caballo y salióle entre las piernas: y Beltenebros salió dél lo mas presto que pudo, y puso mano á su espada; mas el gigante era herido de muerte, y traíale el caballo arrastrando debajo de sí á gran daño suyo: mas con la fuerza que el tenia, fuego salia dél, y qui-

tando el trozo de la lanza lo arrojó á Beltenebros, é dióle con él tal golpe en el yelmo á vueltas del escudo, que lo hubiera derribado en tierra, y con la fuerza que en esto puso saliéronsele todo lo mas de las tripas por la herida, y cayó en el suelo dando voces, diciendo: Acorred mi hijo Basagante, y llegad que muerto soy. A estas voces llegó Basagante al mas correr de su caballo, y traia una hacha de acero muy pesada, y fue á Beltenebros por le dar con ella, que pensó hacerle dos pedazos; mas con su grande ardideza guardóse del golpe, y al pasar quísole herir el caballo y no pudo, y alcanzóle con la punta de la espada, y cortóle la arzon y la mitad de la pierna, y el gigante con la gran saña no lo sintió, aunque halló menos el estribo, y tornó contra él: y Beltenebros quitara el escudo del cuello teniéndole por las embrazaduras, é dióle con la hacha en él tan gran golpe que se lo derribó á tierra: y Beltenebros le dió con la espada en el brazo, y cortóle la loriga y la carne, y corrió la espada hasta abajo por las hojas que eran de fino acero, y quebrantóla de manera que otra cosa si la empuñadura no, no le quedó: mas por esto no se desmayó, ni perdió su gran corazon, antes como vió que el gigante pugnara por sacar el hacha del escudo y no podia, fue cuanto mas pudo y trabó della, y su buena dicha, que así lo guió en estar á la parte donde el estribo faltaba, y tirando el uno y el otro trastornóse el gigante, y su caballo salió recio: así que dió con él en tierra, y la hacha quedó en las manos de Beltenebros.

El gigante se levantó con gran afan, y sacó una espada que traia muy grande, y queriendo ir contra Beltenebros, no pudo por los nervios que de la pierna cortados tenia, é hincó la una rodilla en el suelo; y Beltenebros le dió con la hacha por encima del yelmo un tan grande golpe, que por fuerza se le quebraron todos los lazos, é hizoselo saltar de la cabeza, y Basagante que tan cerca le vió pensóle cortar la cabeza, mas hirióle en lo alto del yelmo: así que

le cortó toda la corona cercen, y los cabellos á vueltas sin le llegar á la carne: y Beltenebros se quitó afuera, y el yelmo que no tenia en que sufrir, cayósele sobre los hombros, y la espada de Basagante dió en tierra en unas piedras y fue quebrada por medio: los que miraban cuidaron que la media cabeza le cortara, é hicieron gran duelo, especialmente Leonoreta, con sus niñas y doncellas, que de rodillas en la carreta estaban, alzadas las manos al cielo, rogando á Dios que de aquel peligro las librase, mesaron sus cabellos y dieron muy grandes gritos y voces llamando á la Vírgen María: mas Beltenebros quitándose el yelmo, y tentándose con la mano la cabeza por ver si era de muerte herido y no sintiendo nada, fue con la hacha contra el gigante, y aunque él era muy fuerte, cuando así le vió venir enflaqueciósele el corazon que no se pudo guardar, é dióle un tan gran golpe por encima de la cabeza que la una oreja con la quijada le derribó en tierra. El gigante le dió con la media espada y cortóle un poco en la pierna, y cayó á la otra parte revolcándose por el campo con la cuita de la muerte. A esta sazon Jamongomadan se habia quitado el yelmo de la cabeza y ponia las manos en las heridas por detener la sangre; y cuando vió su hijo muerto, comenzó á blasfemar de Dios y de santa María su madre, diciendo que no le pesaba de morir sino por que no habia destruido sus Iglesias y monasterios, porque consentian que él y su hijo fuesen vencidos y muertos por un solo caballero, que no lo esperaba ser por ciento. Beltenebros hincó los hinojos en tierra, dando gracias á Dios por la merced grande que le hizo, y dijo á Jamongomadan: Desesperado de Dios y de su bendita Madre, agora, padecerás las grandes cruezas tuyas: é hízole quitar las manos de la herida, y dijo: Ruega á tu ídolo que por cuanta sangre inocente le ofreciste que te guarde no salga esa que la vida te quita. El gigante no hacia sino maldecir á Dios y á todos sus santos, y Beltenebros sacó el venablo del caballo, y metióselo por la boca, así que bien un palmo le

pasó de la otra parte que entró por el suelo: y tomó el yelmo de Basagante y púsolo en su cabeza por que no le conociesen, y cabalgando en el caballo de Jamongomadan que Enil le diera, se fue á la carreta, y los caballeros y doncellas y niñas se le humillaron, agradeciéndole mucho el socorro que les habia hecho: mas él los hizo sacar de las cadenas, y rogóles que cabalgasen en sus caballos que allí trabados venian, y que llevasen en la carreta aquellos dos gigantes, y á Leonereta y sus doncellas en los palafrenes, que los sus escuderos, que tambien presos venian, traian, y los diesen al rey Lisuarte de parte de un caballero extraño que se llamaba Beltenebros, que servirle deseaba: y le contasen la razon por que los matara; y rogóles que de su parte le diesen el caballo de Basagante, que muy grande y hermoso era, en que entrase en la batalla que con el rey Cildadan aplazada tenia; los caballeros con mucho placer hicieron su mandado, y pusieron en la carreta, los gigantes que como quiera que ella grande fuese, llevaban de las rodillas abajo colgadas las piernas, tan grandes como eran; y Leonoreta, y las niñas y doncellas, hicieron de la floresta guirnaldas, y en sus cabezas puestas con mucha alegría; riendo y cantando se fueron á Londres, donde todos fueron maravillados cuando de tal guisa los vieron entrar por la villa, y de ver tan desemejada cosa como los gigantes eran: cuando el Rey supo el grande peligro de su hija, y como Beltenebros la librara de tan gran afrenta y peligro, y habiendo ya llegado allí don Cuadragante presentándose como quien era vencido ante él de parte de Beltenebros: mucho fue maravillado quien seria aquel caballero, que nuevamente con extrañas cosas en armas sobre todos los otros en su tierra habia aportado, y estúvole loando una gran pieza, preguntando á todos si alguno lo conociese: mas no hubo quien dél supiese decir otras nuevas, sino como Corisanda, amiga de don Florestan, en la peña Pobre hallara un caballero doliente que Beltenebros se llamaba. Agora plu-

guiese á Dîos, dijo el Rey, que tal hombre fuese entre nos, que no lo dejaria por cosa que me demandase y yo cumplir pudiese.

CAPITULO XIV.

De como Beltenebros acabadas las dichas aventuras se fué para la fuente de los Tres Caños, de donde concertó la ida para Miraflores donde su señora Oriana estaba, y como un caballero extraño trajo unas joyas de prueba de leales amadores á la corte del Rey. Y Amadis concertó con su señora Oriana que ambos fuesen desconocidos á las probar.

Beltenebros con mucho placer de su ánimo, por haber acabado una tal afrenta, despedido de las doncellas y caballeros, se tornó á las otras doncellas que á la fuente hallara, que ya salidas de entre los árboles para él se venian; y mandó á Emil que á Londres se fuese á ver á Gandalin su primo, y le hiciese hacer otras tales armas, como en aquellas batallas trajera, que todas eran rotas sin que alguna defensa en ellas hubiera, y le comprase una buena espada; y en cabo de ocho dias se viniese á él á aquella fuente de los Tres Caños que allí lo hallaria. Él se despidió dellas y dél, y metióse por lo mas espeso de la floresta; y Emil se fué á cumplir su mandado, y las doncellas á Miraflores, donde contando á Oriana y á Mabilia lo que habian visto, y diciéndoles como un caballero que Beltenebros se llamaba lo habia todo reparado. Su placer y alegría fue sin comparacion, sabiendo ya como Beltenebros se hallaba cerca dellas, y con tanta honra y prez de su persona, cual otro ninguno alcanzar podia. Beltenebros, metido por la floresta, como oís, fuese acostando á la parte de Miraflores, y halló una ribera que debajo de las grandes arboledas corria, y porque aun era temprano, apeóse del caba-

llo, y dejóle pacer la verde yerba; é quitándose el yelmo, se lavó el rostro y las manos y bebió dél agua, y sentóse pensando en las movibles cosas del mundo, trayendo á su memoria la gran desesperacion en que fuera, y como de su propia voluntad la muerte muchas veces habia demandado, no esperando ningun remedio á su gran cuita y dolor; y que Dios, mas por su misericordia que por sus merecimientos, lo habia así todo remediado, no solamente en le dejar como de antes estaba, mas con mucha mas gloria y fama que nunca lo fue: y sobre todo, ser tan cerca de ver y gozar aquella su muy amada señora Oriana, por quien su corazon ausente se hallando en gran tristura y tribulacion era puesto: lo cual le trajo á conocer cuan poco juicio los hombres en este mundo debrian tener en aquellas cosas tras que mueren y trabajan, poniendo en ellas tanta aficion y amor, no teniendo en sus memorias cuan presto se ganan y se pierden, olvidando el servicio de aquel Señor todopoderoso que las da, y firmes las puede hacer; y cuando mas á su pensar seguras las tienen, entonces les son con grande angustia de sus ánimos quitadas, y algunas veces las vidas, no se partiendo las ánimas dellas con mucha seguridad de su salvacion. Y muchas veces siendo así perdidas sin esperanza ninguna de ser recobradas, aquel Señor del mundo las torna como con él lo habia hecho: dando á entender, que ni en las unas ni en las otras ninguno fiarse debe, sino que haciendo lo que son obligados las dejen á aquel que sin ninguna contradiccion las manda y señorea, como aquel que sin su mano ninguna cosa hacer se puede. ¡Oh los que con tantas maneras mañosas adquirís haciendas, cuánto y con cuánta diligencia mirar debríades que las haciendas ganadas, perdidas para siempre las ánimas, cuan poco las tales haciendas prestan para poderos conservar de la perpetua pena, que la justicia de aquel eterno Dios apareja da á los tales tiene! En estas y otras cosas estaba trastornando y revolviendo su memoria muy elevado. Así

estuvo Beltenebros pensando cabe aquella ribera, contemplando en su voluntad la gloria y soberbia que de aquellas aventuras tan grandes que en un solo dia acabara le ocurrian, considerando que en otro tan pequeño espacio de tiempo la fortuna le podria aquella grande alegria tornar en lloro; así como á otros muchos que en este mundo grandes y buenas venturas alcanzaron lo habia hecho; y venida la noche, cabalgó en su caballo, y fuese al castillo de Miraflores, á aquella parte de la huerta que dijimos, donde halló á Gandalin, y á Durin que le tomaron el caballo. Y Oriana, y Mabilia, y la doncella de Dinamarca estaban encima de la pared: y con ayuda de los escuderos y ellas dándole las manos subió suso á donde estaban, y tomó á su señora entre los brazos. ¿Mas quién seria aquel que bastase á recontar los amorosos abrazos, los besos dulces, las lágrimas que boca con boca allí en uno fueron mezcladas? Por cierto no otro sino aquel siendo sojuzgado de aquella misma prision y en las semejantes llamas encendido, el corazon atormentado de aquellas amorosas llagas se pudiese dél sacar, aquella que los que ya resfriados perdida la verdura de la juventud alcanzar no pueden: así que á este tal remitiéndome se dejará de lo contar por mas extenso.

Pues estando abrazados sin memoria tener de sí ni de otra cosa, Mabilia, como si de algun pesado sueño los despertase, tomándolos consigo los llevó al castillo: allí fue Beltenebros aposentado en la cama de Oriana, donde segun las cosas pasadas que ya habeis oido se puede creer que para él muy mas agradable le seria que el mesmo paraiso. Allí estuvo con su señora ocho dias, los cuales si las noches no, todos los tenian en un patio donde los hermosos árboles que os contamos, estaban fuera de sus memorias con el sabroso placer, y todas las cosas que en el mundo decirse y hacerse pudiesen. Allí venia muchas veces Gandalin, de quien todas las nuevas de la corte sabian, el cual tenia en su posada á Enil su primo, hacien-

do hacer las armas que Beltenebros le mandara. El rey Lisuarte mucho dudaba la batalla que con él rey Cildadan habia de haber, sabiendo la brava y esquiva gente de gigantes y otros caballeros de su sangre que á ella de traer habia: y procuraba mucho de aparejar como á su honra la pasase, y tenia allí en Londres consigo á don Florestan y á Agrajes y á Galvanes sin tierra que entonces llegaran, y á otros muchos caballeros de gran cuenta. Mucho hablaban todos en los grandes hechos de Beltenebros, y muchos decian que en gran parte pasaban á los de Amadis: y desto pesaba tanto á don Galaor y á Florestan su hermano, que si no fuera por la palabra que al Rey dada tenian de no se poner en ninguna afrenta hasta que la batalla pasase, ya le hubieran buscado y combatido con él, con tanta ira y saña que de muerte dél ó dellos no se pudiera escusar, y por dicho se tenian que si de la batalla vivos saliesen de no entremeterse en otro pleito sino en le buscar: mas esto no lo hablaban sino entre sí. Pues estando un dia el Rey en su palacio hablando con sus caballeros, entró por la puerta un escudero viejo, y con él otros dos escuderos vestidos todos tres de un paño, y venia trasquilado, y las orejas parecian grandes y los cabellos blancos. Y fuese al Rey, y hincando los hinojos ante él, le saludó en lenguaje griego, donde era natural, y dijo: Señor la gran fama que por el mundo corre de los caballeros, dueñas y doncellas de vuestra corte, me dió causa de esta venida por ver si entre ellos y ellas hallaré lo que ha sesenta años que buscó por todas las partes del mundo, sin que de mi gran trabajo ningun fruto alcanzare. Y si tú, noble Rey, tienes por bien que aquí una prueba se haga, que no será de tu daño ni mengua, decir te la he. Los caballeros con sabor de ver qué sería, rogaron muy ahincadamente al Rey que se lo otorgase, y él que así como ellos gana lo tenia túvolo por bien. Entonces el escudero viejo tomó en sus manos una arqueta de jaspe tan larga como seis codos, y un palmo de ancho; y las tablas tenia pegadas con chapas de oro, y abriéndola

sacó della una espada, la mas extraña que nunca se vió, que la vaina della era de dos tablas verdes como color de esmeralda, y eran de hueso, tan claras que la hoja del espada se parecia dentro; mas no tal como de las otras, que la media se mostraba tan clara y limpia que mas no lo podia ser, y la otra mitad tan ardiente y bermeja como un fuego. El guarnimiento della y la cinta en que andaba todo era del mesmo hueso de la vaina, hecha en muchos pedazos juntados con tornillos de oro, de guisa que muy bien como con otra cinta se podia ceñir. El escudero la echo á su cuello, y sacó de la arqueta un tocado de unas muy hermosas flores, la mitad tan hermosas y verdes y tan de viva color como si entonces del nacimiento dellas se tornarán; y la otra mitad de flores tan secas, que no parecia sino que llegando á ellas se habian de deshacer. El Rey le preguntó, que porque razon saliendo aquellas flores de un ramo eran tan diversas, las unas tan frescas y las otras tan secas; y la espada tan extraña como parecia. Rey, dijo el escudero, esta espada no la puede sacar de la vaina sino el caballero que mas que á ninguno en el mundo á su amiga amare, y cuando en la mano deste tal fuere, la mitad que agora arde será tornada tan limpia y clara como la otra media que parece, y así la hoja parecerá de una manera: y este tocado destas flores que veis si acaeciese ser puesto en la cabeza de la dueña ó doncella que á su marido ó amigo en aquel grado que él caballero amare, luego las flores secas serán tan verdes y hermosas como las otras, sin que ninguna diferencia haya: y sabed que yo no puedo ser caballero sino de la mano de aquel leal amador que la espada sacare, ni tomar espada sino de la que el tocado de las flores ganar pudiere. Y por esto, buen Rey, soy á vuestra corte venido en cabo de sesenta años que en esta demanda he andado, pensando, que así como en todos ellos nunca corte de emperador ni rey en honra y fama á la vuestra igualarse pudo, que así en ella se hallará aquello que hasta hoy en ellos (como

quiera que todas las he visitado) no se ha podido hallar. Agora me decid, dijo el Rey, ¿como este fuego tan vivo de esta media espada no quema la vaina? Eso os diré, dijo el escudero de grado: sebed Rey, que entre Tartaria y la India hay un mar tan caliente que hierve asi como el agua sobre el fuego, y es todo verde: dentro de aquel mar se crian unas serpientes mayores que cocodrillos, y tienen alas con que vuelan, y son tan emponzoñadas que las gentes huyen dellas con temor; pero algunas veces que muertas las hallan précianlas mucho, que son muy provechosas para medicinas; y estas serpientes tienen un hueso desde la cabeza hasta la cola, y es tan grueso que sobre él es formado todo el cuerpo, asi tan verde como aquí lo veis en la vaina y su guarnimiento: y por que fue criado en aquella mar herviente ningun otro fuego le puede quemar. Agora os digo del tocado de las flores que son de árboles que hay en tierra de Tartaria, en una ínsula metida quince millas en la mar, y no son mas de dos árboles, ni se sabe que en ninguna parte haya mas: y hácese allí en aquella mar un remolino tan bravo y tan peligroso, que dudan los hombres de pasar á tomarles; mas algunos que se aventuran y las traen, véndenlas como quieren, porque si guardadas son, nunca esta verdura y viveza dellas perece: y pues que la razon de lo uno y de lo otro os he contado, quiero que sepais porque ando así y quien soy. Sabed que yo soy sobrino del mejor hombre que en su tiempo hubo, que se llamó Apolidon, y vivió gran tiempo en esta vuestra tierra en la ínsula Firme, donde dejó, muchos encantamientos y cosas maravillosas (como á todo el mundo es notorio); y mi padre fue el rey Ganor, su hermano, á quien él dejó el reino, y de aquel Ganor y de una hija del rey de Panonia fui yo engendrado; y siendo ya en edad de ser caballero, como de mi madre muy amado fuese, demandóme que le otorgase en don, que pues yo habia sido hecho en gran amor que entre ella y mi padre fuera, que no fuese ca-

ballero sino de mano del mas leal amador que en el mundo fuese, ni tomase la espada sino de mano de la dueña ó doncella que en aquel grado amase: yo se lo otorgué, pensando que no tardaria mas de la cumplir de cuanto en la presencia de Aplidon mi tio y de Grimanesa su amiga fuese; mas de otra guisa me avino, que cuando ante él fui hallé á Grimanesa muerta: y sabida por Apolidon la causa de mi venida, hubo gran mancilla de mí, porque la costumbre de aquella tierra es tal, que no siendo caballero, no puedo reinar en aquel señorío, que de derecho me viene. Así que, no me pudiendo dar remedio por el presente, mandóme que dentro un año volviese á él, en cabo del cual me dió esta espada y tocado, diciendo: que la simpleza que habia hecho en prometer tal don, la remediase con el trabajo, en buscar el caballero y la mujer que acabando estas dos aventuras acabase yo mi promesa: así que, buen Rey, esta es la causa de mi demanda. Parezca la vuestra nobleza, que á ninguno faltó probando vos el espada, y todos vuestros caballeros: y la Reina con sus dueñas y doncellas el tocado de las flores: y si tales se hallaren que lo acabar pueden las joyas serán suyas, y el provecho y descanso mio: llevando vos la honra mas que ningun otro príncipe, en se hallar en vuestra corte lo que en las suyas fallece. Cuando el escudero viejo hubo su razon acabado, todos los caballeros que con el Rey eran le rogaron muy ahincadamente que mandase hacer la prueba: mas él, que así mismo lo queria, otorgólo y dijo al escudero: que por cuanto hasta el dia de Santiago no habia mas de cinco dias, y aquel dia habian de ser con él muchos caballeros por quien habia enviado, que hasta entonces atendiese, porque siendo mas número de gente, mas aina se podria hallar lo que buscaba: él lo tuvo por bien. Gandalin, que á la sazon en la corte estaba, y oyó todo esto que el escudero dijo, y lo que el Rey respondió, cabalgando en su caballo, se fue á Miraflores, y con achaque de ver á Mabilia, entró en el patio

de los hermosos árboles, donde jugando al ajedrez halló á Beltenebros con Oriana; y díjole: Buenos señores, extrañas nuevas os traigo que llegaron hoy á la corte. Entonces les contó todo lo de la espada y tocado de las flores, y la razon porque el escudero viejo lo hacia, y como el Rey lo habia otorgado que se haria la prueba dello así como arriba se os ha dicho.

Oido esto por Beltenebros, abajó la cabeza, y fue puesto en un pensamiento; de tal guisa, que en al no miraba, que al parecer de Oriana y de Mabilia y de Gandalin, todas las cosas del mundo le faltaban. Y así estuvo por una pieza, tanto que Mabilia y Gandalin se salieron fuera. Y como él acordó, preguntóle Oriana qué causa era aquel su tan gran pensamiento. El la dijo: Mi señora, si por Dios y por vos en efecto se pudiese poner mi pensar, haríadesme muy alegre por todos tiempos. Mi buen amigo, dijo ella, quien os ha hecho señor de la persona, todo lo al será liviano de cumplir. El la tomó por las manos y besóselas muchas veces, y dijo: Señora, lo que yo pensaba es, que ganando vos y yo aquellas dos joyas, nuestros corazones quedarian para siempre en gran holganza, siendo dellos apartadas todas las dudas de que tan atormentados han sido. ¿Cómo se podria esto hacer, dijo Oriana, sin que á mí fuese gran vergüenza y mayor el peligro, y á estas doncellas que nuestros amores saben? Muy bien se hace, dijo Beltenebros, que yo os llevaré tan encubierta, y con tanta seguridad del Rey vuestro padre, para que conocidos no seamos, como si fuésemos delante la mas extraña gente que de nos ningun conocimiento tuviese. Pues si ello es así, dijo ella, cúmplase vuestra voluntad; y Dios mande que sea por bien, que yo no dudo de traer el tocado de las flores, si por demasiado amor ganarse puede. Beltenebros la dijo: Yo ganaré, seguro de vuestro padre que no me será demandada cosa contra mi voluntad, y iré armado de todas armas; y vos, señora, llevaréis una capa abrochada y antifaces delante del rostro,

de guisa que á todos ver podais y ninguno á vos; y desta forma irémos y vernémos sin que se pueda saber quien somos. Mi buen amigo, dijo Oriana, bien me parece lo que decís: llamemos á Mabilia, que sin su consejo no me atreveria á otorgar tan gran cosa. Y entonces la llamaron, y á la doncella de Denamarca, y á Gandalin que con ellas estaba, y dijéronles aquel concierto; y como quiera que el peligro muy grande se les representaba, conociendo ser aquella su voluntad, no lo contradijeron; antes Mabilia les dijo: la Reina mi madre me envió con las donas que la doncella de Denamarca me trajo una capa muy hermosa, bien hecha, que nunca se vistió, ni se ha visto en toda esta tierra, y aquella será para que vos señora lleveis, y luego la trajeron ende; y metieron á Oriana en una cámara, y vistiéndola de la forma que habia de ir, con sus lúas en las manos y sus antifaces, la trajeron delante de Beltenebros; y por mucho que él y ellas la miraron á todas partes, nunca pudieron hallar cosa por donde conocida dellos ni de ningun otro ser pudiese, y dijo Beltenebros: Nunca pensé, señora, que tan alegre fuera de no os ver ni conocer: y mandó luego á Gandalin que fuese por aquella comarca, y comprando el mas hermoso palafren que haber pudiese, le trajese para el dia de la prueba allí á la pared de la huerta, con tanto que la media noche pasase. Y así mismo mandó á Durin que des que noche fuese le esperase con su caballo en aquel lugar por donde en la huerta habia entrado, porque esta noche se queria ir á la fuente de los Tres Caños, y enviar á Enil su escudero por el seguro al Rey, y tomar las armas que le traia: finalmente, venida la hora, él salió de la huerta, y cabalgando en su caballo, solo, se fue por la floresta, que bien sabia, como aquel que muchas veces por ella á caza anduviera; y siendo el alba del dia, hallóse junto á la fuente, y no tardó que vió venir á Enil con las armas muy bien hechas y hermosas, de que hubo gran pla-

cer, y preguntóle por nuevas de la corte: y él le dijo como el Rey y todos los suyos hablaban de la su grande bondad, y quisole contar lo de la espada y del tocado de las flores, mas Beltenebros le dijo: Eso bien ha tres dias que lo sé de una doncella por pleito que la llevase á lo probar muy encubiertamente, y á mí conviene que así lo haga, y con ella vaya yo desconocido, y probaré la espada; y porque como tú sabes, mi voluntad es de no darme á conocer al Rey ni á otro alguno hasta que mis obras lo merezcan, volverte has luego, y dirás al Rey, que si me da aseguranza á mí y á una doncella que llevaré, que no nos será hecho ni dicho contra nuestra voluntad ninguna cosa, que irémos á la prueba de esta aventura: y dirás ante la Reina y sus dueñas y doncellas, de la manera que la doncella me hace ahí venir contra toda mí voluntad; mas que no puedo al hacer. que se lo prometí, y el dia que la prueba se hubiere de hacer vente á este lugar á la luz del alba, porque la doncella sepa si traes la aseguranza ó no; y en tanto tornarme he á ella para la traer, que lejos de aquí mora. Enil le dijo que asi lo haria, y dándole las armas, se fue á cumplir su mandado. Beltenebros se fue á la ribera que ya oistes, y allí estuvo hasta la noche, y luego partió para Miraflores, y cuando llegó, halló á Durin que le tomó el caballo, y él se fue á la entrada de la huerta, donde vió estar á su señora Oriana y á las otras que muy bien lo recibieron, y dándoles sus armas subió arriba. Mabilia le dijo: ¿Qué es esto, señor primo? mas rico venís que de aquí partistes. No lo entendeis, dijo Oriana: sabed que fue á buscar armas con que desta prision pueda salir. Verdad es, dijo Mabilia, menester es que hayais consejo, pues que os habeis de combatir con él. Así se fueron al castillo con mucho placer, donde de comer le dieron, que en todo el dia no comiera por no ser descubierto.

CAPITULO XV.

De como Beltenebros y Oriana enviaron la doncella de Denamarca para saber la respuesta de la corte que del seguro habian enviado á demandar al Rey, y de como fueron á la prueba.

A la doncella de Denamarca mandaron otro dia que se fuese á Londres, y supiese que respuesta daba el Rey á Enil: y que dijese á la Reina y á todas las dueñas y doncellas, que Oriana se habia sentido mal y que no se levantaba. La doncella fue luego á recaudar su mandado, y no tornó hasta bien tarde, y su tardanza fue porque el Rey salió á recibir á la reina Briolanja, que allí era venida, que traia cien caballeros para que buscasen á Amadis como sus hermanos los partiesen. Y traia veinte doncellas vestidas de paños negros como ella los trae, y que no los dejaria hasta que sepa nuevas del que en otras tales se halló cuando reinar la hizo, y que allí quiere estar con la Reina hasta que sus caballeros tornen, ó que sepa nuevas de Amadis. Entonces Oriana la dijo: ¿Paréceos tan hermosa como dicen? Así Dios me salve, dijo ella, dejando á vos, señora, esla mas hermosa y apuesta mujer de cuantas yo he visto. Y mucho le pesó cuando de vuestro mal supo. Y por mí os manda hacer saber que os verá cuando por bien lo tuviéredes. Mucho me placerá con ella, dijo Oriana, por que es la persona del mundo que yo mas ver deseo. Honradla, dijo Beltenebros, que bien lo merece; como quiera que vos, señora, alguna cosa pensastes. Buen amigo, dijo ella, dejemos eso: que segura estoy de no ser mi pensamiento verdadero. Pues yo entiendo, dijo él, que lo que al presente tenemos desta prueba os hará mas libre dello, y á mí mucho mas sujeto. Pues si lo pasado, dijo Oriana, fue con sobrado

amor que yo os tengo, aquel tocado de las flores fio en Dios que me dará dello testimonio. Así mismo les dijo la doncella, como el Rey habia otorgado á Enil todo el seguro que le mandó. En esto y en otras cosas en que habian placer pasaron aquel dia y los otros, hasta el en que la prueba se habia de hacer: y esa noche antes, se levantaron á la media noche, y vistieron á Oriana la capa que ya oistes, y pusiéronla los antifaces ante el rostro; y Beltenebros armado de aquellas nuevas y recias armas que Enil le trajo, descendiendo por la pared de la huerta, cabalgaron ella en un palafren que Gandalin trajo, y él en su caballo, y solos se fueron por la floresta la via de la fuente de los Tres Caños, no con poco temor y miedo de Mabilia y de la doncella de Denamarca que fuesen conocidos, y aquel gran resplandor de alegría en gran tenebregura no se tornase; mas cuando Oriana así sola se vió con su amigo y de noche en la floresta, hubo tan gran miedo que el cuerpo la temblaba y no podia hablar, y vínole duda de no acabar aquella aventura, y su amigo donde asegurado de sus amores estaba, que le podria ocurrir alguna sospecha, y no quisiera por ninguna guisa haberse puesto en aquel camino. Beltenebros, viendo su gran turbacion, la dijo: Así Dios me salve, señora, si pensaba que tanto dudábades esta ida, antes quisiera morir que en ella os haber puesto, y bien será que nos tornemos. Entonces volvió el caballo y el palafren para dondo venian: mas cuando Oriana vió que por ella se estorbaba una tan señalada cosa como lo era aquella, mudóselo el corazon, y díjole: Mi buen amigo, no mireis vos el miedo que yo como mujer tengo, viéndome en tan extraño lugar para mí, mas á lo que vos como buen caballero hacer debeis. Mi buena señora, dijo él, pues que vuestra discrecion vence á mi locura, perdonadme, que yo no debria ser osado de decir ni hacer ninguna cosa, salvo aquello que de vuestra voluntad me fuese mandado. Entonces se fueron como antes, y llegaron á la fuente de los

Tres Caños antes una hora que el alba viniese; y siendo ya dia claro, llegó Enil con que mucho les plugo, y Beltenebros dijo: Señora doncella, este es el escudero que os dije que de mi parte al Rey fuese, sepamos lo que trae. Enil les dijo, como todo lo traia á su voluntad despachado del Rey, y que oyendo misa se comenzaria la prueba. Beltenebros le dió el escudo y la lanza, y no se quitando el yelmo, se fueron por el camino de Londres, y anduvieron tanto que entraron por la puerta de la villa. Todos los miraban, diciendo: Ese es aquel buen caballero Beltenebros que aquí envió á don Cuadragante y á los gigantes; cierto, este es toda la alteza de las armas. Por bien aventurada se debe tener aquella doncella que en su guarda viene. Oriana que todo esto oia, hacíase lozana en se ver señora de aquel que con su grande esfuerzo á tantos y tales señoreaba. Así llegaron al palacio del Rey, donde él y todos sus caballeros, y la Reina y sus dueñas y doncellas estaban en una sala juntos para la prueba: y como supieron su venida, salió el Rey á le recibir á la entrada de la sala, y como á él llegaron, hincaron los hinojos por le besar las manos.

El Rey no se las dió, y dijo: Mi buen amigo, mirad que todo lo que vuestra voluntad fuere haré yo de grado, como por aquel que en tan poco tiempo me sirvió mejor que nunca caballero á rey hizo. Beltenebros se lo agradeció con mucha humildad, y se fue con su doncella donde la Reina vió estar. A Oriana le tremian las carnes del miedo que hubo en se ver delante de su padre y madre, temiendo ser conocida; mas su amigo nunca de la mano la dejó; y hincaron los enojos ante ella, y la Reina los alzó por las manos, y dijo: Doncella, yo no sé quien sois, que nunca os ví; mas por los grandes servicios que ese caballero que os trae nos ha hecho, y por lo que vos valeis, á él y á vos haré toda honra y merced como se le debe. Beltenebros se lo tuvo en merced; mas Oriana no le respondió ninguna cosa, y tenia la cabeza baja en lugar de

humildad. El Rey se puso con todos los caballeros á una parte de la sala, y la Reina á la otra con sus dueñas y doncellas. Beltenebros dijo al Rey que queria estar con su doncella aparte para ser los postreros en aquella ventura probar: el Rey lo otorgó. Entonces se fue el Rey, y tomó la espada que encima de la mesa estaba, y sacó una mano della, y no mas. Macandon, que así habia nombre el escudero que la traia, le dijo: Rey, si en vuestra corte no hay otro mas enamorado que vos, no iré yo de aquí con lo que deseo, y tornó á meter la espada, que así se convenia hacer cada vez. Y luego la probó Galaor, y no sacó mas de tres dedos; y tras él la probaron Florestan, y Galvanes, y Grumedan, y Brandoivas, y Ladasin, y ninguno dellos no sacó tanto como don Florestan que sacara un palmo. Y luego la probó don Guilan el Cuidador, y sacóla media. Y Macandon le dijo: Si vos tanto amárades ganárades, la espada, y yo lo que tanto tiempo he buscado: y despues dél la probaron mas de cien caballeros de muy grande cuenta, y ninguno dellos no sacó la espada. y tales hubo que ni poco ni mucho sacaron: y á aquestos decia Macandon que eran herejes de amor. Entonces llegó Agrajes á la probar, y antes que la tomase miró contra donde su señora Olinda estaba, y pensó que la espada segun el leal y verdadero amor la tenia seria suya, y sacó tanto della, que solamente una mano quedó, y pugnó de tirar tanto, que lo ardiente de la espada llegó á la ropa, y quemóle parte della; y siendo mas alegre por haber mas que ninguno della sacado la dejó, y se tornó donde estaba; pero antes le dijo Macandon: Señor caballero, de cerca os tornastes de quedar vos alegre y yo satisfecho. Y luego la probaron Palomir y Dragonis, que un dia antes habian á la corte llegado, y sacaron de la espada tanto como don Galaor, y díjoles Macandon: Caballeros, si partíes de la espada lo que sacastes, poco os quedaria con que os defender. Verdad decís, dijo Dragonis, mas si vos por el cabo desta prueba os armais caballero, no seréis tan niño que no se os no acuer-

de. Todos se rieron de lo que Dragonis dijo: mas ya ninguno quedando en toda la corte de esta aventura probar, levantóse Beltenebros y tomó á su señora por la mano, y fuese donde la espada estaba, y díjole Macandon: Señor caballero extraño, mejor os pareciera esta espada que la que traeis: mas bien seria que en fucia della no dejeis esa otra, por que esta mas por lealtad de corazon, que por fuerza de armas ha de ser conquistada. Mas él tomó la espada, y sacándola toda de la vaina, luego lo ardiente fue tan claro como la otra media, así que toda parecia una. Cuando esto vió Macandon, hincó los hinojos ante él, y dijo: O buen caballero, Dios te honra, pues que así esta corte has honrado; con mucha razon amado y querido debes de ser de aquella que tú amas, si ella no es la mas falsa y la mas desmesurada mujer del mundo, demándote honra de caballería, pues que si de tu mano no, de otro alguno haber no la puedo, y darme has tierra y señorío sobre muchos hombres buenos. Buen amigo, dijo Beltenebros, hágase la prueba del tocado, y yo haré con vos lo que con derecho viere. Entonces santiguó la espada, y dejando la suya á quien la quisiese, la echó á su cuello: y tomando á su señora por la mano, se tornó donde antes estaba: mas el loor suyo fue tan grande por todos y todas las que en el palacio estaban de armas y de amores, que á gran saña fueron movidos don Galaor y Florestan, y teniendo por gran deshonra si á su hermano Amadis no, que á otro ninguno en el mundo pusiesen delante dellos; y luego pensaron que la primera cosa que despues de la batalla del rey Lisuarte y del rey Cildadan, si vivos quedasen, harian, seria combatirse con él, y morir, ó dar á todos á conocer la diferencia que dél á su hermano Amadis habia. Acabada la prueba de la espada por Beltenebros (como habeis oido), el Rey mandó que la Reina y todas las otras que en el palacio estaban probasen el tocado de las flores sin temor que dello hubiesen; que si dueña lo ganase, mas amada y querida de su marido se-

ria : y si doncella, que seria gloria para ella ser la mas leal de todas. Entonces fue la Reina y púsosela en la cabeza; mas las flores no hicieron otra mudanza de lo que antes tenian, y dijola Macandon: Reina y señora, si el Rey vuestro marido no ganó mucho en la espada, bien parece que por aquella guisa se lo pagaste; ella se tornó con gran vergüenza sin nada decir: y llegó luego aquella hermosa Briolanja reina de Sobradisa, mas tanto ganó como la reina; Macandon la dijo: Señora doncella muy hermosa, mas debeis ser amada que vos amais, segun lo que aquí mostrastes. Y luego llegaron cuatro infantas hijas de reyes: Elvira y Estrelleta su hermana, que muy hermosa y muy lozana era, y Aldeva y Olinda la mesurada: en la cabeza de la cual, las flores secas comenzaron ya cuanto á reverdecer: así que todos cuidaron que esta la ganaria; mas por gran pieza que la tuvo no hicieron mudanza: antes en se la quitando se tornaron tan secas como de antes, y despues de Olinda la probaron mas de ciento entre dueñas y doncellas, pero ninguna llegó á lo que Olinda: y á todas decia Macandon cosas de burlas y de placer. Y Oriana que todo esto viera, hubo gran miedo que la reina Briolanja la ganase, y cuando vió que habia faltado hubo muy gran placer, porque su amigo no pensase que los amores que aquella le habia fueran causa dello, que segun le pareció en extremo hermosa mas que ninguna de cuantas en su vida visto habia, no pensaba de le perder si por ella no; y como vió que ya ninguna por probar quedaba, hizo señal á Beltenebros que la llevase: y como llegó, pusiéronle el tocado en la cabeza, y luego las flores secas se tornaron tan verdes y tan hermosas, de manera que no se podia conocer quienes eran las unas y las otras. Y dijo Macandon: ¡Oh buena doncella! vos sois aquella que yo demando antes cuarenta años que naciésedes. Entonces dijo á Beltenebros, que le hiciese caballero y rogase á aquella doncella que le diese la espada de su mano. Sedlo luego, dijo él, porque yo no puedo detenerme. Macandon se vis-

tió unos paños blancos que consigo traia y unas armas blancas como caballero novel: y Beltenebros le hizo caballero como era costumbre, y le puso la espuela diestra, y Oriana le dió una espada asaz rica que él traia. Como le vieron las dueñas y doncellas comenzaron á reir, y Aldiva dijo, que todos lo oyeron: ¡Ay Dios! que extremado doncel, y que extremada postura de todos los noveles, mucho nos debe placer que será novel toda su vida. Por donde lo sabeis vos, dijo Estrelleta. Porque aquellos paños, dijo ella, que vistes que no pueden durar menos tiempo que él. Dios lo haga así, dijeron ellas, y le mantenga en tal hermosura como agora está. Buenas señoras, dijo él, yo no daria mi placer por la mesura de vosotras, que mejor estoy de mesura y mancebía, que vosotras de mesura y vergüenza. Al Rey plugo mucho de lo que él respondiera, que no le pareciera bien lo que ellas le dijeron. Esto así hecho, Beltenebros tomó á su señora y despidióse de la Reina; y ella dijo á su hija que no la conocia: Buena doncella, pues que vuestra voluntad ha sido que no os conozcamos, ruégoos que desde donde fuéredes me hagais saber de vuestra hacienda y me demandeis mercedes, que de grado os serán otorgadas. Señora, dijo Beltenebros, tanto la conozco yo, cuanto vos, aunque bien ha siete dias que ando con ella; mas en cuanto he visto dígoos que es hermosa, y de tales cabellos que no ha porque los encubrir. Briolanja dijo: Doncella, yo no sé quien sois, mas por cuanto aquí habeis mostrado de vuestros amores, si vuestro amigo así os ama como vos á él, esta seria la mas hermosa cosa que nunca amor juntó: y si él es entendido así lo hará. Oriana hubo gran placer desto que Briolanja decia. Con esto se despidieron de la Reina, y cabalgaron como antes venian; y el Rey y don Galaor se fueron con ellos, y Beltenebros dijo al Rey: Señor, tomad esta doncella y honradla que bien lo merece, pues que así ha honrado vuestra corte. El Rey la tomó por la rienda, y él se fue hablando con don Galaor, el cual no

tenia gana de le oir ninguna cosa de buen amor, porque ya se tenia por dicho de se combatir con él: y cuando anduvieron una pieza, Beltenebros tomó á Oriana y díjole: Señor, de aquí quedad con Dios, y si por bien tuviéredes que yo sea uno de los ciento de vuestra batalla de grado os serviré. Al rey plugo mucho dello, y abrazándole se lo agradeció, diciéndole, que gran parte del pavor perdia en le tener en su ayuda. Así se tornaron el Rey y Galaor; y Beltenebros se metió por la floresta con su amiga y con Enil que las armas le llevaba, muy alegres en que sus aventuras tan bien acabaran: él llevando aquella verde espoda al cuello, y ella en la cabeza el tocado de las flores. Asi llegaron á la fuente de los Tres Caños: y de una montaña que ende habia vieron venir un escudero á caballo, y llegando dijo: Caballero, Arcalaus os manda que lleveis esta doncella ante él, y si os deteneis y le haceis cabalgar que os quitará las cabezas. ¿A dónde está Arcalaus el encantador? dijo Beltenebros. El hombre se le mostró debajo de unos árboles, y otro con él: y estaban armados y sus caballos cabe sí. Oido esto por Oriana, fue tan espantada que apenas se pudo en el palafren tener. Beltenebros se llegó á ella, y díjola: Señora doncella, no temais, que si esta espada no me falta yo os defenderé. Entonces tomó sus armas, y dijo al escudero: Decia á Arcalaus que yo soy un caballero extraño, que no le conozco ni tengo por que hacer su mandado. Cuando esto Arcalaus oyó fue muy sañudo, y dijo al caballero que con él estaba: Mi sobrino Lindoraque, tomad aquel tocado que aquella doncella lleva y será para vuestra amiga Madasima, y si el caballero os lo defendiere cortadle la cabeza, y á ella colgadla por los cabellos de un árbol. Lindoraque cabalgó y fue luego á lo hacer; mas Beltenebros que lo habia oido se le paró delante; y como quiera que le vió muy grande, así como hijo que era de Cartadaque, el gigante de la montaña defendida, y de una hermana de Arcalaus, no le tuvo en nada por la grande soberbia con que venia, y díjole: Caballero, no paseis mas adelante.

Por vos no dejaré de hacer lo que Arcalaus mi tio me mandó. Pues agora, dijo Beltenebros, parecerá lo que vos como soberbio y él como malo hacer podeis. Entonces se fueron á herir de grandes encuentros; así que las lanzas fueron quebradas y Lindoraque fue fuera de la silla, y llevó un trozo de lanza metido por el cuerpo; mas levantóse luego con la gran valentía suya, y viendo venir á Beltenebros á le herir, y queriéndose guardar del golpe, tropezó y cayó en el suelo de manera que el hierro de la lanza le salió por las espaldas y luego murió. Arcalaus que así le vió, cabalgó con presteza para le socorrer; mas Beltenebros fue para él y hízole perder el encuentro de la lanza, y al pasar dióle con la espada tan gran golpe, que la lanza con la mitad de la mano le hizo caer en el suelo, así que no le quedó solo el pulgar. Como así se vió, comenzó á huir, y Beltenebros tras él; mas Arcalaus echó el escudo que llevaba en el cuello, y con la grande ligereza de su caballo alongóse tanto, que no le pudo alcanzar. Entonces se volvió á su señora, y mandó á Enil que tomase la cabeza de Lindoraque, y la mano y escudo de Arcalaus, y se fuese al rey Lisuarte, y le contase por cual razon le acometieran. Esto hecho, tomó á su señora y fuese por su camino; y despues que algun poco holgaron cabe una fuente, y siendo ya la noche venida llegaron á Miraflores, donde hallaron á Gandalin y á Durin que les tomaron las bestias: y á Mabilia y á la doncella de Denamarca, que con gran gozo de sus ánimos los recibieron á la parte de la entrada de la huerta, como aquellas que si algun intervalo les viniera, otra cosa si la muerte no, esperaban. Mabilia les dijo: Hermosas donas traeis; mas bien os digo que con grande congoja de nuestros ánimos y muchas lágrimas de nuestros corazones las hemos comprado: á Dios merced que tan bien lo hizo. Y entráronse al castillo, donde cenaron y holgaron con mucho gozo y alegria. El rey Lisuarte y don Galaor tornándose á la villa despues que de Beltenebros se par-

tieron, llegó á ellos una doncella y dió al Rey una carta, diciendo ser de Urganda la Desconocida, y otra á don Galaor; y sin mas les decir, se volvió por el camino dó antes viniera: el Rey tomó la carta y leyóla, la cual decia así: A tí, Lisuarte, rey de la Gran Bretaña: yo Urganda la Desconocida te envio á saludar, y hágote saber, que en aquella cruel y peligrosa batalla tuya y del rey Cildadan, aquel Beltenebros en que tanto te esfuerzas, perderá su nombre y gran nombradía, el cual por un golpe que hará, serán todos sus grandes hechos puestos en olvido. En aquella hora serás tú en la mayor cuita y peligro que nunca fuiste, y cuando la aguda espada de Beltenebros esparcirá la tu sangre, serás en todo peligro de muerte: aquella será batalla cruel y dolorosa, donde muchos esforzados y valientes caballeros perderán las vidas: será de gran saña y de gran crueza sin ninguna piedad. Pero al fin por los tres golpes que aquel Beltenebros en ella hará, serán los de su parte vencedores. Cata Rey lo que harás, que lo que te envio á decir se hará sin duda ninguna. Leida la carta por el Rey, como quiera que el de gran hecho fuese, y de recio corazon en todos los peligros considerando ser esta Urganda tan sabidora que por la mayor parte las cosas que profetizaba verdaderas salian, algo espantado fue, teniendo creido que Beltenebros á quien él mucho amaba, allí perderia la vida, y que la suya del sin gran peligro no quedaba: mas con alegre semblante se fue á don Galaor que ya su carta leido habia y estaba pensando, y díjole: Mi buen amigo, quiero haber con vos consejo sin que otro alguno lo sepa, en esto que Urganda la Desconocida me escribe. Entonces le mostró la carta, y don Galaor le dijo: Señor, segun lo que en la mia viene, mas me conviene ser aconsejado que consejo dar; pero con todo, si algun medio se hallase que con honra esta batalla escusarse pudiese, ternialo yo por bueno: y si esto ser no puede, á lo menos que vos, señor, no entrásedes en ella, porque yo veo aquí dos cosas muy

graves: la una, que por el brazo y espada de Beltenebros será vuestra sangre esparcida, y la otra, que por tres golpes que él dará, serán los de su parte vencedores. Esto yo no sé como lo entienda, porque él es agora de vuestra parte, y segun la carta dice, será de la otra. El Rey le dijo: Mi buen amigo, el gran amor que me teneis, hace que de vos sea no bien aconsejado, que si yo perdiese la esperanza de aquel Señor que en tan gran alteza me puso, pensando que á la voluntad el saber de ninguna persona estorbar podria, con mucha causa y razon siendo por él permitido, debria ser abajado della: por que el corazon y discrecion de los reyes se debe conformar con la grandeza de sus estados, y haciendo lo que deben así con los suyos como en defensa dellos, y el remedio de las cosas que miedos y espantos les ponen dejar á aquel Señor en quien es el poder entero. Así que, mi buen amigo, yo seré en la batalla, y aquella ventura que Dios á los mios diere, aquella quiero que á mí dé. Don Galaor tornado de otro acuerdo, y viendo el grande esfuerzo del Rey, le dijo: No sin causa sois loado por el mayor y mas honrado príncipe del mundo, y si los reyes así esquivasen los flacos consejos de los suyos, ninguno seria tan osado de les decir sino aquello que verdaderamente su servicio fuese. Entonces le mostró su carta, que decia así: «A vos don Galaor de Gaula, fuerte y esforzado. Yo Urganda os saludo, como aquel que precio y amo, y quiero que por mi sepais aquello que en la dolorosa batalla, si en ella fuéredes, os acaecerá, que despues de grandes cruezas y muertes por tí vistas, en la postrimera priesa de ella, el tu valiente cuerpo y duros miembros fallecerán al tu fuerte y ardiente corazon, y al partir de la batalla, la tu cabeza será en poder de aquel que los tres golpes dará, por donde ella será vencida.» Cuando el Rey esto vió, díjole: Amigo, si lo que esta carta dice, verdad sale, conocido está ser vuestra muerte llegada si en aquella batalla entrárades. Y segun las grandes cosas en

armas por vos han pasado, muy poca falta dejándola se os seguiria. Así que, yo daré órden como cumplido con mi servicio y con vuestra honra, della podais ser escusado. Don Galaor dijo: Bien parece, señor, que del consejo que os dí recibistes enojo: pues que estando sano y en mi libre poder, me mandais que en tan gran yerro y menoscabo de mi honra caiga. A Dios plega que no me dé lugar que en tal cosa os haya de ser obediente. El Rey dijo: Don Galaor, vos decís mejor que yo, y agora nos dejemos de hablar mas en esto, teniendo la esperanza en aquel Señor que se debe, y guardemos estas cartas, por que segun las temerosas palabras que en ellas vienen, si sabidas fuesen, gran causa de temor podrian en las gentes poner. Con esto se fueron á la villa, y antes que en ella entrasen, vieron dos caballeros armados en sus caballos, lasos y cansados, y las armas cortadas por algunos lugares, que bien parecia no haber estado sin grandes afrentas: los cuales habian nombre don Bruneo de Bonamar, y Branfil, su hermano, y venian por hallarse en la batalla, si el Rey los quisiese recibir; y don Bruneo supo de la prueba de la espada, y aquejóse mucho por no llegar á tiempo de la probar, como aquel que só el arco de los leales Amadores fue, como ya oistes: y segun el grande y leal amor que él habia á Melicia, hermana de Amadis, bien pensaba que la espada y otra cualquiera cosa, por grave que fuese, que por grande amor se hubiese de ganar, que él la acabara; y pesóle mucho por ser aquella ventura acabada; y como vieron al Rey, fueron á él con mucha humildad, y él los recibió con muy buen talante. Y don Bruneo le dijo: Señor, hemos oido de una batalla que aplazada teneis, en que así como el número de la gente será poco, así converná que sea escogida: y si habiendo noticia de nosotros, quisiéredes que nuestro valor en ella merezca ser, servir os hemos de grado. El Rey, que ya de don Galaor informado estaba de la bondad destos dos hermanos, especial de la de don

Bruneo, que era mancebo, uno de los señalados caballeros que en gran parte hallarse podria, hubo gran placer con ellos y con su servicio, y mucho se lo agradeció. Entonces don Galaor se le hizo conocer, y le rogó mucho que con él posase, y hasta ser dada la batalla, en uno estuviese haciéndole memoria de Florestan su hermano, y de Agrajes, y de don Galvanes, que estos eran siempre en una compañía. Don Bruneo se lo tuvo en mucho, diciéndole que él era el caballero del mundo á quien mas amor tenia, fuera de Amadis su hermano: por quien el mucho afan en le buscar habia pasado, despues que supo como se partiera de tal forma de la ínsula Firme: y que no se dejara de la demanda, sino por ser en aquella batalla, y que le otorgaba aquello que le decia. Así quedó don Bruneo y su hermano Branfil en compañía de don Galaor, y en servicio del rey Lisuarte como oís. Acogido el Rey á su palacio, llegó Enil, escudero de Beltenebros, con la cabeza de Lindoraque colgada por los cabellos del petral de su rocin, y con el escudo y la mitad de la mano de Arcalaus el encantador: y antes que en el palacio entrase venian por saber que seria aquello tras él mucha gente de aquella villa. Llegando al Rey, díjole lo que Beltenebros le mandara, de que el Rey fue muy alegre y maravillado, del gran hecho deste valiente y esforzado caballero, y estúvole loando mucho, y así lo hacian todos: mas esto crecia mas en la saña de don Galaor y de don Florestan, y no veian la hora en que con él combatirse pudiesen, y morir ó dar á conocer á todos, que sus hechos no podrian igualar con los de Amadis su hermano. A esta sazon, llegó Filispinel el caballero, que por su parte del rey Lisuarte, fuera para desafiar á los gigantes, y con todos los mas que habian deser en la batalla en que habia muchos gigantes bravos y otros caballeros de gran hecho, y que ya eran pasados en Irlanda á se juntar con el rey Cildadan: y que antes de cuatro dias desembarcarian en el puerto de la Vega, donde la batalla aplazada estaba. Y

tambien contó como habia hallado en el lago Hirviente que es en la ínsula de Mongaza; al rey Alban de Norgales y á Angriote de Extravaus en poder de Gromadaza la giganta brava mujer de Jamongomadan, la cual los tenia en una muy cruel prision, donde muchos azotes y otros grandes tormentos cada dia eran atormentados: así que las carnes de muchas llagas afligidas continuamente corrian sangre, y con él traia una carta escrita para el Rey, la cual decia así:

Al gran señor Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, y á todos nuestros amigos del su señorío: Yo Arban, captivo rey que fui de Norgales y Angriote de Extravaus, metidos en dolorosa prision, os hacemos saber como nuestra gran desventura mucho mas cruel que la misma muerte, nos ha puesto en poder de la brava Gromadaza, la cual en venganza de la muerte de su marido y hijo nos hace dar tales tormentos y tan crueles penas, cuales nunca se pudieron pensar: tanto, que muchas veces demandamos la muerte que gran holganza nos seria, mas ella queriendo que cada dia la hayamos, hácenos sostener las vidas, las cuales, ya por nosotros desamparadas serian, si el perdimiento de nuestras ánimas no lo estorbase: mas porque ya somos llegados al cabo de no poder vivir, quisimos enviar esta carta escripta de nuestra sangre, y con ella nos despedir rogando á nuestro Señor quiera daros la victoria de la batalla contra estos traidores que tanto mal nos han hecho. Muy gran pesar hubo el Rey de la pérdida de aquellos dos caballeros, y mucho dolor hubo en su corazon; mas viendo que con ello poco les aprovechaba, hizo buen semblante, consolando á los suyos, poniéndoles delante otras muchas graves cosas, que los que las honras y proezas alcanzar quieren habian pasado, y esforzándolos para la batalla, la cual vencida, era el verdadero remedio para sacar de la prision á aquellos que con él habian de ser en la batalla, que para otro dia se aparejasen, que queria partir contra sus enemigos; y así lo hizo, que con aquel gran

esfuerzo que en todas las afrentas siempre tuvo, movió con sus caballeros para les dar batalla.

CAPITULO XVI.

De como Beltenebros vino en Miraflores, y estuvo con su Señora Oriana despues de la victoria de la espada y tocado, y de allí se fue para la batalla que estaba aplazada con el rey Cildadan, y de lo que en ella acaeció.

Beltenebros estuvo con su señora en Miraflores tres dias despues que ganó la espada y el tocado de las flores, y al cuarto dia salió de allí á la media noche solo, solamente con sus armas y caballo, que á su escudero Enil le mandó que se fuese á un castillo que al pié estaba de una montaña, cerca de donde la batalla se habia de dar; que era de un caballero viejo que Abradan se llamaba, del cual todos los caballeros andantes mucho servicio recibian, y esa noche pasó cabe la hueste del rey Lisuarte, y anduvo tanto que al quinto dia llegó allí, y halló á Enil que ese dia habia venido con que mucho le plugo, y del caballero fue muy bien recibido: y allí estando, llegaron los escuderos sobrinos del huésped que venian de donde la batalla habia de ser, y dijeron que ya el rey Cildadan era con sus caballeros llegado, y que posaban en tiendas junto á la ribera del mar, y sacaban las armas y caballos, y que vieron llegar allí á don Grumedan, y á Guiontes sobrino del rey Lisuarte: y que pusieron treguas hasta el dia de la batalla, y así mismo que ninguno de los reyes metiese en ella mas de cien caballeros como asentado estaba. El huésped les dijo: ¿Sobrinos, qué os parece de esta gente que Dios maldiga? Buen tio, dijeron ellos, no es de hablar segun son fuertes y temerosos, que os dirémos, sino que si Dios milagrosa-

mente no ayuda á la parte de nuestro señor el Rey, es su poder contra ellos como nada. Al huésped le vinieron las lágrimas á los ojos, y dijo: ¡Oh Señor poderoso no desampares al mejor y mas derecho Rey del mundo! Buen huésped, dijo Beltenebros, no desmayeis por gente brava, que muchas veces la bondad y la vergüenza vence á la soberbiosa valentía: y ruégoos mucho que llegueis al Rey, y le digais como en vuestra casa queda un caballero que se llama Beltenebros, que me haga saber el dia de la batalla, porque yo seré ahí luego. Cuando esto oyó fue muy ledo; y dijo: ¿Cómo, señor, vos sois el que envió á la corte del Rey mi señor á don Cuadragante, y el que mató aquel bravo gigante Jamongomadan y á su hijo cuando llevaban presa á Leonoreta y á sus caballeros? Agora os digo, que si yo he hecho algun servicio á los caballeros andantes, que con este solo galardon me tengo por satisfecho de todo ello, y lo que mandais haré de grado. Entonces, tomando aquellos sus sobrinos, se fue á donde ellos le guiaron, y halló que el rey Lisuarte y toda su compaña eran llegados á media legua de sus enemigos, y que otro dia seria la batalla: y díjole el mandado que llevaba, con que hizo al Rey y á todos muy alegres, y dijo: Ya no nos falta sino un caballero para el cumplimiento delos ciento. Don Grumedan dijo: antes entiendo señor que os sobran, que Beltenebros bien vale por cinco. Desto pesó mucho á don Galaor, y á Florestan, y á Agrajes que no les placia de ninguna honra que á Beltenebros se diese, mas por la envidia de los sus grandes hechos, que por otra enemistad alguna; mas calláronse. Siendo avisado Abradan de lo porque viniera, despedido del Rey, se tornó á su huésped, y contóle el placer y gran alegría que el Rey y todos los suyos hubieron con su mandado, y como para cumplimiento de los ciento no les faltaba mas de un caballero. Oido esto por Enil apartó á Beltenebros á una parte, y hincando los hinojos ante él, le dijo: Como quiera que yo, señor, no os haya servido atreviéndome á

vuestra gran virtud, quiero demandaros merced; y ruégoos por Dios que me la otorgueis. Beltenebros lo levantó, y dijo: Demanda lo que quisiéredes que yo hacer pueda. Enil quiso besarle las manos, mas él no quiso, y dijo: Señor, demándoos que me hagais caballero, y que rogueis al Rey que me meta en el cuento de los cien caballeros pues que uno le falta. Beltenebros le dijo: Amigo Enil, no entre en tu corazon querer comenzar tan gran hecho como este será y tan peligroso: y yo no lo digo por no te hacer caballero, mas porque á ti te conviene comenzar en otros mas ligeros hechos. Mi buen señor, dijo Enil, no puedo aventurar yo tanto peligro (aunque la muerte me sobreviniese por ser en esta batalla) cuanto es la honra grande que della ocurrir me puede: que si saliere vivo siempre me será honra y prez en ser yo contado en el número de tales cien caballeros, y seré por uno dellos tenido: y si muriere, sea la muerte muy bien venida, porque mi memoria será junto con los otros preciados caballeros que allí han de morir. A Beltenebros le vino una piedad amorosa al corazon, y dijo entre sí, bien pareces ser tú de aquel linaje del preciado y leal don Gandales mi amo, y respondióle: Pues que así te place así sea: y luego se fue á su huésped, y rogóle que le diese para aquel su escudero unas armas, que le queria hacer caballero. El huésped se las dió de buen grado, y velándolas aquella noche Enil en la capilla, y dicha al alba del dia una misa, hízole Beltenebros caballero; y luego se partió para la batalla, y su huésped con él con los dos sus sobrinos que les llevaban las armas: y llegando donde habia de ser, hallaron al buen rey Lisuarte que ordenaba sus caballeros para ir á sus enemigos, que en un campo llano le atendian: y cuando vió á Beltenebros, así él como los suyos tomaron en sí muy gran esfuerzo, y Beltenebros le dijo: Señor, vengo á cumplir mi promesa, y traigo un caballero conmigo en lugar de aquel que supe que os faltaba. El Rey le recibió con mucha alegria, y al caballe-

ro suyo puso en el cumplimiento de los ciento. Entonces movió contra su enemigo, hecha una haz de su gente que para mas no habia. Pues delante del Rey que en medio de la haz iba, pusieron á Beltenebros y su compañero, y á don Galaor, y á Florestan, y á Agrajes, y á Gandalac amo de don Galaor, y á sus hijos Bramandil y Gavaus, que ya don Galaor le hiciera caballero, y á Nicoran de la puente Medrosa, y á Dragonis, y á Polomir, y á Pinorantes, y á Guiontes sobrino del Rey, y al preciado don Bruneo de Bonamar, y á su hermano Branfil, y á don Guilan el Cuidador: estos iban delante de todos, juntos como oís. Y delante de ellos iba aquel honrado y preciado viejo don Grumedan, ayo de la reina Brisena con la señal del Rey El rey Cildadan tenia su gente muy bien parada: y delante de sí los gigantes que era muy esquiva gente, y con ellos veinte caballeros de su linaje de ellos, que eran muy valientes, y mandó estar en un otero pequeño á Mandasabul, el gigante de la ínsula de la torre Bermeja y á diez caballeros con él los mas preciados que allí tenia, y mandó que no moviesen dende hasta que la batalla vuelta fuese, y todos fuesen cansados: y que entonces hiriendo bravamente procurasen de matar ó prender al rey Lisuarte y llevarle á las naos. Así como oís, fueron unos á otros con mucha ordenanza y muy paso. Mas cuando fueron llegados, encontráronse los que delante iban tan bravamente, que muchos dellos al suelo fueron: mas luego se juntaron las dos batallas con tan gran saña y crueza, que la fuerte valentía suya dió causa que muchos caballos por el campo sin sus señores huyesen, quedando ellos muertos, y otros muy mal llagados. Así que con mucha causa se puede decir ser aquel dia airado y doloroso para aquellos que allí se hallaron. Pues hiriendo y matando unos á otros, pasó la tercia parte del dia sin haber ninguna holganza, con tanto rigor y trabajo de todos, que por ser en el gran hervor del verano, con el gran calor que hacia, así ellos como sus caballos muy lasos y

cansados andaban á maravilla: y los llagados perdian mucha sangre; de manera que no pudiendo las vidas sostener, muertos allí en el campo quedaron: especialmente aquellos que de los fuertes gigantes heridos eran; en aquella hora Beltenebros hacia grandes maravillas en armas, teniendo aquella su muy buena espada en su mano, derribando y matando los que delante de sí hallaba: aunque mucho le impedia el cuidado de guardar al rey en las grandes priesas donde le veia; que como siendo vencido la entera deshonra suya fuese, así lo era la gloria siendo vencedor; y esto le daba causa de poner en la mayor afrenta á sus guardadores: mas visto por don Galaor y Florestan y Agrajes las extrañas cosas por Beltenebros hechas, iban teniendo con él dando y sufriendo tantos golpes, que la grande envidia que habida dél los hacia señalar en gran ventaja de todos los de su parte, y don Bruneo se juntaba con ellos y aguardaba á don Galaor, que como leon sañudo por se igualar á la bondad de Beltenebros, no temiendo los fuertes golpes de los gigantes, ni la muerte que á otros veia ante sus ojos padecer, se metia con su espada entre sus enemigos, hiriendo y matando en ellos, y yendo así como oís con corazon tan airado y sañudo, vió delante de sí el gigante Cildadan de la montaña Defendida, que con una pesada hacha, daba tan grandes golpes á los que alcanzar podia, que mas de seis caballeros derribados á sus pies tenia, aunque él estaba llagado en el hombro de un golpe que don Florestan le diera, de que le salia mucha sangre; y don Galaor apretó la espada en la mano y fue para él, y dióle un tan gran golpe por encima de su yelmo en soslayo, que todo cuanto alcanzó dél con la una oreja le derribó, y no parando allí la espada, cortóle la hasta de la hacha por cabe las manos. Cuando el gigante tan cerca le vió no teniendo con que herir le pudiese, echó los brazos en él con tanta fuerza, que quebradas las cinchas llevó tras sí la silla, y don Galaor cayó en el suelo, teniéndole tan apretado

que nunca de sus fuertes brazos salirse pudo, antes le parecia que todos sus huesos le desmenuzaba: mas antes que el sentido perdiese, don Galaor cobró la espada que colgada de la cadena tenia, y metiéndosela al gigante por la vista, hizole perder la fuerza de los brazos, asi que á poco de rato fue muerto. El se levantó tan cansado de la gran fuerza que pusiera, y de la mucha sangre que de las heridas se le iba, que la espada nunca sacar pudo de la cabeza del gigante, y allí se ayuntaron de ambas las partes muchos caballeros por los socorrer, que hicieron la batalla mas dura y cruel que en todo el dia habia sido: entre los cuales llegó el rey Cildadan de la su parte, y Beltenebros de la otra, y dió al rey Cildadan dos golpes de la espada en la cabeza tan grandes, que desapoderado de toda su fuerza, le hizo caer del caballo ante los pies de don Galaor, el cual le tomó la espada que se le cayera, y comenzó con ella á dar grandes golpes á todas partes, hasta que la fuerza y el sentido le faltó: y no se pudiendo tener cayó sobre el rey Cildadan así como muerto: á esta hora se juntaron los gigantes Gandalac y Albadansor, y hiriéndose ambos con las mazas de tan fuertes golpes, que ellos y los caballos fueron á tierra. Y Albadansor hubo el un brazo quebrado, y Gandalac la pierna: mas él y sus hijos mataron á Albadansor. Entonces eran de ambas las partes muertos mas de ciento y veinte caballeros, y pasaba del medio dia: y Madansabul, el gigante de la ínsula de la torre Bermeja que en el otero estaba, como ya oistes, miró á esta sazon la batalla, y como vió tantos muertos y los caballeros cansados, y sus armas por muchos lugares rotas y los caballos heridos, pensó que ligeramente con sus compañeros podia á los unos y á los otros vencer; y movió del otero tan recio y tan sañudo, que maravilla era de lo ver, diciendo á grandes voces á los suyos: No quede hombre á vida, y yo tomaré ó mataré al rey Lisuarte: y Beltenebros que así le vió venir, que entonces tomara un caballo holgado de uno de los sobrinos

de Abradan su huésped, púsose delante del Rey, llamando á Florestan y á Agrajes que cabe sí vió, y con ellos se juntaron don Bruneo de Bonamar, y Branfil, y Guilan el Cuidador, y Enil que mucho en aquella batalla habia hecho, por donde en gran fama tenido fue. Y delante de Mandasabul venia un caballero llamado Sadaman el leal, el mas fuerte y valiente en armas de todos los del linaje del rey Cildadan y era su tio. Y Beltenebros salió de los suyos á él: y Sadaman le hirió con la lanza en el escudo, y aunque se quebró, pasósele y hízole una llaga, mas no grande, y Beltenebros le hirió de la espada en pasando cabe él derecho de la vista del yelmo al través, de tal golpe que los ojos entrambos fueron quebrados, y dió con él en el suelo sin sentido ninguno, mas Mandasabul y los que con él venian hirieron tan bravamente, que los mas que con el rey Lisuarte estaban fueron derribados; y Mandasabul fue derecho para el Rey con tanta braveza, que los que con él estaban no fueron poderosos de se lo defender por heridas que le diesen, y echóle el brazo sobre el pescuezo, y tan recio le apretó, que desapoderado de toda su fuerza le arrancó de la silla, y íbase con él á las naos. Beltenebros que así le vió llevar, dijo: ¡Oh señor Dios! no os plega que tal enojo haya Oriana; y hirió al caballo de las espuelas, y con su espada en la mano alcanzando al gigante, de toda su fuerza le hirió en el brazo diestro con que al Rey llevaba, y cortóselo cabe el codo, y cortó al Rey una parte de la loriga, de que le hizo una llaga, de que mucha sangre le salió, y quedando él en el suelo, el gigante huyó como hombre tollido. Cuando Beltenebros vió que por aquel golpe habia muerto aquel bravo gigante, y librado al Rey de tal peligro, comenzó á decir á grandes voces: Gaula, Gaula yo soy Amadis. Y esto decia hiriendo en los enemigos, derribando y matando muchos dellos: lo cual era en aquella sazon muy necesario, porque los caballeros de su parte estaban muy destrozados: dellos unos heridos y otros á pié, y otros

muertos: y los enemigos habian llegado holgados y con gran esfuerzo y voluntad de matar á cuantos alcanzasen: y por esta causa se daba Amadis con gran priesa. Así que bien se puede decir que el su grande esfuerzo era el reparo y amparo de todos los de su parte: y lo que mas embravecer le hacia, era don Galaor su hermano, que á pie le vió muy cansado, y despues no lo habia visto, aunque por él mucho mirado habia, y cuidó que era muerto: y con esto no encontraba á caballero que no matase.

Cuando los del rey Cildadan vieron tanto daño en los de su parte, y las grandes cosas que Amadis hacia, tomaron por caudillo á un caballero del linaje de los gigantes muy valiente, que Gadancuriel habia nombre; y hacia tan gran estrago en los contrarios, que de todos era mirado y señalado, y con él pensaban vencer á sus enemigos. Mas á esta hora Amadis con gran saña que traia, y gana de matar los que alcanzaba, metióse entre los contrarios, tanto que se hubiera de perder. Y habiendo ya el rey Lisuarte tomado un caballo, estando con él, D. Bruneo de Bonamar, y D. Florestan, y Guilan el Cuidador, y Ladasin, y Galvanes sin tierra, y Olivas, y Grumedan: al cual la señal le habian entre sus brazos cortado, viendo á Amadis en gran peligro socorrióle como buen rey, aunque de muchas heridas andaba llagado, con gran placer de todos por saber que aquel Beltenebros Amadis fuese: y todos juntos entraron entre sus enemigos hiriendo y matando, así que no los osaban atender. Y dejaban á Amadis ir por dó queria, de manera que la ventura lo guió donde Agrajes su primo, y Palomir, y Branfil, y Dragonis estaban á pié, que los caballos les habian muerto, y muchos caballeros sobre ellos que matar los querian, y ellos estaban juntos y se defendian muy bravamente: y como así los vió, dió voces á D. Florestan su hermano, y á Guilan el Cuidador, y con ellos los socorrió: y salió á él un caballero muy señalado que Badamigar habia nombre, al cual el yelmo de la cabeza habian derribado, y dió á Amadis una

gran lanzada por el cuello del caballo que el hierro de la lanza le pasó de la otra parte ; mas él le alcanzó con la espada , y hendióle hasta las orejas, y como cayó , dijo : Primo Agrajes, cabalgad en ese caballo: y D. Florestan derrivó á otro buen caballero que Danel se nombraba , y dió el caballo á Palomir ; y D. Guilan dió otro caballo á Branfil , del cual derrivó á Landin dejándole muy mal llagado , y Palomir trajo otro caballo á Dragonis : asi que todos fueron remediados , y tomaron la via que Amadis llevaba haciendo maravillas en armas , y nombrándose porque le conociesen , y fuesen sus enemigos en mayor pavor puestos: y tanto hicieron él , y Agrajes, y D. Florestan con aquellos caballeros que con ellos juntos se hallaron , y con la gran bondad del Rey su señor , que aquel dia mucho valió mostrando su grande esfuerzo : que vencieron la batalla , quedando en el campo muertos, y llagados todos los mas de sus enemigos. Mas Amadis, con la gran rabia que tenia pensando ser muerto D. Galaor su hermano, íbalos hiriendo, y matando hasta los llegar á la mar donde la flota tenian Mas aquel valiente y esforzado Gandancuriel, caudillo de los contrarios , cuando así vió los suyos de vencida, y que no le dejarian en las naos entrar, juntó los mas que pudo consigo , y tornó con la espada alzada en la mano por herir al Rey que mas cerca de sí le halló : mas D. Florestan, que grandes y esquivos golpes aquel dia le viera dar, temiendo el peligro del Rey, púsose delante por recibir en sí los golpes , aunque de la espada otra cosa no llevaba sino la empuñadura ; y Gadancuriel le hirió tan duramente por encima del yelmo que hasta la carne se le cortó , y Florestan le dió con aquello que de la espada tenia tal golpe que el yelmo le derribó de la cabeza ; el Rey llegó luego , y dióle con la espada , así que dos partes se la hizo , y como este fué muerto no quedó quien campo tuviese ; antes por se acoger á las barcas morian en el agua , y los otros en la tierra, de manera que ninguno quedó. Entonces Amadis llamó á D. Flo-

restan y á Agrajes, y á Dragonis, y á Palomir, y díjoles llorando: ¡Ay buenos primos! miedo he que hemos perdido á D. Galaor, vámosle á buscar. Así fueron donde Amadis á pié le viera allí donde el habia al rey Cildadan derribado: y tantos eran de los muertos, que no le podian hallar; mas trastornándolos todos hallóle D. Florestan conociéndole por una manga de la sobrevesta que india era y flores de argentería por ella, y comenzaron á hacer gran duelo sobre él. Cuando Amadis esto vió, dejóse caer del caballo, y las llagas que ya restañadas de la sangre estaban, con la fuerza de la caida se abrieron, de manera que la sangre en gran abundancia le salia: y quitándose el yelmo, y escudo que rompidos estaban, llegóse á Galaor llorando, y quitó el yelmo, y puso su cabeza en sus hinojos; y Galaor con el aire que le dió comenzó á bullir ya cuanto. Entonces se llegaron todos á él llorando con gran dolor en le ver así. Y cuanto una pieza así estuvieron llegaron allí doce doncellas muy bien guarnidas, y con ellas escuderos que un lecho traian cubierto de ricos paños, y hincaron los hinojos ante Amadis, y dijeron: Señor, aquí somos venidos por D. Galaor: si vivo le quereis dádnosle, sino cuantos maestros hay en la Gran Bretaña no le guarecerán. Amadis, que las doncellas no conocia, miraba el gran peligro de Galaor, y no sabia que hacer: mas aquellos caballeros le aconsejaron que mas valia dárselo á la ventura que delante de sus ojos verle morir sin le poder valer. Entonces dijo Amadis: Buenas doncellas, ¿podríamos saber donde le llevais? No, dijeron ellas, por agora: y si vivo le quereis dádnoslo luego, sino irnos hemos. Amadis les rogó que á él llevasen con él: mas ellas no quisieron, y por su ruego llevaron á Ardian su enano, y á su escudero. Entonces le pusieron así armado, salvo la cabeza y las manos, en el lecho medio muerto: y Amadis y aquellos caballeros fueron hasta la mar con él haciendo gran duelo, donde vieron un navío en el cual las doncellas metieron el lecho. Y luego demandaron al rey Lisuarte que le pluguiese de les

dar al rey Cildadan que entre los muertos estaba, trayéndole á la memoria ser un buen Rey, y que haciendo lo que obligado era, la fortuna le habia traido en tan gran tribulacion: que hubiese dél piedad, porque si sobre él aquella fortuna tornase la pudiese hallar en otros. El Rey se lo mandó dar mas muerto que vivo, y luego en aquel lecho le tomaron, y pusieron en el navio: y alzando las velas partieron de la ribera á gran priesa. En esto llegó el Rey, que habia andado trabajando como de la floresta de sus enemigos no se salvase ninguno, haciendo prender á los que en la batalla no murieron: y halló llorando á Amadis, y á D. Florestan, y á Agrajes, y á todos los otros que allí estaban: y sabiendo que la causa de ello era la pérdida de D. Galaor, hubo muy gran pesar, y dolor en su corazon, como aquel que le amaba de corazon, y en sus entrañas le tenia: y esto con mucha razon, que desde el dia que por suyo quedó nunca en al pensó sino en le servir: y apeóse del caballo, aunque muchas llagas tenia, que sus armas todas eran tintas de sangre, y abrazó á Amadis con muy gran amor que le tenia, y consolándole, y diciéndole que si por gran sentimiento el mal de D. Galaor remediar no se pudiese que el suyo dél bastaba, segun el gran dolor que su corazon por él sentia. Mas teniendo esperanza en el Señor poderoso que tal hombre no querria desamparar, así del todo se consolaba, y que así con esforzado ánimo debian ellos hacer. Y tomándolos consigo fué á la tienda del rey Cildadan, que extraña y rica era, y allí los tuvo consigo, y rogando que le trajesen de comer, y despues que se pusiese diligencia en enterrar los caballeros que de su parte murieron, en un monasterio que al pié de aquella montaña habia; y él les mandó hacer el cumplimiento de sus ánimas, y dió grandes rentas, así para el reparo de ellas, como para que una capilla muy rica se hiciese; y allí los pusiesen en tumbas ricamente labradas, los nombres de ellos en ellas escriptos, y despidió mensajeros á la reina Brisena haciéndole saber aquella buena ventura que Dios le diera. Él, y aque-

llos caballeros que mal llagados estaban se fueron á una villa cuatro leguas de ahí, que Ganora habia nombre, y allí estuvieron hasta que de sus heridas sanaron. Y en este medio tiempo que la batalla se dió, la hermosa reina Briolanja, que con la reina Brisena quedara, acordó de ir á Miraflores á ver á Oriana, que así la una como la otra por la fama de sus grandes hermosuras deseaban verse. Sabido esto por Oriana, aquel su aposento mandó de muy ricos paños guarnecer. Y como la Reina llegó, y se vieron, mucho fueron espantadas: tanto, que ni el arco encantado, ni la prueba de la espada tuvieron tanta fuerza, ni pusieron tal seguridad, que á Oriana quitasen de muy gran sobresalto, creyendo que en el mundo no habia tan subjeto corazon que la hermosura de Briolanja rompiendo aquellas ataduras para sí no lo ganase: y Briolanja habiendo algunas veces visto las angustias y lágrimas de Amadis junto con aquellas grandes pruebas de amor aquí dichas, luego sospechó que segun su gran valor que no merecia su corazon padecer sino por aquella ante quien todas la que de hermosura se preciasen debian de huir, porque con la su gran claridad las suyas dellas en tinieblas puestas no fuesen: quitando á Amadis de culpa por haber así desechado aquello que por su parte della cometido fué. Así estuvieron ambas juntas con mucho placer hablando en las cosas que mas les agradaban, y contando Briolanja entre las otras cosas por mas principal lo que Amadis por ella hiciera, y como le amaba de corazon. Oriana por saber, díjola: Reina señora, pues que él es tan bueno, y de tan alto lugar como que venia de los mas altos emperadores del mundo segun he oido, y esperando ser rey de Gaula, ¿porqué no le tomariades con vos, haciéndole señor de aquel reino que él os dió á ganar, pues en todo es vuestro igual? Briolanja la dijo: Amiga señora, bien creo yo, que aunque muchas veces lo vistes que no le conoceis: ¿pensais vos que no me ternia yo por la mas bien aventurada mujer del mundo, si eso que decís yo pudiese alcanzar? Mas quiero que se-

pais lo que en esto aconteció: y guardadlo en puridad, como tal señora guardarlo debe, que yo le acometí eso que agora dijistes, y probé de le haber para mí en casamiento, de que siempre me ocurre vergüenza cuando á la memoria me torna; y él me dió bien á entender que de mí ni de otra alguna poco se curaba; y ello tengo creido, porque en tanto que conmigo aquella temporada moró, nunca de ninguna mujer le oí hablar, como todos los otros caballeros lo hacen; mas tanto os digo, que es el hombre del mundo por quien antes perderia mis reinos y aventuraria mi persona. Oriana fue muy leda de esto que la oyó, y mas segura de su amigo (mirando con la grande aficion que Briolanja lo dijo) que con ninguna de las otras pruebas, y dijo: Maravillada estoy de eso que me decís, que si Amadis á alguna no amase, no pudiera entrar só el arco de los leales Amadores, donde dice que por él se hicieron mayores señales de leal enamorado, que por otro ninguno que allí fuese. Él bien puede amar, dijo la Reina, pero es lo mas encubierto que nunca lo fue caballero. En esto y en otras cosas muchas hablando estuvieron allí diez dias, en cabo de los cuales se fueron entrambas con su compañía á la villa de Fernuisa, donde la reina Brisena atendiendo al Rey su marido estaba, que con ellas mucho le plugo en ver á su hija sana y tornada en su hermosura. Allí les llegó la buena nueva del vencimiento de la batalla, que despues del gran placer que les dió, la reina Brisena hizo muchas limosnas á iglesias y monasterios, y á otras personas que necesidad tenian. Mas cuando la reina Briolanja oyó decir ser Amadis aquel que Beltenebros se llamaba, ¿quién os podrá decir el alegría que su ánimo sintió? y así le hubo la reina Brisena y todas las dueñas y doncellas que mucho le amaban: y con ellas Oriana y Mabilia, fingiendo ser á ellas aquella nueva de nuevo venida como á las otras: y Briolanja dijo á Oriana: ¿Qué os parece, amiga, de aquel buen caballero, como hasta aquí era loado, quedando escurecida la fama de Amadis? Que

ya casi dél memoria no habia, y como quiera que mucho le amase, y mucho supiese de sus caballerías, en duda estaba ya viendo los grandes hechos de Beltenebros á cual dellos mi aficion se debiese acostar. Reina señora, dijo Oriana, yo entiendo que así lo estábamos ya todas, y si con el Rey mi padre viniere, preguntémosle porque causa dejó su nombre, y quien es aquella que el tocado de las flores ganó. Así se haga, dijo Briolanja.

CAPITULO XVII.

De como el rey Cildadan y D. Galaor fueron llevados para curar, y fueron puestos el uno en una fuerte torre de mar cercada, y el otro en un verjel de altas paredes de verjas de hierro adornado, donde cada uno dellos en sí tornado pensó estar en prision, no sabiendo por quien allí eran traidos, y de lo que mas les avino.

Contaros hemos agora lo que fue del rey Cildadan, y de Galaor. Sabed que las doncellas que los llevaron curaron dellos, y al tercero dia estaban en todo su acuerdo. Y don Galaor se halló dentro en una huerta en una casa de rica labor que sobre cuatro pilares de mármol se sostenia, cerrada de pilar á pilar por unas fuertes redes de hierro. Así que la huerta desde una cama donde él echado estaba se parecia, y lo que él pudo alcanzar á ver le pareció ser cercada de un alto muro: en el cual habia una puerta pequeña cubierta de hoja de hierro, y fue espantado en se ver en tal lugar, pensando ser en prision metido, y hallóse con tan gran dolor de sus heridas, que no atendia á otra cosa sino la muerte: y allí se le vino á la memoria como fuera en la batalla, mas no supo quien della lo sacó, ni como allí lo trajeron. Tornado el rey Cildadan en su entero juicio, hallóse en una bóveda de una gran torre en una rica cama echado ca-

be una finiestra: y miró á uno y á otro cabo, mas no vió á ninguna persona, y oyó hablar encima de la bóveda, mas no pudo ver puerta ni entrada ninguna en aquella cámara donde estaba, y miró por la finiestra sacando la cabeza, y vió la mar, y que allí donde estaba era una muy alta torre asentada en una brava peña: y parecióle que la mar la cercaba por las tres esquinas, y acordóse como fuera en la batalla, mas no sabia quien della le sacara; pero bien pensó que pues él tan mal parado fue y así preso, que los suyos no debieron quedar muy libres; y como vió que mas no podia hacer, asosegóse en su lecho gimiendo y doliéndose mucho de sus llagas, atendiendo lo que venir le pudiese. Y don Galaor que en la casa de la huerta (como ya oisteis) estaba, vió abrir el postigo pequeño, y alzó la cabeza con gran afan, y vió entrar por él una doncella muy hermosa y bien guarnida, y con ella un hombre tan laso y tan viejo que era maravilla poder andar, y llegando á la red de hierro de la cámara, dijéronle: Don Galaor, pensad en vuestra ánima, y no os salvamos ni aseguramos. Entonces la hermosa doncella sacó dos bujetas una de hierro y otra de plata, y mostrándoselas á don Galaor, le dijo: Quien aquí os trajo no quiere que murais hasta saber si haréis su voluntad, y en tanto quiere que seais de vuestras llagas curado y se os dé comer. Buena doncella, dijo él, si la voluntad de ese que decís es queriendo lo que yo hacer no debo, mas dura cosa para mí seria que la muerte; en lo demás por salvar mi vida hacerla hé. Vos haréis, dijo ella, lo que mejor os estuviere, que deso que decís poco nos curamos: en vuestra mano es de morir ó vivir. Entonces aquel hombre viejo abrió la puerta de la red y entraron dentro, y ella tomó la bujeta de hierro, y dijo al viejo que se quitase á fuera, y él así lo hizo; y ella dijo á don Galaor: Mi señor, tan gran duelo he de vos, que por salvar vuestra vida me quiero aventurar á la muerte y diré os como: á mí me es mandado que esta

bujeta hinchese de ponzoña y la otra de ungüento que os adormeciese, obrando con el sueño mas recio luego muerto seríades: mas doliéndome que tal caballero por tal guisa muriese hícelo al contrario, que aqui puse aquella medicina que siendo por vos tomada cada dia, á los siete dias seréis tan libre que sin empacho os podais ir en un caballo. Entonces le puso en las llagas aquel ungüento tan sabroso que la hinchazon y dolor fue luego amansada, de guisa que muy holgado se halló, y díjola: Buena doncella, mucho os agradezco lo que por mí haceis, que si yo de aquí salgo por vuestra mano nunca vida de caballero tan bien gualardonada fue como esta á vos será: mas si por ventura vuestras fuerzas para ello no bastaren, y por mí queréis algo hacer, tened manera como esta mi prision peligrosa la sepa aquella Urganda la Desconocida, en quien yo mucha esperanza tengo. La doncella comenzó á reir de gana, y dijo: ¿Cómo tanta esperanza teneis vos en Urganda, que poco de vuestra pro ni daño se cura? Tanta, dijo él, que como ella sepa las voluntades agenas, así sabe que la mia está para la servir. No os curéis, dijo ella, de otra Urganda sino de mí, con tal que vos, don Galaor, así como tuvisteis esfuerzo para poner la salud en tal peligro, así lo tengais para le dar remedio, que el grande y esforzado corazon en muchas mas cosas que el pelear mostrar se debe: y por el peligro en que por vos me pongo, así para os sanar, como para sacaros de aquí, quiero que me otorguéis un don que no será de vuestra mengua ni daño. Yo os lo otorgo, dijo él, si con derecho darle puedo. Pues yo me voy hasta que sea tiempo de os ver, y acostaos haciendo semblante que á gran sueño dormís. El lo hizo así, y la doncella llamó al viejo, y dijo: Mirad á este caballero como duerme, agora obra la ponzoña en él. Así es menester, dijo el viejo, porque dél sea vengado quien aquí lo trajo, y pues así es habeis cumplido lo que os mandaron, de aquí adelante vernéis sin guardador: y mantenedlo de esta guisa quince dias

que no muera ni viva sino en gran dolor, porque en este tiempo vernán aquellos que segun el enojo les ha hecho le darán la enmienda. Galaor oia todo esto, y bien le pareció que el viejo era su mortal enemigo; mas tenia esperanza en lo que la doncella le dijera que le daria por guarido en los sietedias, porque si la fortuna sano le tomase que le podia librar de aquel peligro, y por esto se esforzaba mucho como la doncella se lo aconsejara. Con esto se fueron ella y el viejo: mas no tardó mucho que la vió tornar y con ella dos doncellas pequeñas muy hermosas y bien guarnidas, y traian que comiese don Galaor, y abriendo la puerta entraron dentro: y la doncella le dió de comer y dejó con él aquellas dos doncellitas que le hiciesen compañía, y libros de historias que leyese, y que no le dejasen de dia dormir. Galaor fue desto muy consolado, que bien vió que la doncella queria cumplir lo que prometiera, y agradecióselo mucho. Pues ella se fue cerrando las puertas, y las niñas quedaron acompañándole. Así acaeció tambien como habeis oido al rey Cildadan, que se halló encerrado en aquella fuerte y alta torre sobre la mar: y á poco rato que con gran pensamiento estaba vió abrir una puerta de piedra que en la torre engerida era, tan junta que no parecia sino la misma pared, y vió entrar por ella una dueña de mediana edad, y dos caballeros armados, y llegaron al lecho donde él estaba, mas no le saludaron, y él á ellos sí, hablándoles con buen semblante; pero ellos no le respondieron ninguna cosa. La doncella le quitó el cobertor que sobre sí tenia, y catándole las llagas le puso en ellas medicina: y dióle de comer y tornáronse por donde vinieran sin palabra le decir, y cerraron la puerta de piedra como antes estaba. Esto visto por el Rey, verdaderamente creyó que él era en prision metido, en poder de quien su vida muy segura estaba; pero esforzóse lo mas que pudo, no pudiendo mas hacer. La doncella que de Galaor curaba, tornó á él cuando vió ser tiempo: y preguntóle como le iba, y él

dijo que bien, y que si adelante fuese, que creia estar en buena disposicion al plazo que puesto le tenia. Deso he yo placer, dijo ella, y de lo que os dije no tengais duda, sino que así se cumplirá: mas quiero que me otorgueis un don como leal caballero, que de aquí no probaréis á salir sino por mi mano, porque os seria mortal daño y peligro de vuestra vida, y á la fin, no lo podríades acabar. Galaor se lo otorgó, y rogóle mucho que le dijese su nombre. Ella dijo: ¿Cómo, don Galaor, no sabeis vos mi nombre? Agora os digo que estoy con vos engañada, porque tiempo fue que os hice un servicio, del cual segun veo poco se os acuerda, y si mi nombre no sabeis, yo os le recordaré: Sabed que me llaman Sabencia sobre Sabencia. Y fuese luego, y él quedó pensando en aquello: y viniéndosele á la memoria la hermosa espada que Urganda al tiempo que Amadis su hermano le hizo caballero le dió, sospechó que esta podria ser; pero dudaba en ello, porque en aquella sazon la vió muy vieja y agora moza, por esto no la conoció; y miró por las doncellitas mas no las vió, pero vió en su lugar á Gasaval su escudero y á Ardian el enano de Amadis, de que fue maravillado, y alegre con ellos y llamólos que dormian hasta que él los despertó, y cuando ellos le vieron, fueron llorando de placer á le besar las manos, y dijéronle: ¡Oh buen señor! bendito sea Dios que con vos nos juntó á donde os podamos servir. El les preguntó como habian allí entrado, dijéronle que no sabian sino que Amadis y Agrajes y Florestan nos enviaron con vos. Entonces le contaron en la forma que su vida estaba: y como teniéndole Amadis en su regazo la cabeza, llegaron las doncellas á se le pedir, y como por acuerdo de sus amigos le habian dado, viendo su vida en el punto de la muerte: y como le metieran en la fusta á él y al rey Cildadan con él. Don Galaor les dijo: ¿Como se halló Amadis á tal sazon allí? Señor, dijeron ellos, sabed que aquel que Beltenebros se llamaba, es vuestro hermano Amadis, y que por su gran

esfuerzo la batalla fue vencida por el rey Lisuarte, y contáronle en que manera habia socorrido al Rey llevándole el gigante debajo del brazo, y como entonces se nombrara por Amadis. Grandes cosas, dijo Galaor, me habeis dicho, y gran placer tengo por las nuevas de mi hermano, aunque si me da causa legítima porque se deba tanto tiempo encubrir de mí, mucho seré dél quejoso. Así como oís estaban el rey Cildadan y don Galaor, el uno en aquella gran torre, y el otro en la casa de la huerta, donde fueron curados de sus llagas, hasta tanto que ya pudiesen sin peligro alguno ir donde quisiesen. Entonces haciéndoseles conocer Urganda, en cuyo poder estaban en aquella ínsula no hallada, y diciéndoles como los miedos que les pusiera habian sido para mas aina les dar salud, que segun el gran estrecho en que sus vidas estaban, aquello les convenia: mandó á dos sobrinas suyas, muy hermosas doncellas, hijas del rey Falangris, hermano que fue del rey Lisuarte, que en una hermana de la mesma Urganda llamada Grimota, cuando mancebo las viera, que los sirviesen y visitasen y acabasen de sanar: la una de ellas se llamaba Julianda, y la otra Solisa, en la cual visitacion se dió causa á que dellos fuesen preñadas de dos hijos: el de don Galaor Talanque llamado, el del rey Cildadan Maneli el mesurado: los cuales muy valientes y esforzados caballeros salieron así como adelante se dirá: con las cuales mucho á su placer con gran vicio allí estuvieron, hasta que Urganda le plugo de los sacar de allí, como oiréis adelante. Mas el rey Lisuarte que siendo ya mejorado así él como Amadis y todos los otros sus caballeros de sus llagas, se fue á Fernuisa, donde la reina Brisena su mujer estaba, y allí della y de Briolanja y de Oriana y de todas las otras dueñas y doncellas de gran guisa, fue tan bien recibido, y con tanta alegría como nunca lo fue otro hombre en ninguna sazon, y despues dél Amadis, que la Reina y todas aquellas señoras sabian como no solamente al Rey su se-

ñor habia de la muerte librado, mas que la batalla fue por su gran esfuerzo vencida; así lo hicieron á todos los otros caballeros que vivos quedaron; mas lo que la reina Briolanja hacia con Amadis, esto no se puede en ninguna manera escribir, y tomándole por la mano, hízolo sentar entre ella y Oriana, y díjole: Mi señor, el dolor y tristeza que yo sentí cuando me dijeron que érades perdido no os lo podria contar: y luego tomando cien caballeros de los mios me vine á esta corte, donde supe que otros hermanos estaban, para que ellos los repartiesen en vuestra busca; y por que la causa desta batalla que agora pasó fue el estorbo dello, acordé yo de estar aquí hasta que pasase: y agora que merced á Dios se ha hecho como yo lo deseaba, decidme lo que os placerá que yo haga, y aquello se porná en obra. Mi buena señora, dijo él, si vos os sentis de mi mal, muy gran razon teneis, que ciertamente podeis creer que en todo el mundo no hay hombre que de mejor voluntad que yo hiciese vuestro mandado: y pues en mí dejais vuestra hacienda, tengo por bien que aquí esteis estos diez dias y despacheis con el Rey vuestras cosas, y entre tanto sabrémos algunas nuevas de don Galaor mi hermano, y pasará una batalla que don Florestan tiene aplazada con Landin, y luego os llevaré á vuestro reino y dende irme he á la ínsula Firme, donde mucho tengo que hacer. Así lo haré, dijo la reina Briolanja; mas ruégoos, mi señor, que nos digais aquellas grandes maravillas que en aquella ínsula hallastes. Y queriéndose dello escusar, tomóle Oriana por la mano, y dijo: No os dejarémos sin que algo dello nos conteis. Entonces Amadis dijo: Creed, buenas señoras, que aunque yo me trabaje de lo contar seria imposible decirlo. Pero dígoos que aquella cámara defendida, es la mas rica y hermosa que en todo el mundo hallarse podria, y si por alguna de vosotras no es ganada, creo que en el mundo no lo será por otra ninguna. Briolanja, que algo callada estuvo, dijo: Yo no me tengo por tal que aquella

ventura acabar pudiese, mas cualquier que yo sea, si á locura no me lo tuviésedes probarla hía. Mi señora, dijo Amadis, no tengo yo por locura probar aquello en que todas las otras fallecen, siendo por razon de hermosura: especialmente á vos que tanta parte della Dios dar quiso, antes lo tengo por honra en querer ganar aquella fama que por muchos y largos tiempos podrá durar, sin que ninguna parte de la honra menoscabada sea. Desto que Amadis dijo pesó en gran manera á Oriana, é hizo mal semblante; de manera que Amadis, que della los ojos no partia, lo entendió luego, y pesóle de lo haber dicho, como quiera que su intencion fuese en mayor honra y loor della, sabiendo por la vista de Grimanesa que la hermosura de Briolanja no le igualaba tanto que aquella aventura ganar pudiese, lo que de su señora no dudaba. Mas Oriana que dello gran pasion tenia, temiendo que en el mundo no habia cosa que por razon de hermosura de ganar se hubiese, que Briolanja no la alcanzase, despues de haber allí estado alguna pieza, y haber rogado á Briolanja que si en la cámara defendida entrase la hiciese saber que cosa era, se fue donde Mabilia estaba, y apartada con ella le contó todo lo que Briolanja y Amadis en presencia della habian pasado, diciéndola: Esto me acontece siempre con vuestro primo, que mi captivo corazon nunca en al piensa, sino en le complacer y seguir su voluntad, no guardando á Dios ni la ira de mi padre; y él conociendo que ha libre señorío solo á mí tiene en poco, y viniéronla las lágrimas á los ojos, que por sus muy hermosas faces le caian. Mabilia la dijo: Maravillada estoy de vos, señora, que corazon teneis, que aun de una cuita salida no sois y quereis en otra entrar. ¿Cómo, tan gran yerro es este que decis que mi primo os ha hecho, que en tal alteracion os pusiese; sabiendo que nunca por obra ni pensamiento os erró, y viendo por vuestros ojos aquellas pruebas que en seguridad vuestra tiene acabadas? Agora os digo que me dais á entender, que no os pla-

ce de su vida, que segun lo que por él ha pasado, el menor enojo que en vos sienta es llegado á la muerte, y no sé que enojo dél tengais por lo que no puede mas hacer; que si Apolidon aquello allí dejó para que por todos y todas generalmente fuese probado, ¿cómo lo podria él estorbar? pues asi es, creyendo que Briolanja lo acabando á vos lo quita. Ciertamente, aunque dello no os plega, yo creo que mi hermosura ni la suya serán bastantes para dar cabo á aquello que cien años ha que ninguna por hermosa que fuese lo hubo acabado. Mas esto no es sino aquella fuerte ventura suya que tan vuestro subjecto y captivo le hizo, que aborreciendo y desechando á todo su linaje por señora os servir, teniéndolos por extraños, y sirviendo donde vos le mandais, y con tanta crueza se lo quereis quitar. Así que mal empleado es cuanto él ha servido y ha hecho servir á su linaje y sus hermanos, pues que el galardon dello es llegarle sin merecimiento á la muerte: y yo, señora, por cuanto os guardé y serví que lleve en galardon ver morir ante mis ojos la flor de mi linaje, y aquel que tanto me ama. Mas si á Dios pluguiere esta muerte, ni esta cuita no la veré yo, que mi hermano Agrajes y mi tio Galvanes me llevarán á mi tierra, que gran yerro seria servir á quien tan mal conoce y agradece los servicios: y comenzó á llorar, diciendo: Esta crueza que en Amadis haceis, Dios quiera que del su linaje os sea demandada; aunque bien cierta soy que su pérdida por grande que sea no le igualará con la vuestra, porque olvidando á ellos, á vos sola ama siempre todas las cosas que son. Cuando Mabilia decia esto, Oriana fue tan espantada, que el corazon se le cerró de tal manera que hablar no pudo por una pieza, y siendo mas asosegada, dijola llorando muy de corazon: ¡Oh captiva y desventurada mas que todas las que nacieron! ¿qué puede ser de mí con tal entendimiento cual vos teneis? Yo vengo por remedio de mi gran cuita, no teniendo otro que me aconseje, y vos haceisme peor corazon, sospechando lo

que yo nunca pensé: y esto no lo hace sino mi desventura, que tomeis á mal lo que yo por bien os digo, que Dios no me salve ni ayude si nunca mi corazon pensó nada de cuanto me habeis dicho, ni tengo duda que la parte que en vuestro primo tengo no sea entera en la satisfaccion de mis deseos: lo que mas grave siento, es; que habiendo él ganado el señorío de aquella ínsula, si otra mujer antes que yo aquella prueba acabase, seria muy mayor dolor para mí que la misma muerte: y con esta gran ruina que mi corazon siente, tengo por mal aquello que por ventura á buena intencion él dijo; pero como quiera que haya pasado, demando perdon de lo que nunca os mereci, y ruégoos que por aquel gran amor que á vuestro primo teneis yo sea perdonada, aconsejándome aquello que á él y á mí mas cumple. Entonces riendo con muy hermoso semblante la fue á abrazar, diciéndola: Mi verdadera amiga sobre cuantas en el mundo son, yo os prometo que nunca en esto hable á vuestro primo, ni le dé á entender que mire en ello; mas vos hablad con él en lo que por bien tuviéredes, y aquello habré yo por bueno. Mabilia la dijo: Señora, yo os perdono con que me hagais promesa que aunque dél saña tengais no se la mostreis sin que yo primero en ello intervenga, porque no me acaezca otro tal yerro como el pasado. Con esto quedaron bien avenidas, como aquellas entre quien ningun desamor haber podia; mas Mabilia, no olvidando lo que Amadis habia dicho, ásperamente y con saña le afrentó riñendo y afeando mucho aquello que á Briolanja ante su señora dijera, trayéndole á la memoria el peligro en que su vida por causa de aquella mujer puesta fue, avisándole que siempre que con ella hablase gran cuidado tuviese, pensando que tan dura cosa era de arrancar la zelosía en el corazon de la mujer arraigada: é diciendo con que pasion su señora habia sentido aquello, y la forma que ella para la amansar tuvo. Amadis, despues de se lo haber con mucha cortesía, agradecido, teniendo en tanto lo que por él

habia hecho y prometiendo si él viviese de la hacer reina, la dijo: Mi señora y buena prima, muy diverso está mi pensamiento de la sospecha que mi señora tuvo, porque uno de los mayores servicios que yo en cosa de tal calidad hacerla pudiese es este: no solamente aconsejar á Briolanja que aquella aventura pruebe, mas ir yo por ella á dó quiera que estuviese para ello, y la causa es esta. En voz de todos Briolanja es tenida por una de las mas hermosas mujeres del mundo, tanto que sin duda tiene ser bastante por ella á entrar sin empacho en aquella cámara, y porque yo tengo lo contrario, que á Grimanesa ví y con gran parte no le iguala en hermosura, cierto estoy que aquella honra que todas las otras han ganado, aquella ganará Briolanja; lo que yo no dudo de Oriana, que no está en mas de lo acabar de cuanto lo probase. E si esto fuese antes de lo de Briolanja, todos dirian que asi como ella, la otra si la probara la pudiera acabar. E siendo Briolanja la primera, faltando en ello como lo tengo por cierto, quedará despues la gloria entera en mi señora: y esta fue la causa de mi atrevimiento. Mucho fue contenta Mabilia desto que Amadis la dijo, y Oriana mucho mas despues que della lo supo, quedando muy arrepentida de aquella pasion alterada que hubo, teniendo en la memoria como ya otra vez, por otro semejante accidente, puso en gran peligro á ella y á su amigo: y por enmienda de aquel yerro acordaron que por un caño antiguo que á una huerta salia del aposento de Oriana y de la reina Briolanja, Amadis entrase á holgar y hablar con ella. Esto asi concertado, y partido Amadis de Mabilia, llamáronle Briolanja y Oriana que juntas estaban; y llegando á ellas, rogáronle que les dijese la verdad de lo que preguntar le querian: él se lo prometió. Díjole Oriana: Pues decidnos quien fue aquella doncella que llevó el tocado de las flores cuando ganastes la espada. A él le pesó de aquella pregunta habiendo de decir verdad, pero volvióse á Oriana, y díjola: Dios no me salve, señora, si

mas sé de su nombre ni quien ella es de lo que vos sabeis, aunque siete dias en su compañía anduve, mas sí dígoos que habia hermosos cabellos, y en lo que ví era asaz hermosa, mas de su hacienda tanto dello sé como vos, señora, sabeis, que entiendo que nunca la vistes. Oriana dijo: Si mucha gloria alcanzó en acabar aquella aventura, caro la hubiera de costar: que segun me dijeron, Arcalaus el encantador y Lindoraque su sobrino le querian el tocado tomar y colgarla por los cabellos, si no fuera porque la defendistes. No me parece, dijo Briolanja, que él la defendió si él es Amadis, sino aquel valiente en armas Beltenebros, que no en menor grado que Amadis debe ser tenido y como quiera que yo tan gran beneficio dél recibí, no por eso dejaré de decir sin aficion ninguna la verdad: é digo, que si Amadis sobrándole en gran cantidad la valentía de aquel fuerte Apolidon, ganando la ínsula Firme gran gloria alcanzó, que Beltenebros derribando en espacio de un dia diez caballeros de los buenos de la casa de vuestro padre, y matando en batalla, aquel bravo gigante Jamongomadan y á Basagante su hijo, no la alcanzó menor. Pues si decimos que Amadis pasando só el arco de los leales Amadores (haciéndose por él lo que la imágen con la trompa hizo, en mayor grado que por otro caballero alguno), dió á entender la lealtad de sus amores: pues paréceme á mí, que no se debe tener en menos haber Beltenebros sacado aquella ardiente espada, que por mas de sesenta años, nunca otro se halló que sacarla pudiese. Así que, mi buena amiga, no es razon que la honra á Beltenebros debida, sea falsamente á Amadis dada, pues que por tan bueno el uno como el otro se debe juzgar, y así es mi parecer. Así como oís estaban estas dos señoras burlando y riendo, en quien toda la hermosura y gracia del mundo junta estaba: así que con mucho placer con aquel caballero estaban, que dellas tan amado era: y tanto mas su ánimo dél gran alegría en ello tomaba, cuanto mas en la memoria le ocurria aquella

gran desventura, aquella cruel tristeza, que estando sin ninguna esperanza de remedio, en la peña Pobre tan cerca de la muerte le habia llegado Estando como ois, por una doncella de parte del Rey fue Amadis llamado, diciéndole como don Cuadragante y Landin su sobrino se queria quitar de sus promesas: así que le convino, dejando aquel gran placer, ir á donde ellos estaban, y con él don Bruneo de Bonamar y Branfil. Llegados donde el Rey estaba con muchos buenos caballeros, don Cuadragante se levantó, y dijo: Señor, yo he atendido aquí Amadis de Gaula así como sabeis, y pues presente está, quiero ante vos quitarme de la promesa que le hice. Entonces contó allí todo lo que con él en la batalla le avino, y como siendo por él vencido, mucho contra su voluntad, vino á aquella corte á se meter en su poder, y le perdonar la muerte del rey Abies su hermano: y porque quitada la pasion que hasta allí tuvo, que el sentido turbado le tenia, no dejando que el juicio la verdad determinase, hallaba que mas con sobrada soberbia que con justa razon él habia demandado y procurado de vengar aquella muerte, sabiendo que como entre caballeros, sin ninguna cosa en que trabar se pudiese, habia aquella batalla pasado; y pues que así era, que él la perdonaba, y le tomaba por amigo en tal manera como á él le pluguiese. El Rey le dijo: Don Cuadragante, si hasta agora con mucho loor vuestros grandes hechos en armas ganando mucha honra son publicados, no en menos este se debe tener: porque la valentía y el esfuerzo que á razon y consejo sujetos no son, no deben en mucho ser tenidos. Entonces los hizo abrazar, agradeciéndole Amadis mucho lo que por él hacia, y la amistad que le demandaba: la cual aunque por entonces por liviana se tuvo, por largos tiempos duró y se conservó entre ellos, así como la historia lo contará. Y por cuanto la batalla que entre Florestan y Landin estaba puesta, era por la misma causa, hallóse por derecho, que pues la parte principal, que era Cuadragante, habia perdonado,

que Landin con justa causa lo debia tambien hacer. Lo cual haciéndose, la batalla fue partida, de lo cual no poco placer hubo Landin, habiendo visto la valentía de Florestan en la batalla pasada de los reyes. Esto hecho como oís, habiendo el rey Lisuarte algunos dias holgado del gran trabajo que en la batalla del rey Cildadan hubo, acordándose de la cruel prision de Arban, rey de Norgales y de Angriote de Estravaus, determinó de pasar á la ínsula de Mongaza donde estaban: y así lo dijo á Amadis y á sus caballeros; mas Amadis le dijo: Señor, ya sabeis que pérdida en vuestro servicio hace la falta de don Galaor, é si por bien lo tuviéredes, iré yo á le buscar en compañía de mi hermano y de mis primos, y placerá á Dios que al tiempo de este viaje que hacer queréis os lo traerémos: el Rey le dijo: Dios sabe, amigo, si tantas cosas de remediar no tuviese, con que voluntad yo por mi persona le buscaria, mas pues que yo no puedo, por bien tengo que se haga lo que decís. Entonces se levantaron mas de cien caballeros, todos muy preciados y de gran hecho de armas, y dijeron que tambien ellos querian entrar en aquella demanda, y si ellos obligados eran á las grandes venturas, no podia ser ninguna mayor que la pérdida de tal caballero. Al Rey plugo dello, y rogó á Amadis que no se partiese luego, porque antes le queria hablar.

CAPITULO XVIII.

Como el rey Lisuarte vió venir una extrañeza de fuegos por el mar, y lo que le avino con ella.

Despues de haber cenado, estando el Rey en unos corredores, siendo ya cuasi hora de dormir, mirando la mar, vió venir dos fuegos que hácia la villa venian, de que todos espantados fueron, pareciéndoles cosa extraña que el fue-

go con el agua no se consumiese: pero acercándose mas, vieron entre los fuegos venir una galera, en el mástil de la cual unos cirios grandes ardiendo venian, así que parecia toda la galera arder. El ruido fue tan grande, que toda la gente de la villa salió á los muros por ver aquella maravilla: esperando que pues el agua no era poderosa de aquel fuego matar, que otra cosa ninguna lo seria, y que la villa seria quemada y la gente en gran miedo era: porque la galera y los fuegos se llegaban. Así que la Reina con todas las dueñas y doncellas, se fue á la capilla habiendo temor, y el Rey cabalgó en un caballo, y cincuenta caballeros con él, que siempre le guardaban: y llegando á la ribera de la mar, halló todos los mas de sus caballeros que allí estaban, y vió delante de todos á Amadis, y á Guilan el Cuidador, y á Enil, tan juntos á los fuegos que se maravilló como sufrir lo podian, y dando de las espuelas á su caballo que del gran ruido se espantaba, se juntó con ellos; mas no tardó mucho que vieron salir de bajo de un paño de la galera una dueña, de paños blancos vestida, y una arqueta de oro en sus manos, la cual ante todos abriendo y sacando della una candela encendida y echada y muerta en la mar, aquellos grandes fuegos luego muertos fueron, de guisa que ninguna señal dellos quedó: de que toda la gente fue alegre, perdiendo el temor que de antes tenian, solamente quedando la lumbre de los cirios, que en el mástil de la galera ardiendo venian, que era tal que toda la ribera alumbraba: é quitando el paño que la galera cubria, viéronla toda enramada y cubierta de rosas y flores, y oyeron dentro della tañer instrumentos de muy dulce son á maravilla, y cesando el tañer, salieron diez doncellas ricamente vestidas con guirnaldas en la cabeza y vergas de oro en las manos, y delante dellas la dueña que la candela en la mar muerto habia: Llegáronse en derecho del Rey, en el bordo de la galera, humilláronse todas, y así lo hizo el Rey á ellas, é dijo: Dueña, en gran pavor nos metistes con vues-

tros fuegos, é si os pluguiere decidnos quien sois, aunque bien creo que sin mucho trabajo lo podríamos adivinar. Señor, dijo ella, en balde se trabajaria el que pensase poner en vuestro gran corazon y de cuantos caballeros aquí estan pavor ni miedo: mas los fuegos que vistes, traigo yo en guarda de mí y de mis doncellas, é si vuestro pensamiento es ser yo Urganda la Desconocida, pensais verdad, y vengo á vos como al mejor Rey del mundo, y á ver la Reina que de virtud y bondad par no tiene. Entonces dijo á Amadis: Señor, llegad os acá adelante, y deciros he, como por os quitar á vos y á vuestros amigos del trabajo en que por buscar á don Galaor vuestro hermano os queríades poner soy aquí venida: porque todo seria afan perdido, aunque todos los del mundo lo buscasen: y dígoos que está guarido de sus llagas, y con tal vida y tanto placer, que nunca en su vida lo tuvo. Mi señora, dijo Amadis, siempre en mi pensamiento tuve que, despues de Dios, el remedio vuestro era la salud de don Galaor y el gran descanso mio, que segun de la forma que me fue pedido y llevado ante mis ojos, si esta sospecha no tuviera, antes recibiera la muerte con él que de mí apartarlo. Y las gracias que de esto dar os puedo, no son otras sino como vos mejor que yo lo sabeis, esta mi persona que en las cosas de vuestra honra y servicio puesta será sin temer peligro alguno, aunque la mesma muerte fuese. Pues holgad, dijo ella, que muy presto le veréis con tanto placer, que gran parte dello os alcance. El Rey la dijo: Señora, tiempo será que salgais de la galera, y os vais á mi palacio. Muchas mercedes, dijo ella, mas esta noche aquí quedaré, y de mañana haré lo que me mandárades, y vengan por mí Amadis, y Agrajes, y don Bruneo de Bonamar, y don Guilan el Cuidador, porque son enamorados y muy lozanos de corazon, así como yo lo soy. Así se hará, dijo el Rey, esto y todo lo que vuestra voluntad fuere, y mandando á toda la gente que se fuesen á la villa, despedido della se tornó á su palacio, y mandó allí dejar

veinte ballesteros en guarda que ninguno á la ribera de la mar llegase. Otro dia de mañana, envió la Reina doce palafrenes ricamente ataviados para que Urganda y sus doncellas viniesen, y fueron á traerlas Amadis y los tres caballeros que ella nombró, vestidos de muy nobles y preciadas vestiduras. Y cuando llegaron, hallaron á Urganda y á sus doncellas salidas de las naos, en una tienda que de noche hiciera armar: y descabalgando, se fueron á ella que muy bien los recibió, y ellos á ella con mucha humildad. Entonces las pusieron en los palafrenes, y los cuatro caballeros iban en torno de Urganda; y como así se vió, dijo: Agora huelga mi corazon y es un todo descanso, pues que de aquellos que á él son conformes cercado se ve: esto decia ella, porque así como ellos era ella enamorada de aquel hermoso caballero su amigo. Pues llegados al palacio, entraron donde el Rey estaba que muy bien los recibió, y ella le besó las manos: y mirando á uno y á otro cabo, vió muchos caballeros por el palacio, y miró al Rey, y díjole: Señor, bien acompañado estais, y no lo digo tanto por el valor de estos caballeros, como por el gran amor que os tienen, que ser los príncipes amados de los suyos hace seguros sus estados. Por ende sabedlos conservar, porque no parezca, que vuestra discrecion aun no está llena de aquella buena ventura que en ella poder cabria; guardaos de malos consejeros, que aquella es la verdadera ponzoña que á los príncipes destruye, é si os pluguiere veré á la Reina, y hablaré con vos, señor, antes que me parta algunas cosas. El Rey la dijo: Amiga, agradézcoos mucho el consejo que me dais, y á todo mi poder así lo haré yo: y ved á la Reina que mucho os ama, y creed ciertamente que así hará de grado todo lo que á vuestro placer fuere. Ella se fue con sus cuatro compañeros para la reina, de la cual y de Oriana y de la reina Briolanja, y de todas las otras dueñas y doncellas de gran guisa fue con mucho amor recebida. Ella miró mucho la hermosura de Briolanja, mas bien vió que á la de Oria-

na con gran parte no la igualaba, y habia gran sabor de las ver, é dijo á la Reina: Señora, yo vine á esta corte por ver la grande alteza del Rey y la vuestra, y la alteza de las armas, y la flor de la hermosura del mundo, que por cierto creo que en compañía de ningun emperador ni príncipe con mucha parte tan cumplida no se hallaria: que esto así se pruebe da dello testimonio el ganar de la ínsula Firme, sobrando en valentía á aquel esforzado Apolidon, la muerte de los bravos gigantes, la dolorosa y cruel batalla, en que tanta parte del esfuerzo y braveza del Rey vuestro marido y de todos los suyos se mostró. ¿Quién seria tan osado y de tan mal conocimiento que quisiese afirmar haber en todo el mundo hermosura que á la de estas dos señoras igualar se pudiese. Ninguno con verdad? Así que viendo estas cosas, mi corazon es en todo descanso y holgura puesto. Aun mas digo, que aquí está mantenido amor en la mayor lealtad que en ninguna sazon lo fue: lo cual se ha mostrado en aquellas pruebas de la ardiente espada, y del tocado de las flores, que en cabo de sesenta años todo lo mas del mundo habiendo rodeado nunca se halló quien acabarlas pudiese. Que aquella que las flores ganó, bien dió á entender que ella es señalada en el mundo sobre todas en ser leal á su amigo. Cuando Oriana esto oyó, perdida la color fue muy desmayada, pensando que Urganda descubriendo algo della y de su amigo, serian en gran peligro y vergüenza puestos: y así lo fueron todas aquellas que allí amigos tenian, mas sobre todas lo tuvieron Mabilia y la doncella de Denamarca, creyendo que sobre ellas el mayor peligro podria venir. Oriana miró á Amadis que cerca le tenia, y como él entendió su temor, llegóse á ella y díjola: Señora, no hayais miedo, que no se hablará asi como vos pensais. Entonces dijo la Reina: Señora, preguntad á Urganda, quien fue aquella que de aquí el tocado de las flores llevó; y la Reina le dijo: Amiga, decidnos, si os pluguiere, esto que Amadis saber quiere. Ella le dijo riendo:

Mejor lo deberia él saber que no yo, que anduvo en su compañía, y llevó gran afan en la librar de las manos de Arcalaus el encantador y de Lindoraque. Yo, señora, dijo Amadis, no pudo ser que yo la conociese ni á mí mesmo, como vos lo sabeis, porque queriéndose de mí encubrir, como lo hizo, de vos en balde se trabajaria. Pues que así es, dijo ella, quiero decir lo que dello sé. Entonces habló en voz alta que todos lo oyeron, diciendo: Aunque Amadis como doncella allí á aquella prueba la trajo, cierto no es, sino dueña, y fuelo por aquel que dió causa á que ella el tocado de las flores ganase, por tan ahincadamente le amar; y sabed que es natural del señorío del Rey y vuestro, y de parte de su madre no es de esta tierra, y en este señorio hace su morada, y está bien heredada en él: si algo le falta, es no tener á su voluntad á aquel que tanto ama como querria; y no os diré mas de su hacienda, ni Dios quiera que por mí se descubran las cosas que á otros conviene que encubiertas sean; y quien conocerla quisiere, búsquela en el señorío del Rey donde su afan será perdido. A Oriana se le asosegó el corazon y á todas las otras. La Reina la dijo: Creo lo que decís, pero tanto como antes dello sé, sino que pensando ser doncella, decis que es dueña. Esto basta, sin que dello mas sepais, dijo Urganda, pues que honrando vuestra corte mostró su gran lealtad. Con esto que Oriana oyó fue sosegada de su alteracion y todas las otras. Oon esto se fueron á comer, que aderezado lo tenian, como en casa donde siempre lo acostumbraban á hacer. Urganda pidió á la Reina que la dejase aposentar con Oriana y con la reina Briolanja. Así sea, dijo la Reina, mas entiendo que sus locuras os enojarán. Mas enojo harán, dijo Urganda, sus hermosuras á los caballeros que de ellas se guardaren, que contra ellas no bastará esfuerzo, ni valentía, ni discrecion para les escusar el peligro mas grave que la muerte. La Reina la dijo riendo: Entiendo que ligeramente les serán perdonados los caballeros que hasta agora han

atormentado y muerto. Urganda hubo mucho placer de lo que la Reina dijo, y despedida della, se fue con Oriana á su aposento, que era una cuadra en que cuatro camas habia: una de la reina Briolanja, otra de Oriana, otra de Mabilia y la otra para Urganda. Así holgaron hablando en muchas cosas que placer les daban hasta que se acostaron; mas despues que todas dormian, Urganda vió como Oriana despierta estaba, y díjola: Amiga y señora, si vos no dormís, razon hay que os despierte aquel que nunca sin vuestra vista sueño ni holganza hubo: y así van las holganzas unas por otras. Oriana hubo vergüenza de aquello que le decia; mas Urganda que lo entendió, díjola: Mi señora, no temais de mí porque yo vuestros secretos sepa, que así como vos los guardaré, y si algo dijere, será tan encubierto, que cuando sabido sea ya el peligro dello no podrá dañar. Oriana la dijo: Señora, hablad paso, porque destas señoras que aquí estan oido no sea. Urganda dijo: Dese miedo yo os quitaré. Entonces sacó un libro tan pequeño que en la mano se encerraba, é hízola poner allí la mano y comenzó á leer en él, y díjola: Agora sabed, que por cosa que les hagan no despertarán, y si alguna aquí entrare, luego en el suelo caerá adormida. Oriana se fue á la reina Briolanja, y quísola despertar mas no pudo, y comenzó á reir, trabándola de la cabeza y de los brazos y colgándola de la cama: y otro tanto á Mabilia; mas ni por eso despertaron; y llamó á la doncella de Denamarca, que á la puerta de la cuadra estaba, y como dentro entró cayó durmiendo. Entonces con mucho placer se fue á echar con Urganda en su cama, y díjola: Señora, mucho os ruego que pues vuestra gran discrecion y saber alcanza las cosas por venir, me digais algo de aquello que á mí acaecer podria antes que venga. Urganda la miró riendo como en desden, y dijo: Mi hija amada, ¿vos cuidais que sabiendo lo que pedís, si vuestro daño fuese qué lo huiríades? No lo creais, que lo que es por aquel muy alto Señor prometido y ordenado, nin-

guno es poderoso de lo estorbar, así del bien como del mal, si él no lo remedia; mas pues que tanto sabor habeis que algo os diga, así lo haré, y mirad si sabiéndolo haréis algo de vuestra pro. Entonces la dijo: En aquel tiempo que la gran cuita presente será, y por tí muchas gentes de tristeza atormentados, saldrá el fuerte leon con sus bestias, y de los grandes bramidos los tus guardadores asombrados, serás dejada en las sus muy fuertes uñas. Y el afanado leon derribará de la cabeza la alta corona, que mas no será tuya: y el leon hambriento será de la tu carne apoderado, así que la meterá en lassus cuevas, con que la rabiosa hambre amansada será. Agora, mi buena hija, mira lo que harás, que esto asi ha de venir. Señora, dijo Oriana, muy contenta fuera en no os haber preguntado nada, pues que en tan gran pavor me habeis puesto, con tan extraño y cruel fin. Señora y hermosa hija, dijo ella, no querais vos saber aquello que ni vuestra discrecion ni fuerza son para lo estorbar bastantes; pero de las cosas encubiertas, muchas veces las personas temen aquello de que alegrarse debian; y en tanto sed vos muy leda, que Dios os ha hecho hija del mejor Rey y Reina del mundo, con tanta hermosura, que por maravilla es en todas partes divulgada, y os hizo amar á aquel que sobre todos los que honra y prez tienen y procuran, luce como el dia sobre las tinieblas; del cual segun las cosas pasadas y por vos vistas, sin duda podeis segura estar de ser vos aquella que mas que á su propia vida ama: deso debeis, mi señora, recibir gran gloria, en ser señora sobre aquel que por su merecimiento, del mundo todo merecia ser señor: y agora es ya tiempo que estas señoras despertadas sean. Entonces sacando el libro de la cuadra, todas fueron en su acuerdo. Así como ois holgó allí Urganda, siendo muy viciosa de lo que menester habia: y en cabo de algunos dias rogó al Rey que mandase juntar todos los caballeros, y la Reina y sus dueñas y doncellas, porque les queria hablar antes que se partiese. Esto se hizo

luego en una grande y hermosa sala ricamente guarnida, y Urganda se puso en lugar donde todos oirla pudiesen. Entonces dijo al Rey: Señor, pues que las cartas que os envié á vos y á don Galaor guardastes al tiempo que de vos se partió Beltenebros, habiendo la espada ganado y la su doncella el tocado de las flores, ruégoos mucho que las hagais aquí traer, porque claramente se conozca haber yo sabido las cosas antes que viniesen. El Rey las hizo traer y leer á todos, y vieron como todo aquello que en ellas se dijera se habia enteramente cumplido, de que muy maravillados fueron, y mucho mas del gran esfuerzo del Rey en haber osado sobre palabras tan temerosas entrar en la batalla, y allí vieron como por los tres golpes que Beltenebros hizo fue la batalla vencida. El primero, cuando ante los pies de don Galaor derribó al rey Cildadan. El segundo, cuando mató aquel muy esforzado Sardaman el Leon. El tercero, cuando socorrió al Rey que Mandasabul el bravo gigante de la torre, lo llevaba só el brazo á se meter en las naos, y le cortó el brazo cabe el codo, de que socorrido el Rey el gigante fue muerto. Tambien se cumplió lo que de don Galaor dijo, que su cabeza seria puesta en poder de aquel que aquellos tres golpes haria: esto fue cuando Amadis en su regazo le tuvo como muerto al tiempo que á las doncellas que se lo demandaron le entregó. Mas ahora, dijo Urganda, cs quiero decir algunas cosas de las que por venir estan, segun los tiempos unos en pos de otros vinieren, é dijo así:

Contienda se levantará entre el gran culebro, y el fuerte leon, en que muchas animalias bravas ayuntadàs serán. Grande ira y saña les sobreverná: así que muchas dellas la cruel muerte padecerán: herido será el gran raposo romano de la uña del fuerte Leon, y cruelmente despedazada la su pelleja, por donde parte del gran culebro será en gran cuita. A aquella sazon la oveja mansa cubierta de lana negra entre ellas será

puesta, y con la su grande humildad, y amorosos halagos amansará la rigorosa braveza de sus fuertes corazones, y apartará los unos de los otros. Mas luego descenderán los lobos hambrientos desas ásperas montañas contra el gran culebro; y siendo de ellos vencido, con todas sus animalias encerrado será en una de las sus cuevas. Y el tierno unicornio, poniendo la su boca en las orejas del fuerte leon, con sus bramidos le hará del gran sueño despertar: y haciéndole tomar consigo algunas de sus bravas animalias, con paso muy apresurado será en el socorro del gran culebro puesto, y hallarlo ha mordido y dentellado de los hambrientos lobos. Así que mucha de la su sangre por entre las sus fuertes conchas derramada será, y sacándolo de las sus rabiosas bocas todos los lobos serán despedazados y maltrechos. Y siendo restituida la vida del gran culebro, lanzando de sus entrañas toda la su ponzoña, consentirá ser puesta en las crueles uñas del leon la blanca cervatica que en la temerosa selva dando contra el cielo los piadosos balidos estará retraida. Agora, buen Rey, hazlo escribir, que así todo averná. El Rey dijo que así lo haria; pero que por entonces no entendia dello nada. Pues tiempo verná, dijo ella, que á todos será muy manifiesto. Y Urganda miró á Amadis, y vióle estar pensando, y dijole: Amadis, ¿qué piensas en lo que nada te aprovecha? déjate dello, y piensa un mercado que has agora de hacer. En aquel punto á la muerte serás llegado por la agena vida, y por la agena sangre darás la tuya: Y de aquel mercado, siendo tuyo el martirio, de otro será la ganancia: y el gualardon que dende habrás será saña y alongamiento de de tu voluntad: y esa tan aguda y rica espada trastornará los tus huesos y tu carne en tal manera, que serás en muy gran pobreza de la tu sangre, y serás en tal estado, que si la mitad del mundo tuyo fuese lo darias con tal que ella quebrada fuese ó echada

en algun lodo, donde nunca se cobrase. Y agora cata que harás, que todo así como digo averná. Amadis viendo que todos en él los ojos tenian puestos, dijo con semblante alegre así como él lo tenia: Señor, por las cosas pasadas de vos dichas, podemos creer esta presente cosa verdadera; y como yo tengo creido ser mortal, y no poder alcanzar mas vida de la que á Dios pluguiere, mas es mi cuidado en dar fin justamente en las grandes y graves cosas donde honra y fama se gana, que en sostener la vida: así que si yo hubiese de temer las espantosas cosas, con mas razon lo haria en las presentes que de cada dia me ocurren que en las ocultas que por venir estan. Urganda dijo: Tan gran trabajo seria pensar quitar el gran esfuerzo de ese vuestro corazon, como sacar toda el agua de la gran mar. Entonces dijo al Rey: Señor, yo me quiero ir: acuérdeseos de lo que poco ha os dije, como quien vuestra honra y servicio desea cerrad las orejas á todos, y mas á aquellos en quien malas obras sintiéredes. Con esto se despidió de todos, y con sus cuatro compañeros, sin querer que otros algunos la acompañasen, se fué á su nave, la cual entrada en alta mar, de una gran niebla fué cubierta.

CAPITULO XIX.

De como el rey Lisuarte andaba hablando con sus caballeros sobre que queria combatir la Isla del lago Herviente por librar de la prision al rey Arban de Norgales y á Angriote de Estravaus: y como estando así vino una doncella giganta por la mar, y demandó al Rey delante de la Reina y de su corte que Amadis se combatiese con Ardan Canileo, é si fuese vencido Ardan Canileo, quedaria la Isla sujeta al Rey, y darian los presos que tanto sacar deseaba: é si Amadis fuese vencido que no querian mas de cuanto le dejasen llevar su cabeza á Madasima.

Partida Urganda como habeis oido, pasando algunos dias, andando el rey Lisuarte por el campo hablando con sus caballeros en la pasada que hacer queria á la ínsula de Mongaza donde el lago Herviente era, para sacar de la prision al rey Arban de Norgales, y á Angriote de Estravaus, vieron por la mar venir una nao que al puerto de aquella villa á desembarcar venia; y luego se fué allá por saber quien venia en ella. Cuando el Rey llegó, venia ya en un batel una doncella y dos escuderos; y como á la tierra llegaron, la doncella se levantó, y preguntó si estaba alli el rey Lisuarte. Dijéronla que sí, mas mucho fueron todos maravillados de su grandeza, que en toda la corte no habia caballero que con un gran palmo á ella igualase, y todas sus facciones, y miembros eran á razon de su altura, y era asaz hermosa y ricamente vestida, y dijo al Rey: Señor, yo os traigo un mensaje, y si os pluguiere, decir lo he ante la Reina. Así se haga, dijo el Rey. Y yéndose á su palacio, la doncella se fué tras él, estando pues ante la Reina y ante todos los caballeros y mujeres de la corte, la doncella preguntó si estaba alli Amadis de

Gaula , aquel que antes Beltenebros se llamaba. Él respondió y dijo: Buena doncella , yo soy. Ella le miró de mal semblante , y dijo: Bien puede ser que vos seais , mas agora parecerá si sois tan bueno como sois loado. Entonces sacó dos cartas que los sellos de oro traian , y la una dió al Rey , y la otra á la Reina , las cuales eran de creencia. El Rey dijo: Doncella, decid lo que quisiéredes que oir os hemos. La doncella dijo: Señor, Gromadaza la giganta del lago Herviente, y la muy hermosa Madasima , y Ardan Canileo el dudado , que para las defender con ellas está , han sabido como quereis ir sobre su tierra para la tomar. Y por que esto no se podria hacer sin gran pérdida de gente, dicen así , que lo pornán en juicio de una batalla en esta guisa : que Ardan Canileo se combatirá con Amadis de Gaula , é si le venciere ó matare , que quedando la tierra libre , le dejen llevar su cabeza al lago Herviente: y si él vencido ó muerto fuere, que darán toda su tierra á vos, señor , y al rey Ardan de Norgales , y á Angriote de Estravaus , que presos tienen, los cuales serán luego traidos aqui ; y que si Amadis tanto los ama como ellos piensan , y quiere hacer verdadera la esperanza que en él tienen , otorgue la batalla por librar tales dos amigos : y si fuere vencido ó muerto , llévelos Ardan Canileo : y si otorgar no la quiere , luego delante de sí verá cortadas sus cabezas. Buena doncella , dijo Amadis, si yo la batalla otorgo , ¿ por dónde será el Rey cierto que se cumplirá eso que decís ? Yo os lo diré , dijo ella: la hermosa Madasima con doce doncellas de gran cuenta entrará en prision en poder de la Reina en seguridad que se cumplirá ; y no lo cumpliendo son contentas que les corten las cabezas. Y de vos no quiere otra seguridad sino que si muerto fuéredes, que llevará vuestra cabeza dejándola ir segura. Y mas harán, que por este pleito entrarán en la prision del rey,

Andaquel, el jayan viejo, con dos hijos suyos y nueve caballeros, los cuales tienen en su poder presos, y villas y castillos de la ínsula. Amadis dijo: Si á poder del Rey y de la Reina vienen esos que decís, asaz hay de buenas fianzas. Mas digo os que de mí no habréis respuesta, si no me otorgais de comer conmigo y esos escuderos que con vos traeis. ¿Y porqué me convidais? dijo ella, no haceis cordura, que todo vuestro afan será perdido, que yo os desamo de muerte. Buena doncella, dijo Amadis, deso me pesa á mí porque yo os amo, y haria la honra que pudiese, y si la respuesta quereis, otorgad lo que os digo. La doncella dijo: Yo lo otorgo, mas por quitar inconveniente porque respondais lo que debeis, que por mi voluntad. Amadis dijo: Buena doncella, de me yo aventurar por tales dos amigos, y porque el señorío del Rey sea acrecentado cosa justa es: y por ende yo tomo la batalla en él nombre de Dios, y vengan esos que decís á se poner en rehenes. Ciertamente, dijo la doncella, á mi voluntad habeis respondido, y prometa el Rey si os quitáredes afuera de nunca os ayudar contra los parientes de Jamongomadan. Escusada es esa promesa, dijo Amadis, que el Rey no ternia en su compañía al que verdad no tuviese, y vamos á comer que ya es tiempo. Iré, dijo ella, y mas alegre que yo pensaba: y porque la virtud del Rey es esa que decís, yo me doy por satisfecha: y dijo al Rey y á la Reina. Mañana serán aquí Madasima, y sus doncellas, y los caballeros en vuestra prision. 'Ardan Canileo querrá luego haber la batalla; mas menester es que le asegureis de todos, salvo de Amadis, de quien llevará de aquí su cabeza. Don Bruneo de Bonamar, que allí á la sazon estaba, dijo: Señora doncella, á las veces piensa alguno llevar la cabeza agena y pierde la suya: y muy aina así podria avenir á Ardan Canileo. Amadis le rogó que se callase, mas la

doncella dijo á don Bruneo : ¿ Quién sois vos , que así por Amadis respondisteis ? Yo soy un caballero, dijo él, que muy de grado entraria en la batalla , si Ardan Canileo otro compañero consigo meter quisiese. Ella le dijo : Desta batalla sois vos escusado ; mas si tanto sabor habeis de os combatir yo os daré otro dia que la batalla pase un mi hermano que os responderá : y es tan mortal enemigo de Amadis como vos os mostrais su amigo, y creo , segun él es, que os quitará de razonar por él otra vez. Buena doncella , dijo don Bruneo , si vuestro hermano es tal como decís , bien le será menester para llevar adelante lo que vos con saña y gran ira prometiéredes , y veis aquí mi gaje que ya quiero la batalla, y tendió la punta del manto para el Rey. Y la doncella quitó de su cabeza una red de plata , y dijo al Rey : Señor , veis aquí el mio , que yo haré verdad lo que he dicho. El Rey tomó los gajes , mas no á su placer , que asaz tenia que ver en lo de Amadis y Ardan Canileo que era tan valiente y dudado de todos los del mundo , que cuatro años habia que no halló caballero que con él se osase combatir si le conociese. Esto así hecho , Amadís se fué á su posada y llevó consigo la doncella (lo que no debiera hacer por el mejor castillo que su padre tenia) , y por la hacer mas honra hízola posar en una cámara donde Gandalin le tenia todas sus armas y sus atavíos , y con ella sus dos escuderos. La doncella mirando á uno y á otro cabo , vió la espada de Amadis que muy extraña le pareció , y dijo á sus escuderos y á los otros que allí estaban , que se saliesen fuera y un poco la dejasen, y pensando que alguna cosa de las naturales que no se pueden escusar hacer queria, dejáronla sola : y ella , cerrando la puerta , tomó la espada , y dejando la vaina y guarnicion de forma que no se pareciese que de allí faltaba , la metió debajo de un ancho pelote que traia , de talle muy

extraño; y abriendo la puerta, entraron los escuderos, y ella puso al uno de ellos la espada debajo de su manto, y mandóla que encubiertamente se fuese al batel, y díjole: Tráeme la mi copa con que beba, y pensaron que por ella fuese, y el escudero así lo hizo. Entonces entraron en la cámara Amadis, y Branfil, é hiciéronla asentar en un estrado, y Amadis la dijo: Señora doncella, decidnos: ¿á qué hora verná mañana Madasima si os pluguiere? Verná, dijo ella, antes de comer: ¿mas porque lo preguntais? Buena señora, dijo él, porque la querríamos salir á recibir y hacerla todo placer y servicio: y si de mí ha recibido enojo emendarlo hia en lo que me mandase. Si no os tiráredes á fuera de lo que habeis prometido, dijo ella, y Ardan Canileo es aquel que siempre desde que tomó armas fué, darle heis por enmienda esa cabeza vuestra, que otra emienda vuestra no puede mucho valer. Deso me guardaré yo si puedo: mas si de mí otra cosa le pluguiere, de grado lo haria por alcanzar dello perdon; pero habíalo de tratar otro que mas que vos lo desease. Con esto se salieron fuera, y dejó ende, Enil y á otros que la sirviesen; mas ella habia tanta gana de se ír que mucho enojo le hacian los muchos manjares: y así como los manteles alzaron ella se levantó, y dijo á Enil: Caballero, decid á Amadis que me voy, y que crea que todo lo que en mí hizo lo perdió. Así Dios me salve, dijo Enil, creo yo, que segun vos sois, todo loque en vuestro placer se hiciere será perdido. Cualquier que sea, dijo ella, págome poco de vos, y menos dél. Pues creo, dijo Enil, que de doncella tan desmesurada como vos, ni él, ni yo, ni otro alguno poco contentar se puede. Con estas palabras, se partió la doncella, y se fué á la nao muy alegre con la espada que tenia, y contó á Ardan Canileo y á Madasima como habia su mensaje recaudado, y como la batalla aplazada quedaba, y como traia sa-

guro del Rey, por ende que sin recelo saltasen en tierra. Ardan Canileo la agradeció mucho lo que habia hecho, y dijo á Madasima: Mi señora, no me tengais por caballero sino os hago ir de aqui con honra, y vuestra tierra libre: y si antes que un hombre por ligero que sea ande media legua no os diere la cabeza de Amadis, que no me otorgeis vuestro amor. Ella calló, que no dijo ninguna cosa, que como quiera que la venganza de su padre y hermano desease en aquel que los habia muerto, no habia cosa en el mundo porque á Ardan Canileo se viese junta, que ella era hermosa y noble, y él era feo y muy desemejado y esquivo cual nunca se vió: y aquella venida no fué por su grado della, mas por el de su madre, por tener á Ardan Canileo para defensor de su tierra, y si él vengase la muerte de su marido é hijo, le queria casar con Madasima y dejarle toda la tierra. Por cuanto este Ardan Canileo fué un caballero señalado en el mundo y de gran prez y hecho de armas, la historia os quiere contar de donde fué natural, y las hechuras de su cuerpo y rostro, y las otras cosas á él tocantes.

Sabed que era natural de aquella provincia que Canileo se llama, y era de sangre de gigantes, que allí los hay mas que en otras partes: y no era descomunalmente grande de cuerpo, pero era mas alto que otro hombre que gigante no fuese: habia sus miembros gruesos, y los pechos gruesos y cuadrados, las manos y las piernas á razon de lo otro, el rostro habia grande y como de hechura de can, y por esta semejanza le llamaban Canileo; las narices habia romas y anchas, y era todo brasilado, y cubierto de pintas negras y espesas, de las cuales era sembrado el rostro y las manos y pescuezo, y habia brava catadura, así como semejanza de leon, los bezos habia gruesos y retornados, y los cabellos crespos, que apenas los podia peinar, y las barbas otrosí: era de edad de treinta y cinco años, y desde los veinte y cinco, nunca

halló caballero ni gigante, por fuertes que fuesen, que con él pudiesen á manos, ni á otra cosa de valentía: mas era tan osado y pesado, que apenas hallaba caballo que traer le pudiese. Esta es la forma que este caballero tenia: y cuando él así, como ya oistes, estaba prometiendo á la hermosa Madasima la cabeza de Amadis, dijole la desemejada doncella: Señor, con mucha razon debemos tener esperanza en esta batalla, pues que la fortuna muestra ser de vuestra parte, y contraria á vuestro enemigo, que veis aquí la su preciada espada que os traigo, la cual sin gran misterio de vuestra buena ventura, y de la gran desventura de Amadis haber no se pudiera. Entonces se la puso en la mano, y le dijo como la hubiera. Ardan la tomó y dijo: Mucho os agradezco este don que me dais, mas por la manera buena que en la haber tuvistes, que por temor que yo tenga de la batalla de un solo caballero, y luego mandó sacar de la nao tiendas, é hízolas armar en una vega que cabe la villa estaba, á donde se fueron todos con sus caballos y palafrenes, y armas de Ardan Canileo, esperando otro dia ser delante del rey Lisuarte y de la reina Brisena su mujer. Allí andaba Ardan muy alegre, por tener aplazada aquella batalla por dos cosas: la una, que sin duda pensaba traer la cabeza de Amadis, que tanto por el mundo nombrado era, y toda aquella gloria en él quedaria: la otra, que por esta muerte ganaba aquella hermosa Madasima que tanto él amaba; y esto le hacia ser orgulloso y lozano, sin que peligro alguno temiese. Así estuvieron en sus tiendas esperando el mandado del Rey; y tambien Amadis estaba en su posada con muchos caballeros de gran guisa, que siempre con él se acogian; y todos ellos temian mucho aquella batalla, tanto la tenian por peligrosa, y habian recelo de lo perder en ella: y en esta sazon llegaron Agrajes, y don Florestan, y Galvanes sin tierra, y don Guilan el Cuidador, que desto ninguna cosa sabian; porque estuvieron cazando por las florestas, y cuando supieron que

la batalla concertada estaba, mucho se quejaban porque no la hiciera de mas caballeros, donde con razon ellos pudieran entrar: y el que mas pasion en ello tenia era don Guilan, que algunas veces oyera decir ser este Ardan Canileo el mas fuerte y poderoso en armas, que otro alguno en el mundo fuese; y pesábale de muerte, porque creia que en ninguna manera Amadis le podria sufrir en campo uno por uno, é quisiera él mucho ser en aquella batalla, si Ardan otro consigo metiera, y pasar por la ventura de Amadis. Y don Florestan, que todo abrasado con saña estaba, dijo: Así Dios me salve, señor hermano, vos no me teneis en nada, ni por caballero, ó no me amais, pues que á tal sazon no tuvistes memoria de mí: y bien dais á entender que no me aprovecha aguardaros, pues que en tales peligros me haceis extraño: y tambien se le aquejaban mucho Agrajes y don Galvanes. Señores, dijo Amadis, no os quejeis, ni os pese desto para me dar culpa, que la batalla no se demandó sino á mí solo, y por mí es movida; así que no podia ni debia responder, sin que flaqueza mostrase, sino conforme á su demanda: que si de otra manera fuese, ¿de quién me habia de socorrer y ayudar sino de vosotros? Que el vuestro gran esfuerzo esforzaria al mio cuando en peligro puesto fuese. Así como oís se disculpó Amadis á aquellos caballeros, y díjoles: Bien será que cabalguemos mañana antes que el Rey salga, y recibirémos á Madasima, que muy preciada es de todos los que la conocen. Así pasaron aquella noche, hablando en lo que mas les agradaba; y la mañana venida, vistiéronse muy ricos paños; y habiendo oido misa, cabalgaron en hermosos palafrenes, y fueron á recibir á Madasima, y con ellos don Bruneo de Bonamar, y su hermano Branfil y Enil, que era muy hermoso y apuesto caballero, y alegre de corazon, y por sus buenas maneras y gran esfuerzo, muy preciado y amado de todos era: así que iban ocho compañeros, y llegando cerca de las tiendas, vieron venir á Madasima vestida de paños ne-

gros por duelo de su padre, y á su hermano: mas su hermosura era tan viva y tan sobrada, que con ellos parecia tan bien que á todos hacia maravillar; y cabe ella iban sus doncellas, de aquel mesmo paño vestidas, y Ardan Canileo la traia por la rienda, y allí venia el gigante viejo y sus hijos, y nueve caballeros que habian de entrar en las rehenes. Llegando aquellos caballeros humilláronse, y ella se humilló á ellos, al parecer con buen semejante. Amadis llegó á ella y díjola: Señora, si sois loada, esto es con gran derecho, segun que en vos parece, y por dichoso se debe tener el que vuestra conocencia hubiere para os honrar y servir, y de mí no digo que así lo haré en aquello que por vos me fuere mandado; y Ardan Canileo que le miraba, y le vió tan hermoso mas que otro ninguno que visto hubiese, no le plugo que con ella hablase, y díjole: Caballero, tiraos á fuera, y no seais atrevido de hablar á quien no conoceis. Señor, dijo Amadis, por eso venimos aquí, por la conocer y servir. Ardan le dijo como en desden: Pues agora me decid quien sois, y veré si sois tal, que debais servir doncella de tan alto linaje. Cualquiera que yo sea, dijo Amadis, la serviré de grado, y por no valer tanto como seria menester, no dejo por eso de tener ese deseo; y pues quereis saber quien soy, decidme vos quien sois, que así quereis quitar dello á quien de grado hará su mandado. Ardan Canileo le miró muy ceñudo, y díjole: Yo soy Ardan Canileo, que la podré mas servir en un dia solo, que vos en toda vuestra vida, aunque dos tanto de lo que valeis valiésedes. Bien puede ser, dijo Amadis; mas bien sé que vuestro gran servicio no se haria tan de buen corazon como el mio pequeño, segun vuestra desmesura y mal talante: y pues me quereis conocer, sabed que yo soy Amadis de Gaula, aquel cuya batalla demandais; é si yo á esta señora enojo hice y pesar, haciendo lo que sin gran vergüenza escusar no podia, muy de grado lo remediaré con otro servicio. Y Ardan dijo: Si vos osáredes

atender lo que prometistes, cierto habrá por enmienda de su enojo esta vuestra cabeza que yo la daré. Esa enmienda, dijo Amadis, no habrá á mi grado; mas habrá otra mayor que mas le cumple, que será por mí estorbado el casamiento vuestro y suyo, que no siento hombre de tan poco conocimiento que por bien tuviese que la vuestra hermosura y la suya juntas en uno fuesen. Desto que le dijo no pesó á Madasima, y rióse ya cuanto, y tambien sus doncellas; mas Ardan se ensañó tanto, que tremia todo con gran ira que en sí tomó, y ponia un semblante tan bravo y espantoso, que aquellos que tanto no alcanzaban del hecho de las armas que lo miraban, no tenian en nada la fuerza ni valentía de Amadis, en comparacion de la suya dél, y sin duda creian que aquella seria la postrera batalla y el postrero dia de su vida. Y así como oís fueron hasta llegar delante del Rey; y llegados allí, Ardan dijo: Rey, veis aquí los caballeros que entrarán en vuestra prision, por hacer firme lo que mi doncella prometió, si Amadis osare cumplir lo que puso. Amadis salió adelante, y dijo: Señor, veisme aquí que quiero la batalla sin mas tardar, y dígoos, que aunque no la hubiese prometido, yo la tomaria, solamente por desviar á Madasima de tan descomunal casamiento; mas yo quiero que venga el rey Arban de Norgales y Angriote de Estravaus, y que esten en parte que los haya yo si la batalla venciere. Ardan Canileo dijo: Yo los haré venir donde fuere la batalla, y si llevare vuestra cabeza, que lleve los presos, y tambien llevaré á Madasima y á sus doncellas que sean en guarda de la Reina, que con ella se cumpla lo que está pleiteado: mas converná que la haga estar donde vea la batalla, y la venganza que yo la haré haber. Pues así como oís, fue en poder de la Reina aquella hermosa Madasima y sus doncellas; y en poder del Rey, el gigante viejo y sus hijos, y los nueve caballeros: pero de Madasima os digo, que pareció ante la Reina con tanta humildad y discrecion, que como quiera que de su venida tanto peligro á

Amadis ocurria, de que todas habian gran pesar, mucho fueron della contentas, y mucha honra la hicieron: mas Oriana y Mabilia, viendo el bravo continente de Ardan Canileo, mucho fueron espautadas y en gran cuidado y dolor puestas, y muchas lágrimas retraidas en su cámara derramaron, creyendo que el gran esfuerzo de Amadis no era bastante contra aquel diablo; y si alguna esperanza tenian, no era sino en la grande ventura que de grandes peligros muchas veces le habia sacado en tan graves cosas, que muy poca esperanza se tenia de ser por él ni por otro alguno vencidas; aunque Mabilia siempre con grandes consuelos á Oriana en buena esperanza ponia. Esto así hecho, y aplazada la batalla para otro dia, el Rey mandó á sus monteros y ballesteros, que cercasen de cadenas y palos un campo que delante de su palacio estaba, porque por culpa de los caballos los caballeros no perdiesen algo de su honra; lo cual visto dende una finiestra por Oriana, considerando el peligro que allí á su amigo se le aparejaba, fue tan desmayada, que casi sin sentido en los brazos de Mabilia cayó. El Rey se fue á la posada de Amadis, donde muchos caballeros estaban, y dijoles que pues la Reina y su hija, y la reina Briolanja, y todas las otras dueñas y doncellas aquella noche iban á su capilla, por que Dios guardase aquel su caballero, que le queria llevar consigo á su palacio, y con él á Florestan, y á Agrajes, y á don Galvanes, y á Guilan, y á Enil, y que ellos holgasen así como estaban: y dijo á Amadis que mandase sus armas á la capilla, porque lo queria otro dia armar ante la Vírgen María, porque con su glorioso Hijo abogada le fuese: pues ellos yéndose con el Rey, Amadis mandó á Gandalin que las armas le llevase donde el Rey mandaba; mas él tomándolas para cumplir su mandado, y no hallando en la vaina la espada, fue tan espantado dello y tan triste, que mas quisiera la muerte, así por acaecer aquello en tiémpo de tan gran peligro, como por lo tener por señal que la muerte de su

señor era cercana: y buscóla por todas partes, preguntando á aquellos que algo della podian saber: mas cuando ningun recaudo halló, estúvose en punto de se derribar de una finiestra abajo en la mar, si á la memoria no le viniera con ello perder el ánima; y fuese al palacio del Rey con gran angustia de su corazon; y, apartando á Amadis, le dijo: Señor, cortadme la cabeza que os soy traidor, y si no lo haceis, matarme he yo. Amadis le dijo: ¿Dónde enloqueciste, ó qué mala ventura es esta? Señor, dijo él, mas valdria que yo fuese loco ó muerto, que no que á tal tiempo hubiese venido tal desdicha, pues sabed que he perdido vuestra espada que de la vaina la hurtaron. Amadis le dijo: ¿Y por eso te quejas? pensé que otra cosa peor te aconteciera: agora te deja dello, que no faltará otra con que Dios me ayude si le pluguiere: y como quiera que por le consolar esto le dijo, mucho le pesó de la pérdida de la espada, así por ser una de las mejores del mundo, y que tanto en aquella sazon menester la habia, como por la haber ganado con la fuerza de los amores que tenia á su señora; porque viéndola, y de esto se acordando, era gran remedio á los sus mortales deseos, cuando ausente della se hallaba; y dijo á Gandalin, que no lo dijese á ninguno, y que la vaina le trajese: y que supiese de la reina Brisena, si la espada suya que don Guilan con las otras armas, le habia traido si se podria haber, y que procurase de traérsela: y que si pudiese ver á su señora Oriana, que de su parte la dijese, que cuando él y Ardan Canileo en el campo entrasen, se pusiese en parte que la pudiese ver, porque su vista le haria vencedor en aquello y en otra cosa que mas grave fuese. Gandalin fue á recaudar esto que su señor le mandó, y la Reina le mandó dar la espada. Mas la reina Briolanja y Olinda le dijeron: ¡Ay Gandalin! ¿qué piensas que podrá hacer tu señor contra aquel diablo? El les dijo riendo y de buen semblante: Señoras, no es este el primer hecho peligroso que mi señor acometió, y así como

Dios le guardó hasta aquí, así le guardará agora; que otros muchos mas espantosos y de gran peligro ha acabado á su honra, y así hará con este. Así plega á Dios, dijeron ellas. Entonces se fue para Mabilia, y díjola que dijese á Oriana lo que su señor le enviaba á pedir; y con esto se tornó á la capilla donde sus armas tenia, y dijo á su señor como lo dejaba todo á su voluntad, de que hubo mucho placer y esfuerzo en saber que su señora estaria en tal parte donde desde el campo la pudiese ver. Entonces apartando al Rey de los otros caballeros, le dijo: Sabed, señor, que yo he perdido la mi espada, y nunca hasta agora lo supe, y dejáronme la vaina. Al Rey le pesó dello, y díjole: Como quier que yo haya puesto y prometido de nunca dar mi espada á ningun caballero que uno por uno en mi corte se combatiesen, darla he agora á vos, acordándoseme de aquellas grandes afrentas en que la vuestra en mi servicio puesta fue. Señor, dijo Amadis, á Dios no plega que yo que tengo de adelantar y hacer firme vuestra palabra, sea causa de la quebrar, habiéndolo prometido ante tantos hombres buenos. Al Rey le vinieron las lágrimas á los ojos, y dijo: Tal sois vos para mantener todo derecho y lealtad; ¿mas qué haréis pues que aquella tan buena espada haber no se puede? Aquí tengo, dijo él, aquella con que fuí echado en la mar, que don Guilan aquí trajo, y la Reina la mandó guardar. Con esta y con vuestro ruego á nuestro Señor, que ante él mucho valdrá, podré yo ser ayudado. Entonces la puso en la vaina de la otra, é vínole bien, aunque algo era menor. Al Rey le plugo dello, porque llevando la vaina consigo, por la virtud de ella le quitaria el gran calor y frio que tal constelacion tenian aquellos huesos de las serpientes de que era hecha: pero muy alongada estaba esta espada de la bondad de la otra. Así pasaron aquel dia, hasta que fue hora de dormir, que todos aquellos caballeros que oistes tenian sus armas al derredor de la cama del Rey. Mas de Ardan os digo, que aquella noche toda hizo en sus tiendas á to-

da su gente hacer grandes alegrías, y danzar y bailar, tañendo instrumentos de diversas maneras, y en cabo de sus cánticas, decian todos en alta voz: Llega, mañana, llega, y trae el dia claro, porque Ardan Canileo cumpla lo que prometido tiene á aquella hermosa Madasima. Mas la fortuna en esto les fue contraria en ser de otra manera que ellos pensaron. Amadis durmió aquella noche en la cámara del Rey; mas el sueño que él hizo no le entró en pro, que luego á la media noche se levantó sin decir ninguna cosa, y fuese á la capilla; y despertando al capellan, se confesó con él de todos sus pecados, y estuvieron entrambos haciendo oracion ante el altar de la vírgen María, rogándola que fuese su abogada en aquella batalla: y el alba venida, levantóse el Rey y aquellos caballeros que oistes, y oyeron misa, y armaron á Amadis tales caballeros que muy bien lo sabian hacer: mas antes que la loriga vistiese, llegó Mabilia, y echóle al cuello unas reliquias guarnecidas en oro, diciendo que la Reina su madre della se las habiá enviado con la doncella de Denamarca, mas no era así, que la reina Elisena las dió á Amadis cuando por su hijo le conoció, y él las dió á Oriana al tiempo que la quitó á Arcalaus y á los que las llevaban: de que fue armado, trajéronle un gran caballo que Corisanda con otras donas habia á don Florestan su amigo enviado, y don Florestan le llevaba la lanza, y Guilan el escudo, y don Bruneo el yelmo; y el Rey iba con un buen caballo y un baston en la mano: y sabed que toda la gente de la corte y de la villa estaban por ver la batalla en derredor del campo, y las dueñas y doncellas á las finiestras; y la hermosa Oriana y Mabilia, á una ventana de su cámara; y con la Reina estaban Briolanja y Madasima y otras infantas. Llegado Amadis al campo, alzaron una cadena, y entró dentro y tomó sus armas, y cuando hubo de poner el yelmo, miró á su señora Oriana, y vínole tal esfuerzo, que le pareció que en el mundo no habia cosa tan fuerte que se le pudiese amparar. Entonces entraron en el cam-

po los jueces, que á cada uno su derecho habia de dar, y eran tres: el uno aquel buen viejo don Grumedan, que desto mucho sabia, y don Cuadragante que vasallo del Rey era, y Brandoivas. Entonces llegó Ardan Canileo bien armado y encima de un gran caballo, y su loriga de gruesa malla, y traia un escudo y yelmo de un acero tan limpio y tan claro como un claro espejo; y ceñia la buena espada de Amadis que la doncella le hurtara, y una gruesa lanza, doblegándola tan recio, que parecia que la queria quebrar, y así entró en el campo. Cuando así le vió Oriana, dijo con gran cuita: ¡Ay mis amigas, qué airada y temerosa viene la mi muerte, si Dios por su gran piedad no lo remedia! Señora, dijo Mabilia, dejaos deso, y haced buen semblante, porque con él deis esfuerzo á vuestro amigo. Entonces don Grumedan tomó á Amadis, y púsole á un cabo del campo, y Brandoivas puso al otro á Ardan Canileo, puestos los rostros de los caballos uno contra otro; y don Cuadragante en medio, que tenia en su mano una trompa, que al tañer de ella habian los caballeros de mover. Amadis, que á su señora miraba, dijo en alta voz: ¿Qué hace Cuadragante que no tañe la trompa? Cuadragante la tañó luego, y los caballeros movieron á gran correr de los caballos, é hiriéronse de las lanzas en los escudos tan bravamente, que ligeramente fueron quebradas, y topáronse uno con otro: así que el caballo de Ardan cayó sobre el pescuezo, y fue luego muerto, y el de Amadis hubo la una espalda quebrada, y no se pudo levantar: mas Amadis con la su gran viveza de corazon se levantó luego, empero á gran afan, que un trozo de lanza tenia metido por el escudo y por la manga de la loriga sin le tocar en la carne; y sacándole dél, metió mano á su espada, y fuese contra Ardan Canileo, que levantado se habia con trabajo, y estaba enderezando su yelmo: y cuando así le vió, puso mano á su espada, y fuéronse á herir tan bravamente, que no hay hombre que los viese que no se espantase, que sus golpes eran tan fuertes y tan

apriesa, que las llamas de fuego de los yelmos y de las espadas hacian salir, que semejaba que ardian: pero mucho mas esto parecia en el escudo de Ardan Canileo, que como de acero fuese, y los golpes de Amadis tan pesados, no parecia sino que el escudo y brazos en vivas llamas se quemaba: mas su gran fortaleza defendia las carnes que cortadas no fuesen, lo cual era mortal daño de Amadis, que como sus armas tan recias no fuesen, y Ardan tenia una de las mejores espadas del mundo, nunca golpe le alcanzaba, que las armas y la carne no le cortase: así que en muchas partes andaba teñido de la su sangre, y todo el escudo casi deshecho, y la espada de Amadis no cortaba nada en las armas de Ardan Canileo que eran fuertes: mas aunque la loriga de gruesa y fuerte malla era, ya estaba rota por muchos lugares, que por todos ellos le salia mucha sangre: y lo que á aquella hora á Amadis mas aprovechaba, era su gran ligereza, que con ella todos los mas golpes le hacia perder: aunque Ardan Canileo habia mucho usado las armas, y gran sabidor de herir de espada fuese. En tal priesa como oís, anduvieron dándose grandes y esquivos golpes hasta hora de tercia, trabándose á manos y á brazos tan duramente, que Ardan Canileo era metido en gran espanto, que nunca hallara tan fuerte caballero, ni tan valiente gigante que tanto á la su valentía resistiese: y lo que mas su batalla le hizo dudar, era que siempre á su enemigo hallaba mas ligero y con mayor fuerza que al comienzo, siendo él cansado y laso, y todo lleno de sangre. Entonces conoció bien Madasima que fallecia de lo que prometiera, que habia de vencer á Amadis en menos que media legua se anduviese: de lo cual á ella no pesaba, ni aunque allí Ardan Canileo la cabeza perdiese, porque su pensamiento tan alto era, que mas queria perder toda su tierra, que ser junta al casamiento de tal hombre. Los caballeros se herian de muy grandes y fuertes golpes por todas las partes donde mas mal se podian hacer, y cada uno de ellos

pugnaba de llegar al otro á la muerte: y si Amadis tan fuertes armas trajera, segun su gran viveza y lo que el aliento le duraba, no le pudiera el otro tener campo: pero todo lo que él hacia y trabajaba le era bien menester, que lo habia con muy fuerte y esquivo caballero en armas: mas como él todas sus armas trajese rotas y el escudo deshecho, y la carne por muchos lugares cortada, donde mucha sangre le salia, cuando Oriana así le vió, no pudiéndoselo sufrir el corazon, quitóse con gran angustia que sintió de la ventana; y sentada en el suelo se hirió con sus manos en el rostro, pensando que á su amigo Amadis se le acercaba la muerte. Mabilia que así la vió herir, de corazon la pesó, é hízola tornar allí mostrándola gran saña, diciéndola: que á tal hora y á tal peligro, no debia desamparar á su amigo: y porque no le pudo sufrir de ver tan mal trecho, púsose de espaldas; porque viese los sus muy hermosos cabellos, porque mas esfuerzo y ardimiento su amigo tomase. Ellos estando en esta sazon, dijo Brandoivas, que era uno de los jueces: mucho me pesa de Amadis, que le veo muy menguado de sus armas y de su escudo: así me parece, dijo Grumedan, de que gran pesar tengo. Señores, dijo Cuadragante, yo tengo probado á Amadis cuando con él me combatí, por tan valiente y con tanto ardimiento, que siempre parece que la fuerza se le dobla: y es el caballero de cuantos yo ví, que mejor sabe mantener y de mas aliento, y véole agora en toda su fuerza entera, lo que no es en Ardan Canileo, antes siempre enflaquece: é si algo daña á Amadis, no es sino la gran priesa que se da, que si se sufriese, haria andar tras sí á su contrario, y la gran pesadumbre le cansaria: pero la su gran ardideza no le deja asosegar. Oriana y Mabilia que esto oyeron, mucho fueron consoladas; mas Amadis que á su señora viera quitar de la ventana, y despues allá no habia mirado, pensó que por duelo dél lo habia hecho, fue con gran saña contra Ardan Canileo, y apretó la espada en la mano,

é hirióle de toda su fuerza por encima del yelmo, de tan fuerte golpe, que le atordeció é hincó una rodilla en el suelo, y como el golpe fue tan grande, y el yelmo tan fuerte, quebrantó la espada en tres partes: así que la mas pequeña le quedó en la mano. Entonces fue él en todo pavor de muerte, y así lo fueron todos los que lo miraban. Cuando esto Ardan Canileo vió, arredróse dél por el campo, y tomó el escudo por las embrazaduras, y esgrimiendo la espada, dió una gran voz que todos la oyeron, y dijo á Amadis: Ves aquí la tan buena espada que por tu mal ganastes, cátala bien, que esta es, y con ella morirás: y luego dió grandes voces, y dijo: Salid, salid á la finiestra, señora Madasima, y veréis la hermosa venganza que yo os daré, y como por mi proeza os he ganado, en tal forma, que ninguna otra tal amiga como vos teneis terná. Cuando esto oyó Madasima, fue muy triste, y echóse ante los pies de la Reina, y pidióle merced que dél la defendiese, lo que con mucha razon se podia hacer: que Ardan Canileo le prometiera de matar ó vencer á Amadis, antes que por un hombre media legua andada fuese, y si no lo hiciese, que nunca le otorgase su amor. Pues si aquel tiempo era pasado con mas de cuatro horas, ella lo podia ver, y la Reina dijo: Yo oigo lo que decís, y haré lo que justo fuere. Amadis, cuando así se vió las armas hechas pedazos, sin espada, vínole en mientes lo que Urganda le dijera, que daria la mitad del mundo, siendo suyo, porque la su espada echada fuese en un lago, y miró á la ventana donde Oriana estaba, y viéndola de espaldas, bien conoció que la su contraria fortuna dél lo causara: y crecióle tan grande esfuerzo, que puso en toda ventura su vida, queriendo mas morir, que dejar de hacer lo que podia, y fuese contra Ardan Canileo, como si estuviese aparejado para le herir: y Ardan alzó la espada y aguardóle, y como llegó, quísole herir: mas Amadis hurtó el cuerpo é hízole perder el golpe, y juntóse tan pronto con él sin que el otro pudiese meter en medio la es-

pada, y trabóle del brocal del escudo tan recio, que se le llevó del brazo, y hubiera dado con él en el suelo; y desvióse dél, y embrazó el escudo, y tomó un pedazo de una lanza que delante de sí halló, y con él le hirió; y tornó luego contra Ardan bien cubierto de su escudo; y Ardan que con gran saña estaba porque así el escudo perdiera, fue para él, y pensóle herir por encima del yelmo. Amadis alzó el escudo y recibió en él el golpe, y aunque muy fuerte era y de fino acero, entró la espada por el brocal bien tres dedos: y Amadis le hirió con el pedazo de la lanza en el brazo derecho á par de la mano, que la mitad del hierro le metió por entre las cañas: é hízole perder la fuerza, en tal guisa, que no pudiendo sacar la espada, la llevó Amadis en el escudo: y si desto fue muy alegre y contento, no es de preguntar ni decir: así que entonces echó muy alueñe de sí el trozo de la lanza, y sacó la espada del escudo, agradeciendo á Dios aquella merced que le hizo. Mabilia, que lo miraba, dió de las manos á Oriana, é hízola volver, porque viese á su amigo alcanzar aquella gran victoria sobre el peligro tan grande en que hasta agora habia estado. Pues Amadis se fue para Ardan, el cual fue luego enflaquecido en ver así su muerte: y pensando no hallar guarida ni remedio, quiso tomar el escudo á Amadis como él se lo habia tomado; mas el otro, que cerca lo vió, dióle un golpe por encima del hombro izquierdo, en tal manera que le cortó las armas y gran parte de la carne y de los huesos: y como vió que habia perdido la fuerza del brazo, desvióse por el campo con el gran miedo que á la espada tenia: mas Amadis andaba tras él, y despues que lo vió cansado y desacordado, trabóle por el yelmo tan reciamente, que lo hizo á sus pies caer, y llevó el yelmo en sus manos, y fue luego puesto sobre él de rodillas, y cortándole la cabeza puso gran alegría en todos, especialmente en el rey Arban de Norgales, y en Angriote de Estravaus, que muchas angustías y dolores habian pasado cuando vieron á Amadis en el estrecho

que ya oistes. Esto así hecho, tomó Amadis la cabeza, y echóla fuera del campo, y llevó arrastrando el cuerpo hasta una peña, que dió con él en la mar, y limpiando la espada de la sangre, la metió en la vaina: y luego el Rey le mandó dar un caballo en que herido de muchas llagas y perdida mucha sangre, acompañado de muchos caballeros á su posada se fue; pero antes hizo sacar de las crueles prisiones al rey Arban de Norgales y á Angriote de Estravaus, y los llevó consigo; y enviando al rey Arban de Norgales á la reina Brisena su tia, que se lo envió á demandar en su cámara dél, teniendo á aquel su leal amigo Angriote, en uno fueron curados, Amadis de sus llagas que muchas tenia, y Angriote de los azotes y otras heridas que en la prision le dieron. Allí fueron visitados con mucho amor, de los caballeros y dueñas y doncellas de la corte, y Amadis de su prima Mabilia, que le traia aquella verdadera medicina con que su corazon pudiese enviar á los otros menores males, siendo en él esforzada la salud que para su reparo le convenia.

CAPITULO XX.

Como se hizo la batalla entre D. Bruneo de Bonamar y Madamar el envidioso hermano de la doncella Desemejada y del levantamiento que hicieron con envidia á estos caballeros amigos de Amadis, por lo cual Amadis se despidió de la corte del rey Lisuarto.

Pasada esta batalla de Amadis y Ardan Canileo (como ya oistes) luego otro dia pareció ante el rey don Bruneo de Bonamar, y con él muchos buenos caballeros de quien amado y preciado era, y halló allí á la doncella desemejada que estaba diciendo al Rey, que su hermano estaba

aparejado para la batalla, que mandase venir á aquel con quien se habia de combatir: y como quiera que la venganza hecha en él poca fuese, segun el valor de aquel valiente Ardan Canileo, que pues mas hacer no se podia con aquella emienda pobre serian algo consolados. Don Bruneo dejando de responder á aquellas locas palabras, dijo que luego la batalla queria. Así que luego el uno y el otro fueron armados, y metidos en el campo, cada uno acompañado de aquellos que bien le querian, aunque diferente fuese que con D. Bruneo fueron muchos y preciados caballeros, y con Madamar el envidioso, que así habia nombre, tres caballeros de su compañía, que las armas le llevaban; y desque los jueces los pusieron en aquellos lugares que para la batalla les convenia, ellos corrieron contra sí los caballos al mas ir que pudieron, y de los primeros encuentros las lanzas quebraron en piezas. Madamar fue fuera de la silla, don Bruneo llevó metida por el escudo una parte de la lanza que se lo falsó, y le hizo una pequeña herida en el pecho; mas cuando tornó el caballo vió al otro con su espada en la mano á guisa de se defender, y díjole: Don Bruneo si tu caballo perder no quieres desciende dél, ó déjame cabalgar en el mio. Eso y lo que quisiéredes, dijo don Bruneo, aquello haré. Madamar, creyendo que á pié mejor que á caballo se podria combatir, segun la grandeza de su cuerpo y la pequeñeza del otro, díjole: Pues que en mí lo dejas desciende, y á pié hayamos la batalla; y don Bruneo se tiró á fuera y descendió del caballo y comenzaron entre sí una brava batalla, así que en poco espacio de tiempo sus armas fueron en muchos lugares rotas y sus carnes cortadas, por donde mucha sangre les salia y los escudos desechos en los brazos, sembrando el suelo de rajas dellos; y cuando así andaban en esta tan gran priesa que oís, acaeció una extraña cosa, por donde parece que en las animalías hay conocimiento de sus señores; que los caballos que sueltos en el campo quedaron juntándose el uno con el otro comenzaron entre sí una pelea de bocados

y pernadas, con tanta porfía y enemistad que todos dello eran mucho maravillados, y tanto duró que el caballo de Madamar no lo pudiendo ya sufrir, huyendo ante el otro saltó con el gran miedo las cadenas de que el campo cercado estaba, lo cual por buena señal tuvieron aquellos que la victoria de la batalla á don Bruneo deseaban; y tornando á meter mientes en la batalla de los caballeros vieron como don Bruneo aquejaba á su enemigo de grandes y duros golpes, de forma que él se tiró á fuera y dijo: Don Bruneo, ¿porqué te aquejas el dia no es asaz largo? Súfrete un poco y holguemos, que si miras á tus armas, y á la sangre que de tus llagas sale bien te hará menester. Madamar dijo: D. Bruneo, si nuestra batalla fuese de otra cualidad, y no con enemistad tan crecida luego en mí hallarias toda cortesía y sufrimiento; mas segun la gran soberbia que hasta aquí has tenido si en esto que pides yo viniese seria causa que tu fama y valor fuese menoscabado; así que no por el bien que yo te deseo, mas porque venciéndote alcance mas gloria, no quiero dar lugar á que tu flaqueza manifiesta sea, y guárdate que no te dejaré holgar. Entonces se acometieron como de antes; mas no tardó mucho que don Bruneo mostrando la gran fuerza y ardimiento de su corazon, no trajese ya á Madamar tan aquejado, que en otra cosa no entendia sino en se defender y guardar los golpes; los cuales no pudiendo ya sufrir se retrajo cuanto mas pudo á la parte de la mar, pensando que allí entre algunas peñas defender se podria; mas viendo la hondura tan alta y espantable detúvose, y llegó don Bruneo de Bonamar que le seguia, y tomólo tan cerca que no se pudo valer, y dióle con el escudo y con las manos, empujándole tan recio que lo despeñó de tan alto que fue hecho piezas antes que al agua llegase. Entonces hincó las rodillas agradeciendo á Dios aquella tan gran merced que le habia hecho. Cuando Mataleza la desemejada doncella esto vió, entró en el campo corriendo cuanto mas pudo, y llegó á aquel gran despeñadero á gran afan, y

vió como las ondas de la mar traian á uno y á otro cabo la sangre y carne de su hermano, y tomando la espada de su hermano que allí se le cayera, dijo: Aquí donde queda la sangre de mi tio Ardan y la de mi hermano quiero que la mia quede porque mi ánima con las suyas allá donde estuvieren sea juntada; é hiriéndose con la espada por el cuerpo, se dejó caer atrás por aquel despeñadero, así que toda fue deshecha. Esto así acabado cabalgando don Bruneo en su caballo con mucho loor del Rey y de todos los que allí estaban, acompañado de muchos dellos se fue á la posada de Amadis, donde en un rico lecho cabe el suyo y el de Angriote, juntamente con ellos fue curado. Allí eran visitados así de caballeros como de dueñas y doncellas muy á menudo, por les dar descanso y placer; mas la reina Briolanja con acuerdo de Amadis, viendo que su mal se dilataba tomando dél licencia se partió para su reino; pero antes quiso ver las maravillas de la ínsula Firme, y probarse en la cámara defendida, y llevó á Enil consigo que todo se lo hiciese mostrar, y prometió á Oriana de le hacer saber todo lo que hallase y le aconteciese, lo cual se dirá adelante.

Y en esto que la historia proceder quiere, podeis ver á que tampoco basta la fuerza del seso humano, cuando aquel alto Señor, aflojadas las riendas, alzada la mano, apartando su gracia permite que el juicio del hombre en su libre poder quede, por donde os será manifiesto si los grandes estados, los altos señoríos, pueden ganados y gobernados ser con la discrecion y diligencia de los hombres mortales; ó si faltando su divinal gracia, la gran soberbia, la gran codicia, la muchedumbre de las armadas gentes, son bastantes para le sostener. Ya habeis oido como el rey Lisuarte, siendo infante, solamente poseyendo sus armas y caballos con algunos pocos servidores, andando como caballero andante buscando las aventuras, llegando al reino de Denamarca, la fortuna que así lo quiso, aquella infanta Brisena, hija de aquel Rey, que por su gran beldad y sobrada virtud preciada y demandada de mu-

chos príncipes y grandes hombres era, á todos ellos desechando, este infante della muy amado fué, tomándole entre todos ellos por su marido. Esta fué la primera buena ventura que hubo, que entre las terrenales por una de las mejores tener se debe. Pues no contenta su dicha con esto, queriéndolo el poderoso Señor fué sin heredero alguno Falangris su hermano, rey de la Gran Bretaña, desta presente vida partido; así que sin mucho intervalo este desheredado infante rey es hecho, no como los de su tiempo que solamente con sus naturales con sus reinos contentos eran; mas ganando y señoreando los agenos, viniendo á su corte hijos de reyes, de grandes príncipes y duques; entre los cuales eran aquellos tres hermanos Amádis y D. Galaor y Florestan, con otros muchos de gran cuenta, entre los emperadores y reyes del mundo la su gran claridad sobre todos ellos vista era, y si algo escurecido fué con el don que á la engañosa doncella prometió, que fué causa de ser en prision de Arcalaus, mas á esfuerzo de corazon, que á mal recaudo atribuir se debe; porque en aquel tiempo el gran esfuerzo, el prez de las armas en los reyes, en los príncipes y grandes señores, señaladamente sobre los otros mas bajos florecia, así como en los Griegos y Troyanos en las historias antiguas se halla. ¿Pues qué dirémos aun mas de la grandeza de este poderoso Rey? En su corte eran venidas las aventuras extrañas, que habiendo mucho tiempo por el mundo andado, y no hallando quien cabo les diese, allí con gran gloria suya acabadas fueron, pues no era razon quedar en olvido el vencimiento de aquella dolorosa y espantable batalla que con el rey Cildadan hubo, donde tantos gigantes, tan fuertes y tan esquivos, tantos valientes caballeros de su sangre y otros de gran guisa, y por el mundo muy nombrados por la gran virtud y esfuerzo dél y de los suyos, muertos y destruidos fueron, y luego á poco tiempo aquel esforzado y famoso Ardan Canileo, que por todas las tierras que anduvo nunca halló cuatro caballeros que campo le mantu-

viesen, en la deste Rey por un solo caballero fué vencido y muerto. Pues dirémos agora que estas buenas venturas que hubo lo causó ser este Rey, como lo era, muy gracioso y humano y franco y esforzado. Por cierto en alguna manera se podria creer, si en ello se supiera gobernar, y con causa tan liviana todo lo mas dello no deshiciera, ni derramara, como agora oiréis, por donde se debe creer que cuando alguno de muchas buenas aventuras es abastado, y su juicio y discrecion para lo conservar no basta, que á él no se deben atribuir, mas á aquel muy alto y poderoso Señor, que á quien le place las da, con tal secreto que á nosotros seria gran locura procurar de lo saber. Agora sabed aquí que en esta corte de este rey Lisuarte habia ancianos caballeros que al rey Falangris, su hermano, mucho tiempo sirvieron, así que con aquella antigua crianza mas que con virtud ni buenas mañas, dándoles autoridad sus crecidos años en el consejo del rey Lisuarte fueron puestos: el uno dellos habia nombre Brocadan y el otro Gandandel: y este Gandandel tenia dos hijos, que por preciados caballeros antes que Amadis y sus hermanos y los de su linaje viniesen eran tenidos; mas la sobrada bondad y fortaleza destos habia puesto en olvido la fama de aquellos dos caballeros, de lo cual gran angustia en el corazon de su padre Gandandel teniendo, pensó tanto que no teniendo á Dios, ni mirando la fe que á su señor el Rey debia, ni á las honras y buenas obras de Amadis y de su linaje recibidas, quiso por honra y provecho particular suyo dañar y escurecer lo general á que mas obligado era, urdiendo y fabricando en sus malas entrañas una gran traicion en esta guisa, hablando un dia al Rey le dijo: Señor, menester es á vos y á mí que apartadamente me oyais, que grandes dias ha que me sufro de vos hablar, pensando que el hecho por otra via seria remediado, en lo cual conozco que os he errado malamente, porque segun el mal cada dia crece, muy necesario os es tomar consejo. Cuando el Rey

esto oyó, quiso saber que cosa era; y tomándole consigo, se metió en su cámara sin que otro alguno ahí estuviese: y díjole: Agora decid lo que os pluguiere, y Gandandel le dijo: Señor, siempre hube sabor de guardar mi ánima y honra y no hacer ningun mal aunque pudiese: merced á Dios, así que muy libre y sin pasion estoy para que mi juicio pueda sin intervalo aconsejar vuestro servicio: y vos, señor, haced aquello que mas os cumple: y porque entiendo que erraria á Dios y á vos si lo callase, acordé de os decir esto. Ya sabeis, señor, como de grandes tiempos á esta parte grandes discordias siempre hubo entre el Reino de Gaula y la Gran Bretaña, y como de razon aquel Reino á este sujeto debia ser reconociéndole señorío, como todos los comarcanos lo hacen, y esta es una dolencia que la salud della fin no tiene, hasta que la justa conclusion en esto viniese. Agora he visto como siendo Amadis no solamente natural de alli, mas señor principal de su linaje, son metidos en vuestra tierra tan apoderadamente, y con tanta aficion de los vuestros naturales, que otra cosa no parece sino ser en su mano de se alzar con la tierra, como si derecho heredero della fuese. Verdad es, que deste caballero y de sus hermanos parientes nunca recebí sino mucha honra y placer, á lo cual les soy obligado con mi persona é hijos y hacienda. Pero con lo vuestro que sois mi señor y rey natural, nunca á Dios plega, antes lo suyo y mio tengo yo de posponer por la menor cosa de lo vuestro; que de otra manera en este mundo caeria en mal caso, y en el otro mi ánima en los infiernos. Así que, mi señor, dicho he lo que obligado era descargando lo que os debo: mandad lo remediar con tiempo, antes que la dilacion mayor peligro traiga, que segun vuestra grandeza, mas honrada y descansadamente con los vuestros pasar podeis, que con los agenos contrarios de los naturales vuestros, estar en gran peligro de vuestro estado, aunque al presente otra cosa parezca. El Rey le dijo sin ninguna alteracion que

dello le ocurriese: Estos caballeros me han servido tan bien y tan á mi honra y provecho, que no puedo pensar dellos sino todo bien. Señor, dijo Gandandel, esa es la peor señal en que mirar debeis, porque si os desirviesen guardaros os hiades dellos como de contrarios, mas los grandes servicios tienen en sí oculto y encerrado el engaño en aquellos que al fin no podrán negar la natural, como ya os dije. En esto que oís quedó la habla, porque el Rey no le replicó mas: pero habló luego este Gandandel con el otro que Brocadan se llamaba, que su cuñado era, y conforme á sus malas maneras, y diciéndole todo lo que habia con el Rey pasado, se puso en la misma negociacion; así que con lo que el uno y otro dijeron, atribuyéndolo todo al bien del reino, el Rey fuese en gran manera movido á mucha alteracion contra aquellos que en otra cosa no pensaban sino en le servir, olvidando aquel gran peligro de que don Galaor le libró, cuando iba preso en poder de los diez caballeros de Arcalaus, y el otro de que por Amadis llamándose Beltenebros fué socorrido cuando Mandasabul el bravo gigante de la torre Bermeja le llevaba, sacándolo de la silla só el brazo á las naos, que en cada uno destos se puede con mucha razon decir serle restituida la vida con todos sus reinos.

¡Oh reyes y grandes señores que el mundo gobernais, cuánto es á vosotros anejo y convencible este ejemplo, para que dél os acordando pongais en vuestros secretos hombres de buena conciencia y de buena voluntad, que sin engaño y sin malicia las cosas no solamente de vuestro servicio, mas las de vuestro deservicio junto con las de vuestra salvacion os digan! Alejando de vosotros los semejantes que estos Brocadan y Gandandel, y otros muchos á ellos conformes, que por vuestras cortes andan, pensando y trabajando como con muchas lisonjas, con muchas encubiertas engañosas de os alejar del servicio de aquel vuestro Señor, cuyos ministros sois sola-

mente; porque ellos y sus hijos alcancen honras é intereses, como estos malos hombres hicieron. Mirad, mirad por vosotros catad que á los que grandes señoríos son encomendados, muy larga y buena cuenta han de dar á aquel Señor que se los dió, y si tal no es aquella gloria, aquel mando y muchos vicios que en este mundo tuvistes, en el otro, donde sin fin de durar habeis, de muchas angustias y dolores vuestras ánimas afligidas y atormentadas serán, y no solamente en tanta dilacion seréis dejados, mas en este siglo donde por vosotros la honra y la fama tan predicada es, y en tanto cuidado de vuestros ánimos por lo sostener son puestos, de aquella seréis abajados, como este rey Lisuarte lo fué; creyendo y dando fe mas á las palabras de aquellos en quien malas obras sabian tener, que á lo que por sus ojos propios via con mucha mengua y deshonra de su corte, sin que remedio alguno dello en todos los dias de su vida hubiese. Y si la fortuna de aquí adelante algunas victorias le otorgó, fué porque de mas alto cayendo de mas angustia y dolor su ánimo atormentado fuese.

Pues á la historia tornando, digo que tanta fuerza aquellas palabras al Rey dichas tuvieron, que aquel grande y demasiado amor, que con mucha causa y razon él á Amadis y á sus parientes tenia, con mucha sinrazon fué, no solamente resfriado, mas aborrecido; de tal forma, que sin mas acuerdo, ni consejo, ya no veia la hora que de sí partidos los viese; así que luego fué apartado de la conversacion y visitacion que á Amadis estando en su lecho herido solia hacer, pasando algunas veces por su posada, sin haber memoria de saber de su mal, ni hablar á los caballeros que en su compaña estaban; los cuales, viendo una tan nueva y extraña cosa en el Rey, mucho fueron maravillados, y algunas veces en ello delante de Amadis hablaron; mas él, creyendo que como su pensamiento tan sano en su servicio estuviese, que así el del Rey lo estando, otras ocupaciones y negocios

á aquello daban causa, y así lo decia á los que de otra manera lo sospechaban: especialmente á su leal y gran amigo Agriote de Estravaus, que mas que otro ninguno dello sentido se mostraba. Estando los negocios en tal estado como ois, el rey Lisuarte mandó llamar á Madasima, y á sus doncellas, y al gigante viejo, y á sus hijos, y á los nueve caballeros que en rehenes tenia, y díjoles, que si luego no le hacian entregar la ínsula de Mongaza, como fuera pleiteado, que les haria cortar las cabezas. Lo cual oido por Madasima, así como el miedo muy grande fué, asi lo fueron las lágrimas en grande abundancia á sus ojos venidas, considerando si la tierra diese, quedaria desheredada, y si no la diese pasaria la cruel muerte, y no sabiendo que responder, las carnes con gran ansia fuertemente le trenian: pero Andaquel, el gigante viejo, dijo al Rey, que si le diese licencia y alguna gente, que le prometia de le hacer entregar la ínsula, ó se volver á aquella prision. Teniéndolo el Rey por bien, y dándole la gente, luego de allí fué partido, y volviéndose Madasima á la prision de muchos caballeros acompañada fué, entre los cuales era don Galvanes sin tierra, que viendo aquellas lágrimas por las sus muy hermosas faces de aquella doncella caer, no solamente á gran piedad fué su corazon movido, mas desechando aquella libertad que hasta allí tuviera, sin que de ninguna mujer de cuantas visto habia preso fuese súpitamente, no sabiendo en que forma ni como sojuzgado y captivo fué, en tanto grado que sin mas acuerdo ni dilacion, en la hora hablando á parte con Madasima, descubriendo su corazon, le dijo que si á ella le placia con él casar, que él ternia tal forma como salvando su vida con la tierra libre quedase. Madasima, habiendo ya noticia de la bondad deste caballero y de su grande y alto linaje, otorgándole lo que pedia, hincados los hinojos, le quiso besar las manos. Tomada esta certidumbre por don Galvanes, siempre en su corazon creciendo aquellas encendidas llamas, tanto

mas las sentia, y con mayor crueza, cuanto mas libre de semejante combate hasta tanto tiempo habia pasado, y no pasando muchos dias que poniendo en efecto lo que prometiera, á la posada de Amadis se fué, y hablando con él y con Agrajes su sobrino, todo el secreto de su corazon les manifiestó, haciéndoles saber que si en aquello remedio no le ponian, que su vida en el extremo de la muerte era llegada. Ellos, siendo maravillados de tan súpito accidente en hombre que tan apartado en su voluntad de lo semejante estaba, y tan contrario de aquellos que en tales cosas sus cuidados y pensamientos despedian, le dijeron que, segun su valor y los grandes servicios que al rey Lisuarte habia hecho, que por muy liviano tenia de acabar que así Madasima como toda su tierra le fuese entregado, especialmente quedando en el Rey su señorío y por su vasallo; y en cuanto Amadis cabalgar pudiese, que se iria á lo despachar con el Rey. En este medio tiempo aquel mezclador Gandandel iba muchas veces á ver á Amadis, y mostrábale gran amor, y cada vez que del Rey hablaban siempre le decia algunas cosas de como el Rey le parecia que estaba en su amor muy resfriado, y que mirase no le ocurriese dello algun enojo, de lo cual habria él gran pesar, por le ser en muchos cargos de sus buenas obras que el y sus hijos dél habian recibido; mas por muchas cosas y muy sotiles que le decia, nunca pudo mover á Amadis á ninguna saña ni sospecha; y tanto en ello le ahincó, que le dijo Amadis con alguna ira que no le hablase mas en aquello, que aunque todos los del mundo se lo dijesen, no podria él creer que hombre tan cuerdo y de tanta virtud como el Rey se moviese contra él, que nunca durmiendo ni velando pensó sino en su servicio. Pues pasando algunos dias que Amadis y Angriote de Estravaus y don Bruneo de Bonamar de sus lechos levantarse pudieron con el gran mejoramiento de sus llagas, cabalgaron una mañana ricamente vestidos, y desque oye-

ron misa fueron al palacio del Rey, donde de todos muy bien recibidos fueron, sino solamente del Rey, que no los miró ni recibió como solia, en que muchos pararon mientes; mas Amadis no miró en ello, que no pensaba que lo hiciese con mal talante: pero Gandandel, aquel mezclador que allí se halló, abrazó riendo á Amadis, y díjole: A las veces dicen á los hombres la verdad, y no la quieren creer. Amadis no le respondió ninguna cosa; mas partiéndose dél, viendo como Angriote y don Brunco estaban quejosos, como fueron tan mal recibidos, fuese al Rey, y díjole paso que ninguno lo oyó: ¿No veis, señor, el continente que aquellos caballeros ponen contra vos? El Rey calló, que ninguna cosa le quiso responder, y Amadis con sana voluntad, y estando sin sospecha alguna de aquella trama tan falsamente urdida, llegó al Rey con gran humildanza, y llevando consigo á Galvanes, y á Agrajes, le dijo: Señor, queremos, si os pluguiere, hablar con vos, y á la habla estén los que mandáredes. El Rey dijo, que estarian Gandandel y Brocadan. Desto plugo mucho á Amadis, porque en su corazon los tenia por muy grandes amigos. Entonces se fueron todos juntos á una ermita, donde el Rey debajo de unos árboles se asentó, y ellos cerca dél, y Amadis le dijo: Señor, no fue mi ventura de os servir tanto como yo lo tengo en mi corazon; mas como quiera que no os merezca, confiando en vuestra virtud y gran nobleza me quiero atrever á os pedir un don de que seréis bien servido, y haréis mesura y derecho. Ciertamente, dijo Gandandel, si ello es ansí, vos pedis un hermoso don, y bien es que el Rey sepa lo que quereis. Señor, dijo Amadis, lo que pedir queremos yo y Agrajes y don Galvanes que tan bien os han servido, es la ínsula de Mongaza, que quedando en el vuestro señorío y vasallaje la deis con Madasima á don Galvanes en casamiento, y en esto, señor, haréis merced á don Galvanes, que es de tan alto lugar y no tiene señorío alguno, y serviros ha muy bien, y usaréis de piedad con Madasima que por nos está deshere-

dada. Oido esto por Brocadan y Gandandel, miraban al Rey y hacian continente que no lo concediese; mas el Rey estuvo una pieza que no respondió, pensando en el gran valor de don Galvanes y en lo que le habia servido, y como con tanto peligro de su vida aquella tierra ganara, y bien conoció que le pedian razon y cosa justa y honesta; pero como su voluntad dañada estuviese, no dió lugar á la virtud que usase de lo que obligada era, y respondió así como aquel que no tenia voluntad de lo hacer, y dijo: No es de buen seso aquel que demanda lo que haber no puede, esto que pedís ha bien cinco dias que lo dí á la Reina para su hija Leonoreta. Esto pensó de responder mas por escusarse que por ser así verdad. Desta respuesta fueron Gandandel y Brocadan muy alegres, y hacian semblante que respondiera muy bien; mas Agrajes que muy afortunado de corazon era, como vió la respuesta tan desabrida, y como con tan poca mesura dellos se escusaba no se pudo callar, antes con gran saña dijo: Bien nos dais, señor, á entender que si alguna cosa no valemos por nosotros, por nuestros servicios segun son agradecidos poco nos aprovechan; massi yo fuese creido de otra manera vuestra vida pasara. Sobrino, dijo don Galvanes, muy poca fuerza los servicios en sí tienen cuando son hechos á aquellos que no los saben agradecer, y por esto los hombres deben buscar donde bien empleados sean. Señores, dijo Amadis, no os quejeis si el Rey no nos da lo que le pedimos, pues lo ha dado: mas rogar le he yo que os dé á Madasima, y quede en él la tierra, y daros he yo la ínsula Firme, donde paseis con ella hasta que el Rey haya otra cosa que os dé. El Rey dijo: A Madasima tengo yo en mi prision, por haber por ella la tierra, y sino mandar la he cortar la cabeza. Amadis le dijo: Ciertamente, señor, mas mesuradamente nos debríades responder si á vos pluguiese, y no haríades en ello tuerto si lo mejor conocer quisiésedes. Si bien no os conozco, dijo el Rey, asaz es el mundo grande, andad por él y buscad quien os conozca. ¡Oh qué palabras

tan de notar! que aun ayer, podemos decir que este caballero Amadis de Gaula deste rey Lisuarte era tan amado, tan preciado, en tanto tenido, que pensaba él que así con su persona como con la de sus hermanos y parientes, no estaba en mas de ser señor del mundo de lo comenzar, habiendo tanta piedad del peligro de su vida, cuando fue la batalla aplazada dél y de Ardan Canileo, que las lágrimas á los sus ojos le vinieron, sabiendo en tal sazon ser la muy buena espada perdida, y contra aquel gran juramento que delante de su corte hecho habia de la suya no dar á ningun caballero, rogarle y apremiarle que la tomase: lo cual, por cierto, no se debia mover sin sobrado amor que le tuviese, teniendo entonces en la memoria los grandes servicios dél recibidos, que fueron causa de la reparacion de su vida y reinos. Y agora este tan gran amor, el juicio y discrecion suya tan sobrado, el gran conocimiento de las cosas, que no fuesen bastantes á que unas palabras livianas, dichas por hombres de mala suerte, de malas obras, sin ver señales para que alguna fé dada les fuese, de le estorbar que no se turbase y escureciese todo aquello. Gran cosa á mi parecer es, y muy señalada, para que ni las armas de los enemigos, ni las frias ponzoñas, se crea que dellas tanto peligro, tanto daño redundar pueda á los reyes y grandes como de solas las orejas: porque aquello bueno ó malo que en ellas imprimido es, trastorna el corazon, guia la voluntad por la mayor parte á seguir lo justo ó deshonesto. Así que grandes señores, á los que en este mundo tanto poder es dado, que baste para cumplir vuestros apetitos y vuestras voluntades, guardaos de los malos, pues que de sí mismos y de sus ánimas poco cuidado tienen, mucho menos y con mas razon se debe creer que lo ternán de las vuestras. Pues al propósito tornando, cuando por Amadis aquella tan deshonesta y desabrida respuesta del Rey fue oida, díjole: Ciertamente, señor, al mi cuidar hasta aquí no creia yo que en el mundo otro rey ni gran señor tanto al cabo del conocimiento de las cosas co-

mo vos hubiese: pero pues que tan extraño y al contrario de mi pensar os habeis mostrado, conviene que con tan nuevo consejo y mando, nueva vida busquemos. Haced lo que fuere vuestra voluntad, dijo el Rey, que yo haré la mia. Entonces se levantó con saña, y fuese donde estaba la Reina, y Brocadan y Gandandel con él, loándole mucho haberse así despachado y librado de aquello donde tan gran peligro ocurrir le podia, y dijo á la Reina todo lo que con Amadis le aconteciera, y como por ello venia muy alegre; mas ella le dijo, que de su alegría recibia tristeza, porque desque Amadis y sus hermanos y parientes en su casa fueron siempre sus cosas habian sido aumentadas y crecidas, sin que por ninguno dellos lo contrario se demostrase, y que si deste partimiento su sola discrecion era la causa que mucho era menguado del conocimiento que haber debia, y por consejo de otros algunos, que seria por la envidia grande que dellos y de sus buenas obras tuviesen: y que no solamente el daño presente era, mas en lo venidero, que viendo, los otros así ser desechada y mal conocida la grandeza de aquellos caballeros que tanta honra y tantas mercedes por sus grandes servicios merecian, teniendo muy poca esperanza en los suyos, que con gran parte iguales no les eran, que echarian con gran razon á huir dél por buscar otro que mejor conocimiento tuviese; pero el Rey la dijo: Dejad os de hablar mas en ello, que yo sé lo que hago, y decid como yo lo diré que me pedistes aquella tierra para Leonoreta, y que se la he dado. Yo así lo diré, dijo la Reina, como lo mandais, y quiera Dios que sea por bien. Amadis se fue á su posada con mas enojo y malenconía que en su semblante mostraba, dondo halló muchos y buenos caballeros, que siempre con él albergaban, y no quiso que cosa alguna de lo que con el Rey pasara se les dijese, hasta que él hablase con su señora Oriana: y apartando á Durin, le mandó dijese de su parte á Mabilia su prima, como aquella noche le cumplia mucho ver á Oriana, y que al caño antiguo de la

huerta por donde algunas otras veces habia entrado le esperasen. Con esto se tornó á aquellos caballeros, y comieron y holgaron así como los dias pasados solian hacer: y dijoles: Señores, mucho os ruego, que mañana seais aquí juntos, porque os tengo de hablar una cosa que mucho me cumple. Así se hará, dijeron ellos. Pasado pues el dia, y venida la noche, despues de haber cenado y las gentes asosegadas, Amadis, tomando consigo á Gandalin, á la huerta se fue, y entrando por aquella mina ó caño como algunas veces lo hiciera, llegó á la cámara de Oriana su señora, que lo atendia con otro tan leal y verdadero amor como el que consigo llevaba; así que con muchos besos y abrazos fueron juntos, sin haber envidia á ningunos que verdaderamente en el mundo se amasen, considerando no haber en el suyo par; acostados en su lecho: Oriana le preguntó, que porque le enviara á decir que convenia mucho hablarla: él dijo: Por un caso muy extraño segun mi pensamiento que con vuestro padre nos ha acaecido á mí y á Agrajes mi primo y á D. Galvanes: entonces se lo contó asi como pasara, y como en el fin les dijera que asaz era el mundo grande, que anduviesen por él buscando quien mejor que él los conociese. Mi señora, dijo Amadis, pues que á él así le place, así conviene á nosotros hacerlo; que de otra manera, toda aquella gloria y fama que con vuestra sabrosa membraza yo he ganado se perderia con gran menoscabo de mi honra tanto que en el mundo tan menguado ni tan aviltado caballero como yo no habria, porque os pido señora que no sea por vos mandada otra cosa, porque así como siendo mas vuestro que mio, así de la mengua mas parte os alcanzaria que á todos, aunque oculto fuese, siendo á vos, señora, manifiesto, siempre el ánimo vuestro en grande congoja seria puesto. Oido por Oriana esto, como quiera que el corazon se le quebrase, esforzóse lo mas que pudo, y dijole: Mi verdadero amigo, con muy poca razon os debeis quejar de mi padre, porque no á él, mas á mí, por cuyo mandado á su corte venisteis,

habeis servido, y de mí habeis el galardon, y habréis en cuanto yo viva, y si alguna culpa á mi padre imputarse puede, no es otra cosa, sino que siéndole á él oculto hacer vos las cosas por mi mandado, cree en el su servicio ser hechas, y esto le obligaba á que respuesta tan desmesurada no os diere: y como quiera que vuestra partida sea para mí tan grave como si mi corazon en pedazos partido fuese, teniendo en mas la razon que la voluntad y amor desordenado que yo os tengo, pláceme que se haga como pedís, pues segun el gran señorío que sobre vos tengo, en mi mano será remediarlo como mas mi placer sea: y porque mi padre perdiendo á vos, conozco que todo lo que le quedare será para él causa de gran mengua y soledad. Amadis, cuando esto oyó, besándole las manos, muchas veces la dijo: Mi verdadera señora, aunque hasta aquí de vos haya recebido muchas y grandes mercedes, por donde mi triste corazon de la muerte á la vida tornado fue, esta por muy mayor contar se debe, segun la gran diferencia que en los casos de honra sobre los de los deleites y placeres tienen. En esto y en otras cosas hablando, aquella noche pasaron, mezclando con el gran placer suyo muchas lágrimas, considerando la gran soledad que en lo porvenir esperaban; mas ya acercándose el dia, levantóse Amadis, acompañado de aquella su muy amada prima Mabilia, y de la doncella de Denamarca, rogándoles muy ahincadamente que á Oriana consolasen: y ellas llorando, habiéndoselo otorgado, dellas se partió, y yendo á su posada, todo lo que de la noche quedaba y alguna parte del dia ocupó en dormir: pero ya siendo tiempo, levantado de su lecho, todos aquellos caballeros que ya oisteis, se vinieron á él, y desde que hubieron oido misa, á todos juntos en un campo á caballo Amadis de esta guisa les habló: Notorio es á vos, mis buenos señores y honrados caballeros, si despues que yo del reino de Gaula en la Gran Bretaña venido, y mis hermanos y amigos, por mi causa las cosas del rey Lisuarte en mas honra ó en mayor mengua ser puestas: y

por esta causa escusado será traerlas á vuestras memorias; solamente creo que con mucha razon se os debe decir, que así vosotros como yo debiéramos esperar justamente gran galardon: mas, ó porque la mudable fortuna, que las cosas trabuca y revuelve, usando de su acostumbrado oficio, ó por algunos malos consejeros, ó por ventura por ser con la mayor edad la condicion del Rey mudada, mucho al contrario de nuestros pensamientos hallado lo hemos, que siendo por Agrajes y por don Galvanes y por mí demandada en merced al Rey á Madasima con su tierra para que con don Galvanes casada fuese, quedando en su señorío y por su vasallo, no mirando el gran valor deste caballero, y su muy alto linaje, y los grandes servicios dél recibidos, no solamente no nos lo quiso otorgar, mas por él nos fue negado con respuesta tan desmesurada y tan deshonesta, que por haber salido de boca tan verdadera y de juicio tan discreto, empacho he grande que por mí lo sepais; mas pues que escusar no se puede, por ser la cosa en tales términos venida, sabréis, señores, que en la fin de nuestra habla, diciéndole nosotros ser por él mal conocidos nuestros servicios, nos dijo, que el mundo era grande, y que anduviésemos por él á buscar quien mejor nos conociese. Así que, nos conviene que como en la concordia y amistad obedientes le hemos sido, que así en la discordia y enemistad lo seamos, cumpliendo aquello que él por bien tiene que se haga: paréceme cosa justa que lo supiésedes porque no solamente á nosotros en particular, mas á todos en general toca. Cuando aquellos caballeros esto que Amadis dijo oyeron, mucho fueron maravillados, y unos con otros hablando, decian que muy mal sus pequeños servicios serian galardonados, cuando aquellos grandes de Amadis y sus hermanos eran en tal forma en olvido puestos: así que, luego sus corazones fueron movidos para no servir mas al Rey, al contrario para deservirle en cuanto pudiesen. Y Angriote de Estravaus, como aquel que del bien y del mal que á Amadis viniese entendia su parte ha-

ber, dijo: Mis señores, mucho tiempo ha que yo conozco al Rey, y siempre le ví muy asosegado en todas sus cosas, y no se mover, salvo con gran causa y justa razon; así que esto que con Amadis y estos caballeros le aconteció, no puedo creer, ni en el pensamiento me caerá, que de su condicion ni voluntad saliere; antes verdaderamente cuido que algunos mezcladores le han sacado de todo su saber y seso. Por tanto, no dejo de poner gran culpa á la bondad y gran virtud del Rey: y lo que yo verdaderamente pienso, es que habiendo yo visto estos dias pasados mas que solia hablar á Gandandel y Brocadan con él, y siendo falsos y engañosos, que olvidando á Dios y al mundo, pensando cobrar ellos y sus hijos aquello que sus malas obras no merecen, habrán causado este movimiento del Rey, veais como la justicia de Dios se ejecuta, yo me quiero ir á armar luego y á decirles que son malos y envidiosos, y la gran traicion y falsedad que han hecho al Rey y á Amadis, y combatirme con ellos entrambos, y si su edad se lo escusare, que metan sendos hijos suyos conmigo solo, que sostengan las maldades de sus padres.

Y queriéndose ir, Amadis le detuvo y le dijo: Mi buen amigo Angriote, no plega á Dios que el vuestro cuerpo bueno y leal, sea puesto en aventura por lo que cierto no se sabe. El le dijo: Yo soy cierto que ello es así, segun lo que dellos mucho tiempo ha conozco: y si la voluntad del Rey fuese decir la verdad, sé que él conmigo otorgaria, y Amadis le dijo: Si á mí amais, no cureis esta vez dello, porque el Rey enojo no reciba: y si esos que decís, mostrándose tanto por mis amigos, enemigos me han sido, demas de no se poder encubrir, ellos habrán aquella pena que los falsos merecen, y cuando conocido y descubierto sea, con mas razon y causa podréis contra ellos proceder; y creed que entonces no os lo escusaré. Angriote dijo: Aunque contra mi voluntad sea, yo lo dejaré esta vez, pues que así os place, mas para adelante quedará. Entonces Amadis, volviéndose á aquellos caballeros, les di-

jo : Señores, yo me quiero despedir del Rey y de la Reina si ver me quisieren, é irme á la ínsula Firme, y á los que pluguiere que en uno vivamos, allí nos harán honra demas del placer que ternémos : porque aquella tierra es muy viciosa, y abundada de todas cosas, y de muchas casas y hermosas mujeres, que son causa, dó quiera que las haya, de hacer á los caballeros mas lozanos y orgullosos: y yo en ella tengo muchas y preciadas joyas de gran valor, que por nuestras necesidades serán bastantes: allí nos vernán á ver muchos de aquellos que nos conocen, y otros extraños, así hombres como mujeres, que nuestro socorro habrán menester, y allí tornarémos cada que nos pluguiere á amparar y reparar nuestros trabajos. Pues junto con esto, así en la vida del rey Perion mi padre, como despues della, aquel reino de Gaula no nos faltará, en la pequeña Bretaña de que agora hube las cartas, como en sus dias me la dieron : esto todo por vuestro sin duda contar lo podeis, pues tambien os traigo á la memoria el reino de Escocia, que mi primo Agrajes habrá, y el de la reina Briolanja, que por mal ni por bien faltar no nos puede. Eso podeis vos, señor Amadis, con mucha verdad decir, dijo un caballero que Tantales se llamaba, mayordomo y gobernador de aquel reino de Sobradisa, que siempre á vuestro mandado será, con aquella hermosa reina que vos reinar hicistes. Don Cuadragante le dijo : Agora, señor, os despedid del Rey, y allí se parecerán los que os aman y vuestra compañía quieren. Así lo haré, dijo Amadis, y en mucho ternó á los que á esta sazon me quisieren honrar, no por tanto digo que quedando á su provecho con el Rey, lo dejen de hacer, que ciertamente yo creo que tan buen señor en gran parte no se hallaria. A esta sazon el Rey pasaba cabalgando, y Gandandel que le aguardaba, y otros muchos caballeros, y andaba cazando con unos esmerejones, y así anduvo una pieza cabe ellos, y no los hablando ni mirando, se tornó á su palacio.

CAPITULO XXI.

Como Amadis se despidió del rey Lisuarte, y con él otros caballeros parientes y amigos suyos los mejores y mas esforzados caballeros de toda la corte, y siguieron su via para la ínsula Firme, donde Briolanja probaba las aventuras de los firmes Amadores, y de la cámara defendida, y como determinaron de librar de poder del rey á Madasima y á sus doncellas.

Como Amadis vió el desamor que el Rey le mostraba, llevando consigo todos aquellos caballeros, se fue á despedir dél, y como por el palacio entró, y como le vieron el continente mudado de como solia y á tal hora, que ya las mesas eran puestas, llegaron todos por oir lo que diria, y llegando ante el Rey, le dijo: Señor, si vos en algo contra mí errais, Dios y vos lo sabeis, y por agora no diré mas, porque aunque mis servicios grandes fuesen, mucho mayor era la voluntad de pagar las honras que de vos he recibido. Ayer me dijistes que fuese á andar por el mundo, y buscase quien mejor que vos me conociese, dando á entender que lo que mas os será agradable, es ser yo fuera de vuestra corte: y pues esto es lo que á vos place, á mí conviene hacerlo, y no me puedo despedir de vasallo, pues que nunca lo fuí vuestro ni de otro ninguno, sino de Dios: mas despídome de aquel gran deseo que cuanto os plugo teníades de me hacer honra y merced, y del gran amor que yo de os servir y pagar tenia. Y luego se despidieron don Galvanes, y Agrajes, y Florestan, y Dragonis, y Palomir cormano de Amadis: y don Bruneo de Bonamar, y Branfil su hermano, y Angriote de Estravaus, y Grindoñan su hermano, y Pinores su sobrino, y don Cuadragante pareció delante del Rey, y díjole: Señor, yo no quedé con vos sino por ruego de Amadis, que-

riendo y deseando haber su amor, pues que con razon verdadera se halló camino que el sentimiento que dél tenia fuese á mi honra apartado; y que pues que por su causa fui vuestro, por ella misma no lo seré de aquí adelante, que poca esperanza ternian mis pequeños servicios, cuando en los suyos grandes fallece: que mal os acordais de cuando os sacó de las manos de Mandasabul, de donde otro ninguno sacar os pudiera, y del vencimiento que os hizo haber en la batalla del rey Cildadan, y cuanta sangre él y sus hermanos, y parientes allí perdieron, y de como me quitó á mí de vuestro estorbo, y Jamongomadan y á Basagante su hijo, que los mas fuertes gigantes del mundo eran, y tambien á Lindoraque, el hijo de la montaña defendida, que uno de los mejores caballeros era de cuantos yo sabia, y Arcalaus el encantador; y que todo esto se olvidase de vuestra memoria habiendo mal gualardon; pues si estos que digo contra vos en aquella batalla fuéramos, y no fuera Amadis de vuestra parte, mirad lo que dende os pudiera venir. Respondió el Rey: Don Cuadragante, bien entiendo, segun vuestras palabras, que no me amais, ni por mi pró lo decis, ni aun teneis con Amadis tal deudo por donde debeis querer su pro ni su bien; mas decís aquello que por ventura no está tan firme vuestro pensamiento como la palabra lo muestra. Dijo don Cuadragante: Vos diréis lo que os pluguiere, como gran Señor que sois; mas cierto soy que no moveréis á Amadis con palabras de mezclamiento así como se mueven otros que al cabo conocerán el yerro; y si yo le fuere buen amigo ó malo á Amadis en poco estamos de lo mostrar, y quitóselo de delante. Y luego llegó Landin, y díjole: Señor, en vuestra casa no halló yo ayuda ni reparo de mis llagas sino en Amadis, y así, dejando de ser vuestro, con él y con mi tio don Cuadragante me quiero ir. Y el Rey le respondió: Ciertamente, yo pienso que en vos no nos quedaria buen amigo. Señor, dijo él, cual ellos os fueren, tal lo seré yo, pues que de su mandado no tengo de salir. A esta hora estaban juntos á un

cabo del palacio, don Brian de Monjaste, caballero muy preciado, hijo del rey Ladasan de España, y de una hermana del rey Perion de Gaula, y don Gandiel Orlandin, hijo del conde de Orlanda, y Grandores, y Mandancil, el de la puente de la Plata, y Listoran de la torre Blanca, y Ledodin de Fajarque, y Branfiles el orgulloso, y don Gavarte de Val Temeroso, y cuando así vieron á aquellos caballeros, que por amor de Amadis, del Rey se habian despedido, fueron todos delante dél, y dijéronle: Señor, nosotros venimos á vuestra casa por ver á Amadis y á sus hermanos, y por ganar su amor, y pues esta fue la causa principal, así lo es para no estar mas en ella. Despedidos estos caballeros como ois, y no quedando otro ninguno, Amadis se quisiera despedir de la Reina; mas al Rey no plugo, porque ella siempre habia sido muy contraria en esta discordia, mas envióse á despedir con Grumedan. Y saliendo del palacio se fue á su posada, y todos aquellos caballeros con él, donde las mesas hallaron puestas, y en ellas fueron servidos de muchos y buenos manjares, y luego cabalgaron en sus caballos, armados de todas armas, que serian hasta quinientos caballeros, en que habia hijos de reyes y de condes, y otros de gran guisa, así en linaje como en gran prez y bondad de armas, que por todo el mundo sus grandes hechos eran sabidos, y tomaron el camino derecho de la ínsula Firme, para albergar aquella noche en una ribera á tres leguas de allí, donde ya por mandado de Amadis las tiendas estaban armadas: Mabilia, que de una ventana del palacio de la Reina los miraba, y los vió ir tan apuestos, que como las armas eran frescas y ricas, y con la clareza del sol que en ellas heria las hacia muy resplandecientes, no habia persona que los viese que no se maravillase, y no tuviese por malaventurado al Rey que tal caballero de si partir queria con aquellos que le seguian; y fuese á Oriana, y díjole: Señora, dejad esa tristeza, y mirad aquellos vasallos, y huelgue vuestro corazon en tener tal amigo, que si has-

ta aquí sirviendo á vuestro padre vida de caballero andante tuvo, agora fuera de su servicio, así como un gran príncipe poderoso se mostrará, lo cual, señora, todo redunda en vuestra grandeza. Oriana, muy consolada con aquellas palabras, los miraba, remediando con su gran cordura y discrecion aquella pasion y aficion que de la voluntad y apetito atormentada era. Salieron con Amadis por le hacer mucha honra, el rey Arban de Norgales, y Grumedan el amo de la Reina, y Brandoivas y Quinorante, y Guiontes, sobrino del rey Listoran el buen justador. Estos iban con él apartados de la gente, y muy tristes por su apartamiento del Rey. Y Amadis les iba rogando que le fuesen amigos, en aquello que sin cargo de sus honras serlo pudiesen, que él siempre los tenia en aquel grado, y en lo que hasta allí les habia tenido, y que aun que el Rey lo desamase no teniendo en ello justa causa, que no lo hiciesen ellos, ni por eso dejasen de servir y honrar como tan buen Rey lo merecia. Ellos le dijeron que nunca lo desamarian por ninguna cosa, que aunque al Rey sirviesen con la lealtad que obligados eran, nunca los corazones se partirian de le amar. Amadis les dijo: Ruégoos, señores, que digais al Rey, que agora parece claro lo que Urganda delante dél me dijo, y del señorio que para otro ganase no habria galardon, sino de saña y alongamiento de mi voluntad, así como agora me avino en ganar la ínsula de Mongaza, para el su señorío, por donde contra toda razon fue su voluntad movida sin se lo merecer contra mí, como veis, y que estas tales cosas muchas veces aquel justo Juez las remedia, dando á cada uno su derecho. Don Grumedan dijo, que lo diria todo al Rey como él lo mandaba, y que maldita fuese Urganda, que tan verdadera habia salido; y con esto se tornaron á la villa, y luego llegó á él don Guilan el Cuidador, y llorando le dijo: Señor, vos sabeis bien mi hacienda, que de mí ni de corazon puedo hacer nada, y conviene que siga la voluntad agena de aquella por quien yo soy en mortales an-

gustias y dolores puesto, de la cual esta vez me es defendido que con vos no vaya, donde soy puesto en gran vergüenza, que agora quisiera pagar aquellas grandes honras que de vos y de vuestros hermanos siempre recibí, mas no puedo. Amadis, que los grandes y demasiados amores de este caballero sabia, y como él amaba á su señora Oriana, y la temia, lo abrazó riendo, y le dijo: Don Guilan, el mi grande amigo, no plega á Dios que tan buen hombre y tan entendido como vos errásedes á vuestra señora, ni pasásedes su mandado, ni tal consejo os daria, que no seria vuestro amigo, antes que la sirvais y cumplais su voluntad, y la del Rey vuestro señor, que bien cierto soy que guardando vuestra lealtad, donde quiera que seais os terné por amigo, como siempre os tuve. Agora, señor, dijo don Guilan, vaya como fuere, que yo fio en Dios que siempre habréis mi servicio; entonces se despidió dél, y Amadis y su compañía se fueron aquella noche á la ribera de la mar, donde tenian sus tiendas, y todos andaban alegres y se esforzaban unos á otros, y que Dios les haria merced en ser partidos del Rey, que en tan poco sus servicios tenia; y que mejor fuera saber temprano aquel engaño, que no habiendo dependido mas tiempo en su compañía; pero el corazon de Amadis, aun que en las otras cosas todas muy esforzado fuese, en este apartamiento de su señora muy enflaquecido era, no sabiendo ni pensando cuando verla pudiese. Así pasaron aquella noche, muy viciosos de todo lo que menester hubieron, y otro dia de mañana cabalgaron y fueron su camino derecho de la ínsula Firme. Y otro dia que Amadis y sus compañeros se partieron, el Rey, despues de haber oido misa, asentóse en su palacio, como lo tenia de costumbre, y miró á un cabo y á otro, y como se vió tan menguado de aquellos caballeros que allí solian estar, acordóse de cuan arrebatadamente se moviera contra Amadis, y vínole un tan gran pensamiento, en manera que en otra cosa ninguna paraba mientes; y Gandandel y

Brocadan, que ya sabian lo que Angriote dellos dijera, y al Rey vieron de tal forma, fueron muy espantados, creyendo que el Rey no se hallaba bien de su consejo que contra Amadis le habian dado. Pero viendo que ya no era tiempo de se retraer dello, quisieron seguir con su mal propósito adelante, que esta mala dolencia han los grandes yerros, y acordándose de ir á remediar que aquellos caballeros no tornasen al Rey, sino ellos muertos eran, y luego se fueron á él juntos, y díjole Gandandel: Señor, de hoy mas podeis holgar y descansar, pues que habeis apartado de vuestro servicio á aquellos que dañar os pudieran, de lo que á Dios debeis dar muchas gracias, y del hecho de vuestra tierra y casa, no os descargarémos con mayor cuidado que de lo nuestro propio; ca, señor, cuando paráredes mientes en el haber que á aquellos dábades que libre vos queda, mucho vuestro ánimo holgará.

El Rey los miró de mal semblante, y díjoles: Mucho me maravillo de lo que decís, que yo dejé en vos mi tierra y mi casa, que yo con todos los que en ello pongo no es remedio para ello, y vosotros en quien no veo tanta discrecion, no pensais de lo cumplir: y puesto caso que para ello bastásedes, no se ternian por contentos mis vasallos y los de mi casa de ser gobernados por vuestra autoridad; y desto que me decís, de me quedar aquel grande haber que á aquellos caballeros daba, querria saber en que lo podria yo mejor emplear que mi honra y servicio fuese, por que ningun haber es bien empleado sino en el poder y valia de los hombres, que si de mi mano y poder salia lo que aquellos llevaban, mi honra era con ellos guardada, y el mi señorío acrecentado y en la fin todo á mi mano se tornaba, así que el haber que es empleado donde debe, aquel yace en buen tesoro donde nunca se pierde; y en esto no quiero que mas hableis porque no tomaré vuestro consejo; y levantándose de entre ellos y mandando llamar los cazadores se fue al campo, y ellos quedaron de aquella respuesta muy espantados,

viendo que ya el Rey miraba en el mal consejo que le dieran. A esta sazon, llegó una doncella de la reina Briolanja, que venia con su mandado á Oriana, para le hacer saber lo que le aconteciera en la ínsula Firme, con la cual tuvieron todos mucho placer, porque aquella Reina era dellas muy amada. Y entonces dijo á Oriana: Señora, yo soy aquí venida á vos de parte de Briolanja, para os decir las maravillas que en la ínsula Firme halló, y quiso que por mí que las ví todas fuésedes della sabidora. Dios le dé mucha vida, dijo Oriana, y á vos buena ventura por el afan que tomastes. Entonces se llegaron todos por ver lo que diria. Y la doncella dijo: Señora, sabed que Briolanja llegó con toda su compaña como fue de aquí á aquella ínsula, donde estuvo cinco dias, y luego le fue preguntado si probaria el arco del Amor; y ella dijo, que aquellas dos pruebas queria dejar para la postre: y lleváronla luego á una legua del castillo á unas muy hermosas casas, que por ser asentadas en un muy abundoso y vicioso lugar, eran unas de las nombradas y principales moradas de Apolidon; y desque la hora de comer vino, lleváronnos á una grande y muy hermosa sala labrada á maravilla, y á un cabo della estaba una gran cueva muy honda y muy oscura, y tan pavorosa de mirar, que ninguno se osaba llegar á ella; y al otro cabo de aquel gran palacio estaba una muy hermosa torre, que desde las finiestras della, se pueden ver todas las cosas que en aquella sala hacen, y allí nos hicieron subir á todas, donde hallamos cabe las finiestras puestas las mesas y los estrados, y allí fue la Reina y nosotras muy bien servidas: y debajo en el palacio que oistes comian los caballeros y la otra gente nuestra, y eran servidos de los caballeros de la tierra, y cuando les pusieron el segundo manjar oyeron silbos muy grandes en la cueva, y salia humo caliente, y no tardó mucho que salió una gran serpiente, y púsose en medio del palacio con tanta braveza y tan espantosa, que no habia persona que mirar la osase, y lanzaba

por la boca y las narices gran humo, y heria con la cola tan fuertemente, que todo el palacio hacia estremecer, y luego en pos della salieron de la cueva dos leones muy grandes, y comenzaron entre sí una batalla tan brava y tan esquiva, que no hay corazon de hombre que no se espantase: entonces los caballeros y la otra gente dejando las mesas salieron del palacio con la mayor priesa que podian, y aunque las finiestras donde Briolanja y nosotros mirábamos eran muy altas, ni por eso dejamos de tener gran miedo y espanto. La batalla duró media hora, y en cabo della, los leones fueron tan cansados que se tendieron en el suelo como muertos, y la serpiente tan cansada y lasa que apenas el huelgo podia en sí coger; pero desque una pieza descansó tomó el uno de los leones en la boca y llevólo á la cueva, y tornando por el otro los lanzó dentro, y esto hecho se echó en pos dellos. Asi que en todo el dia no parecieron mas, y los hombres de la ínsula reian mucho de nuestro espanto: y haciéndonos ciertas que por aquel dia no habria mas, tornamos á las mesas y acabamos nuestra comida. Así pasamos aquel dia y la noche en buen albergue y otro dia lleváronnos á un lugar mas sabroso que aquel, donde con mucho placer y abasto de las cosas que menester habiamos pasamos aquel dia, y cuando fue hora de dormir lleváronnos á una cámara rica y hermosa á maravilla; donde habia una cama de ricos y preciados paños para Briolanja, y otras asaz buenas para nosotras: y desque echadas fuimos, pasada la media noche que muy sosegadas y dormidas estábamos, abriéronse las puertas con tan gran sonido que con gran espanto fuimos despiertas: y vimos entrar un ciervo por la puerta con candelas encendidas en los cuernos que toda la cámara alumbraba como si de dia fuera, y la mitad dél era blanco como la nieve, y el pescuezo y la cabeza tan negra como la pez: y el un cuerno semejaba dorado y el otro bermejo: y en pos dél venian cuatro perros de la semejanza dél, y cada uno dellos se aquejaba mucho, así que le

traian acosado: y en pos dellos venia un cuerno de marfil con unas vergas de oro, y tañíase de suyo, andando en el aire como si en mano de alguno anduviese, y hacia propio son de montería, y con él los canes se alegraban, así que al ciervo no le dejaban sosegar y hacíanle huir á una y á otra parte por la cámara, y saltaba por cima de nuestras camas que las hacia estremecer, y á las veces tropezaba en ellas y caia; y nosotras levantadas en camisa y en cabellos, huyendo delante del ciervo, y algunas se metian debajo de los lechos: mas los canes no dejaban de lo seguir cuanto mas podian, y cuando el ciervo vió que no habia guardia en la cámara, salióse por una ventana corriendo cuanto mas podia, y los canes tras él, de que muy alegres fuímos: y tomando de aquella ropa que revuelta por allí estaba con que nos cubriésemos, dimos á Briolanja que muy cuitada estaba un sayo, que se vistió, y pasado aquel miedo tuvimos muy gran risa de aquella revuelta en que nos vimos: y estando aderezando nuestros lechos, entró por la puerta una dueña y dos doncellas con ella, y una niña pequeña que le traia candelas delante, y dijo á Briolanja: Señora, ¿qué habeis habido que á tal hora estais levantada? Ella dijo: Amiga, una tal revuelta que no seria poco de la contar: la dueña se rió mucho, y dijo: Pues señora, acostaos y dormid que por esta noche no habrá mas de que temer. Con esta seguridad aderezamos los lechos y dormimos lo que de la noche quedó, y otro dia de gran mañana nos movimos de allí, y fuímos á un bosque, donde habia muy grandes pinares y hermosas huertas, y posamos en tiendas ribera de un agua, y allí hallamos una casa redonda sobre doce postes de mármol, con una abertura extrañamente hecha: por entre los postes se cierra con llaves de cristal muy sotilmente, de manera que el que dentro está puede ver todos los de fuera; y tenia unas puertas labradas de hoja de oro y de plata de grande y extraño valor á maravilla: y cabe cada poste por de dentro de la casa estaba una imágen de cobre he-

cha á la semejanza de gigante: y tienen arcos muy fuertes en sus manos, y saetas en ellos con hierros de fuego tan ardientes y tan vivos como si del fuego saliesen: y dicen que no hay cosa ninguna que allí entre que con las fuerzas de aquellas saetas y del su fuego que luego no sea hecha ceniza, porque las imágenes tiran luego con los arcos, así que no yerran ningun tiro.

Y delante de Briolanja y de nosotras metieron allí dos gamos y un ciervo, y luego las saetas fueron en ellas metidas: y tornadas á los arcos, quedaron las animalias hechas ceniza, y en las puertas de aquel palacio habia letras escritas que decian: Ningun hombre ni mujer no sea osado de entrar en esta casa sino fueren aquel y aquella que tanto y tan lealmente tienen su amor como Grimanesa y Apolidon que este encantamiento hizo. Y conviene que entren juntos la vez primera, que si cada uno por si lo hiciere será perecido de la mas cruel muerte que nunca se vió: y este encantamiento y todos los otros durarán hasta tanto que venga aquel y aquella que por su gran lealtad de sus amores y gran bondad de armas del caballero en la hermosa cámara encantada entrarán, y ende huelguen en uno: y cuando el ayuntamiento de ambos fuere acabado, entonces serán deshechos todos los encantamientos desta ínsula Firme. Allí estuvimos aquel dia, y Briolanja mandó llamar á Isanjo, y díjole: que ya no queria ver mas, salvo lo del arco del Amor y la cámara defendida; y preguntó á Isanjo que cosa era aquella sierpe, y de los leones, y lo del ciervo y canes. Señora, dijo él, no sabemos mas, sino que cada dia salen á aquella hora que vistes, y han su batalla de aquella forma: y del ciervo y de los canes, yo os digo que todas las noches vienen á aquella cámara á aquella hora que vistes, y tórnanse á ir por la ventana, y los canes empós dél, y se van á meter todos en un lago que es cerca de aquí, que creemos que de la mar sale; y no sé, señora, que mas os diga, sino que en un año no podriades acabar de ver las grandes maravillas

que en esta son. Pues venida la mañana cabalgamos en nuestros palafrenes, y tornamos al castillo, y luego Briolanja se fue al arco de los leales Amadores, y entró por los padrones defendidos, como aquellos que nunca errara en sus amores, sin intervalo alguno, y la imágen hizo con la trompa muy dulce son, tanto que nos hizo desmayar, y tanto que Briolanja fue dentro donde las imágenes de Apolidon y Grimanesa estaban, el son cesó con una muy dulce dejada, que maravilla era de la oir. Y allí vió aquellas imágenes tan hermosas y tan frescas como si vivas fuesen. Así que estando ella sola, muy acompañada con ellas se hallaba; y luego vió en el jaspe escriptas letras frescas que decian: Este es el nombre de Briolanja, la hija de Tragadan, rey de Sobradisa, esta es la tercera doncella que aquí entró: y luego acordó de se salir fuera con miedo de se ver sola, y que ninguno de su compañía allá entrar podia; y salida de allí se fue á su posada, y al quinto dia fue á probar la cámara defendida, y iba muy ricamente vestida, y no llevaba sobre sus muy hermosos cabellos sino un prendedero de oro á maravilla hermoso de piedras muy preciadas, y todos los que allí la vieron decian, que si ella no entrase en la cámara, que en el mundo no habia otra que lo acabase, y que de aquella vez habrian fin todos aquellos encantamientos, y ella se encomendó á Dios, y entró por el sitio defendido, y pasó por el padron de cobre, y llegó al de mármol, y leyó las letras que en el estaban escriptas, y pasó adelante tanto que todos pensaron que acabado era, y llegando á tres pasadas de la puerta de la cámara tomáronla tres manos por los sus cabellos hermosos, y sacáronla del campo muy sin piedad (así como á las otras lo hicieron) fuera del lugar defendido, y quedó tan mal trecha que no la podíamos acordar. Oriana, que el corazon tenia desmayado, de triste de lo que antes oia, tornó muy alegre, y miró á Mabilia y á la doncella de Denamarca, y ella á ella que mucho les placia, y la doncella dijo: Aquel dia, señora, estuvimos allí, y otro

dia se partió Briolanja para su reino. Y desque las nuevas fueron contadas, partióse la doncella para su señora, y llevólas el mandado de la reina Brisena y de Oriana y de las otras dueñas y doncellas. Amadis y sus compañeros que partieron de la corte del rey Lisuarte (como habeis oido) llegaron á la ínsula Firme, donde con mucho placer y alegría recibidos fueron de todos los moradores della; porque así como con gran tristeza aquel su nuevo señor habian perdido, así en lo haber cobrado con doblado placer sus ánimas fueron. Y cuando aquellos caballeros que con el iban vieron el castillo que tan fuerte era, y que la ínsula otra entrada no tenia sino por él, siendo tan grande y de tierra tan abastada, y tan sabrosa, segun oido habian, y poblada de tanta y tan buena gente, decian que bastante era para dar guerra desde allí á todos los del mundo, y luego fueron aposentados en la mayor villa que debajo del castillo era. Y sabed que en esta ínsula habia nueve leguas en luengo y siete en ancho, y toda era poblada de lugares, y de otras ricas moradas de caballeros de la tierra. Y Apolidon hizo en los mas sabrosos lugares cuatro moradas para sí, las mas extrañas y viciosas que hombre podria ver; y la una era la de la sierpe y de los leones. Y la otra del ciervo y de los canes. Y la tercera, que llamaban el palacio tornante, que era una casa que tres veces al dia y otras tres en la noche se volvia tan recio que los que en él estaban pensaban que se hundian. La cuarta que se llamaba del Toro, porque salia cada dia un toro muy bravo de un caño antiguo, y entraba entre la gente como que los quisiese matar; y huyendo todos ante él quebraba con sus fuertes cuernos una puerta de hierro de una torre, y entrábase dentro, mas á poco rato salia muy manso, y un jimio viejo sobre él, tan arrugado que los cueros le colgaban de cada parte, y dándole con un azote le hacia tornar á entrar por el caño donde salido habia. Mucho placer y deleite habian todos aquellos caballeros en mirar estos encantamientos, y otros muchos que Apolidon

hiciera por amor de dar placer á Grimanesa su amiga; así que siempre tenia en que pasar el tiempo, y todos estaban muy firmes en el amor de Amadis para lo seguir en todo lo que su voluntad fuese. Pues á esta sazon que oís llegó allí el ermitaño Andalod, el que en la peña Pobre habitaba al tiempo que allí Amadis estuvo, el cual vino á dar órden en el monasterio que oistes; y cuando así vió á Amadis, dió muchas gracias á Dios por haber dado á tan buen hombre la vida, y mirábalo y abrázabalo como si nunca lo viera; y Amadis le besó las manos agradeciéndole con mucha humildad la salud y la vida que por Dios y por él hubiera; y luego fue fundado un monasterio al pié de la peña en aquella ermita de la vírgen María, donde Amadis muy desesperado de la su vida con gran dolor de su ánima por la carta que su señora Oriana le envió, hizo la oracion y se fue á perder, como ya se os dijo, en el cual quedó un hombre bueno que Andalod trajo, Sisian llamado, y treinta frailes con él, y Amadis les mandó dar tanta renta, con que abastadamente vivir pudiesen, y Andalod se tornó á la peña Pobre como de antes. Entonces llegó alli Balais de Carsante, aquel que Amadis sacara de la prision de Arcalaus, que se fue á despedir del rey Lisuarte cuando supo que Amadis se iba dél descontento; y tambien vino con él Olivas, aquel á quien Agrajes y don Galvanes ayudaron en la batalla del duque de Bristoya; y preguntaron á Balais por nuevas de casa del rey Lisuarte, y él dijo: Asaz hay que dellas se pueden contar.

Entonces les dijo: Sabed, señores, que el rey Lisuarte ha enviado á mandar que toda su gente sea luego con él, porque el conde Latine, y aquellos que envió á tomar la ínsula de Mongaza, le hicieron saber que el gigante viejo les diera todos los castillos que tenia en poder él y sus hijos; mas que Gromadaza no quiere dar el lago Herviente, que es el mas fuerte castillo que hay en toda la ínsula, y otros tres castillos muy fuertes; y sabed que ha dicho Gromadaza, que nunca en los dias de su vida desampara-

rá aquello donde fue ya con su marido Jamongomadan y Basagante su hijo; y que antes morirá que los entregue, y que siempre della recibirá muchos enojos; que de su hija Madasima y de sus doncellas haga lo que por bien tuviere, que ella poco daria por ellas ni por su vida, solamente que algun pesar le pueda hacer; por donde digo, que así se puede tomar por ejemplo cuan riguroso y cuan fuerte es el corazon airado de la mujer, queriendo salir de aquellas cosas convenientes para que engendrado fue, que como su natural no lo alcanza, forzado es que el poco conocimiento, poco en lo que cumple pueda proveer; y si alguna al contrario desto se halla, es por gran gracia del muy alto Señor en quien todo el poder es, que sin ningun intervalo las cosas puede guiar donde mas le pluguiere, forzando y contrariando todas las cosas de natura. Despues que Balais les contó estas nuevas, preguntáronle que dijera el Rey, ó que queria hacer; y él les dijo: Junta todo su poder, así como ya os conté, y juró que si los castillos que Gromadaza tenia no habia en un mes, que haria descabezar á Madasima y á sus doncellas, y que luego iria sobre el lago Hirviente, y dél no se alzaria hasta la tomar; y que si á la giganta vieja á su poder hubiese, que la haria echar á sus muy bravos leones. Oidas por ellos estas nuevas, gran enojo hubieron, y hicieron aposentar á aquellos caballeros, y ellos hablaron mucho en aquello; mas don Galvanes á quien no se olvidaba la promesa hecha por él á Madasima, y las grandes angustias y dolores de que su corazon por sus amores atormentado era, dijoles: Buenos señores, todos sabeis bien como la causa principal porque Amadis y nosotros nos partimos del Rey, fue por lo de Madasima y por mí, y yo lo ruego mucho á vosotros todos, que me seais ayudadores á que quitar pueda la palabra que allá la dejé, que fue de la defender por armas, lo cual, con ayuda de Dios y de vosotros, pienso yo muy bien hacer. Don Florestan se levantó en pié, y dijo: Señor don Galvanes, otros estan

aquí mas entendidos y de mejor consejo que yo, los cuales para defender á Madasima teneis, y si por razon defenderse puede, esto seria lo mejor; mas si la batalla necesaria es, yo la tomaré en el nombre de Dios para la defender y adelantar vuestra palabra. Buen amigo, dijo don Galvanes, yo os lo agradezco cuanto puedo, porque bien dais á entender que me sois leal amigo, mas si por armas se hubiere de librar, á mí conviene que lo mantenga; que yo lo prometí, y yo lo pasaré. Buenos señores, dijo don Brian de Monjaste, ambos decís muy bien; pero todos habemos parte en este hecho, porque lo que á Amadis acaeció con el Rey, fue darnos á entender á nosotros en lo que éramos tenidos, y lo que á él y á vos, señor don Galvanes, acaeció, así pudiera avenir á cada uno de los que allí éramos, y si mas sobre este hecho no tornásemos, gran mengua á todos alcanzaria, aunque la causa principal de Amadis sea, que pues que juntos salimos y así estamos, lo de cada uno de nos, de todos es; así que en esto no hay cosa partida; y dejado aparte lo nuestro, Madasima es una doncella de las buenas del mundo, y es en aventura de perder la vida, y sus doncellas así mesmo; y como lo principal de la órden de caballería sea socorrer á las semejantes, dígoos: que yo pugnaré que con razon sean defendidas, y cuando esta faltare será por armas, cuanto mis fuerzas bastaren para ello. Don Cuadragante dijo: Cierto, don Brian, vos lo decís como hombre de tan alto lugar; y así creo yo que muy mejor lo haréis, que este negocio á todos atañe, y en tal manera lo debemos tomar, que nos tengan por hombres de buen recaudo: y luego sin mas tardanza, porque muchas veces acaece con la dilacion prestar poco la buena voluntad, pues que la obra en efecto venir no puede en tiempo que aprovechar pueda, y acuérdeseos, señores, como aquellas doncellas estan mezquinas y desamparadas, y que no por su voluntad fueron en aquella prision metidas, sino por aquella obediencia que Madasima á su madre debia; así que, aun

que en lo del mundo algo el Rey contra ellas tenga, en lo de Dios ninguna cosa tiene, pues que mas por fuerza que por su querer se condenaron. Amadis dijo: Mucho me place, señores, en oir lo que decís, porque de las cosas con amor y concordia miradas, no se debe esperar sino buena salida, y si así vuestros fuertes y bravos corazones en lo porvenir como en este presente lo tienen, no solamente el remedio de aquellas doncellas tengo yo en mucho, mas pasar á otras tan grandes cosas, que ningunos en el mundo iguales os pudiesen ser; y pues que todos estais en este socorro, si os pluguiere, diré yo mi parecer de aquello que hacer se debe. Todos le rogaron que lo dijese. Entonces él dijo: Las doncellas son doce; yo ternia por bien que por doce caballeros de vosotros sean socorridas, por razon y por armas cada uno la suya, así juntos en uno si ser pudiere, ó repartidos como la necesidad se ofrezca; bien cierto soy que todos los que aquí estais, segun vuestro gran esfuerzo, tomaríades esta afrenta por vicio y placer, mas ser no puede; pues que mas de doce no pueden ser, y estos quiero yo nombrar, quedando los otros y yo para las cosas de mayor peligro que ocurrir nos puedan. Entonces dijo: Vos, señor don Galvanes, seréis el primero, pues que el negocio principalmente vuestro es, y Agrajes vuestro sobrino, y mi hermano don Florestan, y mis primos Palomir y Dragonis, y don Brian de Monjaste, y Nicoran de la torre Blanca, y Orlandin, hijo del conde de Irlanda, y Gavarte de Val Temeroso, y Imosil hermano del duque de Borgoña, y Mandansil de la puente de la Plata, y Ledaderin de Fajarque; estos doce tengo por bien que á esto vayan, porque entre ellos van hijos de reyes y de reinas, y de duques y condes, de tan alto linaje, que allá no pueden hallar ningunos que par les sean; y á todos plugo mucho desto que Amadis dijo, y los nombrados se fueron luego á sus posadas para enderezar las cosas convenientes á la partida, que otro dia de gran mañana habia de ser; y aquella noche albergaron todos.

en la posada de Agrajes, y á la media noche fueron armados, y á caballo puestos en el camino de Tasilana, la villa donde el rey Lisuarte estaba.

CAPITULO XXII.

Como Oriana se halló en gran cuita por la despedida de Amadis y de los otros caballeros, y mas de hallarse preñada; y como doce de los caballeros que con Amadis en la ínsula Firme estaban, vinieron á defender á Madasima y á las otras doncellas, que en ella estaban puestas en condicion de muerte sin haber justa razon porque morir debiesen.

Contado se os ha como Amadis estuvo con su señora Oriana en el castillo de Miraflores, por espacio de ocho dias, segun parece; y de aquel ayuntamiento Oriana preñada fue, lo cual nunca por ella sentido fue, como persona que de aquel menester poco sabia, hasta que ya la gran mudanza de su salud y flaqueza de su persona se lo manifestaron; y como lo entendió, sacó aparte á Mabilia y á la doncella de Denamarca, y llorando de los sus ojos las dijo: ¡Ay mis grandes amigas! ¿qué será de mí, que segun veo la mi muerte me es llégada, de lo cual yo siempre me recelé? Ellas pensando que por la partida de su amigo y la soledad dél lo hacia, consoláronla como hasta allí lo habian hecho, mas ella dijo: Otro mal junto con ese me ha sobrevenido, que nos pone en mayor fortuna y mayor peligro, y esto es, que verdaderamente estoy preñada. Entonces las dijo las señales por donde lo debian creer; así que conocieron ser verdad su sospecha, de que muy espantadas fueron, aunque no se lo dieron á entender, y dijola Mabilia: Señora, no os espanteis, que á todo habrá buen remedio, y siempre me tuve por dicho que de tales juegos habríades tal ganancia. Oriana, aun

que tenia gran cuita, no pudo estar que de gana no riese, y dijo: Mis amigas, menester es que desde agora hayamos el consejo para nos remediar, y será bien que luego me haga mas doliente y flaca, y me aparte lo mas que ser pudiere de la compañía de todas, salvo de vosotras, y así cuando viniere la necesidad, remediarse ha con menos sospecha. Así se haga, dijeron ellas, Dios lo enderece, y desde agora sepamos que se hará de la criatura cuando naciere. Yo os lo diré, dijo Oriana: Que la doncella de Denamarca, si la pluguiere, como reparadora de mis angustias y dolores, querrá poner su honra en menoscabo, porque la mia con la vida remediada sea. Señora, dijo ella, no tengo yo vida ni honra mas de cuanto vuestra voluntad fuere, por ende mandad que cumplirse ha hasta la muerte. Mi buena amiga, dijo ella, tanta esperanza tengo yo en vos, y la honra que por mí aventuráredes, yo os la haré cobrar si vivo, en mucha mayor parte. La doncella hincó los hinojos, y besóla las manos. Oriana la dijo: Pues mi, buena amiga, haréis así: Id algunas veces á ver á Adalasta, la abadesa del mi monasterio de Miraflores, como que á otra cosa vais, y cuando el tiempo del mi parir fuere llegado, iréis á ella, y decirla heis como estais preñada, y rogadla que demás de os tener secreto, ponga remedio en lo que naciere, lo cual vos haréis echar en la puerta de la iglesia, y que lo mande criar como cosa de por Dios, y yo sé que lo hará, porque mucho os ama; y desta manera será lo mio encubierto, y en lo vuestro no se aventura mucho, pues que no será sabido, salvo por aquella honrada dueña que lo guardará. Así se hará, dijo la doncella, y muy buen acuerdo habeis tomado. Esto queda hasta su tiempo, y digamos agora del rey Lisuarte, que como supo que la giganta Gromadaza no le queria entregar el lago Hirviente, y los otros castillos que ya dijimos, mandó ante sí traer á Madasima y á sus doncellas, por consejo de Gandandel y Brocadan, y venidas en su presencia, dijolas: Madasima, ya sabeis como en-

trastes en mi prision con condicion que si vuestra madre no me entregase la ínsula de Mongaza, con el lago Hirviente y los otros castillos, que vos y vuestras doncellas fuésedes descabezadas; y agora, segun he sabido de las gentes que yo allá tengo, hame faltado de lo que me prometió; y pues que así es, quiero que vuestra muerte y la de estas doncellas sea ejemplo y castigo para los otros que conmigo contrataren, que no me osen mentir. Oido esto por Madasima, su gran hermosura y viva color fue en amarillez tornada, y hincó los hinojos ante el Rey, y dijo: Señor, el miedo de la muerte hace mi corazon muy mas flaco que yo como tierna doncella naturalmente tenia, así que no me quedando sentido alguno, no sabe la lengua que responda; y si en esta corte hay algun caballero que manteniendo derecho por mí hable, considerando ser puesta en esta prision contra toda mi voluntad, hará aquello que es obligado segun la órden de caballería, de responder por aquellas que en semejantes cosas se hallan, y si no lo hubiere, vos, señor (que á dueña ni á doncella que atribulada fuese nunca fallecistes), mandadme oir por derecho, y no venza la ira y saña á la razon que como rey debeis mirar. Gandandel, que muy aquejado estaba en su voluntad porque muriese, pensando con aquello encender la enemistad mas de lo que estaba, entre el rey Lisuarte y Amadis, dijo: Señor, en ninguna manera no deben ser estas doncellas oidas, pues que sin otra condicion alguna, salvo si aquella tierra no vos fuese entregada, á la muerte se condenaron; y por esto se debe luego, sin mas en ello dar dilacion alguna, la justicia ejecutar. Don Grumedan, amo de la Reina, que era muy leal caballero, y gran sabidor en todas las cosas de honra, como aquel que con las armas por obra lo experimentara, y con subtil ingenio muchas veces lo leyera, dijo: Eso no hará el Rey, si á Dios pluguiere, ni tal crueza ni desmesura por el pasará, que esta doncella mas constreñida por la obediencia debida á su madre, que por su vo-

luntad, fue en esta demanda puesta; y así como en lo oculto aquella humildad, de Dios agradecida le será, así en lo público, el Rey, como su ministro, siguiendo sus doctrinas, lo debe hacer; cuanto mas, que yo he sabido como en estos tres dias serán aquí algunos caballeros de la ínsula Firme, que vienen á razonar por ellas, y si vos, don Gandandel, ó vuestros hijos, quisiéredes mantener la razon que aquí dijisteis, entre ellos hallaréis quien os responda. Gandandel le dijo: Don Grumedan, si vos me quereis mal, nunca os lo mereci yo, y si á mis hijos habeis así afrentado, bien sabeis vos que son tales, que manternán como caballeros lo que yo dijere. Cerca estamos de lo ver, dijo don Grumedan, y á vos no os quiero mas mal ni bien de como viere que al Rey aconsejais. El Rey, como quiera que muy contra razon á Amadis errara, y en su pensamiento tuviese de le enojar en las cosas que le tocasen, no pudo tanto aquella nueva pasion que á la vieja y antigua virtud suya pudiese vencer, y como oyó lo que don Grumedan dijo, plúgole dello, y preguntóle cuales eran los caballeros que venian para librar las doncellas, y él se los contó todos por el nombre. Asaz hay ende, dijo el Rey, de buenos caballeros y entendidos. Cuando Gandandel los oyó nombrar, mucho fue espantado, y muy arrepentido por lo que de sus hijos dijera, que bien veia él que la bondad dellos no igualaba en gran parte á la de don Florestan y Agrajes, y Brian de Monjaste, y Gavarte de Val Temeroso; y luego que el Rey mandó tornar á Madasima y á sus doncellas á la prision, él fue á Brocadan su cuñado, con gran angustia de su corazon, porque las cosas le venian muy al contrario de lo que al comienzo pensara, recibiendo el gualardon que los méritos de la maldad merecen.

Aquí acaeció lo que el Evangelio dice: No haber cosa oculta que sabida no sea; que este Gandandel se fué con Brocadan á su casa en lugar apartado para haber consejo sobre la venida de los caballeros de la ínsula Firme, como

antes que llegasen trabajasen con el Rey como hiciese matar á Madasima y á sus doncellas. Pues allí estando Brocadan culpando mucho á Gandandel el mal que á Amadis hiciera en lo mezclar con el Rey sin que se lo mereciese, y todas las otras cosas que en aquella mala negociacion habian pasado, y mostrando gran cuita y pesar del mal consejo que tomaron, temiendo alcanzar presto la ira de Dios y del Rey, perdiendo sus honras y hijos por cuya causa lo comenzaron, acaeció que una sobrina de este Brocadan, siendo enamorada de un caballero mancebo que Sarquiles se llamaba, sobrino de Angriote de Estravaus, teniéndole encerrado en una recámara, que junto con aquella cámara donde ellos solos y apartados habian su consejo estaba, oyó todo cuanto hablaban, y supo todos sus malos secretos, de que muy maravillado fué, y despues ellos se fueron, y la noche venida salió de allí: y armándose de todas sus armas en una casa fuerte de la villa donde las dejara, cabalgó en su caballo en la mañana como que de otra parte viniese, y fuese al palacio del Rey, y hablando con él le dijo: Señor, yo soy vuestro natural, y en vuestra casa fuí criado y querria os guardar de todo mal y engaño, porque no errásedes en vuestra hacienda cumpliendo la agena voluntad. Y no ha tercero dia que estando en un lugar oí que algunos os quieren dar mal consejo contra vuestra honra y buena nombradía: y dígoos que no deis fe á lo que Gandandel y Brocadan os dijeren en el hecho de Madasima y sus doncellas, pues que en vuestra corte hay tales personas que con menos engaño os aconsejarán, y lo que á esto me mueve vos lo sabréis, y cuantos aquí hay antes de doce dias, y si paráredes mientes en lo que estos que digo os dirán, luego podeis entender que algo dello sabia yo; y señor, quedad con Dios, que yo me voy á mi tio Angriote. A Dios vais, dijo el Rey, y quedó pensando en aquello que le habia dicho; y Sarquiles cabalgó en su caballo, y por un atajo que él sabia se fué lo mas presto que pudo á la ínsula Firme, y con el trabajo del camino

llegó el caballo flaco y laso que ya llevar no le podia, y halló á Amadis, y á Angriote, y á don Bruneo de Bonamar, que cabalgaban andando por la ribera de la mar, haciendo aderezar fustas para pasar en Gaula, que Amadis queria ver á su padre y madre, y fué bien recibido dellos. Angriote le dijo: Sobrino, ¿qué cuita hubistes, que tan mal parado el caballo traeis? Muy grande, dijo él, por os ver, y contar una cosa que es menester que sepais. Entonces le contó como le tuviera la doncella que Gandaza habia nombre, encerrado en casa de Brocadan, y todo lo que á él y Gandandel oyera de la maldad que á Amadis habian con el Rey tratado. Angriote dijo á Amadis: ¿Paréceos, señor, si mi sospecha era desviada de la verdad, aunque no me dejaste llevarla al cabo? mas agora si á Dios pluguiere, ni vos, ni otra cosa me estorbará, que claramente no parezca la gran maldad de aquellos malos, que tan gran traicion han hecho al Rey y á vos. Amadis le dijo: Agora, mi buen amigo, con mas certidumbre y razon que entonces lo podréis tomar, y con aquella os ayudará Dios. Pues yo saldré de aquí, dijo Angriote, mañana al alba del dia, y irá Sarquiles en otro caballo conmigo, y presto sabréis la paga que aquellos malos de su maldad habrán. Y luego se fueron á la posada de Amadis, que allí siempre con él estaba Angriote, y aderezaron todo lo que habian menester para el camino, y otro dia cabalgaron y fuéronse donde supieron que el rey Lisuarte estaba, el cual estaba muy pensativo de las cosas que Sarquiles le dijera, y él aguardó por ver en que podrian redundar. Pues un dia vinieron á él Gandandel y Brocadan, y dijéronle: Señor, mucho nos pesa porque no teneis mientes en vuestra hacienda: Bien puede ser, dijo el Rey, ¿mas porqué me lo decís? Porque aquellos caballeros, dijeron ellos, que de la ínsula Firme vienen, que son vuestros enemigos, y sin ningun temor quieren entrar en vuestra corte á salvar á estas doncellas, por quien habeis de haber su tierra: y si nuestro consejo tomáredes, antes que vengan serán ellas descabezadas, y

á ellos enviarles heis á mandar que no entren en vuestra tierra, y con esto seréis temido, que ni Amadis ni ellos no osarán haceros enojo, que segun la cosa, y en el estado que es puesta, si de miedo no lo dejan, no lo dejarán de virtud; y esto, señor, mandarlo luego sin mas consejo ni dilacion, porque las cosas apresuradamente hechas semejantes como estas mayor espanto ponen. El Rey, que en la memoria tenia lo que Sarquiles le dijera, luego conoció que habia dicho verdad en verlos como se acuitaban por la muerte de las doncellas, y no se quiso arrebatar, antes les dijo: Vosotros decís dos cosas muy fuertes, y contra toda razon: la una que sin forma de juicio haga matar las doncellas; ¿qué cuenta daria yo á aquel Señor cuyo ministro soy si tal hiciese? Que en su lugar me puso para que las cosas justamente semejante á él en su nombre obrase, y si haciendo tuerto y agravio pusiese aquel gran espanto en las gentes que decís, todo aquello con derecho y con razon caeria al cabo sobre mí; porque los reyes que mas por su voluntad que por razon hacen cruezas, mas confian en su saber que en el de Dios, lo cual es el mayor yerro que tener pueden. Así que, lo verdadero y mas cierto para se asegurar cualquiera príncipe en este mundo y en el otro, es hacer las cosas con acuerdo y consejo de personas de buena intencion, y pensar que aunque al comienzo algunos intervalos se les pongan, en la fin, pues que por el justo Juez han de ser quitadas, la salida no puede ser sino buena. La otra que me decís que envie á mandar que los caballeros no vengan á mi corte, cosa muy deshonesta seria desafuciar á ninguno que ante mí no pida justicia; cuanto mas que si son muchos mis enemigos, por mucha honra es á mí ser en mi mano y voluntad de hacer lo que ellos me suplicarán, y con necesidad vengan á mi juicio. Así que, no haré ninguna cosa desto que me decís, ni lo tengo por bien, y mucho menos lo que contra Amadis me aconsejastes, de lo que yo gran pena merezco; porque nunca dél ni de su linaje recibí sino muchos servicios, y

si algo en contra tuviera, otros algunos supieran ó sospecharan dello, pero otra prueba no parece sino sola la vuestra: aconsejásteisme muy mal y dañastes á quien nunca os lo mereció. Yo que erré tengo la pena, y así creo que vosotros al cabo, si la verdad no trajistes, no quedaréis sin ella; y levantándose de entre ellos, se fué para sus caballeros.

Gandandel quedó muy espantado cuando así vió al Rey, y porque no sabia ninguna cosa por donde afirmase lo que habia dicho. Brocadan le dijo: Ya no es tiempo, Gandandel, de tornar atrás, que en cosa tan dañada poco aprovecharia; antes agora con mas esfuerzo se debe sostener todo lo que al Rey dijimos. No sé yo como se podrá eso hacer, dijo Gandandel, que no se hallaria persona que dijese sino lo contrario. Asi estaban revolviendo en sus entrañas para que el yerro hicieran fuese mayor, que esto es lo natural de los malos. Otro dia cabalgó el Rey con gran compaña, y despues de haber oido misa salióse al campo, y no tardó mucho que llegaron los caballeros de la ínsula Firme que venian á la deliberación de Madasima y de sus doncellas; y el Rey, que los vió venir, movió contra ellos á los recibir, porque lo merecian segun sus grandes bondades, y por que era muy honrador de todos; y ellos fueron ante él con mucha humildad, y sus hombres armaron tiendas en el campo en que albergasen, y hasta alli fué el Rey con ellos: y queriéndose ir díjole don Galvanes: Señor, confiando en vuestra virtud y en vuestras buenas y justas maneras, venimos á os pedir por merced que querais oir á Madasima y á sus doncellas, y pasen por su derecho: y nosotros venimos aqui para mantener su razon, y si con ella no podemos, no os pese, señor, que por armas lo sostengamos, pues no hay causa por donde ellas deban morir. El Rey dijo: Desde hoy mas id á holgar á vuestro albergue, que yo haré todo lo que con derecho deba. Don Brian de Monjaste le dijo: Señor, así lo esperamos de vos que haréis

aquello que á vuestro real estado y á vuestra conciencia conviene; y si algo dello faltare será por algunos malos consejeros que no guardan vuestra honra ni fama, lo cual si á vos, señor, no pesase, haria yo luego conocer á cualquiera que lo contrario dijese. Don Brian, dijo al Rey, si vos creyésedes á vuestro padre, yo sé bien que no me dejaríades por otro, ni verníades á razonar contra mí. Señor, dijo Brian, mi razon por vos es: que yo no digo que hagais sino derecho, y que no deis lugar á algunos que por ventura no os servirán tan bien como yo, que dañen á vuestra bondad: y á lo que me decís, que si á mi padre creyese que no os dejaria, yo no os dejé porque nunca vuestro fuí, aunque soy vuestro linaje, y yo vine á vuestra casa á buscar á mi cormano Amadis, y cuando á vos no os plugo que él fuese vuestro, fuime con él, no errando un punto de lo que debia. Esto pasó á Brian de Monjaste que oís. El Rey se fué á la villa, y ellos quedaron en sus albergues, donde fueron visitados de muchos amigos suyos. De Oriana os digo que nunca se quitó de una finiestra mirando á aquellos que tanto á su amiga amaban, rogando á Dios que les diese victoria en aquella demanda. Aquella noche estuvieron Gandandel y Brocadan con angustia de sus ánimas, porque no hallaban razon conveniente para sostener lo que comenzado habian; pero por mas peligro hallaban dejarlo caer, y por esto acordaron de lo llevar adelante. Otro dia de mañana fueron á oir misa con el Rey los doce caballeros, y dicha, el Rey se fué con los de su consejo y con otros muchos hombres buenos de su palacio, y mandó llamar á Gandandel y á Brocadan, y díjoles: La razon que siempre me distes en el hecho de Madasima y de sus doncellas, agora es menester que la mantengais, y deis á entender á estos hombres buenos como no deben ser oidos, y mandolos estar en un lugar donde los oyesen. Imosil de Borgoñan y Ledaderin de Fajarque dijeron delante del Rey: Nos y estos caballeros que aquí venimos os pedimos en

merced que mandeis oir á Madasima y á sus doncellas, porque entendemos que así lo debeis hacer de derecho. Gandandel dijo: El derecho muchos son los que le razonan y pocos los que le conocen; y vos decís que deben estas doncellas de derecho ser oidas, lo cual de derecho no deben ser, pues sin condicion alguna se obligaron á la muerte, y así entraron en la prision del Rey, con condicion que si Ardan Canileo fuese muerto ó vencido le entregarian libremente toda la ínsula de Mongaza, y sino que las matasen á ellas y á los caballeros con ellas, y despues de muerto Ardan Canileo, entregaron los castillos que tenian, y Gromadaza no quiere entregar los que tiene: así que no hay ni puede haber razon para las escusar de morir. Imosil dijo: Ciertamente, Gandandel, escusado debia ser á vos delante de tan buen Rey y tales caballeros razonar esto que aquí dijistes, siendo tan contra derecho, que mas con dañada voluntad que por vuestra justa causa lo habeis dicho, que manifiesto es á todos los que algo saben, que por cualquiera pleito que hombre ó mujer sobre sí ponga, si no es en caso de traicion ó aleve, debe ser oido y juzgado á muerte ó á vida, segun la culpa que tuviere; y así se hace en las tierras donde hay justicia, y lo al seria crueza; y esto es lo que pedimos al Rey que la vea con estos hombres buenos que aquí son y haga lo justo. Gandandel dijo, que aquello era tan justo; que no se podia mas decir, y que el Rey lo juzgase, pues ya habia oido las partes: así quedó el negocio, y quedando allí el Rey y ciertos caballeros, todos los otros se fueron. El Rey quisiera mucho que Argamonte su tio, un conde muy honrado y de gran seso, dijera sobre ello su parecer; mas él se lo remitió á él diciendo que ninguno sabia el derecho tan cumplidamente como él: y así lo hicieron todos los otros. Cuando esto el Rey oyó dijo: Pues en mí lo dejais, yo digo que me parece bien la razon de Imosil de Borgoña, que las doncellas deben ser oidas. Ciertamente, señor, dijo el conde, y todos los

otros : vos determinais lo justo, y así se debe hacer. Entonces llamaron los caballeros, y dijéronselo. Imosil y Ledaderin le besaron las manos por ello, y dijeron: Pues señor, si la vuestra merced fuere mandar venir á Madasima y á sus doncellas y salvar las hemos con derecha razon, ó con armas si menester fuere. Bien me place que así sea, dijo el Rey, y vengan las doncellas y verémos si os otorgarán su razon. Y luego fueron por ellas, y vinieron delante dél con tan gran temor y tan apuestas, que no habia allí hombre que gran piedad dellas no hubiese. Los doce caballeros de la ínsula Firme las tomaron por las manos, y á Madasima Agrajes y Florestan. Imosil y Ledaderin, dijeron : Señora Madasima, estos caballeros vienen por salvar de la muerte á vos y á vuestras doncellas, y el Rey quiere saber si nos otorgais vuestra razon. Ella dijo: Señores, si razon de doncellas captivas y sin ventura puede ser otorgada, nosotras os la otorgamos. Pues que así es, dijo Imosil, agora venga quien quisiere decir contra vos, que si uno fuere yo os defenderé por razon ó por armas: y si mas, vengan hasta doce que aquí serán respondidos: y el Rey miró á Gandàndel y á Brocadan, y vió como tenian los ojos en el suelo y muy desmayados que no respondian, y dijo á los caballeros de la ínsula Firme: Idos á vuestras posadas hasta mañana, y en tanto tomarán acuerdo los que os querrán responder.

Entonces se salieron con Madasima hasta la prision, y desde allí se fueron á sus posadas. Y el Rey tomó aparte á Gandandel y á Brocadan, y díjoles: Muchas veces me habeis dicho y aconsejado que era justo matar estas doncellas, y que vosotros lo defenderíades por derecha razon, y aun si menester fuese vuestros hijos por armas; agora es tiempo que lo hagais, que yo porque me parece justa razon lo que Imosil dice nó mandaré combatir á ninguno de mi corte con estos caballeros, por ende poned remedio, sino las doncellas serán libres, y yo no bien aconse-

jado de vosotros; y ellos dijeron, que luego de mañana vernian con recaudo, y fuéronse muy tristes á sus casas. Y fue su acuerdo que porfiasen lo que comenzaran con buenas razones mas á sus hijos no los poner en afrenta, porque su razon no era verdadera, y ellos no eran tales en armas como aquellos caballeros; mas esa noche llegó nueva al rey como Gromadaza la giganta era muerta, y que mandó entregar los castillos al Rey por librar á su hija y á sus doncellas; y que ya los tenia en su poder el conde Latine, de que hubo gran placer; y otro dia despues de misa sentóse donde habia de juzgar, y vinieron ante él los doce caballeros, y díjoles: De hoy mas no hableis en el derecho de las doncellas, que sois quitos dél, y Madasima y sus doncellas son libres de muerte y de prision, que yo tengo ya los castillos porque las tenia presas. Desto hubieron gran placer Gandandel y Brocadan, por cuanto no esperaban sino gran deshonra; y luego mandó venir á Madasima y á sus doncellas, y díjoles: Vosotras sois libres y os doy por quitas, haced lo que mas os pluguiere, que yo tengo los castillos porque os tenia, y no la quiso decir como su madre era muerta. Madasima le quiso besar las manos; mas el Rey no quiso como aquel que nunca las dió á dueña ni á doncella, sino cuando las hacia alguna merced, y díjole: Señor, pues que en mi libre poder me dejais, yo me pongo en el de mi señor don Galvanes, que á tanto trabajo se ha por mí puesto con sus amigos. Agrajes la tomó por la mano, y dijo: Mi buena señora, vos habeis hecho lo que debiades, y como quiera que agora seais de vuestra tierra desheredada, otra habréis en que honrada esteis hasta que Dios lo remedie. Imosil dijo al Rey: Señor, si á Madasima se le guarda derecho, no debe ser desheredada, que sabido es que los hijos que en poder de sus padres estan, aunque les pese han de hacer su mandado, pero por eso no se pueden condenar á ser desheredados, pues que la obediencia mas que la voluntad los hace obligar en lo que sus padres quieren; y pues que vos estais

para dar á cada uno su derecho, obligado sois de lo hacer de vos mesmo por dar ejemplo á los otros. Imosil, dijo el Rey, las doncellas teneis libres, en lo otro no hableis, porque de aquella tierra he habido muchos enojos, y agora que la tengo defenderla he, y no la puedo quitar á mi hija Leonoreta á quien la di. Don Galvanes le dijo: Señor, en aquel derecho que es de Madasima aquella tierra que fue de sus abuelos en aquel soy yo metido; y ruégoos que os acordeis de algunos servicios que os hice, y no me querais desheredar, pues que yo quiero ser vuestro vasallo y en la vuestra merced, y serviros con ella lo mas lealmente que pudiere. Don Galvanes, dijo el Rey, no hableis en eso, que ya es hecho lo que no se puede deshacer. Pues que así es, dijo él, que no me vale derecho ni mesura, yo pugnaré de la haber como mejor pudiere, y que no entre en el vuestro señorío. Haced lo que pudiéredes, dijo el Rey, que ya fue en poder de otros mas bravos que vos, y mas ligero será de os la defender que fue de cobrarla de ellos. Vos la teneis, dijo don Galvanes, por causa de aquel que ha mal gualardon; el cual me ayudará á la cobrar. El Rey dijo: Si él os ayudare, otros muchos me servirán á mí que no servian por amor dél que lo tenia en mi casa y lo defendia de ellos. Agrajes, que estaba ya sañudo, dijo: Cierto bien saben cuantos aquí estan y otros muchos si fue Amadis por vos defendido, ó vos por él, aunque sois rey, y que él siempre como caballero andante anduvo. Don Florestan, que vió á Agrajes con tanta saña, púsole la mano en el hombro y tiróle ya cuanto, y pasó adelante y dijo al Rey: Parece, señor, que en mas teneis los servicios de esos que decís que los de Amadis, pues cerca estamos de mostrar la verdad dello. Don Brian de Monjaste pasó por Florestan y dijo: Aunque vos señor en poco tengais los servicios de Amadis y de sus amigos, mucho han de valer aquellos que con razon los pudiesen poner en olvido. El Rey le dijo: Bien entiendo, Don Brian, en vuestro semblante que sois uno de sus amigos. Ciertamente, dijo

él, sí soy que él es mi cormano, y tengo de seguir en todo su voluntad. Bien habrémos acá con que os escusar, dijo el Rey. Todo será menester, dijo él, para resistir lo que Amadis podrá hacer. Entonces se llegaron de un cabo y de otro los caballeros para responder; mas el Rey tendió una vara que en la mano tenia, y mandóles que no hablasen mas en aquello, y todos se tornaron á sentar. Entonces llegó Angriote de Estravaus, y con él su sobrino Sarquiles armado con todas sus armas, y llegaron al Rey á besarle las manos. Los doce caballeros fueron maravillados de su venida, que no sabian la causa della; mas Gandandel y Brocadan fueron en pavor puestos, y mirábanse uno á otro, así como aquellos que sabian lo que Angriote dellos antes dijera, y creian que por aquello venia, y aunque le tenian por el mejor caballero del señorío del Rey, esforzáronse para responderle, y llamaron á sus hijos que estuviesen cabe ellos, y mandáronles que no hablasen mas de lo que ellos les dijesen. Angriote fue delante del Rey, y díjole: Señor, mandad venir aqui á Gandandel y Brocadan, y decirles he tales cosas por donde vos y los que aquí estan los conozcan mejor que hasta aquí. El Rey los mandó venir, y todos se llegaron por ver que seria aquello; y Angriote dijo: Señor, sabed que Gandandel y Brocadan, os son desleales y falsos, que os aconsejan mal y falsamente, no mirando á Dios, ni á vos, ni á Amadis que tantas honras les hizo, y nunca les erró; y ellos, como malos, os dijeron que Amadis andaba por se os alzar con la tierra, lo cual nunca en su pensamiento fue, sino de os servir, y hicieron os perder el mejor hombre que nunca rey tuvo, y con él muchos otros buenos caballeros, sin que se lo mereciesen: así que yo, señor, delante de vos les digo, que son malos y falsos, y os hicieron gran traicion fiando dellos vuestra hacienda: y si dijeren que no, yo se lo combatiré á ellos ambos; y si su edad los escusa, metan por sí sendos de sus hijos, que con el ayuda de Dios, yo les haré conocer la deslealtad de sus pa-

dres, y que vos, buen Rey, así lo conozcais. Señor, dijo Gandandel, ya veis como Angriote viene por deshonrar vuestra corte, y esto causa que dejais entrar en vuestra tierra á los que no quieren vuestro servicio, y si lo primero se remediara no viniera lo presente, y no os maravilleis, señor, si Amadis viniera otro dia á desafiar á vos mismo, y si Angriote me tomara en aquel tiempo que yo con las armas hice muchos servicios en honra de vuestro reino á vuestro hermano al rey Falangris, no osara decir lo que dice; mas de que me ve viejo y flaco, atrévese como á cosa vencida: y esta mengua mas á vos que á mí atañe. No, don malo, dijo Angriote, que ya vuestras falsas mezclas, pues que descubiertas ya son, no pueden dañar, que bastar deben en lo que con ellas al Rey dañastes, que yo no vengo á revolver ni deshonrar su corte, antes en su honra, á sacar aquella mala simiente que á la buena de aquí echó. Sarquiles dijo: Señor, bien sabeis que las palabras que sobre esto os hube dicho que no han pasado muchos dias, y por ellas conoceréis si es verdad lo que mi señor y tio Angriote dice: lo cual por mis orejas, yo oí toda la maldad que estos dos malos os hicieron en os poner en sospecha contra Amadis y su linaje: y si dicen que no es así, y por viejos se escusan, respondan sus hijos que son fuertes y mancebos, ellos tres y nosotros dos, y Dios mostrará la verdad, y allí se verá si son ellos tales, que puedan escusar de vuestro servicio á Amadis y á su linaje, como sus padres lo hablaban. Cuando los hijos deste vieron á su padre tan amenguado de razon, y que todos los del palacio se reian de le ver tan mal parado, metiéronse con gran saña por entre la gente, desviando con fuerza á unos y á otros: y como fueron delante del Rey, dijeron: Señor, Angriote miente en cuanto ha dicho de nuestro padre y de Brocadan, y nos se lo combatirémos, y veis aqui nuestros gajes; y echaron en el regazo del Rey sendas luas; y Angriote de Estravaus le tendió la falda de la loriga, y dijo: Señor, veis aquí el mio, y luego

se vayan á armar, y vos, señor, veréis la batalla. El Rey dijo: Lo mas del dia ya es pasado, que no hay tiempo de os combatir, y mañana despues de misa aparejaos para la batalla, y poner os hemos en el campo. Entonces llegó allí un caballero que Adamas habia nombre, que era hijo de Brocadan y de la hermana de Gandandel; y como quiera que de gran cuerpo y de valiente fuerza fuese, era muy villano de condicion, así que todos se despegaban dél, y dijo al Rey: Señor, digo que en todo lo que Sarquiles dijo mintió, y yo se lo probaré mañana si con su tio en el campo osare entrar.

Sarquiles fue desto alegre por se hallar en compañía de su tio, y dió luego su gaje al Rey que él queria la batalla. Entonces mandó el Rey que todos se fuesen á sus posadas, y así se hizo, que Angriote y Sarquiles se fueron con los doce caballeros, y llevaron consigo á Madasima y á sus doncellas, que ya de la Reina y Oriana era despedida, y la Reina le mandó dar una tienda muy rica en que estuviese. El Rey quedó con don Grumedan y con Guiontes su sobrino, y mandó llamar á Gandandel y á Brocadan, y dijoles: Muy maravillado estoy de vosotros, en haberme dicho tantas veces que Amadis me queria hacer traicion, y alzárseme con la tierra, y agora que tanto la prueba dello era necesario así lo dejastes caer, y habeis puesto á vuestros hijos pleito que no saben la justicia que de su parte tienen: mucho habeis errado á Dios y á mí, y en gran mal me metistes, en me hacer perder tal hombre y tales caballeros, y vosotros no quedaréis sin pena, porque aquel justo Juez la dará á quien la merece. Señor, dijo Gandandel, mis hijos se adelantaron pensando que la prueba no tardaria. Ciertamente, dijo don Grumedan, ellos pensaron verdad, porque no hay ni habrá ninguna contra Amadis en esto ni en otra cosa en que al Rey errado haya: y si vosotros los sospechais fué contra razon, que aun los diablos del infierno no lo pudieran pensar; y si el Rey os cortase mil cabezas que tuviésedes no seria vengado del da-

ño que le hicistes ; pero vosotros quedaréis, y quiera Dios que no sea para mas mal, y los cuitados de vuestros hijos padecerán la culpa vuestra. Don Grumedan, dijeron ellos, aunque vos así lo tengaís, y lo querríades, esperanza tenemos que nuestros hijos sacarán adelante nuestras honras y las suyas. Dios no me salve, dijo Grumedan, si yo mas lo querria de cuanto el consejo bueno ó malo que al Rey distes lo merece. Entonces les mandó el Rey que no hablasen en ello ; pues que era ya escusado ; y fuese á comer, y los otros á sus casas. Esa noche aderezaron los unos y los otros sus armas y sus caballos, y Angriote y Sarquiles velaron la media noche en una ermita de santa María que allí cabe sus tiendas era, y al alba del dia armáronse todos los doce caballeros que se recelaban del Rey porque le vian sañudo contra ellos: y tomaron consigo á Madasima, y á sus doncellas en sus palafrenes cada uno la suya ; y Angriote y Sarquiles delante dellos, y así entraron por la villa, y se fueron al campo donde la batalla habia de ser, que ya el Rey y todos los caballeros y otras gentes allí estaban, y tres jueces para la juzgar : el uno era el Rey Arban de Norgales, y el otro Guiontes sobrino del Rey, y el tercero Quinorante el buen justador : y tomaron á Angriote y á Sarquiles, y pusiéronlos á un cabo del campo, y luego vinieron Tarin y Corian, los dos hermanos, y Adamas el cormano, y entraron en el campo muy bien armados y en hermosos caballos, en disposicion de hacer todo bien si la maldad de sus padres no se lo estorbara: y puestos los unos contra los otros, Guiontes tocó una trompa que tenia, y los caballeros movieron al mas correr de sus caballos, y Corian y Tarin se enderezaron á Angriote, y Adamas á Sarquiles : y Tarin hirió á Angriote de tal encuentro que la lanza voló en piezas, y Angriote encontró á Corian en el escudo tan bravamente, que le lanzó por encima de las ancas del caballo, y cuando tornó á Tarin vióle estar con la espada en la mano, y como vió á su hermano en el suelo, fué con saña contra Angriote, y cuidó le herir

en el yelmo; mas echó antes el golpe de manera, que dió al caballo en la cabeza un gran golpe, y cortóle un pedazo della, y las cabezadas, así que el freno se le cayó en los pechos, y como llegó desapoderado, así venia para él Angriote, y topáronse con los escudos uno con otro tan fuertemente, que Tarin fué á tierra desacordado: y Angriote que así vió el caballo saltó dél lo mas presto que pudo, como aquel que ligero y valiente era, y se habia muchas veces visto en semejantes peligros; y como fue á pié, embrazó su escudo, y puso mano á su espada, con la cual muchos y grandes golpes ya otras veces diera, y fuese contra los dos hermanos que juntos estaban, y vió como su sobrino Sarquiles se combatia con Adamas á caballo, de las espadas bravamente, y llegando á ellos tomáronle en medio, y hiriérole de grandes golpes, como aquellos que eran valientes y de gran fuerza. Mas Angriote se defendia poniendo al uno el escudo, y al otro la espada, de manera que los hacia revolver que no alcanzaba golpe en lleno que las armas no derribase hasta tierra: que, como se os ha dicho, este caballero era el mejor heridor de espada que ninguno de los caballeros del señorío del Rey. Así que, en poco rato los paró tales, que los escudos eran hechos rajas, y las lorigas rotas por muchos lugares, que la sangre salia por ellos; pero él no estaba tan sano que muchas llagas no tuviese, y mucha sangre se le iba. Sarquiles, cuando asi vió á su tio, y que él no podia vencer á Adamas, quísose poner en toda aventura, y puso las espuelas muy reciamente á su caballo, y junto con él á brazos, y anduvieron asidos una pieza trabajando por se derribar; y como Angriote así los vió llegóse lo mas presto que pudo á ellos por socorrer á Sarquiles si debajo cayese: y los dos hermanos siguiéronle cuanto podian por socorrer á su cormano.

En esto los dos caballeros cayeron abrazados en el suelo, y allí viérades una gran priesa entre ellos, Angriote por socorrer á su sobrino, y los otros á su cormano; mas á aquella hora hacia Angriote maravillas en armas, en dar

tan duros y tan terribles y esquivos golpes, que por mucho que hicieron los dos hermanos no podian tanto resistir, que Adamas pudiese salir de las manos de Sarquiles. Cuando Gandandel y Brocadan esto vieron, que hasta allí tenian, alguna esperanza que la fuerza de sus hijos sosternia aquello que con gran maldad ellos urdian, quitáronse de la ventana con gran dolor y angustia de sus corazones: y así lo hizo el Rey, que de toda la buena andanza de aquellos que amigos eran de Amadis le pesaba, y no quiso ver el vencimiento de aquellos ni la victoria de Angriote: mas todos los que allí estaban habian dello mucho placer, porque en este mundo pagasen aquellos malos Gandandel y Brocadan algo de la culpa que merecian; mas los cuatro caballeros que en el campo estaban no entendian sino en se herir por todas partes de grandes golpes, pero no duró mucho que Angriote y Sarquiles cargaron de tantos golpes á los dos hermanos, que ya no tenian defensa alguna, ni hacian sino retraerse buscando alguna guarida; y no la hallando, daban algunos golpes y tornaban á huir pensando de se valer por salvar las vidas; mas al cabo fueron derribados, no pudiendo sufrir los golpes que sus enemigos les daban: y fueron muertos por sus manos con mucho placer de la muy hermosa Madasima, y de los caballeros de la ínsula Firme, y mas de Oriana y de Mabilia, que nunca cesaban de rogar á Dios por ellos que les diese aquella victoria que habian alcanzado. Entonces Angriote preguntó á los jueces si habia mas que hacer. Ellos le dijeron, que asaz habian hecho para cumplimiento de su honra: y sacándolos del campo los tomaron á sus compañeros, y con Madasima se tornaron á sus tiendas, donde los hicieron de sus llagas curar.

LIBRO III.

Comienza el libro tercero de Amadis de Gaula, en el cual se cuenta de las grandes discordias y hazañas que en la casa y corte del rey Lisuarte hubo, por el mal consejo que Gandandel dió al Rey por dañar á Amadis y á sus parientes y amigos: para encomienzo de lo cual, mandó el Rey á Angriote y á su sobrino que saliesen de su corte y de todos sus señoríos; y los envió á desafiar, y ellos le tornaron la confirmacion del desafío, como adelante se contará.

CAPITULO I.

De lo que el rey Lisuarte hizo acabada la batalla entre Angriote y Sarquiles con los hijos de Gandandel: y como el Rey desafió á Amadis, con lo mas que pasó.

Cuenta la historia que siendo muertos los hijos de Gandandel y Brocadan por mano de Angriote de Estravaus y de su sobrino Sarquiles (como habeis oido), los doce caballeros con Madasima con mucha alegría los llevaron á sus tiendas: mas el rey Lisuarte, que de la finiestra se quitó por no los ver morir, no por el bien que los queria, que ya como á sus padres los tenia por malos, mas por la honra que dello Amadis alcanzaba con algun menoscabo de su corte. Pasados algunos dias que supo como Angriote y su sobrino estaban mejores de sus llagas y que no podian

cabalgar, envióles á decir que se fuesen de sus reinos, y que no anduviesen mas por ellos, sino que él lo mandaria remediar: de lo cual muy aquejados áquellos caballeros, grandes quejas mostraron dello á D. Grumedan y á otros de la corte que allí por les hacer honra los iban á ver: especialmente D. Brian de Monjaste, y Gavarte de Val Temeroso, diciendo: que pues el Rey, olvidando los grandes servicios que le hicieron, así los trataba y extrañaba de sí, que no se maravillase si tornados al contrario pesase en mayor cantidad lo porvenir que lo pasado; y levantando sus tiendas, recogida toda su compañía, en el camino de la ínsula Firme se pusieron; y al tercero dia hallaron en una ermita á Gandaza sobrina de Brocadan y amiga de Sarquiles, aquella que le tuvo encerrado donde oyó y supo toda la maldad que su tio Gandandel contra Amadis urdiera, así como ya es contado. La cual huyó de miedo que por ello hubo, y hubieron mucho placer con ella, en especial Sarquiles, que mucho la amaba; y tomándola consigo fueron su camino. El rey Lisuarte, que por no ver la buena ventura de Angriote y su sobrino se quitó de la finiestra (como se ha dicho) entróse en su palacio muy sañudo, porque las cosas se iban haciendo á la honra y prez de Amadis y de sus amigos: y allí se hallaron don Grumedan y los otros caballeros que venian de salir con los caballeros que les habian dicho la queja que del Rey llevaban, lo cual en mucha mas saña y alteracion le puso, y dijo: Aunque el sufrimiento es una discrecion muy preciada, y en todas las mas cosas provechoso, algunas veces da gran ocasion á mayores yerros: así como con estos caballeros me acontece, que si como ellos de mí se apartaron, me apartara yo de les mostrar buena voluntad y el gesto amoroso, no fueran osados á aquello que os dijeron, mas ni aun de venir á mi corte, ni entrar en mi tierra. Pero como yo hice lo que la razon me obligaba, así Dios terná por bien en el cabo de me dar la honra, y á ellos el pago de su locura: y quiero que luego me los vayan á desafiar, y á Amadis

con ellos, por quien todos se mandan, y allí se mostrará lo que sus soberbias abastan. Arban, rey de Norgales, que amaba el servicio del Rey, le dijo: Señor, mucho debeis mirar eso que decis antes que se haga: así por el gran valor de aquellos caballeros que tanto pueden, como por haber mostrado Dios tan claramente ser la justicia de su parte; que si así no fuera, aunque Angriote es buen caballero, no se partiera de los dos hijos de Gandandel que por valientes y esforzados eran tenidos de tal forma, ni Sarquiles de Adamas como se partió, por donde parece que la gran razon que mantenian les dió y otorgó aquella victoria; y por esto, señor, ternia yo por bien que se tornasen para vuestro servicio que no es pro de ningun rey trabar guerra con los suyos pudiéndola escusar; que todos los daños que de la una parte á otra se hacen, y las gentes y haberes que se pierden, el rey lo pierde sin ganar honra ninguna en vencer, ni sobrar á sus vasallos; y muchas veces de las tales discordias se causan grandes daños, que se da ocasion de poner en nuevos pensamientos á los reyes y grandes señores comarcanos, que con alguna premia de sujecion estaban, de trabajar de salir della, y cobrar en lo presente mucho mas de lo que en lo pasado perdido tenian: y lo que mas se debe tener, es no dar lugar á que los vasallos pierdan el temor y la vergüenza á sus señores, que gobernándoles con templada discrecion, sojuzgándolos con mas amor que temor, pueden los tener y mandar como el buen pastor al ganado; mas si mas premia que pueden sufrir les ponen, acaece muchas veces faltar todos por dó el primero falta, y cuando el yerro es conocido ser la enmienda dificultosa de recibir. Así que, señor, agora es tiempo de lo remediar antes que mas la saña se encienda, que Amadis es tan humilde en vuestras cosas, que con poca premia le podeis cobrar, y con él á todos aquellos que por él de vos partieron. El Rey le dijo: Bien decís en todo, mas yo no daré aquello que dí á mi hija Leonoreta, que ellos me demandaron, ni su poder, aunque grande es, no es en nada

como el mio, y no me hableis mas en esto, mas aderezad armas y caballos para me servir, y de mañana partirá Cendil de Ganota para los desafiar á la ínsula Firme. En el nombre de Dios, dijeron ellos, y él haga lo que que tuviere por bien, y nosotros os servirémos.

Entonces se fueron á sus posadas, y el Rey quedó en su palacio. Gandandel y Brocadan sabréis que como vieron á sus hijos muertos, y ellos haber perdido este mundo y el otro recibiendo aquello que en nuestros tiempos otros muchos semejantes no reciben, guardándolos Dios, ó por su piedad para que se emienden, ó por su justicia, para que junto lo paguen no se emendando, sin les quedar redencion, acordáronse ir á una insula pequeña que tenia Gandandel, de poca poblacion, y tomando sus hijos muertos, y sus mujeres y compañas, las metieron en dos barcas que tenian para pasar á la ínsula de Mongaza si Gromadaza la giganta no entregara los castillos, y con muchas lágrimas de todos ellos, y maldiciones de los que los veian ir, movieron del puerto y llegaron donde mas la historia no hace mencion dellos: pero despues con razon creer que aquellos que las malas obras acompañan hasta la vejez, que con ellas dan fin á sus dias, si la gracia del muy alto Señor, mas por su santa misericordia que por sus méritos, no les viene, para que con tiempo sean reparados. Hizo pues el rey Lisuarte juntar en su palacio todos los grandes señores de su corte, y los caballeros de menor estado, y quejándoseles de Amadis y de sus amigos de las soberbias que contra él habian dicho, les rogó que dello se doliesen, así como él lo hacia en las cosas que á ellos tocaban. Todos le dijeron que le servirian como á su señor en lo que les mandase. Entonces él llamó á Cendil de Ganota, y díjole: Cabalgad luego, y con una carta de creencia, id á la ínsula Firme, y desafiadme á Amadis y todos aquellos que la razon de don Galvanes mantener querrán, y decidles, que se guarden de mí, que si puedo yo les destruiré los

cuerpos y los haberes dó quiera que los halle, y que asi lo harán todos los de mis señoríos. D. Cendil, tomando recaudo armado en su caballo se puso luego en el camino, como aquel que deseaba cumplir el mandado de su Señor. El Rey estuvo allí algunos dias, y partióse para una villa suya que Gracedonia habia nombre, porque era muy viciosa de todas las cosas: de que mucho plugó á Oriana y Mabilia, por ser cerca de Miraflores, y esto era porque se le acercaba á Oriana el tiempo en que habia de parir, y pensaban que de allí mejor que de otra parte pornian en ello remedio. Y los doce caballeros que llevaban á Madasima anduvieron por sus jornadas sin intervalo alguno, hasta que llegaron á dos leguas de la ínsula Firme, y allí cabe una ribera hallaron á Amadis que los atendia, con hasta dos mil y trecientos caballeros muy bien armados y encabalgados, que los recibió con mucho placer, haciendo gran amor y acatamiento á Madasima, y abrazando muchas veces á Angriote, que por un mensajero de su hermano don Florestan sabia ya todo lo que le aviniera en la batalla. Y así estando juntos con mucho placer, vieron descender por un camino de un alto monte á don Cendil de Ganota, caballero del rey Lisuarte, que los venia á desafiar. El, desque vió tanta gente y tan bien armada, las lágrimas le vinieron á los ojos, considerando ser todos aquellos partidos del servicio del Rey su señor, á quien el muy leal amigo y servidor era, con los cuales muy honrado estaba: mas alimpiando sus ojos, hizo el mejor semblante que pudo, como él lo tenia, que era muy hermoso caballero y muy razonado y esforzado: y llegó á la gente preguntando por Amadis; y mostrándosele, que estaba con Madasima y con los caballeros que de camino llegaban, se fué para ellos, y como le conocieron recibiéronle muy bien, y él los saludó con mucha cortesía, y díjoles: Señores, yo vengo á Amadis y á todos vosotros con mandado del Rey, y pues os halló juntos, bien será que lo oyais. Entonces se llegaron todos por oir lo que diria,

y Cendil dijo á Amadis : Señor, haced leer esta carta : y como fué leida , dijo : Esta es de creencia , agora decid la embajada. Señor Amadis , el Réy mi señor os manda desafiar , y á cuantos son de vuestro linaje , y á cuantos aquí estais , y á los que se han de trabajar de ir á la ínsula de Monjaza : y díceos que de aquí adelante pugneis de guardar vuestras tierras y haberes y cuerpos , que todo os lo entiende destruir si pudiere : y díceos , que os escuseis de andar por su tierra que no tomara ninguno que no lo haga matar. D. Cuadragante dijo : D. Cendil, vos habeis dicho lo que os mandaron , é hicistes derecho : pues vuestro señor nos amenaza los cuerpos y haberes, estos caballeros digan por si lo que quisieren ; pero decidle vos por mí , que aunque él es rey y señor de grandes tierras , que tanto amo yo mi cuerpo pobre , como él ama el suyo rico , y aunque de hidalguía no le debo nada, que no es el de mas derechos reyes de ambas partes que yo ; y pues me tengo de guardar , que se guarde él de mí y toda su tierra. A Amadis le pluguiera que con mas acuerdo fuera la respuesta , y díjole : Señor don Cuadragante, sufríos para que este caballero sea respondido por vos y por todos cuantos aquí son : y pues que oido habeis la embajada, acordaréis la respuesta de consuno, como mas á nuestras honras conviene : y vos, don Cendil de Ganota , podréis decir al Rey que muy duro le será de hacer lo que dice : é idos con nosotros á la ínsula Firme, y probar os heis en el arco de los leales Amadores, porque si lo acabáredes, de vuestra amiga seréis mas tenido y preciado , y hallarla heis contra vos de mejor voluntad. Pues á vos place, dijo don Cendil , así lo haré : pero en hecho de amores no quiero dar mas á entender de mi hacienda de lo que mi corazon sabe : luego movieron todos para la ínsula Firme ; mas cuando Cendil vió la peña tan alta , y la fuerza tan grande, muy maravillado fué, y mas lo fué despues que fué dentro , y vió la tierra tan abundosa : así que conoció que todos los del mundo no le podia hacer mal.

Amadis le llevó á su posada, y le hizo mucha honra, porque don Cendil era de muy alto lugar. Otro dia se juntaron todos aquellos señores, y acordaron de enviar á desafiar al rey Lisuarte, y que fuese á ello un caballero que allí con gente de Dragonis y Palomir era venido, que habia nombre Sadamon, porque estos dos hermanos eran hijos de Grafugis, rey de la profunda Alemaña, que era casado con Saduna, hermana del rey Perion de Gaula; y así estos como todos los otros que eran de gran güisa, hijos de reyes y de Duques y condes, habian allí traido gentes de sus padres, y muchas fustas para pasar con don Galvanes á la ínsula de Mongaza y diéronle á este Sadamon una carta de creencia firmada de todos los nombres dellos, y dijéronle: Decid al rey Lisuarte, que pues el nos desafia y amenaza, que así se guarde de nosotros que en todo le empecerémos, y que sepa que cuando hayamos tiempo' enderezado pasarémos á la ínsula de Mongaza, y que si él es gran señor, que cerca estamos donde se conocerá su esfuerzo y el nuestro; y si algo os dijere, respondedle como caballero que nosotros lo harémos todo firme, si á Dios pluguiere, con tal que no sea en camino de paz, porque esta nunca le será otorgada, hasta que don Galvanes restituido sea en la ínsula de Mongaza. Sadamon dijo, que como lo mandaban lo haria enteramente. Amadis habló con su amo don Gandales, y díjole: Conviene que de mi parte vais al rey Lisuarte, y decidle sin temor ninguno que del hagais que en muy poco tengo su desafío, y sus amenazas menos aun de lo que él piensa: y que si yo supiera que tan desagradecido me habia de ser de cuantos servicios hechos le tengo, que no me pusiera á tales peligros por le servir: y que aquella soberbia, y grande estado suyo con que amenaza á mí y á mis amigos, y parientes, que la sangre de mi cuerpo se lo ha sostenido, y que fio en Dios que es aquel que todas las cosas sabe, que este desconocimiento será emendado, mas por mis fuerzas que por grado suyo: y decidle que por cuanto yo gane la ínsula de Mongaza no será por mi per-

sona en que la pierda, ni haré enojo en el lugar donde la Reina estuviere, por la honra della que lo merece, y así se lo decid si la viéredes, y que por él mi enemistad quiere, que la habrá en cuanto y viva, y de tal forma que las pasadas que ha tenido no le vengan á la memoria. Agrajes le dijo: Don Gandales, haced mucho por ver á la Reina, y besadle las manos por mí, y decidle que me mande dar á mi hermana Mabilia, que pues á tal estado somos llegados con el Rey ya no le hace menester estar en su casa. Desto que Agrajes dijo pesó mucho á Amadis, porque en esta infanta tenia él todo su esfuerzo para con su señora, y no la queria mas ver apartada della que si á él le apartasen el corazon de las carnes, mas no osó contradecirlo, por no descubrir el secreto de sus amores. Esto asi hecho, movieron los mensajeros en compañía de don Cendil de Ganota con gran placer albergando en lugares poblados. En cabo de diez dias llegaron á la villa donde el rey Lisuarte estaba en su palacio con asaz caballeros, y otros hombres buenos, el cual los recibió con buen talante, aunque ya sabia por un mensajero de Cendil de Ganota como lo venian á desafiar: los mensajeros le dieron la carta, y el Rey les mandó que dijesen todo lo que les encomendaron. Don Gandales le dijo: Señor, Sadamon os dirá lo que los altos hombres y caballeros que estan en la ínsula Firme os envian á decir, y despues deciros he á lo que Amadis me envia, por que yo á vos vengo con mandado, y á la Reina con mensaje de Agrajes, si os pluguiere que la vea. Mucho me place dijo él Rey, y ella habrá placer con vos que servistes muy bien á su hija Oriana en tanto que en vuestra tierra moró, lo cual os agradezco yo. Muchas mercedes, dijo Gandales, y Dios sabe si me placeria de os poder servir, y si me pesa de lo contrario. Así lo tengo yo entendido, dijo el Rey, y no os pese de hacer lo que debeis, cumpliendo con aquel que criastes, que de otra guisa ser os hia mal contado. Entonces Sadamon dijo al Rey su embajada, así como es ya contado, y en el cabo desa-

fió á él y á todo su Reino, y á todos los suyos, como lo traia encargado, y cuando le dijo, que no esperase de haber paz con ellos si antes no restituyese á don Galvanes y á Madasima en la ínsula de Mongaza; dijo el Rey: Tarde verná esa concordia, si ellos eso esperan. Así Dios me ayude nunca terné que soy rey sino les quebranto aquella gran locura que tienen. Señor dijo Sadamon: Dicho os he lo que me mandaron, y si algo de aquí adelante os dijere, esto va fuera de mi embajada: y respondiendo á lo que dijistes; yo os digo, señor, que mucho ha de valer, y de muy gran poder será el que su orgullo de aquellos caballeros quebrantare, y mas duro os será de lo que pensar se puede. Bien que sea eso verdad, dijo el Rey, mas agora parecerá á que basta mi poder, y de los mios, ó el suyo. Don Gandales le dijo de parte de Amadis todo lo que ya oistes que nada faltó: así como aquel que era muy bien razonado; y cuando vino á decir que no iria Amadis á la ínsula de Mongaza, pues que él se la hizo ganar, ni al lugar donde la Reina estuviese por no la hacer enojo; todos lo tuvieron á bien y á gran lealtad: y así lo razonaban entre sí, y el Rey así lo tuvo. Entonces mandó á los mensajeros que se desarmasen y comerian que era tiempo, y asi se hizo, que en la sala donde él comia los hizo asentar á una mesa en frente de la suya, donde comian su sobrino Guiontes y don Guilan el Cuidador, y otros caballeros preciados, que por su valor extremadamente se les hacia esta gran honra entre todos los otros, que daba causa á que su bondad creciese; y la de los otros si tal no era, procurar de ser sus iguales, porque en igual grado del Rey su señor fuesen tenidos. Y si los reyes semejante estilo tuviesen, harian á los suyos ser virtuosos, esforzados, leales y amorosos en su servicio, y tenerlos en mucho mas que las riquezas temporales, recordando en sus memorias aquellas palabras del famoso Fabricio cónsul de los romanos, que á los embajadores de los Samnitas á quien iba á conquistar, dijo siempre traerles muy grandes presen-

tes de oro y plata y otras ricas joyas, habiéndole visto comer en platos de tierra, pensando con aquello aplacarle y desviarle de aquello que el senado de Roma le mandare que contra ellos hiciese; mas él usando de su tan alta virtud desechó aquello que muchos por lo cobrar en grande aventura sus vidas y ánimas ponen. Pues estando en aquel comer, el Rey estaba muy alegre, y diciendo á todos los caballeros que allí estaban que se acercasen lo mas presto que pudiesen para la ida de la ínsula de Mongaza, y que si menester fuese él por su persona iria con ellos. Y desque los manteles alzaron llevó don Grumedan á Gandales á la Reina que verla queria; de que mucho plugo á Oriana y á Mabilia, porque dél sabria nuevas de Amadis que mucho deseaban saber, y entrando donde ella estaba recibióle muy bien y con gran amor, é hizóle sentar ante sí cabe Oriana, y díjole: Don Gandales amigo, ¿conoceis esa doncella que cabe vos está, á quien vos mucho servistes? Señora, dijo él, si yo algun servicio le he hecho, téngome por bien aventurado, y así me ternó cada que á vos, señora, ó á ella servir pueda, y asi lo haria al Rey sino fuese contra Amadis mi criado y mi señor. La Reina le dijo: Y pues así sea por mi amor como dicho habeis. Gandales la dijo: Señora, yo no vine con mandado de Amadis al Rey, y mandóme que si ver os pudiese que por él os besase las manos como aquel á quien mucho pesa de ser apartado de vuestro servicio, y otro tanto digo por Agrajes, el cual os pide de merced le mandeis dar á su hermana Mabilia, que pues él y don Galvanes no son en amor del Rey, no tiene ya ella porque estar en su casa. Cuando esto Oriana oyó tan gran pesar hubo, que las lágrimas le vinieron á los ojos, que sufrir no se pudo, así porque mucho la amaba de corazon, como porque sin ella no sabia qué hacer en su parto, que se allegaba ya el tiempo. Mabilia, que así la vió, hubo gran duelo della, y díjola: ¡Ay señora, qué gran tuerto me haria vuestro padre y madre si de vos me partiesen! No lloreis, dijo Gandales, que vuestro hecho está muy bien pa-

rado, que cuando de aquí vais seréis llevada á vuestra tia la reina Elisena de Gaula, que despues desta ante quien estamos no se halla otra mas honrada, y holgaréis con vuestra hermana Melícia, que mucho veros desea. D. Gandales, dijo la Reina, mucho me pesa deso que Agrajes quiere, y hablarlo he con el Rey, y si mi consejo toma, no irá de aquí esta infanta sino casada, como persona de tan alto lugar. Pues sea luego, señora, dijo él, porque yo no puedo mas detenerme. La Reina le envió á llamar, y Oriana que le vió venir, y que en su voluntad estaba el remedio, fue para él, é hincando los hinojos le dijo: Señor, ya sabeis cuanta honra recibí en la casa del rey de Escocia, y como al tiempo que por mí enviastes me dieron á su hija Mabilia, y cuanto mal contado me seria si á ella no se lo pagase; y demás desto, ella es remedio de mis dolencias y males: agora envia Agrajes por ella, y si me la quitáredes haréisme la mayor crueza y sinrazon que nunca á persona se hizo, sin que primero le sean gualardonadas las honras que de su padre recibí. Mabilia estaba de hinojos con ella y tenia por las manos al Rey, y llorando le suplicaba que no la dejase llevar, sino que con gran desesperacion se mataria, y abrazábase con Oriana. El Rey que muy mesurado era y de gran entendimiento, dijo: No penseis vos, mi hija Mabilia, que por la discordia que entre mí y los de vuestro linaje hay, tengo yo de olvidar lo que me habeis servido, ni por eso dejaria de tomar todos los que de vuestra sangre servir me quisiesen, y hacerles mercedes; que por los unos no desamaria á los otros, cuanto mas á vos á quien tanto debemos, y hasta que el gualardon de vuestros merecimientos hayais, no seréis de mi casa partida. Ella le quiso besar las manos, mas el Rey no quiso: y alzándolas arriba las hizo asentar en un estrado, y él se asentó entre ellas. D. Gandales, que todo lo vió, dijo: Señoras, pues tanto os amais y habeis estado en compañía, desaguisado haria quien os partiese, y de vos, señora Oriana, á mi grado ni de mi consejo Mabilia no será partida

sino en la forma que el Rey y vos decís: yo he dicho al Rey, y á la Reina mi embajada, y la respuesta daré á don Galvanes vuestro tio, y á Agrajes vuestro hermano; y como quiera que dello les pese ó plega, todos ternán por bien lo que el Rey hace y lo que vos, señora, quereis. Despues desto dijo al Rey y á la Reina: Señores, yo me quiero ir. El Rey le dijo: Id con Dios, y decid á Amadis que esto que me envió á decir, que no irá á la ínsula de Mongaza, pues él me la hizo haber, que yo bien entiendo que mas lo hace por guardar su provecho que por adelantar mi honra, y como yo lo entiende así se lo agradezco, y de hoy mas haga cada uno lo que entendiere; y salióse de la cámara al palacio. La Reina dijo: D. Gandales mi amigo, no pareis mientes á las sañudas palabras del Rey ni de Amadis, sino todavía os ruego que se os acuerde de poner paz entre ellos, que yo así lo haré; saludádmelo mucho, y decidle, que le agradezco la cortesía que me envió á decir, que no haria enojo en el lugar donde yo estuviese: y que le ruego mucho que me honre cuando viere mi mando. Señora, dijo él, todo lo haré á todo mi poder como lo mandais, y despidióse della, y ella lo encomendó á Dios que le guardase y le diese gracia que entre el Rey y Amadis pusiese amistad como tener solian. Oriana y Mabilia le llamaron, y díjole Oriana: Señor D. Gandales, mi leal amigo, gran pesar tengo porque no os puedo gualardonar lo que me servistes, que el tiempo no da lugar, ni yo tengo para satisfacer vuestro tan gran merecimiento; mas placerá á Dios que ello se hará como yo lo debo y deseo; mas mucho me desplace deste desamor, porque segun el corazon del uno y del otro, no se espera sino mucho mal y daño, segun de cada dia va creciendo, si Dios por su piedad no lo remedia: mas yo espero en él que atajara este mal, y saludádmele mucho, y decidle que le ruego yo mucho, que teniendo él en su memoria las cosas que en esta casa de mi padre paso, tiemple las presentes y por venir, tomando el consejo y mandado de mi padre que mucho le precia y ama.

Mabilia le dijo: Gandales, de merced os pido me encomendeis mucho á mi cormano y señor Amadis, y á mi hermano Agrajes, y al virtuoso señor D. Galvanes mi tio, y decidles que de mí no tengan cuidado, ni se trabajen de me apartar de mi señora Oriana, porque les seria afan perdido, que antes perderia yo la vida que partirme della siendo á su grado: y dad esta carta á Amadis, y decidle que en ella hallará todo el hecho de mi hacienda: y creo que con ella gran consolacion recibirá. Oido esto por Gandales, saludólas, y luego se partió dellas, y tomando á Sadamon consigo que con el Rey estaba, se armaron y entraron en su camino: y á la salida de la villa hallaron gran gente del Rey muy bien armada, que hacian alarde para ir á la ínsula de Mongaza, la cual él mandó hacer porque ellos viesen tanta y tan buena gente, y lo dijesen á los que allí los enviaron por les meter pavor. Y vieron como andaban entre ellos por mayorales del rey Arban de Norgales que era un esforzado caballero: y Gasquilan el follon hijo de Madarque el gigante bravo de la ínsula Triste y de una hermana de Lancino Rey de Suesa.

Este Gasquilan el follon salió tan esforzado y tan valiente en armas, que cuando su tio Lanciano murió sin heredero, todos los del reino tuvieron por bien de lo tomar por su rey y señor, y cuando este Gasquilan oyó decir desta guerra de entre el rey Lisuarte y Amadis, partió de su reino, así por ser en ella, como por se probar en batalla con Amadis, por mandado de una señora á quien él mucho amaba. Lo cual todo por mas extenso y enteramente en el cuarto libro se recontará, donde se dirá mas cumplidamente deste caballero, y la batalla que hubo con Amadis. D. Gandales y Sadamon, despues que aquellos caballeros hubieron mirado, fueron su camino hablando y razonando en como era muy buena gente, pero que con hombres lo habian que no se espantarian dellos: y tanto anduvieron por sus jornadas, que llegaron á la ínsula Firme, donde con ellos mucho les plugo á aque-

llos que los atendian : y cuando fueron desarmados, entráronse en una hermosa huerta donde Amadis y todos aquellos señores holgando estaban, y dijéronles todo cuanto con el Rey les avino, y la gente que vieran que estaba para ir la ínsula de Mongaza, y como llevaban á aquellos dos caudillos el rey Arban y Norgales y Gasquilan rey de Suesa: y la razon porque este de tan luenga tierra habia venido, que la principal causa era para se combatir con Amadis y con todos ellos: y como era valiente y ligero y de muy gran fama de todos aquellos que le conocian. Gavarte de Val Temeroso dijo: Para sanar ese gran deseo y dolencia que trae, aquí hallará muy buenos y muy discretos maestros: á don Florestan, y á don Cuadragante, y si ellos estan ocupados, aquí estoy yo que le presentaré este mi cuerpo, porque no seria razon que tan luengo camino como anduvo saliese en vano: D. Gavarte, dijo Amadis, dígoos que si yo fuese doliente antes dejaria toda la física, y pornia toda mi esperanza en Dios que probar vuestra medicina ni letuario. Brian de Monjaste dijo: Señor, así no andais vos en tan gran cuidado como aquel que nos demanda: y bien será de lo socorrer, porque sepa decir en su tierra los maestros que acá halló para semejantes enfermedades: y desque así estuvieron por espacio de una gran pieza hablando y riendo con gran placer, preguntó Amadis si habia ahí algo que le conociese. Y Listoran de la Torre Blanca dijo: Yo le conozco muy bien, y sé harto de su hacienda. Decídnoslo, dijo Amadis. Entonces les contó quien era su padre y madre, y como fuera rey por su gran valentia, y como se combatia muy bravamente; y como habia ocho años que seguia las armas y que hiciera tanto con ellas que en toda su tierra ni en las comarcanas no se hallaba su igual: mas digo que no se ha hallado con aquellos que ahora viene á demandar, y yo me hallé contra él en un torneo que hubimos en Valtierra, y de los primeros encuentros caímos con los caballos en el suelo; mas la prie-

sa fué vencida la parte donde yo estaba por falta de los caballeros que no hicieron lo que debian hacer, y por la gran valentía deste Gasquilan que nos fué mortal enemigo: así que hubo el prez de ambas partes, y no cayó aquel dia del caballo, sino aquella vez que nos encontramos. Ciertamente, dijo Amadis, vos hablais de gran hombre, que viene como Rey de gran prez por hacer conocer su bondad. Decis verdad, dijo don Cuadragante: mas en tanto lo erró, que debiera venirse á nosotros que somos los menos, y mostrara de ello mas esfuerzo, pues sin tocar en su honra lo pudiera hacer. En eso acertó mejor, dijo don Galvanes, porque se vino aunque á los mas, á los que son mas flacos, que no pudiera él experimentar su esfuerzo sino tuviera en contra los mejores y mas fuertes. En esto hablando llegaron los maestros de las naves, y dijeron: Señores, armaos y aderezadlo que menester habeis, y entrad en las naos, que el viento tenemos muy aderezado para el viaje que hacer quereis. Entonces salieron todos de la huerta con mucho placer, y la priesa y el ruido era tan grande asi de las gentes como de los instrumentos de la flota, que apenas se podian oir, y muy presto fueron armados, y metieron sus caballos en las fustas, y todas las otras cosas que menester habian dentro, y con mucho placer acogiéronse á la mar, y Amadis y don Bruneo de Bonamar que en una barca entre ellos andaban hallaron juntos en una fusta á don Florestan y á Brian de Monjaste, y á don Cuadragante, y á Angriote de Estravaus, y entraron con ellos, y Amadis los abrazaba como si pasara gran pieza que los no viera, y viniéndole las lágrimas á los ojos de muy gran amor que les habia y con soledad que dellos tomaba, y díjoles: Mis buenos señores, mucho me huelgo en veros así juntos. D. Cuadragante le dijo: Mi señor, asi irémos por la mar y por la tierra si alguna ventura no nos parte, y asi lo habemos concertado entre nos, de nos guardar esta jornada. Y mostráronle un pendon muy hermoso á mara-

villa que llevaban, en que iban figuradas doce doncellas con flores blancas en las manos. Cuando Amadis el pendon vió hubo gran placer, porque así se lo mostraron, y allí les dijo, que mirasen mucho de se haber cuerdamente, y dióles consejo como se habian de regir, y se despidió dellos, y tomando consigo en la barca á don Bruneo de Bonamar y á Gandales su amo, anduvo por toda la flota hablando con todos aquellos caballeros hasta que salió en tierra, y la flota movió tras la nao, en que don Galvanes y Madasima iban, que la delantera llevaban con tan gran ruido de trompetas y añafiles que maravilla era de los ver: así como oís partió esta gran flota de aquel puerto de la ínsula Firme, para ir al castillo del lago Hirviente donde era la ínsula de Mongaza, y fué por la mar con tal tiempo, que á los siete dias arribaron un dia antes del alba al castillo del lago Hirviente, que cabe el puerto de la mar estaba: y luego se armaron todos, y aparejaron los bateles para saltar en tierra, poniendo puentes de tablas y de cañizos por donde los caballeros saliesen, y esto hacian muy calladamente, por que el conde Latine y Galdar de Rascuil que en la villa estaban con trescientos caballeros no los sintiesen; mas luego de los veladores fueron sentidos, y dijéronlo á aquellos sus señores que habia gente, mas no supieron que tanto que la noche era muy escura, y luego el conde y Galdar se vistieron y subieron al castillo, y oyeron la vuelta de la gente, y semejóles gran compañía que con el alba del dia parecieron muchas naves, y dijo Galdar: Verdaderamente este es don Galvanes y sus compañeros y amigos que contra nos vienen, y ya Dios no me salve si á mi poder el puerto tomaren tan ligeramente como ellos cuidan; y mandando armar toda su gente, y ellos armándose así mesmo, salieron de la villa contra ellos, y Galdar fué á un puerto que con la villa se contenia, y el conde Latine á otro á la parte del castillo, en el cual estaba don Galvanes y Agrajes con todos los que los ayudaban,

y iban en la delantera Gavarte de ValTemeroso, Orlandin y Osinan de Borgoña y Mandanel de la puente de Plata; y allí llegó el conde Latine con gran gente de á pié y de á caballo: y Galdar con otra gran compañía llegó al puerto donde venian don Florestan y Cuadragante y Brian de Monjaste y Angriote y los otros sus compañeros; entonces se comenzó entre ellos una cruel, y peligrosa batalla con las lanzas y saetas y piedras, así que muchos heridos y muertos hubo; y los de la tierra defendieron los puertos hasta hora de tercia; mas don Florestan, que en una barca se halló con Brian de Monjaste, y con don Cuadragante y Angriote y don Florestan, tenia á Cenil, aquel buen caballero que ya oistes en el segundo libro, y á Morastes de Salvatierra que era su cormano: y los de Brian eran Coman y Nicoran: y los de don Cuadragante, Landin y Orian el valiente: y los de Angriote su hermano Grádovoi y Sarquiles su sobrino. Y Florestan dió grandes voces que derribasen la puente, y saldrian por ella en sus caballos. Angriote le dijo: ¿Porqué quereis acometer tan gran locura, que aunque de la puente salgamos, el agua es tan alta antes que lleguemos á la tierra que los caballeros nadarán. Así lo decia don Cuadragante; mas Brian de Monjaste fué del voto de Florestan, y echada la puente pasaron entrambos por ella, y llegando al cabo hicieron saltar los caballos en el agua que era tan alta que les daba á los arzones de las sillas, y allí acudieron muchos de los contrarios, que de grandes y mortales golpes los herian, y llegó don Cuadragante y Angriote, y juntáronse con ellos, y así lo hicieron aquellos sus compañeros; mas la subida del puerto era tan alta, y la gente tan grande que la defendian, que no sabian dar remedio. Allí fué el ruido tan grande y tantos alaridos de un cabo y de otro que no parecia sino ser todo el mundo asonado.

Dragonis y Palomir quedaron en el agua que les daba á los pescuezos, y sus caballos con ellos, trabándose á las

tablas de las galeras quebradas, y pujándose unos á otros yendo con gran trabajo adelante hasta que ya el agua les daba á las cinchas; y aunque la gente de la ribera era mucha y bien armada, y resistian con gran esfuerzo no pudieron escusar que don Florestan y sus compañeros no tomasen tierra, y luego así mesmo Dragonis y Palomir con todos los suyos. Cuando Galdar vió que los suyos perdian el campo no pudiendo sufrir á sus contrarios, por estar ya muy apoderados, con grande ánimo y lo mejor que él pudo hízolos retraer, porque todos no se perdiesen, que el estaba muy mal herido de mano de don Florestan y de Brian de Monjaste, que lo derribó del caballo; y fue tan quebrantado, que apenas se podia tener en otro caballo que los suyos le dieron; y yéndose para la villa, vió como el conde Latino se venia con toda su gente á mas andar, que ya le habian tomado el puerto don Galvanes y Agrajes y sus compañeros, como aquellos que á su causa la batalla se hacia. Y agora sabed aquí que el conde habia prendió á Dandasido, hijo del gigante viejo, y á otros veinte hombres de la villa con él, teniéndolos por sospechosos, que le habian de ser contrarios: los cuales estaban en el castillo en una prision que era en la mas alta torre, y hombres que los guardaban; y como la batalla fue entre los caballeros, los carceleros que los tenian salieron encima de la torre por mirar la batalla. Y cuando Dandasido vió que no los guardaban, y vió que tenia tiempo de se soltar, dijo á aquellos que con él estaban: Ayudadme y salgamos de aquí. ¿Cómo será eso? dijeron ellos. Quebrantemos este candado desta cadena que atados nos tiene. Entonces con una gruesa soga de cáñamo con que de noche les ataban las manos y los pies, metiéronla por el candado lo mas presto que pudieron, y con la gran fuerza de Dandasido y de todos los otros quebráronle el ramo, aunque asaz era grueso, y salieron todos muy presto, y tomando las espadas de los carceleros que encima de la torre estaban (como oido habeis) fueron á ellos, que en al no en-

tendian sino en mirar la batalla que en los puertos se hacia: y matáronlos todos, y dieron grandes voces: Armas, armas por Madasima nuestra señora. Cuando los de la villa esto vieron tomaron las torres mas fuertes de la villa, y mataban á todos los que alcanzar podian. Cuando el conde Latine esto vió entró por la puerta que saliera, y paró en una casa cerca della, y Galdar de Rascuil con él, que no osaron pasar adelante, atendiendo mas la muerte que la vida: los de la villa trababan las calles de entre ellos, y esforzábanse cuanto podian con aquel socorro, y daban voces á los de fuera que llegasen allí á su señora Madasima, y que la entregasen la villa. Cuadragante y Angriote, llegaron á una puerta por saber la verdad, y sabiendo de Dandasido el hecho como estaba, fuéronlo á decir á don Galvanes, y luego cabalgaron todos y llevaron á Madasima su hermoso rostro descubierto en un palafren blanco, vestida de un capote de oro; y llegando cerca de la villa, abrieron las puertas y salieron á ella cien hombres de los mas honrados, y besáronle las manos, y ella les dijo: Besadlas á mi señor y marido don Galvanes, que despues de Dios él me libró de la muerte, y me ha hecho cobrar á vosotros que sois mis naturales y contra toda razon vos tenia perdidos, y á él tomad por señor si á mí amais. Entonces llegáronse todos á don Galvanes, é hincados los hinojos en tierra, con palabras muy humildes le besaron las manos; y él los recibió con buena voluntad y buen talante, agradeciéndoles y loándoles mucho la gran lealtad y el buen amor que á Madasima su buena señora habian tenido, y luego se metieron en la villa, donde llegó Dandasido que muy honrado de Madasima y de todos aquellos señores fue. Esto así hecho, dijo Imosil de Borgoña: Muy bien seria que de todos nuestros enemigos que aun en la villa estan nos despachásemos. Agrajes, el cual con muy gran saña encendido estaba, dijo: Yo he mandado destrabar las calles y el despacho será que todos sean despachados sin que ninguno de todos ellos vivo quede. Señor, dijo D. Florestan, no deis

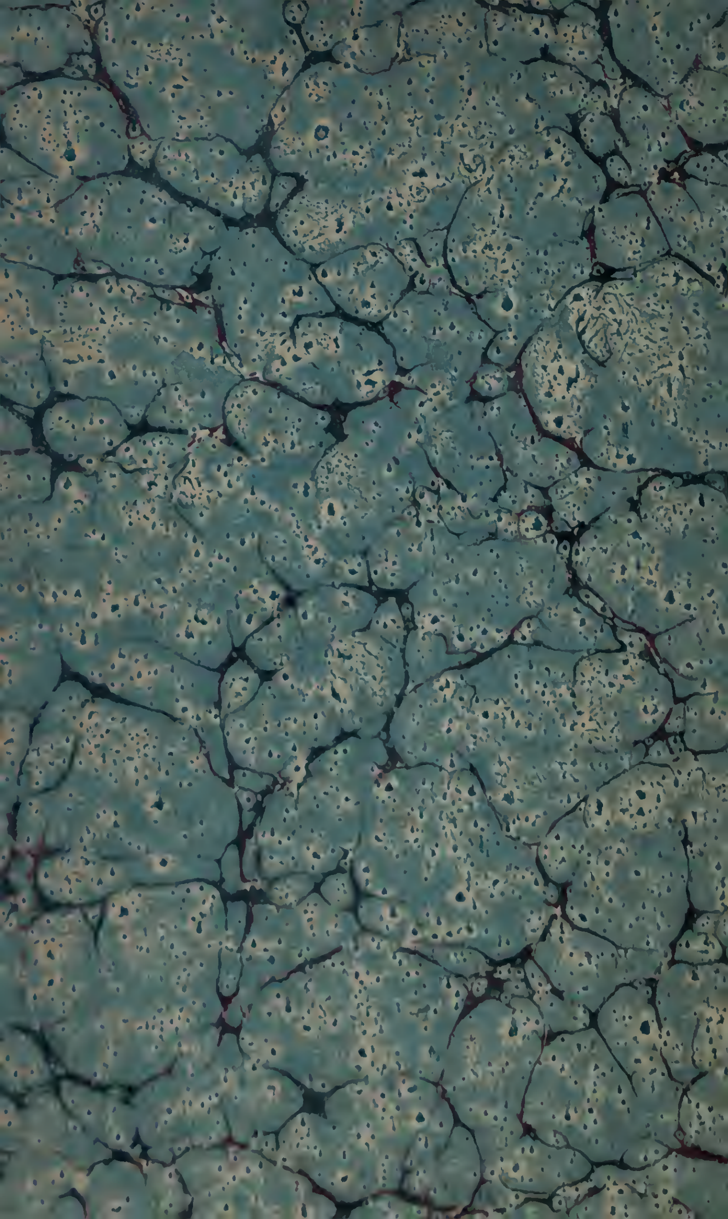
á la ira ni saña tanto señorio sobre vos que os haga hacer cosa que despues de apartada querríades mas presto ser muerto. Bien os dice, dijo D. Cuadragante, baste que se metan todos en la prision de D. Galvanes vuestro tio si alcanzar se puede, porque menor reparo es de los vencedores tener vivos los vencidos que muertos: considerando vueltas de la mudable é incierta fortuna, que asi como á ellos á los prosperados tornar en breve podria. Acordóse pues que Angriote de Estravaus y Gavarte de Val Temeroso fuesen á lo despachar: los cuales llegados á la parte donde él con Latine y Galdar de Rascuil estaban, hallaron toda su gente muy mal parada y á ellos muy mal heridos con dolor de sus ánimos, porque la cosa en tal estado contra ellos venido habia: y sobre algunas razones entre ellos habidas tuvieron por bien de se poner en la voluntad y buena mesura de D Galvanes.

Acabado pues esto que la villa y el castillo enteramente fue en poder de Madasima y de sus valedores con gran placer de todos ellos, otro dia siguiente supieron por nuevas ciertas como el Rey Arban de Norgales y Gasquilan rey de Suesa, con tres mil caballeros eran llegados al puerto de aquella ínsula y como saltaban todos en tierra á gran priesa y enviaban la flota para que viandas les trajesen. En gran alteracion les puso esto, sabiendo la muchedumbre de la gente y viendo los suyos estar tan mal parados; pero como hombres que vergüenza dudaban, acordóseles de lo que Amadis les dijera; que sus cosas hiciesen con acuerdo, como quiera que el parecer de algunos fuese de salir á pelear con ellos no lo hicieron hasta que todos reparados fuesen de sus llagas y los caballos y armas en mejor disposicion estuviesen. Así que, en esto quedando unos y otros contará la historia de Amadis y de don Bruneo de Bonamar que en la ínsula Firme quedado habian.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.




LS.
A481
Author Amadis de Gaula
Title Amadis de Gaula, historia de este invencible
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

